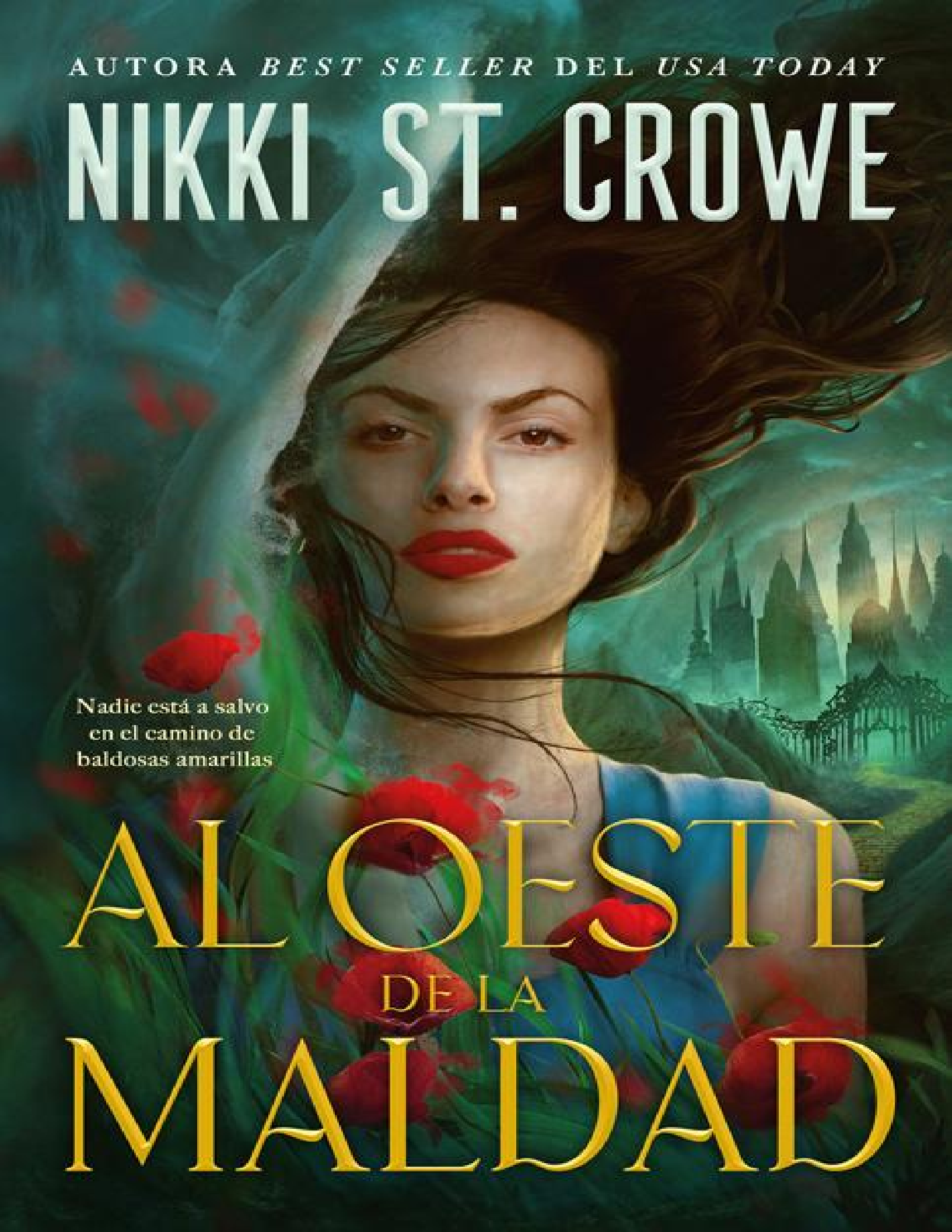
AUTORA *BEST SELLER* DEL *USA TODAY*
NIKKI ST. CROWE
Nadie está a salvo en el camino de baldosas amarillas
AL OESTE DE LA MALDAD

AL OESTE DE LA MALDAD

NIKKI ST. CROWE

AL OESTE DE LA MALDAD

Traducción de María José Losada



SOMBRAS

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *West of Wicked*
Editor original: Tom Doherty Associates/Tor Publishing Group
Traducción: María José Losada

1.ª edición: junio 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2026 *by* Saint Crowe LLC
Publicado en virtud de un acuerdo con New Leaf Literary & Media, Inc. a través de International Editors' Co
All Rights Reserved
Ilustración de cubierta *by* Marcela Bolívar
Diseño de cubierta *by* Jess Kiley
Adaptación de cubierta *by* Nai Martínez
© de la traducción, 2026 *by* María José Losada
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.leosombras.com

ISBN: 979-13-88011-25-2

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

A todas las chicas que intentan encontrar el camino a casa

Advertencias de contenido



Al oeste de la maldad es una novela de romance oscuro para lectores a partir de 18 años. En la novela vas a encontrar representados ciertos temas que pueden ser sensibles para algunas personas. Si no quisieras leer sobre ellos o crees que pueden afectar a tu salud mental, quizá este libro no sea para ti.

- Lenguaje explícito
- Sexo explícito
- Violencia y *gore*
- Abandono infantil
- Referencias a la muerte de animales
- Encarcelamiento
- Consumo de drogas/adicción

1

Dorothy



Llegué a la granja de Kansas en brazos de una mujer en medio de una tormenta de verano.

Dicen que el viento era tan violento que le despeinó el pelo.

No sé quién era, solo que me aferraba a ella, sollozando. Me dijeron que tenía la cara manchada de sangre, que le salpicaba las mejillas hundidas.

—Por favor —dijo la mujer a la pareja que estaba en la puerta—. Cogedla.

Intentó entregarme, pero me resistí, hundiendo los dedos en la tela de su chaqueta.

—¡Quiero irme a casa!

Recuerdo haber dicho esas palabras. De hecho, a veces me despierto gritándolas.

Si me quedo muy quieta, si cierro los ojos, si fuerzo mi memoria, puedo verla.

Me grita, pero no hay sonido, solo movimiento.

El pelo que me azota la cara. Las nubes oscuras que van pasando por arriba.

Siento la intensidad de su desesperación y el sabor a cenizas en mi lengua.

La temporada de ciclones siempre trae consigo angustia.

Y carnicerías.

La tía Em y el tío Henry no habían planeado tener hijos, pero ¿cómo podían dos buenas personas rechazar a una niña que lloraba?

—Volverá a por ti —me dijo Em mientras me limpiaba la cara después de que amainara la tormenta—. No te preocupes.

A la semana siguiente, Henry me construyó una cama con los restos del granero. Me dejó hundir algunos clavos y probar la sierra de mano.

—¿Seguro que nunca has construido una cama? —me preguntó mientras me supervisaba con las manos apoyadas en las caderas.

—Estoy segura —respondí, porque hasta entonces ni siquiera sabía lo que era un martillo.

—Bien, pues estás haciendo un buen trabajo. —Como tenía el rostro oculto por la sombra de su sombrero de ala ancha, no supe que me había mentido. Tardé muchos años en saber que había reconstruido la cama aquella noche solo para asegurarse de que fuera sólida y resistente. Para que durara.

Ahora que soy adulta, entiendo que lo que hizo en realidad fue distraerme. Me dejó hincar algunos clavos y serrar un poco de madera para que me librara de parte de la preocupación que me carcomía por dentro.

Ella no iba a volver. No iba a regresar a por mí. Henry sabía mejor que nadie cómo alejar el dolor y el sufrimiento. Era un hombre que siempre estaba en movimiento, que huía de un corazón roto.

Regresó a las praderas de Kansas después de que muriera su padre, luego tuvo que despedir a su madre y, a continuación, la guerra le arrebató a dos hermanos. Era el más joven de la familia. Nunca imaginó que heredaría la granja familiar.

Pero lo hizo de todos modos.

ଌ

El trabajo lo ayudaba a distraerse, pero era la tía Em quien ayudaba a Henry a curarse.

Antes de la granja, antes de perder a su familia, el tío Henry viajaba por todo el país. Era un músico callejero que, con una guitarra apoyada en la cadera, una armónica colgada al cuello y un tambor a los pies ganaba dinero con su música.

Había llegado a Nueva York en busca de algo. Quizá un lugar al que pertenecer. Le gustaba bromear diciendo que él era como Ricitos de Oro y que cada ciudad que visitaba era una cama.

—Ninguna me encaja —decía—. Una es demasiado ruidosa. Otra es demasiado grande. Algunas se acercan, pero quizá son demasiado frías o demasiado cálidas o demasiado blandas.

Cuando era niña, me encantaba cualquier cosa que oliera remotamente a cuento de hadas, y Henry podía convertir cualquier cosa en una historia.

—La Gran Manzana me pareció perfecta —continuaba—. Y tocar música para los turistas era un trabajo honesto. Un trabajo que me gustaba. La mayoría de los días, podía golpear mi tambor, arrancar sonidos a mi guitarra, cerrar los ojos y viajar a otro mundo. Pero ese día, no. Ese día la encontré a ella.

Según cuenta la historia, la tía Em acababa de llegar a la ciudad desde el sur. Soñaba con estudiar arte en una de las universidades. Para ganar dinero, pintaba coloridas caricaturas para los turistas.

Pero ese día, no.

Ese día pintó al apuesto músico callejero.

Y cuando el sol comenzó a ponerse, Henry se ofreció a comprarle el cuadro con el dinero que había recaudado en su sombrero.

Ella le dijo que prefería una taza de café y que podía quedarse

igual con el cuadro.

Ahora cuelga de un clavo junto a la mesa de la cocina.

Hay tanto color en esa pintura… Tanta vida…

Es una chispa de belleza en la vasta y gris pradera de Kansas.

Pero el tío Henry ya no hace música y la tía Em ya no pinta, y a veces me pregunto si alguna vez sentirán que se mueren de anhelo por lo que han renunciado.

La vida en la granja no es fácil. Todos lo sabemos. Hay que levantarse antes del amanecer. Siempre hay que estar en movimiento porque una docena o más de animales dependen de ti para que les des de comer y beber. Hay que cosechar los cultivos antes de que se pudran. Hay que recoger los huevos. Es un trabajo agotador que no se detiene ni cuando te duele el cuerpo.

Pero ¿por qué parece que Em y Henry han perdido todo su entusiasmo? ¿Lo vieron venir?

Creo que eso es lo que más me aterra, la idea de despertarme vacía una mañana, encontrarme con que todo lo que tenía ha sido succionado de mis huesos y absorbido por la tierra implacable.

ଔ

Dejando aparte el trabajo agotador, le estoy agradecida a la tía Em. Le estoy agradecida al tío Henry. Y le estoy especialmente agradecida a Toto. Incluso cuando me parece un grano en el culo.

—Suelta al conejo, Toto. —El animalito se retuerce entre sus mandíbulas. Es casi tan grande como Toto, pero eso nunca lo ha detenido. Nunca he conocido a un terrier con tanta sed de sangre.

Toto prepara su postura, listo para salir corriendo. El conejo siente el suelo bajo sus patas y da patadas con las traseras. Al no encontrar escapatoria, se mueve con más fuerza, lanzando tierra por los aires.

—No te atrevas… —digo, pero Toto sí que se atreve.

Sale disparado, arrastrando al conejo con él; el pobre chillando

entre sus mandíbulas.

—¡Toto! —grito.

—Ese perro es una amenaza. —El tío Henry se acerca por el fondo del patio con un cubo de huevos que ha recogido del granero. Su pálida piel irlandesa está sonrosada por el trabajo. Aún no ha llegado el momento de la temporada en que su piel se rinde y se deja broncear por el sol.

Yo soy tan blanca como él, pero con pecas, aunque de alguna manera inmune al sol. Siempre tengo un tono crema claro.

Me vuelvo hacia él y entrecierro los ojos ante la intensa luz matinal.

—Supongo que tienes razón. Pero al menos deja en paz a las gallinas.

El tío Henry suelta una risa burlona, pero rápidamente se convierte en una mueca de dolor. Deja el cubo en el suelo y se frota la zona lumbar. No quiere ir al médico. Nunca tiene suficiente dinero para pagarlo.

—Déjame a mí. —Me acerco y me encargo de los huevos.

—No soy un anciano —protesta.

—¿Ah, no? —Arqueo las cejas.

Él frunce el ceño, pero hay una leve sonrisa oculta bajo su bigote.

—Bueno, viejo, pero capaz.

—Por supuesto.

—Puedo hacerlo —argumenta.

—Sé que puedes. Y yo también. —Voy hacia la casa y Henry me sigue a regañadientes.

Dentro, la tía Em tiene todas las ventanas abiertas, lo que crea una corriente de aire en el interior. Las cortinas se hinchan, luego se calman, solo para volver a hincharse de nuevo.

Creo que no hay nada que me guste más que una cálida brisa de verano.

La tía Em está de pie junto a la mesa de trabajo, con las manos oscuras cubiertas de harina. Trabaja un trozo de masa, pero sus movimientos son lentos; hay un leve temblor en sus dedos, una ligera pizca de frustración entre sus cejas.

Dejo el cubo junto al fregadero y me uno a ella en la mesa.

—Déjame ayudarte. —Hundo las manos en el bote de harina. Siento que me mira con el ceño fruncido. Henry y Em se acercan a los setenta, aunque nadie lo diría al ver a Em, pues aunque hay sabiduría en sus ojos, apenas tiene arrugas en la cara. Aun así, la edad les está pasando factura tanto a ella como a Henry. Nunca ha habido un día en sus vidas en el que no hayan trabajado duro y se hayan valido por sí mismos. Recibir ayuda, y mucho menos pedirla, es un concepto ajeno que no les gusta.

—No pasa nada —protesta ella—. Me gusta amasar.

—A mí también me gusta —replico, lo cual no es cierto. Llevo casi veinte años ayudando a Em en la cocina, pero aún no he adquirido la pasión por hornear pan. Es, literalmente, la habilidad más básica que se necesita para sobrevivir en la granja, y me gusta comerlo, pero ¿y las horas que se necesitan para hacerlo? ¿La precisión? ¿El margen de error? No, gracias. Prefiero limpiar los establos.

Con una sonrisa cómplice, Em se aleja de mí y se une a Henry ante el fregadero. Juntos examinan la recolección de huevos. Hoy hay menos que ayer, y ayer menos que anteayer. No es momento de preocuparse… todavía.

Aunque no me gusta hacer pan, es fácil perderse en la tarea y, mientras mis manos se mueven, mi mente se evade a una vida fantástica en la que nada es difícil y todo está inundado de color, como el cuadro de la tía Em.

Puede que ese mundo exista en algún lugar, pero no será para mí. La granja me necesita. Em y Henry me necesitan. ¿Quién cuidará de los animales cuando Henry no pueda levantar las bolsas de pienso?

¿Quién llevará las cebollas y las patatas al sótano seco cuando Em no pueda bajar la escalera?

No puedo dejarlos solos. No puedo abandonar la granja. Y pensar en ello me produce un dolor en el pecho.

Henry traslada los huevos a la cesta de alambre que cuelga en la esquina. Em comprueba la olla de estofado que hierve a fuego lento en la cocina. Fuera, las gallinas se pían unas a otras. A lo lejos, un perro ladra.

—Dorothy —dice Em—. ¿Podrías hacer sitio para la olla? Ya es hora de hacer las albóndigas… —No tengo tiempo para responder.

Se oye un fuerte estruendo, y al instante siento una oleada de calor abrasador en las piernas.

Siseo de dolor y me alejo tambaleándome mientras el guiso se derrama por el suelo de la cocina.

—¡Em! —Henry corre hacia ella. Le tiemblan las manos, pero hay un destello de irritación en su rostro.

—No pasa nada. —Me agacho con un paño de cocina y empiezo a limpiar el desastre—. Yo me encargo.

—Se ha echado todo a perder.

—Puedes hacer más —asegura Henry.

—Era el último pollo que quedaba, Henry. No puedo hacer más.

Limpio el caos del suelo, pero ya es inútil. Mi paño está empapado y todavía queda al menos media olla de caldo por limpiar.

—No sé qué me está pasando —dice Em mientras Henry la atrae hacia su pecho.

Observo desde mi posición en el suelo cómo Henry le susurra algo al oído y ella asiente con un movimiento de cabeza, manteniendo su determinación. Siempre han sabido lo que el otro necesita sin que ninguno de los dos tenga que pedirlo. Cuando la pena invade a Henry, ella está ahí para cogerle la mano. Cuando Em tiene un mal día, él está ahí para hacerla sonreír.

Y a menudo me encuentro así, mirando desde fuera.

Siempre me he sentido bienvenida por ellos, pero en el fondo de mi mente hay una voz que nunca desaparece del todo. Una voz que dice: «En cualquier momento, todo esto podría desaparecer».

Cuando empecé a tener ataques de pánico, justo después de cumplir los veinte, comencé a ver a una terapeuta que me dijo que tenía problemas con el compromiso.

—Eres capaz de amar —me dijo—. Solo tienes que abrirte a ello.

—Amo —le respondí.

—¿De verdad? —preguntó ella, e inclinó la cabeza, entrecerró los ojos y me miró con una expresión introspectiva que me hizo retorcerme en el sofá.

Más tarde, cuando le conté a Em la conversación, me escuchó despotricar sobre lo equivocada que estaba la terapeuta.

—Has protegido tu corazón —me explicó luego—. Nadie puede culparte por ello. Pero si alguna vez estás lista para abrirte, sabes que Henry y yo estaremos ahí.

Pasé los dos días siguientes enfadada con mi terapeuta y con Em.

Sabía cómo amar. Adoraba a Em y a Henry.

Pero me llevó varios meses más de terapia e introspección darme cuenta de que ambas tenían razón.

Puede que quisiera a Em y a Henry, pero en el fondo me aterrorizaba que ellos no me quisieran a mí.

Tenía una vida y una familia antes de la granja, y ambas cosas habían desaparecido.

¿Quién podía asegurarme que esto no se desmoronaría también?

Em y Henry no me habían elegido. Al igual que no quisieron acabar en la granja, nunca habían querido tener hijos. Pero tuvieron que criar a una de todos modos.

Y ahora estoy decidida a devolverles el favor, cueste lo que cueste. Puedo ayudarles a cuidar de sí mismos igual que me cuidaron a mí,

aunque los mantenga a distancia.

Cojo otro paño y limpio el resto del guiso derramado.

2

Dorothy



Toto! —Me detengo en el borde del porche y grito en la oscuridad. Mi perro ha estado fuera todo el día. Probablemente esté acurrucado en algún lugar, durmiendo después de comer—. ¡Toto!

Al otro lado del campo, veo un destello de luz. Se enciende y se apaga.

Como un perrito amaestrado (y no me refiero a Toto, claro está) mi vientre se tensa. Me giro hacia la puerta mosquitera.

—Voy a dar un paseo para buscar a Toto.

—No tardes mucho —dice la tía Em desde el fregadero.

El paseo hasta la granja vecina me lleva unos diez minutos si sigo la carretera. Siete si acorto por los campos. Tengo prisa por sentir algo, así que tomo el atajo, con cuidado de pasar por encima de las hileras de brotes de maíz que emanan de la tierra. Este año ha sido más seco. Necesitamos desesperadamente una buena lluvia.

Doy la vuelta al granero de Gilbert por la parte trasera y encuentro la puerta abierta de par en par. Todos los animales están acurrucados para pasar la noche. Edward Gilbert está sentado en un punto

iluminado por una linterna de cuello de cisne cercana. Ocupa una silla de jardín metálica, con Toto acurrucado en su regazo.

—Aquí estás —recito, y Toto agudiza el oído, abriendo apenas los ojos—. Ha cazado un conejo hace un rato —le explico a Edward—. No lo he vuelto a ver desde entonces.

Edward acaricia la barriga redonda de Toto.

—Creo que se ha atiborrado.

He crecido con Edward, primero fue mi mejor amigo y luego algo más. Solíamos enviarnos mensajes codificados con las linternas, haciendo parpadear la luz en la oscuridad.

Cuando éramos niños, él era varios centímetros más bajo que yo, delgado y un poco torpe. Ahora, a los veinticinco años, me saca treinta centímetros y el duro trabajo en la granja le ha dado manos fuertes, hombros anchos y músculos duros.

Edward levanta a Toto de su regazo y lo coloca sobre un fardo de heno cercano. Mi perrito bosteza, pero vuelve a acurrucarse y cierra los ojos.

—¿Quieres subir? —pregunta Edward, señalando con la cabeza la escalera que lleva al pajar.

—Sí. —Sabía lo que quería antes de venir.

Como es un caballero, Edward me deja subir primero por si acaso resbalo y me caigo. Aunque llevo años subiendo esta escalera, y la de nuestra casa, sin ningún incidente. A veces pienso que lo hace solo para poder mirarme debajo del vestido, lo que significa que no es tan caballero como le gustaría creer. A mí me da igual. A veces desearía que lo fuera menos.

Pero saber que aprecia la vista me hace sentir mariposas en el estómago.

En cuanto llegamos al desván, Edward me coge de la mano y me atrae suavemente hacia él. Presiona su boca contra la mía y saca la lengua para saborearme. Me lleva hasta el montón de heno suelto

que hay en la esquina, donde ya está extendida nuestra colcha, esperando.

Me dejo caer con un gemido y le desabrocho el cinturón. Ambos forcejeamos con la hebilla metálica hasta que finalmente conseguimos abrirla. Entonces se coloca encima de mí, y empieza a recorrerme el cuerpo con las manos.

Recuerdo vívidamente la primera vez que hicimos el amor. Nuestros movimientos fueron torpes; nuestro deseo impregnaba el aire. El calor bullía entre mis piernas, la dureza entre las suyas.

Cuando me penetra ahora, gimo de placer y él me susurra palabras dulces al oído.

—Eres tan hermosa, Dutchie.

A lo largo de los años que llevamos viéndonos en el granero, Edward siempre ha sido muy delicado conmigo. Como si fuera una figurita de cristal que teme romper con demasiada presión, con demasiado calor.

Puede que haya nacido en algún lugar más allá de la granja de Kansas, pero todo lo que soy ahora se forjó bajo las violentas tormentas. Y no puedo evitar preguntarme si el insaciable apetito que siento por algo más se debe a eso, si en el fondo la chica que soy es una chica que anhela moretones, cenizas y sangre.

Quizá por eso soy incapaz de dejar entrar el amor. Porque no hay sitio para cosas que se sienten suaves y delicadas.

Y seguras.

«Úsame —quiero decirle a Edward—. Hazme sentir algo tan profundo que deje marcas en mi piel».

Pero la idea de expresar esa maldad me revuelve el estómago de vergüenza.

Edward me miraría con el ceño fruncido. Se sonrojaría. Me diría que me respeta demasiado para tratarme así.

Pero a veces solo quiero que me empotre contra la pared.

El calor del granero nos envuelve y nos quitamos más ropa a medida que nuestros movimientos se vuelven más frenéticos. La presión aumenta. Edward se pone más duro dentro de mí. Se está acercando. Reconozco su orgasmo inminente tan bien como el mío.

Engancho una pierna alrededor de sus caderas y lo atraigo hacia mí, cambiando de posición para quedar a horcajadas sobre él. Así tengo el control. Me froto contra él, cierro los ojos y finjo que estoy en otro lugar, con otro hombre.

La culpa susurra en el fondo de mi mente: «Deberías estar agradecida por Edward».

Pero otro hombre… un hombre diferente… tal vez sus palabras no serían tan dulces. Tal vez su tacto sería mucho más posesivo.

Me tenso al pensarlo. Edward gime mirándome.

—Oh, sí, Dutchie —susurra, usando el apodo que me puso cuando éramos niños. Le insto a que se siente para poder rodearle el cuello con los brazos y usarlo como palanca, follándolo más fuerte y rápido, persiguiendo lo único que me hace sentir algo.

Una gota de sudor se desliza por mi espalda.

La luz de la luna se cuela por la ventana del pajar ybaña a Edward con una luz plateada. Observo cómo su rostro se relaja con el placer. Cada vez que se corre, es así, como si estuviera desconcertado por ello, un poco ebrio.

—¿Te has corrido? —me pregunta.

—Todavía no.

—¿Debería…?

—Ya casi estoy. —Aprieto los ojos y continúo con la fantasía en mi cabeza.

«Córrete para mí —dice el hombre sin rostro y sin nombre—. No me decepciones».

Me tenso, balanceo las caderas hacia delante para alcanzar el ángulo adecuado, y con la fricción llego al punto álgido.

Por fin, me corro.

Y solo entonces veo en color.

ଌ

Nos sentamos en la ventana abierta del pajar, con las piernas colgando por el borde.

Ya me he vuelto a vestir, pero Edward sigue sin camiseta y no puedo evitar admirar el volumen de sus bíceps, el relieve de su pecho.

Me pasa un porro.

Doy una calada y suelto el humo.

Cuando se mezcla con el aire, se enrosca alrededor de la luna llena.

Edward señala un campo cubierto de hierba justo detrás de los brotes de maíz.

—¿Ves ese terreno de allí?

—¿El campo donde solíamos jugar a Reyes y Castillos?

Su sonrisa es torcida y tímida.

—Ese mismo. Mi padre dice que me lo dará para que pueda construir mi propia casa y formar una familia.

Debería devolverle el porro. En cambio, le doy otra calada y dejo que el humo se quede en mis pulmones, que arda un poco.

—Me gustaría empezar mi propia vida —admite.

Tengo la boca seca y muevo la lengua buscando algo que no está ahí.

—Imagínatelo —continúa—. Una casa con tejado a dos aguas. Como la casa Pembery en el pueblo. ¿Blanca, quizá? ¿Con contraventanas negras? ¿O roja con contraventanas blancas? Y un granero rojo a juego. También hay suficiente terreno para un jardín. Sé lo mucho que te gustan las amapolas. Podríamos plantar un jardín entero de ellas si quisieras.

Le devuelvo el porro. Lo pellizca entre los dedos y deja que se

consuma.

Percibo su emoción. La ola caliente y ondulante que presiona contra mi piel.

Sé lo que va a decir antes de que lo diga, pero yo no siento emoción, solo temor.

—Cásate conmigo, Dutchie —dice.

Lo miro a los ojos. Su sinceridad me da ganas de gritar. Me pide que me case con él al menos una vez a la semana. A veces, dos. Pero nunca ha estado ligada a una visión del futuro con una casa, un granero y un jardín.

Podría amarlo, a mi manera. Pero ¿es suficiente? ¿Alguna vez será suficiente?

Cuando pienso en una vida con Edward, me siento vacía por dentro. La culpa vuelve a envolverme.

—No puedo dejar al tío Henry y a la tía Em —me escabullo; es lo que siempre digo, y es verdad. Pero a veces me pregunto quién era antes de venir aquí. Me pregunto por mis padres y si estarán vivos. Me pregunto por la mujer que siempre grita en mis recuerdos, pero a la que nunca se oye.

¿Quién es?

Y mejor aún, ¿quién soy yo?

Cuando cumplí dieciocho años, empecé a investigar mi pasado. Empecé con recortes de periódico sobre la tormenta que azotó Kansas el año en que llegué. Busqué en registros de nacimientos, pregunté en los hospitales locales.

No encontré nada. Ni una pizca de información. Lo que solo puede significar que no he buscado lo suficiente.

No abandonaré a Em y Henry, pero casarme con Edward significa que nunca me iré de verdad. Y si nunca puedo irme, nunca tendré la posibilidad de descubrir quién soy. Ese vacío jamás se llenará.

Edward se acerca y me aprieta la mano.

—Em y Henry estarán justo al lado. —Es una buena observación.

—Pero eso son diez minutos… —argumento—. Siete por el campo. Y si pasara algo o si llegara un ciclón… —digo sin terminar la frase.

Deja el porro en un tarro cercano.

—Me haces feliz, Dutchie. Yo también podría hacerte feliz.

Miro hacia el corral y luego hacia el campo de maíz. Las hileras perfectas. Los brotes frondosos.

Le sonrío, le cojo del brazo y le beso en la mejilla.

—Tú me haces feliz. —Y es verdad. Él me hace feliz, pero ¿esto también?

Esa voz vuelve, susurrándome verdades que a menudo me da miedo afrontar.

«Edward no es mi futuro. Solo es una distracción».

ꕥ

Mis pasos son más pesados al volver a casa. Toto trota a mi lado.

—¿Qué voy a hacer, Toto? —Me mira, con el pelo revuelto cayéndole sobre los ojos, y no dice nada—. Así no me ayudas.

Me ladra y luego se adelanta.

Cruzo el camino de tierra. Una brisa fría me hace estremecer y me froto los brazos en un intento por evitar que se me ponga la piel de gallina. El aire ha cambiado desde que estaba ocupada en el granero de Gilbert. El calor del día ha desaparecido, sustituido por algo más intenso.

Subo por el destartalado porche delantero y alcanzo la puerta mosquitera.

—Ven a sentarte conmigo —me llama una voz desde la oscuridad.

—Dios mío. —Me llevo la mano al corazón y siento sus repentinos y rápidos latidos—. Me has asustado, Em.

Su mecedora cruje. Al acercarme, huelo la dulzura del té que tiene en las manos. Da un sorbo, con la mirada fija en el horizonte.

—¿Te ha vuelto a pedir que te cases con él?

Suspiro y me siento en la mecedora a su lado.

—Sí.

—¿Qué le has dicho?

—He evitado responder.

Niega moviendo la cabeza.

—Ese chico está enamorado de ti. Es un buen chico, ¿sabes? Me recuerda a Henry.

Es uno de los mejores. Realmente debe haber algo mal en mí si me resisto tanto a comprometerme con él.

Recuesto la cabeza contra el respaldo tallado de la silla y me empujo apretando la punta de la bota contra el porche.

—No puedo dejaros solos.

La tía Em chasquea la lengua.

—No nos uses como excusa.

—¿Por qué no? Es una buena excusa.

Da el último sorbo a su té y luego apoya la taza vacía en la curva de su rodilla.

—Bórranos a mí y a tu tío del panorama. ¿Qué te dice el corazón?

—Ese es el problema. No lo sé.

—Eso es mentira.

—Em...

—Has ignorado tu intuición toda tu vida. Es hora de que empieces a escucharla.

Siempre ha sido Em quien ha intentado convencerme de que tengo una gran capacidad para saber las cosas. Le gusta recordarme aquella vez en que un vendedor ambulante vino a la granja para vender productos de limpieza y yo, con solo nueve años, le dije a Em que era un hombre malo y que no debía dejarlo entrar.

Unos días más tarde, lo arrestaron por agredir a un granjero cuando lo dejaron entrar en su casa.

—Aunque eso fuera cierto… —replico volviendo al presente.

—Lo es —apostilla ella.

—¿Cómo sabes la diferencia entre intuición y duda?

—¿Cómo sabías lo del vendedor? —¿Lo ves?

Exhalo con fuerza y me vuelvo a impulsar desde el porche.

La mecedora cruje.

—Apenas lo recuerdo.

Vuelve a quedarse callada y la noche se acerca sigilosamente, llenando el vacío.

Grillos de campo y ranas arbóreas, el susurro de los animales del granero.

—¿Quieres un consejo o solo espacio para desahogarte? —pregunta finalmente.

Giro la cabeza sobre el respaldo de la silla para poder mirarla. Parte de la luz de la linterna que cuelga sobre la puerta del granero ilumina su rostro y llena los hoyuelos alrededor de su boca. Puede que se acerque a los setenta, pero siempre he pensado que parece joven para su edad. La lucha con sus manos, la pérdida del control que una vez tuvo, debe frustrarla de forma inimaginable. Todos los que crecen en una granja saben lo que es la muerte. Y, sin embargo, cuando pienso en perder a Em o a Henry, siento como si me arrancaran una parte de mí misma. Algo imposible de perder.

—Siempre agradezco tus consejos —digo.

La mecedora vuelve a crujir cuando ella le da otro empujón.

—Imagina que mañana Edward Gilbert te dice que le ha pedido matrimonio a otra chica y que ella ha aceptado.

Emito un suspiro.

—Vas directa al grano.

Se aleja de mí, su rostro ya no está iluminado por la luz. No puedo ver su expresión, pero imagino que está sonriendo. La tía Em tiene la mejor sonrisa del mundo. Como el azafrán cuando rompe la dura

corteza del invierno. El tipo de sonrisa que te hace pensar en calidez y fuerza.

—Continúa… —me anima.

Dejo que su escenario imaginario se desarrolle en mi cabeza. Edward dándome la noticia, yo sabiendo que nuestra relación ha terminado, que ya no tendré que esquivar sus propuestas.

Casi siento alivio.

Inspiro y luego espiro.

La tía Em se levanta. Sus movimientos son lentos, veo su espalda ligeramente encorvada antes de que se enderece por fin. Al pasar junto a mí, me da un apretón en el hombro.

—Es tu vida, Dorothy. Solo asegúrate de elegirla, sea cual sea.

Asiento moviendo la cabeza.

—Buenas noches, mi dulce niña —se despide.

—Buenas noches, tía Em.

Dentro de la casa, se apaga la luz y, unos segundos después, oigo cómo se cierra la puerta de su dormitorio.

Me empujo otra vez en la mecedora.

El viento se levanta y el polvo se arremolina en el patio.

Me levanto y entro en la casa, decidida a tomar una decisión por la mañana.

3

Dorothy



Unas manos fuertes me sacuden para despertarme.

Abro los ojos de golpe, pero solo veo oscuridad y oigo el aullido del viento. Tardo varios segundos en adivinar que la figura que se encuentra sobre mí es el tío Henry.

—¿Qué…? —empiezo a decir, pero él me interrumpe.

—Se avecina una tormenta. Voy a asegurar el granero. Métete en el sótano con Em. —Y luego se marcha.

Me siento y parpadeo a través de la neblina del sueño. No es la primera vez que me sacan de la cama para llevarme al sótano, pero a veces no es más que mucha lluvia y truenos. Odio pasar la noche en el agujero frío que hay debajo de la casa, rodeada de tierra.

No le tengo miedo a la oscuridad. Se trata simplemente de que no me gusta la incomodidad que me produce. Me gusta la calidez de mi cama, con sus sábanas color azul aciano y la gruesa colcha blanca que la tía Em y yo hicimos juntas el segundo verano que viví aquí.

Toto me ladra desde los pies de la cama. Está mirando por la ventana, con las patas traseras sobre el borde de la cama y las delanteras apoyadas en el alféizar. Mueve la cola. Ladra una vez, y

luego otra.

—Sí, sí —digo—. Ya me levanto. —Aparto la colcha y poso mis pies descalzos sobre el suelo de madera.

Sabiendo que hará frío en el sótano, me pongo unos calcetines y luego mis gastadas botas de cuero.

—¿Qué tal está el clima, Toto? —pregunto, todavía un poco aturdida, mientras me acerco a la ventana donde está él—. ¿Merece la pena meterse en el agujero?

Me mira por encima del hombro, sin dejar de mover la cola mientras el cristal vibra en el marco. Fuera, veo que la veleta en lo alto del granero gira sin parar. El gran roble junto al camino de entrada se balancea de un lado a otro con el viento agitado.

Las gotas de lluvia resbalan por la ventana mientras se acercan nubes espesas que auguran un aguacero.

El aire está cargado y es violento.

En el extremo del maizal, veo un destello de luz.

«Edward».

Las ráfagas de luz forman un patrón que se repite una y otra vez.

«Ponte a salvo».

—¡Dorothy! —grita la tía Em mientras corro hacia la mesita de noche y abro el cajón de un tirón.

—Un momento —respondo.

Cojo la linterna y vuelvo a la ventana mientras enciendo la luz. Luego la apago. Luego la vuelvo a encender.

«Y tú también», respondo.

La luz de Edward hace un movimiento en forma de X y luego se apaga.

Eso quiere decir «Te quiero».

Aprieto la linterna contra mi pecho, con el dedo sobre el interruptor.

En el exterior, la puerta del granero se abre de golpe. La veleta

cambia de dirección.

El cielo está adquiriendo un intenso tono morado.

Por la mañana, cuando pase la tormenta, le diré que sí a Edward.

Estaré a salvo con él. Me amará. Me cuidará. ¿Cómo podría desear algo diferente?

Siento un nudo en el estómago.

Toto corre hacia la puerta abierta de mi dormitorio y me ladra.

—Ya voy —digo y lanzo la linterna sobre la cama. Me pongo un jersey mientras corro tras él. Pero cuando lo alcanzo en el salón, sale disparado, atraviesa la puerta mosquitera y desaparece en la tormenta.

—¡Toto! ¡Vuelve aquí!

—¡Dorothy, espera! —grita la tía Em asomando la cabeza por la trampilla abierta. Lleva puesta la bata y el pelo cubierto con un pañuelo de seda—. ¡No es seguro!

No puedo dejar a Toto. No me importa lo peligroso que sea.

Empujo la puerta y enseguida me golpean el polvo y los escombros. Levanto el brazo para utilizarlo como escudo y salgo a la noche.

—¡Toto!

Se oye un ladrido a mi izquierda y lo sigo hasta el final del porche. Encuentro a Toto con la espalda rígida y el rabo levantado. Está ladrando a la noche.

—¡Tenemos que entrar! La tía Em nos está esperando…

El aire cambia.

Se me eriza el vello de la nuca. Toto gruñe.

Sigo su mirada y veo un ciclón que se abre paso a través del maizal de Gilbert.

El pánico se apodera de mi cuerpo y me cuesta respirar.

Los relámpagos destellan en el torbellino y la noche ruge como un tren de mercancías.

Pero hay algo diferente en esta tormenta. El tornado *brilla*.

—Toto —digo, pero mi voz se ve ahogada por el rugido del viento —. ¡Tenemos que entrar!

Me agacho y lo cojo en brazos, luchando contra el viento que atraviesa el porche mientras lo abrazo con fuerza contra mi pecho. Cada paso es agonizantemente lento. Las tablas traquetean contra sus fijaciones bajo mis botas. Una cede finalmente y sale disparada para pasar volando por delante de mi cara.

El cristal se rompe en algún lugar dentro de la casa. Echo un vistazo al granero, pero no veo a Henry por ninguna parte. También hay un sótano en el granero. Solo queda esperar que haya conseguido entrar.

—¡Dorothy! —grita la tía Em.

No puedo respirar lo suficiente como para responder.

El estruendo del ciclón se acerca.

Por fin veo el brillo metálico del pomo de la puerta. Alargo la mano hacia él justo cuando una caja de leche pasa volando y me golpea el brazo extendido. Mi jersey se rasga. Algo húmedo y cálido corre por mi antebrazo.

«Date prisa, Dorothy».

«Date prisa».

«Date prisa».

Podría morir aquí fuera.

Moriré si no entro.

Vuelvo a estirar el brazo, pero el viento es tan fuerte que pierdo el equilibrio y caigo de rodillas. Toto ladra y se retuerce entre mis brazos. Las lágrimas me inundan los ojos.

No voy a conseguirlo. ¿Por qué ha salido corriendo Toto? Nunca ladra cuando hay tormenta, no así…

La puerta se abre de golpe y la tía Em aparece en la penumbra.

—¡Coge mi mano!

Me invade una sensación de alivio. La agarro y ella lucha contra la tormenta, tirando de mí con todas sus fuerzas para meterme dentro.

—¡Quédate agachada! —grita mientras los extremos de su pañuelo de seda ondean atados alrededor de su cuello.

Una ventana se rompe y los cristales salen disparados por toda la sala de estar. La tía Em se agacha y se arrastra hacia el sótano.

La sigo de cerca.

—¡Ya casi estamos! —grita.

Podemos hacerlo. Lo vamos a conseguir.

La casa cruje como un barco luchando contra el océano.

La tía Em llega a la escalera del sótano y baja por los peldaños.

—¡Pásame a Toto!

Me arrastro boca abajo, cambiando a Toto entre mis brazos, pero de repente el mundo se sacude.

CRAC.

La luz parpadea.

Estoy en el aire, ingrávida, navegando hacia el techo. Entonces, ¡bum!

Me estrello contra el suelo y vuelvo a salir disparado hacia arriba.

La casa se inclina hacia un lado y yo resbalo por el suelo hasta quedar en posición vertical contra la pared opuesta.

La silla favorita del tío Henry se desliza por la habitación y me golpea las piernas. Toto ladra en mis brazos.

—¡Te tengo! —le digo—. ¡Aguanta!

El techo de yeso se agrieta y nos llueven trozos de escayola.

Me deslizo por la pared y me acurruco en posición fetal, usando mi cuerpo para proteger a Toto, que está metido dentro de mi jersey.

Me zumba la cabeza y siento presión en los tímpanos.

—Todo va a ir bien —le digo y respiro su aroma. Es picante y dulce. Muy propio de él. La tía Em siempre dice que tiene un olor extraño para un perro, como a roble quemado.

Ahora mismo es lo que me reconforta mientras el mundo da vueltas y vueltas.

«Por favor, déjame vivir».

«Por favor, déjanos sobrevivir a esto».

El techo se ondula como una ola. La grieta se extiende en forma de telaraña y luego una viga se parte por la mitad y atraviesa el yeso.

Y vuela directamente hacia mí.

4
Cleo



La Bruja del Este zigzaguea a través del campo lleno de campanillas de invierno, con el vestido levantado y agarrado con fuerza para no ensuciarse el dobladillo de la falda.

—¿Dónde fue? —le pregunta a Cleo con los ojos muy abiertos y enloquecidos.

Cleo nunca ha conocido la libertad.

Nacida bajo una luna de sangre, fue maldecida desde su primer aliento. O al menos eso es lo que le dijeron. Quizá esa sea la razón de que su madre la entregara a la bruja antes de que tuviera edad suficiente para hablar.

Sus primeros recuerdos son de desesperación.

Quería complacer a la bruja. Al fin y al cabo, se suponía que era un regalo (¿no?) y los regalos no deben molestar, irritar ni enfurecer.

«Mantente callada», se decía a sí misma. Tuvo que aprender esta regla sola, por instinto.

A Delphine, la Bruja del Este, le gustaba oírse a sí misma, por lo que la voz de Cleo debía permanecer en silencio.

Y ahora, como es de esperar, las palabras le fallan.

No está aquí por casualidad, justo al sur del camino de baldosas amarillas, en medio del campo de campanillas de invierno.

Pero, accidente o no, las instrucciones son vagas y los detalles confusos.

—Ahí —le responde y señala un punto al azar a la izquierda de Delphine.

La bruja refunfuña y se aleja enfadada.

El viento cambia de dirección y los viejos robles que rodean el campo crujen con desesperación.

Cleo escudriña el bosque, esperando.

Algunas noches, cuando por fin se quedaba sola después de que la bruja alcanzara un sueño profundo, drogada con aceite y borracha de *ozrum*, leía en voz alta para sí misma en la penumbra y el silencio, solo para recordarse que tenía voz.

Era fácil olvidar la forma de las palabras, la melodía de lo que parecían letras aleatorias unidas para formar esperanza, amistad y poder.

La esperanza parecía un cuento de hadas.

La amistad, una mentira.

El poder, una droga.

La mayoría de los días, se despertaba al amanecer para preparar el baño de la bruja y luego se ponía con su té. Delphine necesitaba el té para despejar la mente y ahuyentar la resaca. Y el baño de sal para aliviar el dolor en los huesos.

Tan pronto como la bruja terminaba de desayunar, Cleo lo limpiaba todo para preparar el almuerzo, luego la cena, otro baño, más medicamentos.

¿Sería suficiente alguna vez? No estaba segura.

Y, de todos modos, ¿importaba? Estaba maldita. Quizá la suya no era una maldición grande y terrible, pero una maldición es una maldición.

Solo necesitaba sobrevivir.

No creía que hubiera otra opción.

Al menos, hasta que la Bruja del Oeste le ofreció una.

Es bien sabido que las brujas de los puntos cardinales suelen estar enfrentadas entre sí y, desde dentro, Cleo conocía la verdad: Delphine temía a la Bruja del Oeste.

Oeste es más poderosa que Este. Eso significa que Delphine, en el fondo, sabía que no merece gobernar. Es una bruja de los puntos cardinales solo porque es maleable. Una sustituta.

¿Qué ha logrado Delphine en los años transcurridos desde la Gran y Terrible Guerra?

«Nada».

Sin ambición, Delphine solo puede pasar los días buscando una gratificación sin rumbo fijo. Y lo único que sabe hacer bien es aprovecharse de los frutos que ofrece su posición. Dinero, drogas, poder, pan y dulces. El Este es conocido como el granero de Oz y no hay escasez de placeres.

Y ahora la Bruja del Oeste está dispuesta y preparada para actuar contra ella.

Cleo no debería especular sobre los asuntos de las brujas de los puntos cardinales, pero no puede evitar preguntarse por qué el Oeste la ha elegido a ella.

Casi siempre, Cleo ha sido leal a Delphine, prácticamente hasta extremos inimaginables. Delphine puede haber sido una madre terrible, pero es la única figura materna que conoce y traicionarla nunca se le había pasado por la cabeza.

Pero, como ocurre en la mayoría de los golpes de estado, solo ha bastado el susurro adecuado en el momento adecuado.

Cuanto mayor se ha hecho Cleo, menos ganas tiene de obedecer. Todo empezó como una presión en el pecho una noche en la que Delphine decidió que Cleo la había mirado mal y que, por lo tanto,

debía quedarse despierta toda la noche fregando de rodillas el suelo de piedra.

Más adelante, esa presión se vio seguida por un crujir de dientes cuando Delphine le exigió que volviera a preparar el desayuno porque no estaba lo suficientemente caliente.

Luego, llegó la explosión.

Delphine le ordenó que lavara a mano cada una de sus veintisiete batas de seda antes del amanecer. Una tarea que a Cleo le habría llevado varios días.

Fue cuando perdió los nervios.

Le gritó a Delphine.

Las palabras no le salían bien y solo la mitad de ellas tenían sentido, pero estaba en racha y no podía parar.

Lo único que la detuvo fue una bofetada en la cara. El golpe sorprendió tanto a Delphine como a Cleo.

A pesar de toda su crueldad, de todas las cosas terribles que había hecho al Este y a las personas que lo habitaban en su interminable búsqueda de poder y relevancia, Delphine nunca le había levantado la mano.

Cleo se frotó la mejilla, en silencio.

Y Delphine, con las fosas nasales dilatadas, se dio la vuelta y se marchó furiosa. Quizá ese fue el principio del fin.

La presión volvió y no desapareció.

Cleo no estaba segura de cómo escapar de Delphine, pero estaba decidida a averiguarlo.

Nunca habría imaginado que sería la Bruja del Oeste quien le daría la solución.

¿Y cuál fue? Una pluma larga y estrecha que brillaba como una mancha de aceite.

La pluma pertenecía a un mono alado. La Bruja del Oeste se la entregó a Cleo y luego le dijo sin más que se la mostrara a Delphine.

Al ver la pluma, Delphine sintió que su frágil control sobre el poder se le escapaba. Si los monos alados, que pertenecían al Oeste, sobrevolaban el Este, estaban invadiendo su terreno, rompiendo las reglas, y ¿quién les ordenaría hacer tal cosa?

—Esa Bruja del Oeste, mala, narcisista y vanidosa. —Delphine apretó los dientes—. Enséñame dónde. —Ya están al sur del camino de baldosas amarillas, en medio del campo de campanillas de invierno. Tal y como había ordenado la Bruja del Oeste a Cleo cuando le dijo que ella se encargaría del resto.

—¿Aquí? —pregunta Delphine y deja caer la falda, extendiendo los brazos.

—Creo que sí —responde Cleo, porque ¿qué otra cosa puede hacer?

¿Cuánto tiempo debe entretenerla?

Entonces…

Llega un estruendo desde arriba. Le sigue un silbido agudo. Cleo y Delphine miran hacia arriba al mismo tiempo.

El resto, al parecer, es una casa que cae del cielo.

5
Dorothy



Cuando despierto, encuentro los restos del tejado apilados sobre mi cuerpo. Trozos de yeso y tablas rotas.

Inhalo aire, y mis pulmones emiten un silbido. El polvo me cubre la lengua y la garganta, lo que me provoca un ataque de tos, y las sacudidas me causan un dolor punzante en las costillas.

Por fin, consigo respirar hondo y logro llamar a Toto. El sonido de sus garras golpeando el suelo de madera proviene de algún punto a mi izquierda. Aparece en mi campo de visión, con el pelaje un poco revuelto, pero por lo demás intacto.

—Gracias a Dios que estás bien. —Mueve la cola.

Miro a mi alrededor y veo que la casa es un desastre total.

Casi todo está fuera de lugar. La mesa de la cocina está en la sala de estar. La silla favorita del tío Henry está volcada sobre la puerta cerrada del sótano. La cesta de la tía Em con sus ovillos de lana descansa en el fregadero de la cocina, y los ovillos están esparcidos por toda la habitación.

Una luz azul crepuscular se filtra a través de los restos irregulares de la ventana más cercana, bordeando el cristal con un plateado tono

medianoche.

¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? ¿Es de día o de noche? Es difícil saberlo y, si no supiera lo que sé, pensaría que la inquietante oscuridad es señal de que la tormenta sigue azotando las llanuras.

Trago saliva y hago un gesto de dolor al sentir la garganta irritada.

Agua. Necesito agua.

Mis movimientos son lentos y torpes, pero consigo apartar los escombros para poder sentarme erguida y luego uso la pared a mi espalda para ayudarme a ponerme de pie.

El mundo se balancea. Me zumban los oídos.

Cruzo la habitación hasta llegar al frigorífico y tiro de la manija metálica. En cuanto se abre la puerta, todo lo que hay dentro se derrama. El cristal se rompe a mis pies. La nata salpica el suelo. El repollo encurtido salpica las puntas de mis botas.

La jarra de agua ni siquiera llegó tan lejos. Está en el fondo del frigorífico, entre un montón de cristales rotos. Lo que quedaba de agua se derrama.

De repente, tengo la boca seca.

Intento abrir el grifo, pero no sale nada.

Voy al cuarto de baño con la visión borrosa. Siento un sordo latido en la cabeza y el repentino movimiento hace que el dolor se extienda hasta el espacio entre mis ojos.

Cuando por instinto me llevo la mano a la cabeza para darme un masaje, mis dedos se manchan de sangre medio seca.

—Genial —murmuro.

Me apoyo en la pared con una mano para mantener el equilibrio, entro en el cuarto de baño y miro mi reflejo en el espejo. Pero el vidrio está roto y mi imagen se multiplica en una docena de versiones diminutas de mí misma.

No me reconozco en ninguna de ellas.

Mi pelo se ha soltado de las trenzas. Tengo el labio partido. Un

moratón florece en mi frente, rodeando un corte profundo sobre el puente de la nariz.

He vivido en una granja el tiempo suficiente como para saberlo todo sobre las conmociones cerebrales. Cuando tenía siete años y estaba jugando en el granero, se me cayó un cubo lleno de leche en la cabeza. Fue la tía Em quien me diagnosticó una conmoción cerebral al decirle que el estómago me daba vueltas y tenía ganas de vomitar.

Reviso el resto de mi cuerpo. ¿Me siento mal?

Solo me duele la cabeza.

Bang. Bang. Bang.

Espera...

No es mi cabeza.

Regreso al pasillo y vuelvo a oír el ruido, esta vez en la cocina.

Viene de la puerta del sótano.

—¡Tía Em!

Corro de vuelta al salón y caigo de rodillas, tengo que luchar con la silla del tío Henry para poder apartarla. Una vez que la puerta queda libre, agarro la manija empotrada y la levanto.

—Estoy aquí, tía Em. Creo que la tormenta ha terminado y…

Hay un borrón blanco, una ráfaga de aire y luego una luz azul brillante.

Una mujer se abalanza sobre mí, salvaje como un animal.

—¿Te ha enviado ella?

—¿Qué coño…?

Retrocedo con rapidez y me quedo sentada sobre el trasero, pero ella va a por mí en un instante y pone las manos alrededor de mi cuello.

—¿Te ha enviado ella? —grita de nuevo.

Tiene los ojos muy abiertos y el pelo rojo enmarañado. Su aliento apesta a licor de maíz y tabaco rancio.

—Yo… no… —Intento articular alguna palabra, pero sus dedos

aprietan con más fuerza contra mi tráquea.

Se me nubla la visión. Pataleo con las piernas para intentar quitármela de encima.

—El Este es mi territorio —pronuncia, con las fosas nasales dilatadas.

El aire a su alrededor se vuelve azul como un relámpago.

—El Oeste no puede quedarse con él. ¡Es mío!

Toto ladra. La mujer mira hacia allí y se le escapa un grito de terror del fondo de la garganta.

Se echa hacia atrás y saca un palo del bolsillo del vestido.

—¡Fuera, bestia! —Lo agita hacia él. Toto sale volando hacia atrás y se estrella contra el baúl de cedro abierto de la tía Em. La tapa se cierra de golpe y la cerradura hace clic.

Toto sigue ladrando desde dentro, arañando la madera con las uñas.

—No sé quién coño eres ni cómo has entrado en nuestro sótano, pero ese es mi perro y él…

Me apunta con el palo y da dos golpes rápidos. En cuestión de segundos, me veo obligada a arrodillarme.

—Dime quién te ha enviado —insiste.

—¿De qué estás hablando? ¡Esta es mi casa!

—¡Y me ha caído encima! —Da vueltas por la habitación, mirando algunos de los cuadros de Em y uno de los retratos familiares enmarcados que, por imposible que parezca, sigue colgado en la pared.

Con ella de espaldas a mí, intento levantarme, pero es inútil. Es como si estuviera pegada al suelo.

—¿Quién eres? —pregunta cuando vuelve.

—¿Quién eres tú?

Arruga la nariz e inclina la cabeza a un lado, mirándome como si fuera un gusano ahogado que se ha colado en busca de una tierra

mejor.

—¿Quién soy? Soy Delphine, Bruja del Este, jefa de estas tierras donde tú y… —mira a su alrededor, haciendo una mueca ante la casa destrozada— tu casa decrépita habéis aterrizado. Así que dime tu nombre, chica, antes de que te lo arranque de la garganta.

Vuelve a apuntarme con el palo; tiene la muñeca flexionada, lista para golpear.

Tengo que estar sufriendo una conmoción cerebral. No hay otra explicación.

Esta mujer dice que es una bruja y esgrime un palo como si fuera una varita mágica.

¿Quizá solo tenga que seguirle el juego hasta que mi mente se recupere?

—Mi nombre —digo— es Dorothy Gale.

Delphine se queda tan inmóvil que resulta inquietante. Su expresión es indescifrable, pero los nudillos de la mano con la que aferra la varita están blancos.

Hay una tensión latente en el aire, similar a la de una tormenta que se avecina.

—Creo que sé quién te ha enviado —espeta, y luego vuelve a abalanzarse sobre mí.

ꕥ

Cuando la bruja choca conmigo, las dos caemos hacia atrás. Me golpeo contra la pared y el aire sale disparado de mis pulmones.

—¡Te mataré y luego los mataré a todos! —Levanta la varita y me pincha en el costado. El dolor me atraviesa las costillas y siento una presión creciente en el pecho. Es como si fuera a estallar por dentro.

¿Qué demonios me está pasando?

El dolor se extiende hacia fuera, llenando cada hueco, y mi instinto me grita que corra, que huya lo más lejos y rápido que pueda.

Pero esta es mi casa, ¿no? Merezco estar aquí.

Esta mujer no.

Clavo los pies en el suelo de madera y la empujo con todas mis fuerzas mientras las lágrimas nublan mi visión. La bruja tropieza hacia atrás. Aprieta los dientes con los ojos inyectados en sangre.

Quizá alguna vez fue hermosa, con su larga melena pelirroja y unas pecas salpicando su nariz fina y noble. Pero ahora mismo parece salvaje y desquiciada, y no sé cómo conseguir que se detenga.

Emite un grito y se lanza encima de mí otra vez. Me aparto rápidamente hacia un lado y entonces ella se estrella contra la pared.

Busco el objeto más cercano que encuentro: una de las viejas mantequeras de la tía Em, la que tiene una grieta en el centro, que ahora solo sirve para guardar hilo. La agarro por la abertura y la balanceo.

¡Zas!

La mantequera golpea a la bruja en la cara y el impulso la hace girar. Comienza a sangrar por la boca.

Comprueba el estado de su mandíbula, flexionándola, y escupe una muela, que rebota en el suelo.

—¡Cómo te atreves! —Se tira hacia delante y me da un golpe en la cara con el dorso de la mano.

Veo las estrellas.

Avanzo como puedo y me golpeo contra la encimera de la cocina al buscar a tientas un arma. Algo. Cualquier cosa.

Me tambaleo sobre mis pies.

La mujer me agarra del camisón y tira de mí, con lo que consigue hacerme girar.

Mis dedos encuentran un objeto sólido. Lo agarro en el último segundo, sin importarme lo que sea.

Lo balanceo hacia abajo.

El objeto hace contacto al instante. Sé inmediatamente lo que es.

El tío Henry me enseñó desde pequeña a matar cerdos. Algunos inviernos, matar algún animal de la granja era la única forma de sobrevivir.

Y conozco el sonido exacto que hace una hoja cuando se hunde en la carne.

Los ojos de la mujer se agrandan de una manera imposible. Y comienza a sangrar por el cuello, donde el mango del cuchillo de carnicero sobresale de su pálida carne.

El color carmesí oscuro corroe el blanco de su vestido.

Mueve los labios, como si intentara articular algunas palabras, pero solo se oye el sonido de la sangre llenándole la tráquea.

Se aferra a mí, arañándome el camisón con las manos. La sangre que brota de la herida me salpica la cara y me mancha el pecho.

Cae sobre mí y tropezamos al atravesar la puerta mosquitera rota, lo que nos hace trastabillar por el porche delantero. Sus dedos son como garras que se clavan en mí, y el horror de lo que he hecho provoca que el mundo me dé vueltas y se me revuelva el estómago.

Caemos juntas al jardín y mis pies se enredan en la hierba alta.

Nos quedamos en el suelo. Ella no es más que un peso muerto y yo parpadeo mirando al cielo, respirando de forma entrecortada y rápida.

¿Estoy a salvo?

¿Está muerta?

«La he matado».

Los segundos pasan y ella no se mueve. No respira.

Creo que lo he hecho.

Creo que la he matado.

El horror se apodera de mí.

La empujo y me pongo a cuatro patas, y cuando por fin consigo ponerme de pie, me doy cuenta de que tengo público. Y no es ni una, ni dos… personas. Al menos sumo una docena. Que me miran con la

boca abierta y los ojos como platos. Están de pie bajo un cielo oscuro bordeado de plata nocturna.

—Ha matado a la bruja —dice uno de ellos.

—Somos libres —grita otro.

—¡Salve a la gran hechicera! —grita un tercer hombre.

Gritan de alegría, con los puños en alto hacia el cielo.

—¿Qué coño está pasando? —grito.

6
Cleo



Hay sangre por todas partes y el campo de campanillas de invierno al sur del camino de baldosas amarillas está lleno de gente celebrando lo que acaba de ocurrir.

«Su liberación».

Cleo está de pie junto al cuerpo de la bruja. No puede apartar la mirada, por miedo a que la bruja esté fingiendo. Porque si está fingiendo, la matará del todo. Acabará con ella por haberla llevado a este lugar donde una casa cayó del cielo.

Cleo pensaba que la casa estaba destinada a matarla, pero cuando la voz aguda de Delphine se filtró a través de la ventana rota, notó que se le hundía el corazón.

Hasta que la chica…

La chica está de pie en medio del campo, empapada en sangre.

¿Quién es?

Tiene el pelo castaño oscuro y lleva un camisón blanco con flores rojas. O lo serían si no estuviera bajo la maldita oscuridad que cubre la tierra de Oz desde la Gran y Terrible Guerra.

Desde entonces, todo está siempre bañado por un azul plateado y

la chica no puede escapar de la maldición. Nadie puede.

Ha dicho que se llama Dorothy. ¿No es eso lo que ha oído?

Dorothy Gale.

Ese nombre no significa nada.

La expresión que ve en el rostro de Dorothy le transmite que es como si estuviera molesta por haber tenido que quitar una vida.

Cleo se vuelve hacia la bruja.

Sus ojos abiertos parecen mirar fijamente al cielo. No se ha movido desde hace varios minutos y el cuchillo continúa clavado en su cuello, desde donde se ha derramado toda la sangre de su cuerpo.

¿Estará realmente muerta?

¿Cómo ha conseguido esa chica matarla con solo un cuchillo de cocina?

No hay nada mágico en el arma ni en la chica.

Salvo por su indiferencia al haber asesinado a alguien en camisón.

Cleo da un paso adelante. En Oz, es bajita, pero al estar junto a Dorothy, se siente más pequeña, aunque la chica solo le saca unos centímetros.

Tiene que resistir el impulso de caer de rodillas para suplicar.

«Inclínate —parecen decirle sus rodillas—. Inclínate y muestra respeto».

«No», piensa Cleo y bloquea las piernas.

Nunca más.

—¿Qué está pasando? —pregunta Dorothy de nuevo. Mira a los habitantes del Este que se agolpan detrás de Cleo. Son hombres y mujeres del campo, granjeros. Deben de haber venido al oír el estruendo provocado por la caída de la casa.

«¿Qué está pasando?».

Es un comienzo. Es un final. Una traición, un castigo.

Todas estas palabras se agolpan en su cabeza. No está segura de saber cómo pronunciarlas. Aprendió sola a leer, a pronunciar las

palabras, y no siempre le salen bien.

Pero la chica la mira expectante, esperando mientras la sangre gotea de sus manos.

Tiene que decir algo.

Cleo se aclara la garganta y habla.

—Nos has salvado. La bruja está muerta —pronuncia con voz temblorosa.

7

Dorothy



No es momento de entrar en pánico… todavía.

No, en realidad, sí está a punto de darme un ataque de pánico. Acabo de matar a alguien.

Alguien que me ha atacado. En mi propia casa.

Puedo oír la voz de la tía Em en mi cabeza. «Respira hondo. Inspira y espira».

Cierro los ojos y tomo aire profundamente, luego vuelvo a exhalar.

Tuve el primer ataque de pánico el verano en que cumplí trece años. Fue Em quien me ayudó a superarlo. No sabía qué hacer con esa vibración creciente en mi garganta, ni con el calor que me subía por la columna, ni con la sensación de que mi cabeza daba vueltas, mis pensamientos se arremolinaban y mi cuerpo se contraía.

Me había invadido una necesidad imperiosa de correr, pero no tenía a dónde ir.

Em me tomó de la mano y su calor se extendió por todo mi cuerpo.

«Aquí mismo. Concéntrate en mí y en tu respiración. Te tengo. Estás a salvo», me dijo.

A veces, tenía pesadillas en las que corría, tratando de llegar a

casa, pero el hogar siempre estaba fuera de mi alcance. Me despertaba gritando y Em estaba allí.

Pensaba que ya había superado los ataques de pánico. Han pasado los años.

Respira. Estás a salvo. ¿De verdad?

Me alejo unos pasos del cuerpo de la mujer que me ha atacado.

Aún no puedo mirarla.

No puedo enfrentarme a lo que he hecho. Estoy bien. Por ahora.

Quiero huir.

No sé a dónde correr.

«Recupera la compostura», me diría Em.

Estoy en medio de un campo con una valla de madera que lo recorre en toda su longitud. A lo lejos se ve como si fuera de día, aunque el cielo está oscuro. Hay un silencio en el mundo que me recuerda a la nieve que cae lentamente, como si la espesa oscuridad que hay sobre mi cabeza se hubiera tragado todos los sonidos o los hubiera aplastado hasta hacerlos casi inaudibles.

Mi respiración vuelve lentamente a su ritmo normal. Mi corazón deja de latir con fuerza en mis oídos.

Iremos paso a paso.

—¿Qué tipo de oscuridad es esta?

Uno de los hombres da un paso adelante. Tiene el pelo corto y negro, ojos oscuros y lleva un mono con parches de todos los colores del arcoíris cosidos en él.

—Es por la Gran y Terrible Maldición; una nube oscura se posó sobre la Tierra hace muchos años.

—Entonces, ¿es de día? —Lo miro y él asiente moviendo la cabeza.

¿Hasta dónde me ha llevado el ciclón y cómo puedo volver a casa con Em y Henry?

Me vuelvo hacia la multitud. Otro hombre se adelanta y los demás se callan. Este mide casi metro ochenta, tiene barba incipiente y una

serie de tatuajes en la mano izquierda. Parecen letras, pero, si lo son, pertenecen a un idioma que no conozco. Con la mano tatuada, se echa el pelo hacia atrás, pero las puntas se le rizan, desafiándolo.

Lleva una camisa vaquera con los dos botones superiores desabrochados lo que deja ver un poco de vello. Tiene los hombros anchos y los brazos gruesos y fuertes.

—Hola… —empiezo—. ¿Podría decirme…?

Hinca una rodilla en el suelo.

La multitud reunida detrás de él lo imita hasta que todos están arrodillados.

—¿Por qué os incliná is? ¿Qué está pasando?

—Oh, gran hechicera —dice el hombre—. Nos habéis liberado de la Bruja del Este, que nos tenía sometidos desde la Gran y Terrible Guerra y os debemos nuestras vidas y nuestro agradecimiento. Me llamo Mathian y soy un orgulloso habitante del Este.

Un segundo hombre está inclinado junto a Mathian. Es más alto, de piel más oscura y con el pelo rapado al cero. Lleva una túnica bordada de lino suave, que tiene el cuello adornado con flores de colores.

—Soy Aakin y yo también soy un orgulloso ciudadano del Este. Os debemos mucho.

Vuelve ese dolor sordo detrás de mis ojos y me presiono el puente de la nariz para intentar que desaparezca.

Nada de esto tiene sentido.

—No soy una hechicera —respondo—. Y no creo en las brujas.

—Ahí hay una —dice Aakin y señala con un movimiento de cabeza a la mujer ensangrentada a mi espalda—. Ella era bruja. Vuestra casa ha caído sobre ella.

—Y luego la habéis matado. —La voz suave y tranquila proviene de detrás de mí. Me doy la vuelta y miro a la mujer bajita y con curvas. Su cabello oscuro está cortado a la altura de la barbilla. Unos

brillantes ojos azules me miran entre unas pestañas larguísimas.

Aún no se ha arrodillado. No sé qué pensar de eso. ¿Ocupa una posición más importante que los granjeros?

Lleva un sencillo vestido de algodón con delicados botones en el corpiño. Mantiene el cuello rígido, la misma cualidad que describe su lenguaje corporal.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Cleo, oh gran hechicera.

—Tienes que dejar de llamarme así.

Mathian se pone de pie.

—Pero habéis matado a la bruja, hechicera… señorita. Son inmortales.

Echo un primer vistazo al cuerpo acurrucado en la hierba, rodeado de una luz plateada. A mí me parece bastante muerta. Acabar con ella ha sido fácil. Lo difícil es esta parte, las consecuencias.

Lloré la primera vez que ayudé a matar un cerdo. Ya le había puesto el nombre de Sylvester. Solo llevaba unos meses en la granja, pero me parecieron años.

El sonido de sus chillidos me persiguió en sueños durante más de un año. La vida en una granja es brutal e implacable.

—No quería matarla —confieso a la multitud—. Fue ella quien me atacó. Solo intentaba defenderme.

—Por supuesto, hechicera…

—Dorothy —corrijo.

—Hechicera Dorothy —tantea Aakin—, la Bruja del Este hizo que no fuera fácil quererla.

Mathian suelta una risita nerviosa.

—No dirías eso si ella estuviera viva.

—Desde luego que no. —Aakin se ajusta el cinturón sobre la túnica y se ríe con su amigo.

Me sorprende un poco lo alegre que se muestra este pueblo con

respecto al cuerpo que yace detrás de mí. ¿Era realmente tan horrible?

Supongo que me atacó. Y no escuchaba nada de lo que le decía, casi parecía un animal salvaje sediento de sangre, sus acciones no tenían lógica alguna. Quizá si se hubiera detenido un minuto y me hubiera dejado hablar, podríamos haber llegado a un entendimiento. Ella estaría viva y yo no sería una asesina.

Pero, por otra parte, esta gente no estaría celebrando tan feliz haberse librado de una bruja imposible de matar.

¿En qué me he metido? O mejor dicho, ¿en dónde he caído?

Miro al cielo oscuro. No hay mucho que ver, salvo una negrura ondulante bordeada de azul plateado. Nada puede ayudarme a que me oriente. Podría estar en Kansas, en Misuri o en California.

—¡Que coja las zapatillas! —grita una voz entre la multitud. Me vuelvo hacia el gentío.

—¡Sí! —coinciden varios—. ¡Las zapatillas mágicas!

—¿Qué zapatillas? —pregunto.

Mathian se acerca a la bruja y le arranca los zapatos de los pies. Sus piernas muertas caen de nuevo al suelo con un golpe sordo. Y tan pronto como le quitan los zapatos, su cuerpo se encoge y se convierte en polvo.

Parpadeo varias veces para aclararme la visión, pero el montón de cenizas permanece allí. Ninguno de los habitantes del Este parece molesto al ver que el cuerpo se ha convertido literalmente en cenizas.

Nunca he estado en California, ni en Misuri, pero algo me dice que he ido mucho mucho más lejos.

—Ahora son vuestros, hechicera Dorothy. —Mathian inclina la cabeza y me tiende las zapatillas estirando los brazos.

El diseño me recuerda a unas zapatillas de ballet con un pequeño tacón. Parecen estar hechas de cuero suave, pero brillan como la

plata incluso sin la luz del sol.

Son el tipo de zapatillas que se usan para un disfraz de Halloween. O para una obra de teatro.

Nunca he tenido nada tan elegante.

—No voy a quedarme con los zapatos de una muerta.

—No son zapatos normales —explica Aakin.

—Son unas zapatillas poderosas —añade Mathian—. Están encantadas. Llenas de magia.

Me río.

—Magia, claro.

—Sí. —Mathian se las pasa de una mano a otra y las zapatillas brillan.

—¿Qué tipo de magia? —pregunto.

Todos se miran entre sí.

Mathian frunce el ceño.

—Bueno… no lo sabemos.

Por supuesto que no.

—Creo que estoy perdiendo la cabeza.

—No temáis. —Aakin da una palmada—. Hoy habéis llevado a cabo una gran hazaña. Que los Dioses de los Puntos Cardinales os bendigan, si es que regresan a nosotros.

Me froto la cara, olvidando que todavía estoy cubierta de sangre. Parte de ella me mancha las mejillas. Refunfuñando, uso la manga de mi camisón para limpiarla, pero no estoy segura de que sirva de mucho. La prenda también está cubierta de sangre.

—Tengo que volver a casa con mis tíos —digo y miro a mi alrededor, buscando algo que me resulte familiar—. ¿Cómo llego hasta allí?

—¿Dónde está vuestra casa? —pregunta Mathian.

—En Kansas.

Aakin se mete las manos en los bolsillos del pantalón y se encoge

de hombros con desgana.

—Oz está rodeado por todos los lados por un desierto infranqueable. Si vuestra Kansas está más allá del desierto, no conocemos ninguna forma de llegar hasta allí.

—¿Qué es Oz?

—Esto es Oz, hechicera. —Con la mano libre, Mathian extiende el brazo y hace un gesto grandilocuente—. Todo esto es Oz. Estáis en medio de él.

—Nunca he oído hablar de Oz. ¿Está en Oklahoma? —Me miran parpadeando—. ¿Quizá en Nebraska?

Mathian niega con la cabeza.

—Solo existe Oz.

Me alejo para pensar, con las manos en las caderas. La tía Em estará muy preocupada. El tío Henry no dormirá hasta que me encuentre. Y si alguno de los dos ha resultado herido en la tormenta…

Si la casa se ha desprendido de sus cimientos, es probable que el granero también haya sufrido daños. Habrá que comprobar el estado de los animales y hacer las reparaciones necesarias.

Tengo que volver a casa.

—¿Hay alguien más aquí que sepa algo de geografía? —Me giro hacia los granjeros y veo a Cleo de pie a pocos centímetros detrás de mí.

Doy un salto hacia atrás, sobresaltada. No ha hecho ningún ruido.

—Será mejor que cojáis las zapatillas. El poder os pertenece por derecho. —Maldiciones, brujas, varitas y zapatillas mágicas.

—¿Qué lugar es este, Cleo? —Noto la ansiedad en mi voz, la súplica vacilante. Quiero que me dé una respuesta que tenga sentido.

—¿De verdad no lo sabéis? —Sus cejas oscuras se fruncen sobre sus ojos. Me estudia como si fuera un misterio que desea

desesperadamente comprender—. Coged las zapatillas. Daos prisa.

Es la urgencia en su voz lo que finalmente me hace moverme.

Alargo la mano hacia los zapatos y, justo cuando mis dedos rozan el cuero suave y brillante, el aire crepita a mi lado y unas manos pálidas se extienden a través de un destello de luz.

—Yo me las quedo —dice una voz, y le arrebatan las zapatillas a Mathian.

8

Dorothy



Cleo deja escapar un grito de sorpresa y, acto seguido, se postra de rodillas.

Observo que está arrodillada, con la cabeza gacha y los hombros encorvados.

Si se agachara más, besaría el suelo.

Aakin y Mathian la imitan rápidamente.

—Buenas noticias para vos, Bruja Buena del Norte —dice Mathian.

La luz dorada se arremolina alrededor de la figura mientras sale de la brumosa luminosidad.

Una mujer toma forma lentamente.

He leído muchos cuentos de hadas, tanto de niña como de adulta. No hay nada que me guste más que un hada madrina. Son personajes que presagian bendiciones y buena suerte.

Esta mujer va vestida como una, con un vestido acabado en una falda ondulada y un corpiño perfectamente ajustado a su cuerpo. En la tela, brillan diamantes con forma de estrellas.

Solo hay un dato incongruente en ella: es más joven que yo. Apenas aparenta veinte años.

—Queríamos saludaros —interviene Aakin, con la cabeza todavía inclinada hacia el suelo—. Por favor, aceptad nuestras disculpas.

La mujer esboza una sonrisa forzada. Su atención se centra en mí e inmediatamente siento ganas de esconderme.

Conozco la sensación de ser examinada, de ser evaluada como si fuera una competidora.

La tensión llena el espacio entre nosotros, lo que me recuerda al sutil cambio que se produce en la granja cuando se introduce un nuevo toro en el rebaño.

—No te preocupes —dice la mujer y finalmente aparta la mirada de la mía.

Relajo los hombros y suelto un suspiro.

—¡He llegado justo a tiempo! —Levanta las zapatillas—. No podemos permitir que algo tan poderoso como esto caiga en manos equivocadas. Es mejor que me las lleve…

Las zapatillas desaparecen en una espiral de humo.

La mujer abre la boca y mira a su alrededor.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunto por enésima vez. Está claro que sufro una conmoción cerebral. Debo estar delirando.

La multitud murmura entre susurros.

La mujer se ríe, pero es difícil no notar el nerviosismo en su voz.

—¡Qué resbaladizas son! Estoy segura de que pronto volverán a aparecer.

—Lo siento… —comienzo—. ¿Quién eres exactamente?

La mujer da un paso adelante. Sus movimientos son exagerados y elegantes, como los de una bailarina. Es tan alta y delgada que, sin duda, tiene el físico adecuado, pero hay una energía vibrante en ella, algo que se percibe bajo la superficie que parece apresurado e impaciente.

—Soy Lacosta. —Me tiende la mano, con los nudillos hacia arriba y los dedos hacia abajo—. La Bruja Buena del Norte.

Me mira expectante.

¿Se supone que debo besarle los nudillos?

—Encantada de conocerte —respondo y le estrecho los dedos.

No voy a besarle los nudillos.

Sus cejas perfectamente arqueadas se fruncen sobre unos ojos color avellana. Parece que estoy desafiando sus expectativas.

—Yo soy Dorothy —continúo—. La chica buena de Kansas.

Cleo resopla y se tapa la boca. Aakin se encoge de hombros como si intentara no reírse.

La bruja me mira con el ceño fruncido.

Detrás de ella, el cielo oscuro se vuelve más oscuro y algunas de las farolas que marcan el perímetro de la valla cobran vida. La luz dorada ahuyenta el brillo del sombrío tono azul medianoche, y los diamantes del vestido de Lacosta emiten docenas de destellos intensos.

El viento cambia de dirección.

—Hablando de Kansas… —Lo saco a colación porque me gustaría seguir adelante—. Tengo que regresar allí. ¿Sabes cómo puedo encontrar el camino de vuelta?

—No conozco ese Kansas del que hablas, pero ¿sabes quién podría decirte algo? —dice después de lanzarme una intensa mirada.

—¿Quién? —pregunto porque sé que debo hacerlo.

—El gran y poderoso Mago de Oz.

Por el rabillo del ojo, veo cómo cambia el comportamiento de la multitud. Se retraen visiblemente, se encogen, como un trozo de papel al que han prendido fuego.

Lacosta se interpone rápidamente entre ellos y yo, bloqueando mi campo de visión.

—No hay nadie más poderoso que el Mago de Oz. Estoy segura de que él tendrá las respuestas que buscas.

Bien, ahora hemos añadido magos a la mezcla. ¿Qué vendrá a

continuación? ¿Animales que hablan?

—¿Cómo puedo llegar hasta este… mago?

La bruja se gira y señala un campo que apenas se divisa.

—Sigue el camino de baldosas amarillas hacia el Oeste. Te llevará a la encrucijada, el centro mismo de Oz. Desde allí, ve hacia el Sur, siguiendo las indicaciones hacia la Ciudad Esmeralda.

—¿Está lejos? —pregunto.

—Muy lejos —responde Mathian—. Y es muy peligroso.

—Eso es un poco exagerado —le resta importancia la bruja. La esquivo para hablar con los demás.

—¿Por qué?

—El bosque está repleto de bestias —explica Aakin gesticulando con las manos—. Algunas son grandes. Otras pequeñas. Otras difíciles de detectar.

—Y está la Bruja del Oeste —dice Mathian.

—¿La qué?

—La mala —añade Aakin.

—Y el hombre sin corazón —murmura Cleo.

La miro. Se le ha caído un mechón de pelo hacia delante y se le ha pegado a la comisura de la boca. Se lo aparta y evita mirarme a los ojos.

—¿Quién?

—El Hombre de Hojalata. —Es Aakin quien responde.

—Es el peor de los mercenarios de Oz —añade Mathian—. No tiene corazón, ya veis. —Aakin se da un golpecito en el pecho—. Más os vale manteneros alejada de él. Os matará si os interponéis en su camino.

—¿Hay alguna otra ruta para llegar hasta el mago? ¿Quizá otro camino?

—No hay otro camino. —Lacosta se adelanta, pero se detiene al oír ladridos.

La multitud se queda paralizada.

Los ladridos suenan cada vez más cerca.

—Es Toto —explico—. Es solo un perrito —añado, porque empiezo a dudar de que esta gente sepa lo que son los perros, dada la forma en que reaccionan.

Toto aparece en la puerta mosquitera rota y ladra al grupo.

—No os hará daño… —empiezo a decir, pero los demás se dan la vuelta y echan a correr gritando.

—Buena suerte, Dorothy de Kansas. El mago, no lo olvides. ¡Busca al Mago de Oz! —Lacosta hace un gesto apresurado con la mano y desaparece en un destello de luz.

De repente, me encuentro sola, aturdida.

Toto se acerca trotando y olisquea el montón de polvo que hace unos instantes era una mujer adulta. Una bruja nada menos.

Gime.

—Si te tienen miedo a ti —digo—, quizá las bestias del bosque no sean tan malas. Quizá solo sean ardillas.

Él me ladra.

—¿Cómo has logrado salir del baúl de Em? —pregunto.

Ladra dos veces. Siempre ha sido muy hábil para entrar y salir de lugares inesperados. El primer verano que apareció en la granja, se escapaba de casa y aterrorizaba a las gallinas toda la noche, así que Henry le construyó una jaula. A la mañana siguiente, lo encontramos en el corral ladrando al rebaño.

—No importa —continúo—. Me alegro de que estés bien. Vamos.

De vuelta a la casa, me dejo caer en la silla del tío Henry, que está en medio de la cocina. La tela desgastada huele a él, a tierra removida y a puros viejos.

¿Habrán sobrevivido él y la tía Em a la tormenta? ¿Estarán bien? La preocupación me corroe.

Toto salta a mi regazo al sentir mi creciente ansiedad, y se acurruca

haciéndose una bola. Mueve las orejas como si estuviera escuchando lo que pudiera haber más allá de la casa, aunque yo solo oigo el suave gorjeo de los pájaros. Un sonido discordante en esta oscuridad impenetrable.

—Tengo que volver a casa, Toto. —Golpea el brazo de la silla con la cola—. ¿Debería seguir el consejo de la bruja? —Le rasco debajo de la barbilla—. ¿O tal vez debería quedarme aquí y esperar a que alguien venga a buscarme? —Vuelve a mover la cola—. Me preocupa un poco que ya no estemos en Kansas.

Levanta la cabeza y me mira entre parpadeos. Le caen sobre los ojos varios mechones de pelo oscuro y áspero, así que se los aparto, deseando poder oír sus pensamientos.

Su expresión ha cambiado. Es menos hostil, más consternada.

El pánico amenaza con volver a apoderarse de mí, así que cierro los ojos, hundo los dedos en el pelaje de Toto y respiro.

La tía Em siempre me ha servido de ancla, pero es Toto quien me hace sentir… no sé… completa.

Tengo que volver a casa. Debo salir de este lugar. Y si la única manera de hacerlo es buscando y encontrando al llamado mago, supongo que eso es lo que tengo que hacer.

Levanto a Toto de mi regazo y lo siento en el asiento de la silla de Henry. Se acomoda sobre sus patas traseras y me mira con sus ojos omniscientes.

—Tenemos que hacer algo. —Mueve la cola de un lado a otro—. No voy a quedarme aquí sentada esperando a que alguien venga a rescatarnos. Voy a hacer las maletas y nos iremos a la Ciudad Esmeralda.

Toto ladra.

—Descansa mientras puedas. Sospecho que será un largo camino y tus piernas son cortas.

Gruñe y luego ladra.

—¿Qué? Sabes que es verdad.

Arruga el hocico, le tiemblan los bigotes y luego da vueltas en círculo antes de acurrucarse hasta convertirse en una bola.

Examino los escombros de la casa en busca de una bolsa.

Lo único que veo es la cesta de mimbre de la tía Em. Abro la tapa de madera y empiezo a meter comida. La tía Em siempre tiene a mano nueces saladas y carne seca, y encuentro ambas cosas exactamente donde deberían estar.

Luego busco por el resto de la casa; veo una manzana que ha rodado detrás de la cocina de leña y un bollo horneado entre la pared y el paragüero. Por último, reviso el armario de Em, donde guarda las cebollas y las patatas.

Pero cuando abro la puerta, algo metálico brilla en su interior. Las zapatillas de plata.

—Son unas cositas muy resbaladizas. —Las cojo y las saco de las sombras, mientras espero que vuelvan a desaparecer.

Pero no lo hacen.

Cuando el suave cuero está al alcance de mi mano, siento un calor que se extiende por mis brazos.

—¿Qué te parece, Toto? ¿Crees que son mágicas?

Él gruñe, se estira y luego asoma la cabeza por el brazo de la silla. Ladra una vez, como para decir que le gustan.

Mis botas de cuero marrón estaban hechas para trabajar en el campo, no para una larga caminata.

Estos zapatos son suaves y flexibles en mis manos, con suelas gruesas y acolchadas.

Supongo que podría probármelas y ver si me quedan bien.

En la mesa de la cocina, le doy la vuelta a una de las sillas de madera y me siento en el borde del asiento para desatarme la bota izquierda. Decido dejarme los calcetines puestos por si acaso hace frío en Oz.

Dejo la zapatilla en el suelo y deslizo el pie dentro.

Esa misma calidez me recorre la pantorrilla, sube por el muslo y luego me inunda todo el cuerpo.

Contengo el aliento sorprendida y dejo que el calor se instale en mis venas.

La sensación no es muy diferente al placer que siento cuando estoy con Edward en los pajares.

Todos los huesos, todas las articulaciones se relajan, todos los dolores y molestias desaparecen.

Me quito la otra bota y me pongo la segunda zapatilla, luego doy una vuelta por la casa para probarlas.

—Dios mío, son divinas. —Son mucho más cómodas que las botas. Nunca he tenido unos zapatos como estos. Nunca nos ha sobrado el dinero para cosas tan frívolas—. Creo que podría caminar cien kilómetros con ellas, Toto, y no cansarme nunca.

Con las patas delanteras sobre el brazo de la silla de Henry, mueve la cola de un lado a otro, con la lengua colgando por un lado de la boca. El pelo le tapa los ojos. Necesita un corte y sigo posponiéndolo. Quizá cuando lleguemos a casa…

«¿Estás lista para el viaje?», parece decir con su ladrido.

Miro mi camisón manchado de sangre.

—Claro. Si voy a conocer a un mago grande y poderoso, no debería parecer que acabo de asesinar a alguien, aunque lo haya hecho. Voy a cambiarme.

Ya en mi dormitorio, cojo el vestido a cuadros azules y blancos que está colgado en el gancho junto a la puerta. Me deshago rápidamente del camisón y lo lanzo al suelo; luego me pongo el vestido. Es la prenda más bonita que poseo, y la ha confeccionado tía Em con sus propias manos.

Ya en la sala, doy una vuelta delante de Toto.

—¿Mejor? ¿Estoy presentable? ¿He dejado de parecer una asesina

de brujas y solo soy una chica que espera encontrar el camino a casa? —Él ladra en señal de acuerdo. Recojo la cesta—. Vamos, entonces. En busca de un mago, supongo.

9

Cleo



Cleo no puede quedarse quieta en los pasillos vacíos del castillo de Delphine.

¿Acaso sabe lo que es la quietud? ¿O el descanso?

Se siente mal consigo misma, como si su piel estuviera cubierta por una película que quisiera quitarse.

Durante la mayor parte de su vida, ha tenido deberes y alguien que le exigía que los hiciera.

Ahora, sin nada que hacer y sin nadie que le dé órdenes, solo hay esto… quietud… vagar… inquietud.

La energía le vibra en la garganta.

Dobla la esquina de un pasillo. El polvo se arremolina a la luz parpadeante de las velas. Sus pasos resuenan en las paredes de piedra.

La energía le golpea la parte posterior de la garganta. Gira la siguiente esquina.

Le zumban los oídos y le arden los ojos. Llega a otra esquina.

Otra más.

La presión en el pecho comienza a convertirse en dolor. Acelera el

paso.

Otra esquina más.

Entra en una habitación y se queda paralizada.

Allí están las zapatillas de Delphine tiradas en el suelo, el vaso de *ozrum* a medio beber, una rebanada de pan sobrante.

No. No. Esa habitación, no. Otro pasillo.

Otra habitación.

La bata de seda de Delphine colgada sobre una silla. Las lágrimas le nublan la visión.

Se le escapa un gemido.

Baja las escaleras. Empieza a correr.

La brisa se cuela por las grietas de la piedra. Las llamas de las linternas se apagan.

Nota el fuerte latido del corazón en los oídos. Entra en una sala.

Delphine está allí con una botella de *ozrum* en la mano.

—¿Dónde has estado? —pregunta la bruja.

Cleo cierra los ojos con fuerza y lanza un grito. El sonido inunda la habitación.

Llena las grietas de las paredes.

Se deja caer de rodillas y aprieta los labios. El mundo vuelve a quedarse en silencio.

Una risa burbujeante sustituye al grito y pronto se vuelve histérica, sollozando y riendo a la vez.

Se siente aterrorizada y libre, y le aterroriza ser libre. ¿Y ahora qué?

Cuando sus risas se apagan, la quietud vuelve a inundarlo todo como la marea llenando las pozas de las rocas.

La Bruja del Este está muerta, pero la ve en todas partes, en cada rincón del castillo, acechándola como un fantasma.

Se levanta. Coge uno de los abrigos de Delphine, uno de lana negra con solapas superpuestas en color rojo y blanco. Tiene una capucha profunda y, cuando se la pone, se siente extrañamente

poderosa.

Un escalofrío le recorre los hombros.

Se quita los zapatos y se calza unas zapatillas de seda de Delphine. No son mágicas, por supuesto. De esas solo hay un par.

—Oh… —murmura en el silencio al levantarse.

Las zapatillas están muy acolchadas y le quedan perfectamente. Como si estuvieran hechas para ella.

Delphine posee un armario lleno de zapatillas de seda que casi nunca se ponía, por miedo a perder de vista las zapatillas mágicas.

La idea de que todos esos zapatos tan cómodos estuvieran acumulando polvo mientras los de ella tenían años y estaban gastados le provoca una rabia interior que le hace arder los ojos. A continuación, prepara una maleta: comida, ropa de abrigo, la varita de Delphine y lo único que puede considerar suyo: un prisma arcoíris con forma de gato. Es lo único que le dieron cuando era niña, lo único que le permitieron conservar.

Va a la entrada del castillo.

Nunca se le permitió entrar y salir por la puerta principal a menos que estuviera con Delphine.

Duda durante una fracción de segundo, se queda con la mano suspendida sobre la palanca de hierro forjado, como si esperara que la voz chillona de la bruja la llamara desde la habitación contigua.

Pero no hay nada. No hay nadie.

La bruja está muerta.

Presiona el pestillo y la cerradura se acciona con un golpe seco.

Abre la puerta y el aire fresco del Este entra en la habitación.

¿Y ahora qué? Ahora es libre.

10
Bruja del Oeste



La bruja tuvo una hermana una vez.

Y un nombre.

Ahora los dos han desaparecido y perderlos fue como arrancarle la carne de los huesos.

Le dolió.

Todavía le duele cuando piensa en ello, en quién era, en lo que tenía.

Por lo general, solo le quedan los remordimientos para hacerle compañía. Pero hoy es diferente.

Hoy hay esperanza.

La bruja se acerca a la gigantesca ventana circular de la última planta de su castillo. Se quita la máscara dorada y la deja a un lado. Quitarse la máscara es como quitarse un vestido incómodo. Siente que puede respirar. Que puede estirar los brazos.

Como bruja que todo lo ve, lanza su mirada a lo lejos.

Usar su poder es un poco como quitarse la máscara; una especie de liberación. Es como desplegar sus entrañas enredadas.

Respira hondo y entonces puede ver.

A lo lejos, en una deslumbrante neblina azul, se encuentra el Este, gobernado por la quejumbrosa e imperialista Bruja del Este.

También ella tuvo un nombre una vez, Delphine, pero no tenía ninguna hermana. Es de suponer que eso es lo que la hace insoportable. Los hijos únicos pueden ser problemáticos. Mimada y exaltada por sus padres, se salía con la suya demasiado a menudo, y pensaba que podía seguir haciéndolo durante mucho mucho tiempo más.

Y mírala ahora. No es más que polvo.

La bruja observa cómo aparece Lacasta e intenta coger las zapatillas encantadas. Fracasa. Le está bien empleado por pensar que tenía derecho a la magia.

La bruja mira a la chica con el vestido a cuadros azules y blancos cuando se embarca en el viaje hacia el mago.

Ella pondrá fin a eso.

Se vuelve a poner la máscara dorada, ocultando su verdadero rostro, y baja por los sinuosos escalones de piedra.

Cuando llega a la galería, sus tacones resuenan con fuerza sobre las piedras mientras cruza hacia el balcón en forma de medialuna. Al aire libre, lanza un silbido agudo.

Desde el lado oeste del castillo, donde se encuentra enclavado el aviario entre las agujas del castillo, oculto de la luz de la mañana, se oye un gran aleteo. Un segundo después, Faos, el comandante de la bandada de monos alados, aterriza en la barandilla, con sus afiladas garras curvadas sobre la piedra tallada.

—¿Me habéis llamado? —pregunta con voz grave y ronca.

Faos no es el más grande de la bandada, pero sí el más despiadado. Su rostro está cubierto de cicatrices, testimonio de cómo llegó a su posición actual. Con sangre y violencia.

Sus alas son negras y están marcadas con más cicatrices. Pero vuelan con fuerza y rapidez, y en este momento, la bruja necesita

ambas cosas.

—Traedme al Hombre de Hojalata —le dice al comandante—. Rápido.

—Quizá hayáis olvidado que la última vez que estuvo aquí, exigiendo la liberación de vuestro prisionero, me hiciste llevarlo al lago Quad y tirarlo por la Gran Cascada.

—No —replica ella—. Tú decidiste arrojarlo por la Gran Cascada. Yo solo quería que se fuera.

—No vendrá fácilmente. —La cicatriz que va desde la oreja hasta la nariz de Faos se la hizo el mercenario. Él sabe mejor que nadie lo afilada que es el hacha del Hombre de Hojalata—. ¿Cómo lo atraeré?

La bruja esperaba esto, por supuesto. No solo puede ver a lo lejos con su Visión, sino que a veces también puede leer el futuro.

Ha estado esperando este momento. Lo ha planeado.

Todas las piezas están encajando.

—Dile que estoy lista para hacer un trato. Dile que venga de inmediato si quiere salvar a su hermano.

Faos dilata las fosas nasales como si quisiera objetar algo, pero luego se lo piensa mejor.

—Como deseéis. —Extiende las alas y se impulsa desde la barandilla.

El sonido de un mono alado al despegar es como un trueno.

La bruja se da la vuelta cuando las alas de Faos levantan polvo. El Hombre de Hojalata vendrá. Lo sabe.

Solo hay una cosa que la bruja no puede predecir, un punto oscuro donde su Visión nunca puede penetrar: la Ciudad Esmeralda y el Mago de Oz, y lo que él podría hacer para intentar detenerla.

11

Dorothy



Quiero odiar las zapatillas plateadas.

Sobre todo por lo mucho que Lacosta las deseaba. No me gusta codiciar lo que otros quieren. Es un defecto de mi carácter. Dejando a un lado el trauma infantil, a veces me pregunto si mi resistencia a comprometerme con Edward se debe en parte a que todas las demás lo quieren.

Guapo, fuerte y amable, Edward sería un buen marido para cualquier mujer. Y varias de las del pueblo dejaron claro que también lo piensan.

Rosemary Bishop era una de ellas. Competía conmigo en todo, incluido Edward. En más de una ocasión, me presentaba en la granja de los Gilbert y me encontraba allí a Rosemary con su mejor vestido, el pelo rizado y medio recogido con una cinta, y las mejillas sonrosadas. Siempre iba acompañada de regalos: pasteles recién horneados o tartas dulces. Edward se mostraba avergonzado, como si entretener a Rosemary fuera de alguna manera una traición hacia mí.

Sabía que yo debería haberme sentido así. Pero no lo hacía.

Y a veces eso me hacía sentir peor. A veces pensaba en invitar a Rosemary a tomar un café para poder cogerle la mano y decirle que no teníamos por qué ser enemigas, que era el mundo el que nos enfrentaba, el que nos hacía luchar por las migajas. Como si casarnos con un hombre fuera nuestra única oportunidad de ser felices y tener un futuro.

«Somos mucho más que eso, Rosemary».

Una vez que quedó claro que Edward no le correspondía, se marchó de nuestro pueblo natal y se matriculó en la universidad para estudiar astrofísica.

Cuando me enteré de esa noticia, los celos me golpearon con tanta fuerza que me consumí durante días.

Rosemary había escapado. Había decidido su futuro y había ido a por él.

Suspiro y reajusto el asa de la cesta de pícnic. Tengo mucho camino por recorrer para volver a casa, pero creo que también tendré mucho trabajo que hacer cuando llegue allí.

En cuanto sepa que Em y Henry están a salvo, debería ir a la granja de los Gilbert y mantener una conversación sincera con Edward sobre lo que quiero y lo que deseo hacer con mi vida.

«Sí, me casaré contigo, Edward. Construiremos una casa juntos, formaremos una familia…».

De repente me siento mal. Eso no es lo que quiero. Pero ¿cómo puedo estar segura?

¿Y si solo es mi miedo al compromiso que asoma su fea cabeza?

Toto ladra y me detengo.

—¿Qué pasa?

Está sentado sobre sus patas traseras, moviendo la cola sobre la hierba. Echo un vistazo a mi alrededor. Me he desviado del camino mientras estaba absorta en mis pensamientos.

El perro trota hacia la izquierda.

—¿Por aquí?

Ladra, confirmando mi suposición.

—Entonces, ¿vamos hacia el oeste? —Él se adelanta saltando—. Supongo que ahí es donde vive la Bruja del Oeste, pero la Bruja del Norte señaló esta dirección para llegar al camino de baldosas amarillas y a la Ciudad Esmeralda. ¿Quizá esa ciudad se encuentra entre ambos puntos?

Toto ladra dos veces con fuerza y confianza.

—De acuerdo. Si no supiera nada más, pensaría que sabes de lo que estás hablando.

Vuelve a ladrar.

Seguimos caminando, sin encontrar ningún camino discernible en el campo. Las zapatillas plateadas son ideales para andar, y esa comodidad me ayuda a evitar el hecho de que hace unas horas estaban en los pies de una mujer que ahora está muerta… y a la que yo maté.

Atravesamos un campo con grandes flores azules y entonces oímos el sonido inconfundible de una corriente de agua.

Toto y yo nos detenemos lo suficiente para mirarnos y luego echamos a correr.

El río aparece rápidamente ante nuestra vista y nos deslizamos por su empinada orilla para llegar hasta el borde. Sumerjo la mano ahuecada en la corriente y bebo el agua.

—Dios mío… —digo, y degusto otro trago—. Es el agua más fresca y fría que he probado nunca. Tenía tanta sed…

Toto salta al río y sumerge la cabeza bajo la superficie.

—¡Toto! ¡Vuelve aquí!

Los terriers de cairn no son buenos nadadores, no está en su genética. En Kansas jamás tuve que preocuparme de que desapareciera en el agua. Allí solo hay campos de maíz hasta donde alcanza la vista.

—¡Toto!

Se oye un chapoteo. Su cabeza sale a la superficie y vuelve a sumergirse.

Cuando sale por segunda vez, tiene un pez atrapado entre las mandíbulas. Nada hacia mí. El pez agita la cola y le da un golpe en la cara. A él no le molesta. Sale del agua arrastrando al pez consigo. Da un rápido tirón con la cabeza para desorientar al pez antes de lanzarlo al aire, atraparlo en el descenso y devorarlo en tres rápidos bocados, con espinas y todo.

Hago una mueca al oír el crujido.

—¿Ya estás satisfecho? —Saca la lengua y se lame la sangre de la boca—. Qué asco.

Juraría que prácticamente me está sonriendo.

—Encontrarás algo que matar dondequiera que vayamos, ¿verdad?

Se sienta sobre sus patas traseras, con la lengua colgando por un lado de la boca.

ꕥ

El amarillo nunca ha sido mi color favorito, pero cuando aparece en el paisaje, rompiendo el interminable horizonte azul medianoche, me dan ganas de gritar de alegría. Parece que llevamos horas andando. Quizá sea así. No llevo reloj para saberlo.

Corro el resto del camino, con la cesta de pícnic golpeándome el muslo.

Me detengo al borde de la carretera y miro a la izquierda, luego a la derecha.

La carretera desaparece en ambas direcciones. No es lo suficientemente ancha como para que quepa un coche o una carreta, apenas tiene mi altura como anchura. Pero los ladrillos están colocados de manera uniforme en el suelo, sin que ninguno esté

fuera de lugar.

Después de pasar tantas horas rodeada de campos bordeados de azul, ver tanto amarillo casi parece una alucinación.

Me arrodillo en la hierba, dejo la cesta de pícnic a un lado y extiendo los dedos con cautela.

No sé qué esperar de este lugar.

Quizá el camino sea un espejismo y desaparezca, se marchite, como el cuerpo de la Bruja del Este.

Pero cuando mis dedos entran en contacto con él, no pasa nada.

La piedra está fría al tacto. Es amarilla, como dijo la bruja, pero eso no es del todo exacto. El color brilla como si la pintura se hubiera mezclado con oro.

—Sigue el camino de baldosas amarillas, ha dicho. ¿Qué podría salir mal?

ଔ

El horizonte azul se va volviendo negro poco a poco y el aire se vuelve más frío.

Debe estar anocheciendo.

¿A qué distancia está la Ciudad Esmeralda?

Si tengo que pasar la noche fuera con este frío, puede que acabe gritando. No me importa ensuciarme en la granja ni hacer horas de trabajo duro, pero cuando se trata de renunciar a mi rutina nocturna —que incluye una cama, una almohada y una manta como mínimo —, soy inflexible.

Incluso cuando era joven y no entendía del todo lo que había perdido, fueron Henry y Em quienes crearon un lugar seguro para que descansara por la noche y me hicieron sentir… arraigada, tal vez, o algo parecido.

A medida que fui creciendo y empecé a hacer amigos en el colegio, descubrí que disfrutaba de su compañía y me gustaba salir de casa,

pero rechazaba todas las invitaciones para pasar la noche fuera. No podía imaginarme durmiendo en otro sitio que no fuera mi cama.

Mientras Toto y yo avanzamos con dificultad, los campos de flores se convierten en campos de maíz y, al menos, la familiaridad que me aportan me supone cierta sensación de consuelo. Para ahuyentar el silencio —y, con suerte, cualquier bestia que pueda merodear en las sombras—, silbo una de las melodías favoritas de Henry mientras caminamos.

Es un sonido tan arraigado en mi memoria que me cuesta no recordar a Henry silbándolo desde que nací. La tía Em dijo que era la música que Henry estaba tocando el día que se conocieron. Me recuerda a la música folclórica que suelen interpretar en la fiesta de la cosecha al final de la temporada, una de mis épocas favoritas del año.

Cuando era niña, podía ponerme de mal humor en un instante. Si el sol desaparecía detrás de las nubes. Si perdía mi jersey favorito. Si se me caía una galleta al suelo.

No era una niña difícil, pero sí melancólica. Tenía una sensación constante de nostalgia que nunca lograba calmar.

Así que, para animarme, Henry silbaba. Le encanta el banjo, pero sabe arrancar música de casi cualquier instrumento de cuerda, así que algunas noches era la guitarra, otras el ukelele. Su voz es rica y ronca, su música, alegre y jovial.

Me hace echar de menos inmediatamente a Henry y a Em. Toto y yo seguimos avanzando.

Los campos de maíz siguen acompañando nuestro camino y, finalmente, mi mente divaga, arrullada por la distracción del paisaje inmutable y el sonido repetitivo de mi propia melodía.

Pienso en Edward.

Pienso en ser su esposa, en ser madre, en ser ama de casa. Tenía pensado decirle que sí. ¿Debería decir que sí? Siento un nudo en el

pecho.

Me duele el estómago, así que bebo un sorbo de agua del termo que he encontrado en la casa.

Sigo silbando, tratando de cambiar mi estado de ánimo.

En el horizonte, donde el cielo oscuro se une con la línea negra de los árboles, hay un destello de la luz de la luna hasta que también se esconde detrás de la interminable nube oscura que hay sobre mi cabeza.

Puede que al final tenga que dormir en los campos de maíz.

Me he resignado a esta idea cuando paso junto a un espantapájaros clavado en una hilera de cultivos.

Afortunadamente, el Este está decidido a mantener las luces encendidas independientemente de la población. No he visto ninguna casa desde hace horas, pero con una precisión predecible, cada seis metros, una farola brilla en la oscuridad.

La luz proyecta un resplandor inquietante sobre el espantapájaros, lo que hace que parezca más un hombre que una efigie rellena de paja.

Reduzco el paso.

La cabeza del espantapájaros cuelga hacia adelante, como si su cuerpo no estuviera bien atado al poste.

Henry siempre me encargaba la tarea de hacer el espantapájaros para el campo de cultivo. Decía que se me daba mejor que a él. Me entregaba varios sacos de arpillera y una de sus viejas camisas de franela. Para que fuera más interesante, cada año le daba al espantapájaros una cara diferente y revelaba el diseño en una ceremonia al atardecer a la que solo asistían Henry y Em.

Me invade otra punzada de tristeza y me doy la vuelta mientras se me llenan los ojos de lágrimas.

Voy a llegar a casa.

Voy a encontrar a ese mago y él me dirá cómo llegar allí…

Un gemido me hace detenerme.

Me vuelvo hacia el espantapájaros.

Su cabeza se inclina y el movimiento hace que una gota de sangre brote de su boca.

—¡Dios mío!

Dejo caer la cesta, trepo por la valla y corro por el campo, con los tallos de maíz azotándome la cara. Los aparto, separándolos como si fueran el telón de un teatro.

—Socorro —susurra el hombre con voz húmeda y ronca.

—¡Ya voy! —grito.

12
Espantapájaros



El sonido de un silbido me despierta.

Es una melodía suave, en parte canto de pájaros, en parte canción de trabajo. Me duele todo.

Me impulso hacia delante, pero no ceden las cuerdas que me atan las muñecas. Otra soga me rodea la cintura y me ata a un poste clavado en el suelo.

Estoy en un maizal en los confines del Este. El silbido se acerca.

Me cuesta demasiado esfuerzo mantener la cabeza erguida, así que la dejo caer hacia delante, con lo que la sangre gotea de mi boca.

—Socorro —grazno, pero la palabra sale como un susurro. Más cerca.

Aún más cerca.

La chica se detiene en el camino de baldosas amarillas.

Me muevo lo justo para demostrarle que estoy vivo.

—¡Dios mío! —exclama.

El sonido de su voz es más musical que el silbido y me pilla desprevenido. Mi corazón se acelera.

Respiro hondo, ignorando el dolor en las costillas.

—Socorro —repito.

—¡Ya voy! —grita ella.

Las mazorcas de maíz se apartan ante ella como una marea.

Es una visión de luz. Más bonita de lo que esperaba. Mi corazón late con más fuerza.

La miro y le sonrío.

13
Hombre de Hojalata



Faos me encuentra en el Magpie, en medio de una partida de Crooks & Aces.

A estas horas de la noche, en la taberna hay más ruido y alboroto, con una banda que se esfuerza al máximo en el escenario improvisado, buscando espacios de aire entre los gritos, las peleas y las risas.

El fuego crepita en la gigantesca chimenea de piedra. La gruesa repisa de madera de encima está llena de amuletos hechos a mano que cuelgan de cordones de cuero y reflejan la luz. Se han ido acumulando a lo largo de los años, clavados allí por visitantes que esperaban protegerse de la Gran y Terrible Maldición. O para suplicar a los dioses que regresaran.

Todo es superstición. La parte de las maldiciones. No los dioses. He visto a los dioses con mis propios ojos.

Cuando era niño, mi madre me llevaba con mis hermanos en una excursión anual a la Ciudad Esmeralda para la Cosecha de los Dioses. Se colocaban, uno en cada punto cardinal, y reponían la tierra con magia. En aquel entonces, el camino de baldosas amarillas

era un arroyo que fluía dorado por su poder. Ahora está cubierto de ladrillos y solo mantiene la mitad de su fuerza.

Hace más de veinte años que nadie ha visto a un dios y ya no hay cosecha anual. O están muertos o nos han abandonado, y si nos han abandonado, no estoy dispuesto a rendirme, joder.

Pero las maldiciones pueden surgir de la nada. Así que tal vez pueda entender la superstición de intentar protegerse de ellas.

Si la mía hubiera venido de la nada, en lugar de mandarla alguien, quizá me inclinaría también por recoger piedras y palos y entrelazarlos.

La puerta principal se abre con un crujido y el aire frío de las montañas de los confines del Oeste se cuela en la habitación y expulsa el calor seco. Con las mangas remangadas hasta los codos, el frío me recorre el brazo y me eriza el vello. Al menos ocurre eso en mi brazo izquierdo, al menos; mi brazo derecho, hecho de metal, engranajes y cables, no siente nada en absoluto.

Faos recorre la taberna con la mirada. La luz de las farolas de hierro del exterior baña sus alas plegadas con un halo dorado.

La taberna se queda en silencio.

Ahora solo se oye el crepitar del fuego y el ruido de las ollas en la cocina.

Puede que los confines del Oeste estén bajo el dominio de la Bruja del Oeste, pero todo el mundo sabe que hay que tener cuidado con Faos y sus monos alados.

A veces actúan bajo las órdenes de la bruja, otras veces solo tienen sed de sangre.

Cuando su mirada se posa en mí, finjo no haberlo visto, a pesar de que es imposible ignorarlo.

Me han repartido una mano pésima. Supongo que Faos ha llegado en el mejor momento.

—Hombre de Hojalata —me llama.

Mi nombre suena como una orden en su voz salvaje y animal.

La mitad de la taberna se estremece al oírlo.

—Estoy ocupado, Faos. —Barajo mis cartas de nuevo, deseando que sean mejores.

—La bruja te llama. —Atraviesa la sala. La gente se aparta rápidamente de su camino. Tiene que girarse de lado para poder maniobrar por los estrechos espacios que quedan entre las mesas. Es grande en comparación con un hombre, pero pequeño para ser un mono alado. Con las alas plegadas, es casi el doble de grande que yo. Con las alas abiertas, supone una maldita pesadilla.

La noticia debe de haberse extendido hasta la cocina, porque ahora las ollas también guardan silencio.

Una de las cocineras asoma la cabeza por la puerta batiente.

—A diferencia de ti, mono —replico—, yo no bailo cuando la bruja lo ordena.

Sus fosas nasales se dilatan. Veo que le tiemblan las alas.

Quizá sea una pullita innecesaria, pero soy coherente con mi audacia… o mi estupidez, depende de a quién le preguntes. Pero Faos y yo nos entendemos, creo. Él no sirve a la bruja por bondad. Y yo no tengo corazón para servir.

Los dos estamos en deuda con ella de alguna manera. A él le da órdenes desde debajo de una máscara dorada y a mí me maneja porque mantiene a mi hermano como rehén.

Gabriel lleva tres años prisionero en su mazmorra. Nada de lo que he hecho ha servido para liberarlo. Ni trueques. Ni amenazas. Ni trucos.

Hace meses que no me deja verlo. Por lo que sé, podría estar muerto.

Esa idea debería despertar algún tipo de emoción en mí, pero es difícil percibir algo cuando no puedes sentir nada. Si la emoción es un pozo, el mío está seco.

—Querrás oír esto —dice Faos.

—¿Ah, sí? —Mantengo la vista fija en mis cartas.

—Está dispuesta a hacer un trato.

Por fin ha captado mi atención.

—Continúa…

—Si aceptas el trabajo y tienes éxito, pondrá a tu hermano en libertad.

Toda la taberna parece estar entretenida con nuestra conversación, y soy consciente de que lo que diga a continuación será objeto de chismes durante semanas. No hay mucho que distraiga a los habitantes de los confines, salvo el drama; esta tierra es fría e implacable.

—¿Qué tipo de trabajo?

—No es asunto suyo —responde y mira con desdén a los clientes de la taberna.

¿Una misión secreta, entonces? Los secretos son como los escorpiones del desierto: solo son buenos si eres tú quien los guarda.

Pero puede que nunca tenga otra oportunidad de liberar a Gabriel.

—Muy bien —acepto y tiro mis cartas.

Tengo tres ases y el rey de esmeraldas. Una mano ganadora.

—Lo siento, caballeros —digo a los demás jugadores y recojo los *piats* dorados—. Que tengan más suerte la próxima vez.

—¡Eh! —protesta el hombre a mi izquierda y echa la silla hacia atrás hasta que se pone en pie tambaleándose—. ¡Eso es imposible! ¡Has hecho trampa!

—¿Ah, sí? —le provoco mientras guardo las monedas en mi bolsillo—. Repite lo que has dicho si te atreves.

El hombre se llama Grainy o quizá Grosson. No lo recuerdo. Está hasta el cuello de deudas con casi todo el mundo a este lado del Cruce. Y los hombres desesperados suelen ser más peligrosos que los hombres a los que les gusta el riesgo.

Pero no será así esta noche.

No conmigo.

—¡Eres un mentiroso y un tramposo!

Tengo el hacha en la mano antes de que Grosson termine la frase. La blando sin darle tiempo a pestañear.

Le corto la cabeza; no ha podido siquiera soltar un grito de sorpresa.

Su cabeza golpea el suelo de madera sucio con un ruido sordo y húmedo. Rueda bajo la mesa y el resto de los jugadores saltan hacia atrás para evitar mancharse las botas de sangre.

El resto de su cuerpo se desploma sobre la silla y utilizo su camisa para limpiar el filo del arma, luego la guardo en la funda atada a mi espalda.

—Disculpe, señor Hanson —digo al dueño de la taberna. Está de pie detrás de la barra, con un vaso en una mano y el trapo de secar colgando flácido de la otra—. Por las molestias. —Le lanzo una moneda de oro. Deja caer el trapo y se le resbala el vaso, que golpea la barra y se rompe.

Sin embargo, consigue atrapar la moneda. El cristal se puede reemplazar. El oro, no tanto.

—No pasa nada, Hombre de Hojalata. —Evita mirarme a los ojos. Todos desvían la mirada. Excepto Faos. Faos no me tiene miedo, aunque la cicatriz que le cruza la cara indica que debería hacerlo.

El mono sale de la taberna y me espera bajo la noche fría.

Cuando la puerta se cierra a mi espalda y me reúno con él junto a la farola, haciendo crujir la nieve sucia bajo mis botas, su aliento se convierte en una nube exagerada.

—¿Has hecho trampa?

Me bajo los puños de camisa para protegerme del frío, saco un cigarrillo, paso el extremo del papel retorcido entre mis labios y lo humedezco. El mechero cobra vida cuando pulso el botón haciendo

zumbar los engranajes del interior y que el pedernal golpee contra la rueda.

Salta una chispa. Inhalo profundamente.

La belladona seca crepita al arder y perfuma el aire con su dulzura.

—¿Que si he hecho trampa? —repito, exhalando humo—. Por supuesto que sí.

Faos frunce el ceño.

—¿Acaso no tienes honor?

—Lo dice el mono que me tiró por la Gran Cascada la última vez que nos vimos. Tuve el brazo oxidado durante una semana.

Pone los ojos en blanco.

—Cumplía órdenes.

Lo miro con intensidad.

—¿En serio? ¿La bruja te dijo literalmente que me tiraras por la cascada?

Aparta la mirada.

—Está bien. Improvisé.

—¿Ves? ¿Tan difícil era? —Doy otra calada y sigo avanzando con dificultad—. De todos modos, ya conoces la respuesta a tu pregunta, querido Faos. ¿Tengo honor? No. Es imposible tener honor cuando no tienes corazón. ¿Cuál es tu excusa?

Le oigo gruñir a mi espalda antes de levantar el vuelo.

Supongo que voy a caminar solo. Mejor así. Faos es una compañía horrible.

14

Dorothy



Me tiemblan las manos y me late con fuerza el corazón.

Desatar al hombre del poste me lleva más tiempo del que me gustaría. Se me da mal deshacer nudos incluso cuando no estoy nerviosa.

Cientos de escenarios pasan por mi mente mientras intento aflojar la cuerda. Qué horrible hacerle esto a otra persona: golpearla hasta dejarla sangrando y atarla a un poste.

¿Quién haría algo así? ¿Ha sido el Hombre de Hojalata? ¿El hombre sin corazón que mencionaron?

¿Qué tipo de lugar es este?

«Solo quiero irme a casa».

Cuando consigo liberar sus brazos de las cuerdas, el hombre se desploma hacia delante y el poste se hunde en el suelo al cambiar el peso de posición.

Y cuando por fin consigo desatar la última cuerda de su cintura, prácticamente se derrite entre sus ataduras y cae al suelo como si no tuviera huesos.

Corro hacia él y me arrodillo en el suelo.

—¿Estás bien? Casi paso de largo. He pensado que eras un espantapájaros.

Sus movimientos son lentos y laboriosos.

—Estoy bien. Me alegro de que hayas venido justo en ese momento.

Tiene algo de acento, me suena vagamente a británico, y cuando se sienta erguido, con la espalda apoyada en el poste que lo mantenía cautivo, me sorprende lo guapo que es.

Es una conclusión sorprendente en una situación impactante, ¿podría ser más superficial?

«Vamos, Dorothy».

Toto gruñe a mi lado.

El hombre se ríe y le da una palmadita en la cabeza, y Toto intenta morderle la mano.

—¡Toto! ¡No te atrevas!

—Eres un pequeño guerrero, ¿verdad? —comenta el hombre.

—Lo siento mucho. Se cree más grande de lo que es.

El hombre me mira finalmente. Sus ojos son de un verde brillante. Un tono alarmante, como el color de la pulpa suave de una lima.

—¿Eres de por aquí? —pregunto.

Lleva una camisa negra con un dorado diseño abstracto bordado en el cuello. Por encima, lleva una chaqueta negra de hombros anchos y solapas estrechas.

Si no hubiera acabado de soltarlo, diría que acaba de llegar de una fiesta elegante.

—Hmm… —El sonido resuena en la base de su garganta. Mira a la izquierda, luego a la derecha, pero no hay nada que ver. Solo hileras e hileras de maíz. Frunce el ceño y se pasa la lengua por el labio inferior, limpiando un poco la sangre. Hay un hambre inquisitiva en su rostro—. ¿Me creerías si te dijera que no lo sé?

—¿No sabes si eres de aquí?

Niega con la cabeza.

—No recuerdo nada de antes de despertar.

—¿No tienes memoria?

—Supongo que no.

Tiene un corte en la frente, otro en la mejilla, y el pelo mojado y revuelto, como si hubiera estado todo el día al sol.

—¿Tienes nombre? —pregunto. Toto se acurruca finalmente a mi lado.

El hombre entrecierra los ojos, pensativo.

—Me temo que tampoco lo recuerdo. Pero dijiste que pensabas que era un espantapájaros. Quizá ese sea mi nombre.

Niego moviendo la cabeza.

—No creo que sea ese.

—A falta de uno mejor…

Lo observo durante un segundo. Su pelo es negro como el de un cuervo, y sus rasgos también son igual de afilados que los de una de esas aves. Em siempre decía que los cuervos de la granja eran criaturas sabias, que lo sabían todo. Y aunque este hombre no tiene recuerdos, hay una profundidad en su mirada que parece insondable.

—Rook es un nombre que podríamos poner a alguien que tiene el cabello negro como el plumaje un cuervo. ¿Qué tal si te llamamos Rook por ahora?

La comisura de sus labios se eleva ligeramente.

—Un nombre digno. —Pero entonces se derrumba en un ataque de tos seca y húmeda.

—Tengo agua. Espera. Déjame… Está en la cesta. Vuelvo enseguida.

Corro a través del maizal, luego salto la valla y recupero la cesta de pícnic, que había dejado en el camino de baldosas amarillas. Cuando vuelvo con él, la tos ha remitido, pero tiene la cabeza apoyada contra

el poste y los ojos cerrados.

¿Está muerto?

Toparme con dos cadáveres en esta tierra extraña en cuestión de horas no puede ser un buen presagio.

Me acerco poco a poco, mirando el pecho del hombre. Pero con su ropa oscura y el cielo casi negro sobre mi cabeza, es imposible saberlo.

—¿Rook?

Pega un respingo, abre los ojos de golpe y vuelve a enfocarlos en mí.

—Gracias a Dios. He llegado a pensar que… No importa. Toma. —Me arrodillo y rebusco en la cesta para sacar el termo rojo de Henry. Vierto un poco de líquido en la taza que sirve de tapa y se la entrego con delicadeza.

—Gracias. —Acepta la ofrenda y bebe lentamente, esbozando una mueca de dolor por el corte en el labio.

—¿Sabes cuánto tiempo llevas aquí?

—Me temo que no.

—¿Tienes hambre?

—Em… ¿quizá?

Aparto el contenido de la cesta y saco la única manzana que hay.

—Tómate esto. Al menos el azúcar te ayudará a recuperar algo de energía.

Asiente y coge la fruta, que muerde con rapidez.

La manzana se abre bajo sus dientes y el jugo le corre por la barbilla.

Trago saliva con dificultad.

Incluso Toto gime a mi lado.

—¿A dónde te dirigías? —pregunta entre bocado y bocado.

—Mmm… ¿A la Ciudad Esmeralda?

Hace girar la manzana entre el pulgar y el índice, mordiéndola

mientras lo hace.

—¿Has oído hablar de ella? —pregunto.

—No creo. ¿Está lejos?

—No estoy segura. Nunca he estado aquí.

—¿En el maizal?

—No. Me refiero a Oz.

—Ah. —Traga saliva. Un mechón de pelo le cae sobre la frente y se lo aparta con los dedos.

Hay más sangre salpicada en el dorso de su mano y un rasguño entre los dos nudillos más grandes. El movimiento hace que las venas se marquen bajo la piel como un afluente.

—Si nunca has estado aquí, ¿de dónde eres? —pregunta.

Me concentro de nuevo y aparto la mirada de su mano.

—De Kansas.

—Mmmm… —Parece quedarse pensando un buen rato—. Nunca he oído hablar de Kansas. Esto es un poco preocupante —dice finalmente.

—En realidad, no eres el único. Parece que he aterrizado lejos de casa.

Da el último mordisco a la manzana y lanza el carozo al maizal. El color ya ha vuelto a su rostro.

—¿Puedes caminar? —pregunto.

Asiente moviendo la cabeza y se levanta despacio. Pero una vez que está de pie, se tambalea y tengo que sujetarlo poniendo el hombro debajo de su brazo.

Todo su peso recae sobre mí y tropiezo con él.

—Lo siento, señorita.

—Dorothy.

—Dorothy —se corrige—. Si no eres de aquí, ¿cómo sabes a dónde vas?

—No lo sé. En realidad, no. Una bruja me dijo a dónde ir.

—¿Es una bruja buena?

Damos un paso tentativo hacia adelante para regresar al camino de baldosas amarillas.

—Se considera a sí misma una bruja buena.

Se ríe entre dientes.

—Si tienes que llamarte buena, ¿lo eres realmente?

—Tienes toda la razón.

—¿De verdad?

Estiro el cuello para mirarlo. Me lleva unos quince centímetros, e incluso cubierto con la camisa, se aprecia que posee unos músculos marcados.

Y también huele bien. Especialmente si tenemos en cuenta que estaba atado a un poste en un maizal. Me recuerda algo fresco y vigorizante, como una fría mañana de invierno.

—Así que una bruja buena te dijo que fueras a la Ciudad Esmeralda. ¿Por qué necesitabas que te dijeran a dónde ir? ¿A menudo necesitas que te digan qué hacer?

Lo miro con el ceño fruncido.

—No. En absoluto.

Se ríe.

—No te ofendas, por supuesto.

—Lo siento, es que… bueno, a mi tía le gusta decir que soy terca y, aunque jamás lo admitiría ante ella, tiene razón. No me gusta que me limiten y desde luego no me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

—Entendido. —Percibo el tono de diversión en su voz—. Así que una bruja te dijo a dónde ir... ¿por qué?

—Porque estoy perdida.

—Entonces, quizá nuestro encuentro estaba predestinado.

—¿Qué quieres decir?

—Yo también estoy perdido.

Me río y damos unos pasos más.

—Podemos estar perdidos juntos.

—Me gustaría, Kansas.

—Dorothy —le corrijo.

—Cierto. —Me sonríe, sus ojos verdes reflejan la luz de la farola cercana.

Noto su cuerpo cálido contra el mío y su aroma me envuelve con rapidez. Al instante me siento reconfortada.

Todo lo que rodea a este hombre es sorprendente y desconcertante. Como un rompecabezas sin imagen. Solo un montón de bordes afilados y otros redondeados.

Llegamos al camino de baldosas amarillas y lo dejo apoyado contra la valla mientras guardo el termo y las patatas que se cayeron al tirar la cesta con prisas.

—Deberíamos buscar un lugar seguro donde pasar la noche —digo —. Por casualidad no recordarás si hay alguna casa cerca, ¿verdad?

—Casas, no, pero… —Entrecierra los ojos y mira hacia el camino de baldosas amarillas, en la dirección en la que yo me dirigía—. Puede que haya una ciudad en esa dirección. O quizá me equivoque. No estoy seguro. Solo recuerdo que había una allí.

—Tu suposición es mejor que la mía y estoy dispuesta a mantener la esperanza de que tengas razón. A mí me vendría bien una cama y tú necesitas que te eche un vistazo un médico. —Sin pensarlo, me acerco para apartarle otro mechón de pelo y ver mejor el corte de la frente—. Puede que necesites que te den puntos.

—Tú también tienes un corte bastante feo. —Señala mi frente.

Me toco la frente y entonces lo recuerdo.

—Cierto. Pero no creo que tenga una conmoción cerebral y tú quizá sí.

Inclina la cabeza hacia un lado, lo que provoca que el mechón de pelo vuelve a caerse.

—¿Sabes mucho sobre heridas, Kansas?

Doy un paso atrás y lo miro a los ojos. No tiene recuerdos y, sin embargo, su mirada me atraviesa, me penetra. Como si lo supiera todo de golpe.

—Dorothy.

—Por supuesto. —Examina la herida en cuestión con la yema de los dedos y los retira con un silbido agudo—. Puede que tengas razón. Quizá necesitemos un médico.

—Por supuesto que sí.

Saca la lengua y se pasa el dedo por el labio inferior, dejando un rastro húmedo y brillante.

—Terca y segura de ti misma.

Parpadeo y aparto la mirada de su boca, que ahora me sonríe. Tiene una sonrisa deslumbrante que me hace sentir un cosquilleo en el estómago.

—Me estás tomando el pelo.

—No. Bueno… sí.

Suelto una risita.

—Vamos. Avanzaremos juntos. ¿Toto?

Toto mira al hombre con intensidad durante un buen rato y luego se aleja trotando delante de nosotros.

—Al final se acostumbrará a ti —le comento a Rook.

—No me preocupa en absoluto —responde, y su sonrisa se extiende de oreja a oreja.

15
Hombre de Hojalata



La sombra de Faos me sigue por lo alto, asegurándose de que mantengo el rumbo. El camino de baldosas amarillas no se extiende tan al noroeste, así que me veo obligado a seguir la transitada carretera que se extiende desde el Cruce hasta los pueblos de montaña, habitados principalmente por mineros y forajidos.

El castillo de la bruja se encuentra en las estribaciones de las montañas, donde el aire es más cálido y los árboles un poco más verdes. Lleva meses nevando en las montañas y lo único que crece allí son los densos arbustos que se aferran a las grietas de las rocas.

Cuando llego al castillo, Faos me deja para ir al aviario de atrás, y el batir de sus alas desaparece con su sombra elevándose por encima de mi cabeza. Considero dar media vuelta y marcharme, pero este posible trato ha despertado mi interés. Acababa de renunciar a la posibilidad de conseguir la libertad de mi hermano.

El camino de tierra que viene de las montañas que llega desde el Cruce se une con el camino de baldosas amarillas y, cuando lo piso, los ladrillos brillan con un tono dorado.

Son un pobre sustituto del río que solía correr hinchado de magia,

pero lo que les falta de poder lo compensan con brillo. Cada maldito ladrillo grita «mago egocéntrico».

—Hombre de Hojalata —grita otro mono alado desde la penumbra. Está de pie en la puerta principal, vestido con el uniforme de guardia, con brazaletes de cuero y una coraza a juego con una O estampada en el centro. Su mirada se detiene en el destello metálico de mi brazo antes de volver a mi rostro—. Lo ha conseguido.

—¿Tenía otra opción, Mantos?

Introduce una llave en la cerradura y le da vuelta. Se oye un estruendo atronador al otro lado cuando se abren una docena de engranajes y pestillos.

Entro cuando por fin se abre la puerta.

—Adiós —dice a mi espalda, sin molestarse en ocultar una risita.

Hay más guardias en la siguiente entrada, una puerta metálica arqueada con púas en el borde inferior. Ya está abierta, lo que me permite el acceso.

He estado aquí innumerables veces y nunca ha cambiado nada, pero busco pistas como si algo en el ambiente pudiera darme algo que utilizar contra la bruja.

Siempre hay guardias apostados en los mismos lugares. Los mismos bustos de mármol colocados sobre columnas de mármol. Las mismas urnas rebosantes de plantas muertas.

Subo la escalera de mármol y atravieso el entresuelo. Colgados de un fino alambre hay cinco óleos montados en marcos dorados. El primero es un paisaje. El segundo, un lago. El tercero, la representación de una sangrienta batalla de la Gran y Terrible Guerra. Este es mi favorito.

El cuarto y el quinto me parecen repugnantemente sentimentales para pertenecer a la bruja que ayudó a derrocar a la corte real.

El cuarto retrato es un óleo de la antigua reina de Oz y el quinto es

el retrato de la princesa Ozma, de apenas dos años, con un vestido azul y dorado y un rizo de cabello oscuro en la coronilla.

¿Sentimental? Sí. ¿Material que poder explotar? No. Solo reliquias del pasado.

Me dirijo a la galería situada en la parte trasera del castillo. A pesar de lo tarde que es, la cavernosa sala está inundada de luz. Tres gigantescas lámparas de hierro cuelgan del techo inclinado. El aire que corre por el castillo hace parpadear el centenar de velas que sostiene cada una. Hay más velas, más lámparas encendidas en cada rincón. Sin embargo, la chimenea está apagada.

Puede que sea la Bruja del Oeste, uno de los seres más poderosos de todo Oz, pero creo que le da miedo la oscuridad.

La veo en el balcón, observando su vasto territorio.

—Me has llamado —me anuncio—. Aquí estoy. —Me acerco a ella y me apoyo en la barandilla, donde las garras de Faos han dejado marcas en la piedra.

—Necesito tu ayuda para recuperar a alguien.

Resoplo.

—¿No es para eso para lo que tienes a Faos? Él me rescató, ¿o no?

—Esto es diferente. Necesito una mano más delicada.

—Soy un soldado de fortuna. No hay nada delicado en mí.

Se vuelve hacia mí y la luz danzante de las antorchas roza las curvas de su vestido negro. Su rostro queda oculto detrás de la máscara dorada con cara de mono. Su expresión amenazadora está siempre congelada, con la boca abierta, los dientes afilados y los pómulos hundidos.

Lo único que puedo distinguir son sus brillantes ojos de color violeta a través de los recortes ovalados en la máscara.

—Faos está motivado por un mandato mágico y esa no es motivación suficiente. Tú, en cambio, lo harás motivado por la sangre.

Me cuesta mucho esfuerzo no temblar bajo su mirada. Nunca la he visto sin la máscara y no estoy seguro de querer hacerlo.

—Después de tres años, ¿liberarías a Gabriel a cambio de la presa?

—Lo haría.

—¿Por qué? ¿Quién es este fugitivo?

—No es un fugitivo. —Junta las manos por delante—. Es una chica.

Me aclaro la garganta, tratando de no poner los ojos en blanco.

—¿Y qué quiere la Bruja del Oeste de una chica?

—Esa es una respuesta que no puedes tener.

Me alejo hacia el extremo opuesto del balcón mientras pienso. Quiero que liberen a mi hermano. Puede que carezca de la capacidad de amar, pero no me aguanta nadie más que Gabriel y, a veces, echo de menos esa compañía. Él me mantiene equilibrado. Me mantiene humilde.

—¿La quieres viva o muerta? —pregunto.

—Viva. —Su voz es firme, casi vehemente.

—Viajan mejor muertas.

Su máscara dorada se inclina para mirarme a los ojos.

—Si le haces daño de alguna manera, despellejaré a tu hermano vivo, delante de ti, y luego te enterraré en su piel curtida.

—Bueno, no exageres.

Resopla y se da la vuelta.

—Para demostrar mi buena fe, te permitiré visitarlo en el calabozo. Tienes diez minutos. Cuando salgas, me darás tu respuesta.



Las antorchas parpadeantes iluminan el camino desde la entrada de las mazmorras hasta las entrañas del castillo, donde la bruja ha mantenido a mi hermano encerrado durante los últimos tres años.

Lo llamo en la oscuridad.

—¿Hermano? —Su voz es temblorosa y seca. Emerge de las sombras, con el pelo rubio peinado hacia atrás y lleno de grasa. De alguna manera, incluso sucio y desaliñado, sigue siendo un cabrón muy guapo.

Ha heredado la delicada belleza de nuestra madre, sin nada de su brutalidad.

—Toma. —Le entrego una jarra de cerveza que la bruja me ha permitido traerle.

Gabriel acepta la ofrenda con entusiasmo y se la bebe de un trago.

Se queda allí un momento más, con la cabeza echada hacia atrás, disfrutando del sabor.

Se podría pensar que aquí abajo, en el calabozo, hace frío y humedad, pero se siente un calor insoportable, como si la prisión de piedra estuviera cimentada sobre el mismísimo infierno.

Gabriel me devuelve la jarra y pasa los brazos por entre los barrotes de hierro mientras apoya la frente entre dos de ellos.

—Qué tal si me das ahora un poquito de tu aceite, ¿eh? —Señala con la cabeza hacia la cantimplora que llevo colgada al cuello.

—No lo necesitas.

—¿Quién ha hablado aquí de necesidad?

Nunca he sido capaz de negarle nada. Como es el hermano menor, todo lo que pide, lo consigue.

Me quito la cantimplora del hombro, desenrosco la tapa y vierto un poco del líquido oscuro en el tapón. Se lo entrego y Gabriel lo coge con cuidado para no derramarlo.

El aceite es una droga cara en Oz; es mejor no desperdiciarlo.

Se lo bebe de un trago y luego da un fuerte golpe al tapón para apurar hasta la última y espesa gota.

Como alguien que apenas consume la droga, estará flotando en éxtasis durante varias horas una vez que haga efecto.

En mi caso, que tengo que tomar una dosis cada pocas horas, ya

casi no lo noto. Lo tomo para no bloquearme.

Gabriel vuelve a cruzar los brazos.

—¿Has visto a nuestro hermano últimamente?

Tapo la cantimplora.

—No. Lo último que supe es que se estaba escondiendo.

—Escondiéndose de ti, querrás decir.

Me apoyo en la pared de piedra que sobresale de la celda de Gabriel en el extremo sur.

—No me tiene miedo.

—Tonterías. —Gabriel pronuncia la palabra con dificultad. El aceite empieza a hacer efecto con rapidez, probablemente debido a que tiene el estómago vacío—. Te tiene pánico.

Niego con la cabeza.

—Creo que le aterroriza más lo que podría tener que hacer si se cruza en mi camino. Luchar o huir. Y a nuestro hermano no le apetece llevar a cabo ninguna de las dos cosas.

Gabriel se acerca a la pared y se recuesta contra ella.

—No le gusta ensuciarse las manos.

—Exacto.

—¿Y qué harías si te encontraras cara a cara con él?

Considero su pregunta cuidadosamente, aunque ya sé la respuesta.

—Lo mataría.

—Te arrepentirías.

Vuelvo a buscar sus ojos. Su mirada ya es pesada, pero directa.

Hubo un tiempo en el que los tres éramos inseparables. Gabriel sacó lo mejor de nosotros, y luego lo peor. Por supuesto que quiere volver a lo bueno. Pero ¿cómo podríamos hacerlo? No hay vuelta atrás.

—No sería así —respondo.

Arquea una ceja.

—Aquí abajo tengo muchas horas para pensar.

—Qué suerte tienes.

—Y creo que si realmente quisieras verlo muerto, ya lo habrías matado.

Pienso en la sangre que salpica mis botas, en el hacha atada a mi espalda, en el poder inimaginable de mi brazo metálico y en el vacío que se abre en mi interior.

—¿No has pensado nunca que tal vez lo haya hecho ya? Dondequiera que voy, dejo un rastro de cadáveres. Tal vez estén todos muertos. Tal vez te esté mintiendo para protegerte.

—No lo harías.

—¿Por qué?

—Porque nada te importa lo suficiente como para mentir. —Sonríe. La sonrisa le hace parecer estúpido; es demasiado ancha, muestra demasiado los dientes. La droga está haciéndole efecto rápidamente.

—No sé por qué me molesto en intentar liberarte. Eres un grano en el culo.

Cierra los ojos y se ríe para sus adentros.

—Porque nadie más te tolera.

Tiene razón, por supuesto. Se le inclina la cabeza hacia un lado.

—Hombre de Hojalata. —La voz de la bruja llega hasta nosotros por la escalera.

—No he terminado —grito.

Pero un segundo después, se me doblan las rodillas y me hundo en el suelo de piedra mientras un dolor agudo me atraviesa el pecho. Primero se me bloquea el brazo. Siempre es lo primero que se me bloquea.

Puede que la bruja no haya sido la que me robó el corazón, pero sabe cómo explotar mi debilidad.

—Será mejor que te vayas —dice Gabriel, con los ojos aún cerrados.

Muevo deprisa mi brazo izquierdo y bebo un tapón de aceite antes

de perder toda la sensibilidad. No es rival para la magia de una bruja de los puntos cardinales, pero ella no quiere matarme. Solo quiere que la obedezca.

La droga me calienta el estómago y luego se desliza hacia mi torrente sanguíneo. La sensibilidad vuelve a mis extremidades y lanzo un suspiro.

El aceite es como miel caliente en mis venas, como nubes en mi cabeza. Como si todo fuera a salir bien y, si no fuera así, ¿a quién le importa?

Me pongo de pie tambaleándome un poco.

—Descansa, hermanito.

Abre los ojos sobresaltado.

—Aquí no hay nada que hacer salvo descansar.

—Pues descansa un poco más.

Vuelve a reírse y su cuerpo parece derretirse sobre sus pies y se desploma contra la pared.

Mi euforia ya se está desvaneciendo.

—Volveré pronto a por ti.

—Mmm… —murmura, y se acurruca en el suelo de piedra.

—Tómate tu tiempo.

Resoplo y lo dejo con su respiro temporal.

La bruja me espera en lo alto de las escaleras.

—Has tardado demasiado.

—No llevo reloj.

—Nada de excusas. —Cruza los brazos—. ¿Y bien?

—¿Si recupero a esta chica y te la traigo ilesa, liberarás a mi hermano también ileso?

—Tienes mi palabra —responde.

No suelo confiar en la palabra de las brujas, pero Oeste siempre ha

sido fiel a la suya.

—Bien. ¿Dónde puedo encontrar a la chica?

—Se llama Dorothy Gale. Su casa cayó en los confines del Este. Probablemente esté cerca.

—Creía que lo veías todo. ¿No puedes decirme dónde está?

La bruja endereza los hombros y luego los echa hacia atrás.

—Ya no puedo verla.

Si me importara algo todo esto, lo consideraría interesante. Saco otro cigarrillo, me lo pongo entre los labios y busco el mechero. Pero la bruja chasquea los dedos y el cigarrillo desaparece en un remolino de magia dorada.

—No en mi casa —advierte.

Suspiro. Me empieza a doler la cabeza. Ya casi nunca bebo aceite, hace que me duela cabeza. Lo prefiero inyectar directamente en las venas.

—¿Eso es todo?

—Por ahora sí. Si la situación cambia, te lo comunicaré. —Me doy la vuelta y voy hacia la puerta.

—Pero no lo olvides, Hombre de Hojalata. La chica no debe sufrir ningún daño.

—Lo he oído —digo por encima del hombro—. La ataré y la envolveré en un paño suave y vaporoso y la cargaré sobre mi hombro si es necesario. —Me detengo en la puerta y la miro una vez más—. De una forma u otra, te traeré aquí a tu Dorothy Gale.

16
Gabriel



El aceite hace flotar a Gabriel.

En las horas que se alargan como masilla, todo está bien. No posee libertad, pero al menos tiene calidez. Al menos, conserva su atractivo físico.

Detrás de los párpados cerrados, la oscuridad se mueve y luego chispea. Las chispas le recuerdan los fuegos artificiales del día en que terminó la guerra. Los dioses se habían ido. La familia real se había marchado. Y las brujas prometieron tiempos mejores.

Todo el mundo estaba desesperado por llevar una vida normal. Aunque fuera una promesa hecha sobre un montón de cenizas.

Ve a sus hermanos bajo la luz intermitente de los fuegos artificiales. No se odian. Todavía no.

Hay una botella ámbar de Emerald Spice que se pasan entre todos. Siente la cerveza caliente en la lengua. Sabe a invierno, a clavo y a jengibre.

Aún no ha sufrido la maldición. Eso vendrá más tarde. Su cuerpo sigue siendo suyo, no es prisionero de él, no está encarcelado en él. Es libre.

Pero no se siente libre.

—Despierta, pequeño.

Gabriel abre los ojos lentamente. La chispa de los fuegos artificiales es sustituida por el parpadeo de la llama de una antorcha.

La bruja está de pie en el pasillo, al otro lado de la reja de su celda.

Gabriel gime y se hunde de nuevo en la piedra.

—Prefiero no hacerlo.

—¿Cómo está tu hermano?

—Como si no lo supieras.

Gabriel siente un pinchazo en el brazo, un poco de magia que lo ataca como un rayo.

—¡Oye! —Se incorpora y se frota el lugar dolorido. Toda la efervescencia del aceite ha desaparecido y la realidad vuelve a golpearlo con fuerza—. ¿No es suficiente tortura que me mantengas prisionero aquí sin haber cometido ningún delito?

—Eres prisionero, no por lo que has hecho, sino por lo que puedes hacer.

No es la primera vez que la bruja lo visita en las mazmorras. No es la primera vez que lo presiona para obtener información sobre sus hermanos. Pero, de alguna manera, esta vez parece diferente. Ella siempre ha evitado sus comentarios sobre los motivos específicos de su encarcelamiento. Habla de cualquier otra cosa. Algunos días le sale con el color del cielo maldito, otros con el sabor del aire frío. Los menos, comparte comida con él, le habla de su infancia y le pregunta por la suya.

Pero nunca menciona por qué está allí. Gabriel se ha convencido de que por mucho que suplicara, negociara o insistiera, nada haría que le liberara. Solo la muerte. O la venganza.

Al final, ha dejado de hacer preguntas. Entonces, ¿por qué lo nombra ahora?

—No lo entiendo. —Se pone lentamente en pie apoyando la

espalda en la pared de roca para mantener el equilibrio—. ¿Qué quieres decir con lo que puedo hacer?

—Estoy segura de que lo sabes. Tienes talento para encontrar cosas perdidas. Un talento que heredaste de tu padre.

Gabriel apenas conoció a su padre. Todo lo que tiene son recuerdos de él. Recuerdos de historias, de baratijas.

Se supone que su padre ha sido el amor de su madre, su alma gemela. Gabriel es el menor de sus hermanos, y todos tienen padres diferentes. Su madre era una esposa voluble, y el amor siempre acababa frustrándola, sus hombres eran tan efímeros como los espejismos del desierto.

El padre del hermano mayor de Gabriel murió en una pequeña escaramuza en las tierras remotas de Oz, en una batalla por el acero, los dioses y la tierra. El padre de su segundo hermano desapareció antes de que naciera.

Y su padre…

Fue asesinado por un dios.

Su madre no le dejó olvidarlo, pero si todo lo que Gabriel tiene son historias, esta, la que habla de los detalles de la muerte de su padre, es la única que deseaba desesperadamente poseer y la única que siempre está fuera de su alcance.

¿Qué motivo tendría un dios para matar a un simple mortal?

Gabriel lleva las manos a los barrotes metálicos y los rodea con los dedos. Han sido su hogar durante tanto tiempo que ha llegado a considerarlos una extensión de sí mismo. Costillas de hierro forjado que puede agarrar y sacudir hasta que le duelen los pulmones.

Sus huesos son fuertes. Nunca ceden.

—¿Es por eso por lo que me has mantenido prisionero todo este tiempo? —le pregunta a la bruja—. ¿Para encontrar algo para ti?

A través de los agujeros recortados de su máscara dorada, la mirada de la bruja se vuelve difusa.

Antes le aterrorizaba la bruja, pero llevan años siendo improbables compañeros de casa y sospecha que, en cierto modo, le ha tomado cariño. Quizá ella le ha trastornado la mente, haciéndole creer que es blanda cuando todo Oz la considera aguda y brutal.

Incluso si eso es cierto, le gusta creer que lo único que ha ganado con su encarcelamiento es poseer conocimientos sobre la Bruja del Oeste, unos conocimientos diferentes a todos los demás.

—Todo lo contrario —su voz es tranquila, un susurro.

—¿Cómo es eso?

Ella suspira y luego se lleva las manos a la nuca y se desata las correas de la máscara.

En el momento en el que revela su verdadero rostro, la ve humedecerse los labios, cerrar los ojos y exhalar el aire que contenía.

Su tercer ojo, el que ocupa el centro de su frente, es del color de la leche de amapola cuando permanece abierto. No tiene pupila, por lo que es imposible saber hacia dónde mira, pero Gabriel siempre tiene la clara impresión de que está contemplando fijamente a su alma.

—Estás prisionero aquí —dice ella—, así que lo que se ha perdido permanece perdido hasta que se encuentre.

—¿Y qué es lo que se ha perdido?

—No es una cosa. —La bruja abre los ojos y vuelve a centrarse en él—. Es un dios.

17
Dorothy



El maizal llega al final y, donde termina, comienza el bosque. Inmediatamente echo de menos la comodidad de los campos de cultivo. Entiendo el maíz, pero no los bosques. Y en un lugar como este, parece mucho más probable que algo aterrador pueda residir entre los árboles.

No estoy dispuesta a admitirlo, pero agradezco disfrutar de la compañía de Rook. Poder ocupar mis pensamientos con otra persona y conversar con él es suficiente para distraer mi ansiedad y mi imaginación desbordante.

No quiero pensar en qué tipo de monstruos podrían vivir en los oscuros bosques de Oz.

En cambio, quiero absorber todo lo que haya que aprender sobre el apuesto espantapájaros.

Se apoya en mí mientras caminamos, pero sospecho que está conteniendo su peso para no abrumarme. Aun así, el calor de su cercanía es un bienvenido regalo y mantengo mi brazo firmemente alrededor de su cintura.

No quiero darme cuenta de los duros músculos que hay debajo de

su chaqueta, pero lo hago.

—¿Cómo es tu casa? —me pregunta mientras avanzamos.

Toto va trotando delante para perseguir una luciérnaga.

—¡No te alejes demasiado, Toto! Kansas es tranquilo y hermoso a su manera —le digo a Rook—, pero no tiene salida al mar. Hay tierras de cultivo hasta donde alcanza la vista. Supongo que eso está bien si te gusta la agricultura.

—¿Y a ti no te gusta?

Pienso en Edward y en la vida que me ha prometido: tener nuestra propia granja, una familia. ¿Le debo a él y a mí misma intentar disfrutarlo?

—No. —La palabra me sale demasiado rápido—. Es decir, Kansas es mi hogar y me gusta mi hogar.

—Pero no la agricultura.

—¿Y tú? —pregunto, cambiando de tema—. No quiero entrometerme, pero he notado que no tienes las manos callosas. Llevas las uñas bien cortadas. Debes dedicarte a algo que no sea trabajo manual duro.

Extiende su mano derecha frente a nosotros. No tiene ninguna marca distintiva. Ni tatuajes. Ni cicatrices.

—Eres muy observadora, Kansas.

Voy a corregirle mi nombre otra vez, pero decido que no me importa el apodo.

—Las manos callosas me resultan familiares, eso es todo.

—¿Cómo es eso?

Vuelvo a recordar a Edward y sus manos ásperas sobre mis muslos desnudos.

—Granjas —decimos al unísono, y entonces yo me río y él sonríe, y siento mariposas en el estómago.

Seguimos caminando y hablando.

Le hablo de Em y Henry, pero me doy cuenta de que estoy

evitando el tema de Edward.

¿Cómo puedo definirlo? Somos más que amigos, pero nunca hemos llegado a llamarnos novios.

¿Fue anoche cuando me lo pidió? Parece que ha pasado ya un mes.

—¿Tienes amigos aquí? —pregunto a Rook mientras la carretera de baldosas amarillas se aleja de una arboleda que brilla con un tono plateado bajo la luz de las farolas.

—No estoy seguro —responde—. Pero no creo.

—¿Por qué?

—Estaba atado a un poste. Si tuviera amigos, seguro que me habrían salvado.

Lo dice sin emoción alguna, pero la idea me hace arder los ojos.

—Quizá no sabían dónde estabas.

—Quizá —admite—. ¿Dónde conociste a tu peludo amigo?

—¿A mi perro?

Rook me mira.

—¿Así es como lo llamas?

—¿Sí? Eso es lo que es.

—Mmm, ¿dónde lo conseguiste? —insiste un rato después.

—Simplemente apareció un día en la granja.

—¿Qué día?

—No lo recuerdo.

—Algo tenemos en común.

—Supongo que sí.

—Te protege —observa Rook cuando Toto se detiene para mirar atrás y comprobar cómo voy.

—Nos protegemos mutuamente.

—Entonces, sois amigos de verdad.

—Sí.

Toto mueve la cola cuando lo alcanzamos y se pone a mi lado.

Cuando doblamos otra curva en el camino de ladrillos, los árboles

comienzan a escasear y, más adelante, diviso un destello de luz en la oscuridad de la noche.

—La ciudad —señala Rook. Estamos en un punto oscuro entre farolas, pero percibo el alivio en su voz.

—Gracias a Dios. Empezaba a pensar que íbamos a pasar la noche en el bosque. ¿Crees que encontraremos una cama libre? ¿Qué se usa aquí como dinero?

Aceleramos el paso ahora que vemos nuestro destino.

—Los *piats* son monedas de oro —explica Rook—. La moneda de mayor valor. Los *cuts* son de plata. Los *brons* son de cobre y son la moneda de menor valor. Y cuando nada de eso sirva, supongo que un poco de pan o fruta bastarán.

—¿Así que conoces la moneda, pero no sabes cómo se fabrica?

—Si tuvieras que adivinar mi profesión, ¿cuál sería?

—Mmmm… Veamos… —Hago como si lo analizara mientras caminamos, y la sonrisa burlona de su rostro ilumina sus ojos verdes —. ¿Quizá seas comerciante? Tu ropa es bonita. Podrías ser sastre.

—¿Por qué iban a golpear y atar a un poste a un sastre?

La forma en que lo dice, con distancia, es casi como si le hubiera pasado a otra persona y no a él. Lo está llevando bien, considerando todas las circunstancias. ¿Hay libertad en no tener recuerdos? ¿Sin culpa, sin remordimientos, sin arrepentimientos?

—Tiene más sentido que seas comerciante. ¿Quizá un negocio que salió mal?

Rook se encoge de hombros.

—Quizá.

La ciudad se acerca y, cuanto más nos aproximamos, más clara se ve, y me doy cuenta de que está rodeada por una muralla de al menos seis metros de altura.

Eso me parece extraño.

Apenas puedo distinguir las siluetas de varios guardias en la

entrada, con espadas atadas a la cintura.

Aún no nos han visto.

—¿Es esto normal en Oz? —pregunto a Rook—. ¿Cerrar una ciudad con una muralla y poner guardias alrededor?

—No lo sé.

—¿No deberíamos…?

—¡Hola! —grita Rook.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy haciendo amigos —responde él.

—Tienen armas.

—Y yo poseo encanto. —Me dedica una sonrisa—. Y tú vas con un… perro.

Los guardias se ponen firmes, son cuatro en total.

—¿Quién anda ahí? —grita uno.

Rook y yo nos acercamos a la luz que proyectan las antorchas de hierro colocadas en la muralla de la ciudad.

—Hola. —Me recoloco, tratando de mantener a Rook erguido—. Soy Dorothy y él es…

—¿Dorothy? —dice la mujer de la izquierda. El hombre que está a su lado le susurra algo al oído.

El hombre más alto, el de la derecha, se vuelve hacia los demás.

—¡La gran hechicera de la que nos habló Aakin! —exclama.

—¿Aakin está aquí? —pregunto.

—¡Nos habéis liberado de la cruel e implacable Bruja del Este, oh, gran hechicera! —dice la cuarta guardia, una mujer con una trenza de pelo rizado.

Rook se vuelve hacia mí.

—No me dijiste que eras una hechicera.

—No lo soy.

—¡Saludad todos a Dorothy, la gran hechicera! —gritan los guardias al unísono y luego caen rápidamente de rodillas, con las

manos apoyadas en el suelo—. ¡Gracias por liberarnos!

Rook me mira con renovado interés, con un intenso centelleo en sus brillantes ojos verdes.

—Terca. Segura de ti misma. ¿Y sin embargo humilde? Es evidente que eres alguien muy importante.

—No lo soy, lo juro. —Toto ladra a los guardias.

Ellos, al darse cuenta de que está allí, se levantan rápidamente y desenvainan sus espadas, chillando como si hubieran visto un fantasma.

Me escabullo por debajo de Rook y cojo a Toto en brazos.

—Es inofensivo. ¡Solo es un perro!

El hombre del bigote traga saliva, pero parte de la tensión abandona sus hombros.

—Le prometo que no le hará daño.

Rook cojea delante de mí.

—¿Seríais tan amable de dejarnos entrar en vuestra gran ciudad? Somos viajeros cansados que buscan un lugar donde descansar. ¿Comida, bebida y tal vez un médico?

Los guardias mantienen una conversación silenciosa.

Rezo a los dioses que habiten esta tierra. Estoy agotada, tengo frío y hambre. «Por favor, por favor, dadme una cama cálida y cómoda».

La mujer le susurra algo al oído al hombre del bigote.

Él escucha atentamente y luego asiente con la cabeza.

—Será un honor alojar a la gran hechicera y a su amigo. Pero ¿el perro es dócil? —responde finalmente.

Dice perro con una O larga, como si nunca hubiera oído esa palabra en su vida.

—Sí. Se portará bien. ¿Verdad, Toto? —Toto gruñe en mis brazos como para contradecirme, y yo le tapo el hocico con la mano, instándole a que se calle. Si su complejo de Napoleón provoca que no nos reciban en esta ciudad, nunca se lo perdonaré.

La mujer saca una llave de la cadena que lleva alrededor del cuello. En sus manos, parece duplicar su tamaño, con el extremo dentado más largo que su dedo más largo. En la pared de piedra a la izquierda de la puerta hay un hueco lo suficientemente grande como para que la mujer pueda meter la mano dentro. Debe pulsar un botón o una palanca, porque un segundo después se abre una puerta oculta que deja al descubierto una cerradura.

—¡Permiso para abrir! —grita el hombre bigotudo.

—Permiso concedido —responde una voz desde el otro lado.

La mujer introduce la llave en la cerradura y la gira con fuerza. Los engranajes cobran vida con un chirrido y la puerta se abre, y entonces deja ver una brillante luz dorada que inunda la noche.

—Bienvenidos a Valle Resplandeciente, la ciudad amurallada —anuncia el guardia.

18

Espantapájaros



Nos rodean en cuanto entramos en Valle Resplandeciente. No tengo ningún valor para la gente que está al otro lado de la puerta.

Han venido a ver a Kansas y, a juzgar por su reacción, ella no está acostumbrada a recibir tanta atención. Se hace pequeña entre la multitud mientras aprieta al perro contra su pecho, y encorva los hombros hacia delante. Sus ojos se mueven rápidamente de un lado a otro mientras la multitud la vitorea, y los que están más cerca de ella le aprietan el brazo y le dan palmaditas en la espalda.

Me alejo para refugiarme en la sombra que proyecta el toldo a rayas de una tienda cercana.

¿Debería salvarla?

Me quedo observando.

Otros se unen a la multitud hasta que las calles se llenan de lugareños.

Su respiración se acelera. El perro ladra entre sus brazos.

—¡Rook! —me llama con voz temblorosa—. ¡Rook!

Empujo a la multitud a un lado. Se apartan fácilmente. Soy mucho

más alto y corpulento que ellos.

Cuando le rodeo la muñeca con la mano, Kansas me mira a los ojos y suelta el aire.

Veo lágrimas contenidas en sus párpados.

—Te tengo, Kansas. —La saco de allí. Ella trastabilla y se apoya en mi pecho. Le rodeo los hombros con mi brazo y la acurruco contra mi costado. Olvido mis heridas, mi dolor desaparece.

—Esto es… demasiado —susurra.

La alejo de la puerta para llevarla hacia el centro de la ciudad. Todo esto me resulta familiar. Las estrechas fachadas de las tiendas se alinean en pequeñas filas ordenadas con ventanas arqueadas y toldos de colores. Hay macetas de girasoles, dedaleras y lirios. Flota en el aire el olor a canela y almendras garrapiñadas. A pan recién horneado. A carne asada. A estofado caliente.

Sobre la calle, cuelgan faroles de todos los colores, van de tejado en tejado, proyectando un caleidoscopio de luces sobre la calle empedrada.

Llegamos al siguiente cruce, donde veo un carrito en la acera lleno de piruletas y algodón de azúcar. El hombre que vende los dulces le ofrece uno a Kansas. Es una piruleta de regaliz, un caramelo del color de las noches oscuras.

—No, gracias —dice ella.

—¡Insisto! —grita el hombre.

—No lo quiere —intervengo y alejo a Kansas.

—Gracias —me murmura—. Esta gente actúa como si fuera una heroína, pero solo me defendí de la bruja.

—Sospecho que el cómo no les importa mucho. Simplemente se alegran de que lo hayas hecho.

—He matado a una mujer —explica mientras doblamos la siguiente esquina.

—Querrás decir que mataste a una tirana.

Siento su brusca inspiración tanto como la oigo. Sigue acurrucada en mis brazos, acercándose cada vez más a medida que avanzamos.

Se hace pequeña, como si la mera idea de ser percibida pudiera dejarla al descubierto.

Me resulta increíblemente entrañable, por no decir desconcertante.

—¿A dónde vamos? —me pregunta.

Excelente pregunta. Dejo que mis pies me guíen.

Doblamos la siguiente esquina y nos detiene una fila de hombres y mujeres vestidos con trajes a juego de color violeta.

Sé inmediatamente quiénes son.

El Consejo del Este. La mujer que va delante, con el pelo largo y ondulado y una sonrisa brillante y deslumbrante que contrasta con su cálida piel morena, es la que está al mando.

—¡Bienvenida, gran hechicera! —se presenta—. Soy Viviana Luzia, pero todos me llaman Ana. Soy la preboste de Valle. Vuestro amigo y vos sois nuestros invitados. Os proporcionaremos todo lo que queráis.

Kansas me mira. Su perro me mira. La expresión de Kansas es de necesidad desesperada, de pánico creciente, mientras que la del perro es de lejano disgusto. Demostraré que se equivoca. Puedo proteger a Kansas. La protegeré. Al fin y al cabo, no tengo nada mejor que hacer.

—Necesitamos una cama —pido al consejo.

Junto a Ana hay un hombre bajito y corpulento con un bigote tupido y gafas gruesas. Le susurra algo al oído como un molesto mosquito.

—Más tarde —le susurra Ana al hombre y luego nos devuelve la sonrisa.

—También necesitamos un médico —añade Kansas.

La preboste chasquea los dedos y varias personas más se apresuran a acercarse. Hay una alta, pálida, con el pelo corto y perlas

colgando de las orejas. Otra lleva una chaqueta abotonada y las uñas pintadas de morado. Una tercera, de piel bronceada, luce un sombrero de copa y una pulcra trenza.

—Remy os mostrará vuestra posada y os proporcionará una habitación —explica la preboste, señalando con la cabeza a la persona con los pendientes de perlas—. El doctor Fennel es el médico de Valle Resplandeciente. Puede ayudaros con cualquier dolencia que tengáis. —Se refiere al hombre de la chaqueta—. Ruth es su asistente. —La de la trenza.

El doctor Fennel se acerca.

—¿Estáis herida, hechicera?

—Yo no. —Kansas hace un gesto con la cabeza para señalarme—. Es Rook.

Como si no estuviera ya claro que soy yo quien está sangrando y destrozado.

El doctor Fennel me mira finalmente. Está dispuesto a saludarme, a decirme cosas amables, cosas tranquilizadoras. Pero en cuanto me ve, su expresión cambia.

—¡Vos! —exclama.

La palabra es un susurro. Apenas un murmullo.

Kansas jadea.

—¿Lo conoces?

—¡Vamos! —La preboste pasa el brazo por los hombros de Kansas. Remy nos guía hacia la posada.

—Espera —dice Kansas.

—¿Vamos? —me dirijo al doctor.

Él cierra la boca de golpe. Asiente con la cabeza y retrocede tambaleándose.

—Por supuesto… Rook, ¿verdad?

—Sí. ¿O es que me conoces por otro nombre?

—¿Conoces a Rook? —oigo preguntar a Kansas mientras la

acompañan por la calle empedrada—. No tiene recuerdos. Lo encontré así, golpeado y ensangrentado, atado a un poste.

—Oh, qué horror —conviene la preboste—. Si es así, seguro que lo curarán —añade más tarde.

—¿Y bien? —insisto al doctor Fennel.

—Disculpe, señor. Creo que me he equivocado.

—Es una pena.

Se marcha apresuradamente.

—Mi consulta está por aquí. Le curaré en un santiamén.

—Vaya delante —digo—. Nosotros le seguiremos.

19

Dorothy



Remy, con sus largas piernas y su complexión delgada, se mueve por la ciudad con facilidad y urgencia. Tengo que correr para seguirle el ritmo.

El Consejo del Este nos sigue, charlando entre ellos.

Pasamos por delante de varios escaparates con vitrinas iluminadas donde se pueden apreciar elaboradas exposiciones de productos artesanales. Sobre las escaleras cuelgan carteles de colores con nombres pintados. Taberna de las Brujas, El Caos y Capas Solitarias.

No hay nada parecido en Kansas. Este lugar parece sacado de un cuento.

La calle gira a la derecha como el vientre de una serpiente y, por un instante, pierdo de vista a Remy.

Cuando doblo la curva, la calle se abre a un parque con forma de porción de tarta con una gigantesca estatua de bronce en el centro. Es más alta que los edificios de tres pisos que nos rodean.

La estatua representa a un hombre con un abrigo largo pintado de un tono azul verdoso. El abrigo se hincha desde sus caderas como si estuviera atrapado en una brisa eterna. Su cabello también aparece

un poco revuelto. El brazo izquierdo está echado hacia atrás y sostiene una varita similar a la de la Bruja del Este.

Cada gesto de su lenguaje corporal dice «lucha».

El consejo se detiene detrás de mí. Toto se retuerce en mis brazos y gruñe a la estatua.

—¿Quién es? —pregunto.

—Es el Gran y Poderoso Mago de Oz —responde Ana. La forma en que lo dice tiene la misma inflexión que si estuviera refiriéndose a un mito o a un dios. No sé qué es un preboste, pero he supuesto que es un cargo importante, alguien con poder. Sin embargo, Ana actúa como si el mago estuviera tan arriba en la jerarquía que apenas pudiera comprender la cima.

Estira el cuello y sonríe con nostalgia a la estatua. Al hacerlo, una cascada de rizos grandes y gruesos le cae desde los hombros hasta la mitad de la espalda. Cierra los ojos y respira por la nariz.

Sin estar segura de las costumbres de esta tierra, yo también cierro los ojos e inhalo.

Percibo los aromas que cabría esperar en una ciudad de este tamaño: carne asada, productos horneados; pero por debajo hay algo menos definible, algo dulce y picante, como canela, clavo y cardamomo.

—¿Qué es eso? —pregunto y abro los ojos—. ¿Ese olor?

Espero que Ana me diga el nombre de algún producto de panadería especial, pero no lo hace. En cambio, se endereza y se vuelve hacia mí. Sus ojos color miel se iluminan, reflejando la luz dorada de las farolas.

—Es magia.

También lo dice con reverencia.

Toto se retuerce en mis brazos, pero no estoy dispuesta a soltarlo. No en esta bulliciosa ciudad. Le rasco debajo de la barbilla, tratando de distraerlo.

—La magia es real aquí, ¿verdad?

Quería pedirle una aclaración, solo para asegurarme de que Ana ha dicho lo que yo creo que ha dicho, que literalmente ha pronunciado la palabra «magia».

En cambio, mis palabras salen un poco entrecortadas, temblando ante la posibilidad.

—Sí. —Asiente moviendo la cabeza, y los pendientes de esmeralda que cuelgan de sus orejas se balancean con el gesto.

Me estremezco y me vuelvo hacia la estatua del mago.

—Se supone que debo ir a verlo. Me han dicho que puede ayudarme a encontrar el camino a casa.

—¿Ah, sí? ¿Lo conocéis?

—No. ¿No lo conoces tú?

El resto del consejo se mira furtivamente.

—No lo conozco personalmente, pero lo he visto. Más o menos —reconoce Ana.

—¿Qué significa eso? ¿Que lo has visto más o menos?

Al otro lado del parque, varias personas encienden velas en un altar situado detrás del mago. Las llamas titilantes proyectan sombras nítidas sobre sus rostros. Una vez encendidas las velas, cierran los ojos y mueven los labios en una oración silenciosa.

—Bueno… —comienza Ana—. A cada Consejo Cardenalicio se le concede una audiencia con el mago en la Ciudad Esmeralda una vez al año, en la víspera del Día del Recuerdo, pero el mago es tan poderoso que es imposible mirarlo directamente.

—¿Qué? ¿En serio? Qué extraño, ¿no? —Todos se ríen entre ellos llenos de nerviosismo.

—No —dice Ana finalmente, ahora seria—. Si lo miras directamente, te zumban los oídos.

Los siete miembros del consejo asienten con energía.

—O te arden los ojos —añade una mujer.

—Yo me mareé —apostilla otro lugareño—. Por poco me desmayo.

Vuelvo a mirar la estatua. La silueta del mago se recorta contra el cielo oscuro. Y aunque está fundida en bronce y mide unos doce metros de altura, los rasgos de su rostro son suaves, casi borrosos, como si quien la fundió tampoco tuviera idea de cómo era realmente el mago.

—¿Qué edad tiene?

Ana da un paso adelante, de modo que quedamos casi hombro con hombro.

—Es difícil de decir. Al igual que las brujas de los puntos cardinales, es eternamente joven.

Eso explica por qué Lacosta parecía tener apenas veinte años. Dejando a un lado la ausencia de los rasgos faciales, la estatua del mago muestra una gran cantidad de detalles. Los tendones se marcan en su mano, lo que da una sensación de tensión y movimiento. Unas finas líneas recorren sus nudillos doblados y sus uñas están talladas con maestría, como si hubieran sido cuidadas y recortadas con esmero.

Al contemplar a este hombre todopoderoso, siento una oleada de emoción en mi pecho.

Sé que tengo un objetivo: conocer al mago y pedirle que me ayude a encontrar el camino a casa. Pero no puedo negar la emoción que recorre mi espina dorsal al pensar en estar en la misma habitación que alguien con tanta autoridad, con tanta presencia.

Nunca he conocido a un hombre como él. Remy se aclara la garganta.

—Lo siento. No era mi intención hacerte esperar —digo, dejando atrás la estatua.

—Es una efigie impresionante —comenta Remy—. No os culpo por deteneros a admirarla.

—¿Has conocido al mago?

Giramos a la izquierda en el siguiente cruce, donde varios niños persiguen una pelota que parece rodar cuesta arriba por sí sola.

—No —me responde Remy—. Pero, por todo lo que he oído sobre él, no sé si me gustaría conocerlo.

—¿Qué quieres decir? ¿Es cruel como la Bruja del Este?

Seguimos la carretera que desciende hacia otro cruce.

—Nada de eso. Nada tan evidente. Creo que simplemente… —Absorbe todo el aire del mundo, si eso tiene sentido—. Se supone que es un hombre del pueblo, pero no permite que nadie lo mire.

—Ah. Bueno, eso parece lógico, supongo. Sin embargo, aunque no a todo el mundo le gusta ser el centro de atención, algunas personas están destinadas a ello, da igual que no lo deseen.

Remy se detiene en una alcoba donde hay una puerta de doble arco cubierta por pintura dorada.

—Cierto. Pero el mago no es así.

—¿Cómo lo sabes?

Alarga la mano hacia el pomo dorado de la puerta.

—Es solo una sensación.

—Entiendo.

Remy abre la puerta y el característico bullicio de una taberna se filtra en la noche.

—Oh, ¿esta es tu posada?

—Sí. Bienvenidos al Vagabundo Rojo.

Me alejo del nicho y vuelvo a la concurrida calle para verla mejor.

La posada rodea la esquina de la calle, justo por donde está la entrada, dando la bienvenida a la gente desde el cruce en el que se encuentra.

Las puertas dobles aparecen flanqueadas por dos grandes ventanales, donde juegan la luz y las sombras en el interior. Todos los marcos que rodean las ventanas, tanto aquí como en el segundo y el tercer piso, están pintados del mismo color dorado que las

puertas.

El resto del edificio, construido en ladrillo, está pintado de rojo.

En el Valle Resplandeciente parecen gustar los colores, pero ninguno de los otros propietarios se ha atrevido con algo tan osado como el rojo brillante y el dorado.

Eso me hace apreciar aún más a Remy, aunque acabamos de conocernos.

—Mi tía es artista —le comento a Remy—. Le encantaría tu posada.

—Gracias. Tuve que convencer al consejo para conseguir que aprobaran esta combinación de colores.

El consejo en cuestión, con Ana al frente, se ha reunido detrás de nosotros.

—Aprecio el color tanto como cualquiera —se defiende Ana—, pero hay normas. Más allá de la piedra natural y la madera, las normas de construcción de Valle habían aprobado el verde esmeralda y el berenjena, no el rojo amapola.

Es bastante refrescante que incluso aquí, en esta tierra extraña, la gente siga luchando contra las normas urbanísticas. Henry quiso añadir un segundo granero a la granja en un momento dado, en un intento por ampliar su capacidad para procesar la cosecha, pero el condado se lo denegó porque había un límite de edificios accesorios.

Son tareas mundanas como esa las que me hacen dudar de una vida en el campo.

Nunca tendría la energía ni el deseo de luchar contra un ayuntamiento o una comisión del condado por los colores de la pintura exterior o el número de edificios accesorios que se me permiten.

Quiero hacer… más.

No es que culpe a Remy o a Henry por luchar por lo que quieren, independientemente de lo grande o pequeño que sea el objetivo.

—Bueno, pues ha quedado precioso —digo a Remy y Ana—. Me alegro de que lo hayáis aprobado.

—¿Ves? —le recrimina Remy a Ana—. Deberíamos abrirnos a todo el arcoíris. El verde esmeralda es su color. No el nuestro.

—¿De quién? —pregunto.

—Del mago —responde Ana y pasa junto a mí para acercarse a la posada—. Da la casualidad de que me gusta el verde esmeralda.

—¿De verdad? —la desafía Remy.

—¡Sí, de verdad!

—No era mi intención abrir la caja de Pandora —me disculpo.

—El verde esmeralda es un buen color —sentencia Ana por encima del hombro—. ¿No estás de acuerdo?

Miro hacia la calle, hacia la estatua del mago, mientras el resto del consejo entra en la posada. Em me dijo una vez que el verde era el color de la armonía y la suerte. Y cada primavera, espero a que broten las primeras flores verdes para saber que se acercan los meses más cálidos. Seguro que el verde es un buen presagio para el mago, ¿no?

—Me encanta el verde —reconozco finalmente, lo que hace que Ana aplauda y Remy frunza el ceño.

—¡Claro que os gusta! —redunda Ana y luego entra.

ꕥ

La combinación de colores del exterior se traslada al interior de la casa de Remy. Las paredes interiores están pintadas del mismo tono de rojo, mientras que el suelo de madera noble está pintado de dorado, lo que le da casi la misma sensación que el camino de baldosas amarillas.

Hay cuadros y fotografías enmarcados en dorado colgados por toda la habitación, ocupando cada centímetro libre de las paredes. Se ven retratos de personas cosechando maíz, fotos de gente bailando

en las calles de Valle y de personas amasando en una cocina antigua.

Me detengo ante estas últimas, sintiendo una punzada de nostalgia ante un agudo recuerdo de mi hogar.

Remy nos lleva a Ana y a mí hasta una mesa cerca de una chimenea enorme donde unos cuantos troncos ennegrecidos están cubiertos de brasas brillantes, pues el fuego está apagándose. Supongo que con tanta gente apiñada en la posada y en la taberna, el fuego ya no es necesario. El calor corporal es suficiente para mantener la temperatura en un espacio de yeso y vigas de madera.

El resto del consejo se dispersa y ocupan las dos mesas que quedan en la esquina trasera.

El bullicio de las conversaciones llena la sala principal, pero noto que el volumen baja cuando la gente se da cuenta de mi presencia. Me observan mientras me deslizo entre las mesas, siguiendo a Ana. Tanta atención me pone los pelos de punta, pero respiro hondo, tratando de recordarme a mí misma que se pasará. Al final, encontrarán algo mucho más interesante en lo que centrarse.

En el Vagabundo Rojo no solo ofrecen camas para pasar la noche, sino que también hay una taberna con servicio completo en la planta baja y esta noche hay estofado, panecillos recién horneados y cerveza.

No creo que me guste la cerveza, pero Ana dice que es la mejor de todo el Valle y que combina bien con el estofado.

Les digo que no tengo dinero para pagar, pero Remy me hace un gesto con la mano y dice que todo corre a cargo de la casa, incluso el alojamiento.

—Es muy amable por vuestra parte —empiezo a decir—, pero no estoy segura de que sea justo para Remy. Me gustaría pagar de alguna manera si…

—¡Tonterías! —me interrumpe Ana—. Nos habéis salvado a todos de la Bruja del Este, y hasta ahora era imposible acabar con ella,

figuraos. No creo que seáis consciente de la importancia de lo que habéis hecho por nosotros. —Se inclina y me aprieta la mano—. Os debemos al menos un millón de comidas más.

Compruebo la reacción de Remy, ya que es su comida y su cama.

—Será un placer. Por favor, tenedlo en cuenta.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Entonces, gracias. De verdad.

Remy asiente y se va a la cocina para hacer nuestro pedido. Y tan pronto como nos quedamos solos, Ana acerca su silla y se inclina hacia mí, con toda su atención puesta en mí.

—Bueno —empieza—. Me han dicho que llegasteis a Oz en un ciclón, dentro de una casa que cayó del cielo…

Lo dice con total naturalidad, como si viajar en una casa no fuera diferente a hacerlo en autobús o en carruaje.

—Sí, fue una tormenta la que me trajo aquí. Y ahora estoy intentando volver a mi casa en Kansas.

Un camarero nos trae dos jarras de cerveza escarchadas. Las jarras son rojas, como el edificio.

Ana da un largo sorbo a la suya. Yo primero huelo la mía. Tiene el aroma a lúpulo que esperaba, pero debajo de él detecto calabaza, especias cálidas, vainilla y miel.

—Se llama Cáscara de Calabaza —dice Ana, secándose la boca con la servilleta—. Vamos, probadla.

A mi lado, en su propia silla, Toto me mira desde debajo de su desordenado flequillo. Edward y yo nos emborrachamos solo una vez; fue con vodka en el granero Gilbert. Apenas teníamos dieciséis años y los padres de Edward se habían ido a la ciudad a vender su última cosecha. Él había encontrado la botella de vodka olvidada en el sótano.

Los primeros tragos fueron insoportables. Pero luego el alcohol

comenzó a calentarme el estómago y el sabor ya no me resultaba tan fuerte. Toto se puso a ladrarnos a Edward y a mí cuando decidimos bailar juntos bajo las estrellas, como si le molestara mi falta de criterio.

A la mañana siguiente sufrí una resaca y aprendí rápidamente que, si no quería odiarme a mí misma, lo mejor era tomármelo con calma.

Doy un sorbo a esta famosa cerveza de Valle Resplandeciente, esperando odiarla. No soy bebedora de cerveza. Si puedo elegir, prefiero el *whisky sour*. Pero mi primer sorbo me hace abrir los ojos como platos.

—Vale. ¡Vaya!

—¡Sí! —aplaude Ana—. Deliciosa, ¿verdad?

—Está muy buena.

Toto exhala un suspiro y luego da una vuelta en la silla y se coloca en un lugar de espaldas a mí.

Oh, definitivamente me está juzgando.

El camarero nos trae la comida. El vapor se eleva del guiso oscuro y los panecillos brillan por el azúcar glaseado que los cubre.

Se oyen los gruñidos de mi estómago. No sé qué hora es ni cuánto tiempo llevo en Oz, pero mi estómago me dice claramente que ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que comí.

Parto un trozo de pan y lo mojo en el guiso, y en cuanto le doy un mordisco, me invade una sensación de calma. La comida puede ser el consuelo universal. No hay nada mejor que un plato caliente en un lugar extraño.

—Dios mío, qué bueno está. —Las patatas están cocinadas a la perfección y la carne asada se deshace en la boca. Pero es el caldo el que tiene el sabor más complejo. Salado, dulce y rico.

Por primera vez desde que desperté en Oz, pienso que todo va a salir bien.

De alguna manera, me las arreglo para tomarme dos jarras de

cerveza antes de terminar el plato de estofado. A pesar de haber llenado mi estómago con comida, el alcohol me afecta rápidamente y una oleada de calor me invade las mejillas.

En el fondo, soy consciente de que, en realidad, no he sabido dosificar las fuerzas. Pero ahora la preocupación ha flotado ya muy lejos.

Toto me mira con el ceño fruncido, pero lo ignoro porque por fin me siento bien en este lugar.

—¿Se lo habéis dicho? —grita uno de los miembros del consejo desde la esquina trasera.

—¡Shhh! ¡Todavía no! ¡Quería que la chica comiera algo primero! —explica Ana.

—¿Decir qué?

Su boca forma una O de emoción mientras acerca su silla y acorta la distancia entre nosotras.

—El consejo está planeando una celebración por nuestra liberación, mañana por la noche en la Mansión de Este. Ese es el nombre que recibe la casa del preboste. Mi casa —añade con un guiño—. De todos modos, vos seríais la invitada de honor y os tratarían como tal y…

—¿Por qué estáis todos tan contentos por la muerte de la bruja? —La cerveza me está soltando la lengua, pero en este momento no me importa. Tengo la respuesta que me dieron los campesinos, pero tengo curiosidad por saber más de los responsables.

—Es una larga historia —responde Ana.

—Tengo tiempo.

Ana llama al camarero para pedir otra ronda de cerveza. Nos rellenan las jarras.

—Las brujas de los puntos cardinales eran buenas al principio. —Ana envuelve la jarra de cerveza con la mano y hace una pausa para respirar—. Después de que los dioses de los puntos cardinales nos

abandonaran y los confines de Oz se convirtieran en desierto, todos estábamos desesperados por entenderlo.

—Espera. Cuando dices dioses, ¿te refieres a figuras mitológicas a las que adorabais? ¿Como en la iglesia? O…

—No sé qué es una iglesia, pero los dioses eran reales. Nos bendecían a nosotros, a nuestras cosechas y a nuestras tierras. Visitaban nuestras ciudades y nuestros pueblos, y nos otorgaban su amor. Pero un día, simplemente desaparecieron.

La cálida y difusa sensación que me produce la cerveza me ayuda a suspender mi incredulidad. Si Ana dice que hay dioses, entonces lo creo.

—¿Nadie sabe por qué se marcharon los dioses?

Se encoge de hombros y toma otro trago.

—Las brujas dijeron que era un castigo para la familia real. Que habían intentado robar el poder a los dioses y estos las estaban castigando, pero todos estábamos sufriendo las consecuencias. Cuando las brujas y la realeza se enfrentaron, comenzó la Gran y Terrible Guerra. Y fue la guerra entre diferentes magias lo que provocó las horribles maldiciones.

Recuerdo que los campesinos mencionaron que el cielo está oscuro, independientemente de la hora del día, y todo por culpa de unas maldiciones.

—¿Has dicho maldiciones, en plural? —pregunto.

—Sí. Hay cientos. Quizá miles. Es difícil de definir. —Me quedo boquiabierta.

—¿Qué otras maldiciones hay?

—Desde la mala suerte hasta el olvido. Hay un pueblo entero en el sur donde todos se convirtieron en cerámica.

Vale, mi incredulidad va en aumento. Me cuesta mucho mantener la boca cerrada. Ahora estoy boquiabierta por la sorpresa.

—Incluso la Bruja del Oeste sufre grandes y terribles maldiciones.

Dos, para ser exactos, pero solo conocemos una.

—¿Cuál es?

—Le da miedo la oscuridad.

—A mí también.

—¿Verdad? —conviene Ana y se ríe entre dientes mientras bebe un sorbo de su jarra de cerveza.

—¿Cómo sabes que padece otra?

—Bueno, no estoy segura —reflexiona Ana—. Es algo que todos comentan.

—Pero ¿no sabéis qué es?

—Exacto.

—¿Y la familia real? —pregunto—. ¿Dónde está ahora?

—Todos han muerto.

No sé si debería sentir pena por esta familia o si eran realmente personas horribles y tal vez recibieron su merecido.

—Ahora son las brujas de los puntos cardinales las que gobiernan los territorios separados que rodean la Ciudad Esmeralda, que pertenece al Mago de Oz.

—¿Y cómo encaja el mago en todo esto?

—Oh, el mago es el más poderoso de todos. —Los ojos de Ana se agrandan cuando habla de él—. Es el verdadero héroe de la Gran y Terrible Guerra. Fue él quien finalmente derrotó a la realeza.

Me da vueltas la cabeza. Quizá también sea por la cerveza. Toto levanta la cabeza y me mira como si pudiera leerme el pensamiento y estuviera de acuerdo con esta teoría.

—Ocúpate de tus asuntos —le digo con la mirada, y él resopla con fuerza, lo que hace que sus bigotes se muevan.

—Entonces… y volviendo a la Bruja del Este. ¿Por qué celebráis su muerte?

Ana asiente.

—Como he dicho, al principio era buena, pero en algún momento

se volvió malvada. Verás, a diferencia de los magos, las brujas deben conectar con algo para usar su magia, y Este, ella… —Ana se queda callada, con la mirada vidriosa y perdidos en la lejanía.

—¿Qué?

—Sacrificaba a los habitantes del Este para obtener poder.

20
Dorothy



A los habitantes del Este? ¿Te refieres a personas?

—Sí. —Ana sujeta con fuerza el asa de su jarra—. La gente simplemente desaparecía. Nos llevó un tiempo descubrirlo. Siempre hemos sabido que el origen de la magia de Delphine eran los seres vivos, pero pensábamos que se limitaba a usar plantas. Sin embargo, con el paso de los años, su paranoia creció, al igual que su sed de poder. Fue entonces cuando descubrimos que también podía usar a la gente.

Dejo que todo esto cale en mí. No creo en la magia. O, mejor dicho, no creía, hasta que desperté en una tierra lejana cubierta por la oscuridad y fui testigo, con mis propios ojos, de cómo un cadáver se convertía en polvo, unas zapatillas plateadas desaparecían en el aire y reaparecían en un armario para cebollas, y una mujer salía literalmente de una nube de luz.

—Si la fuente de magia de Delphine son las personas, tal vez por eso golpearon y ataron a Rook a un poste.

—¿A quién? —pregunta Ana.

—A mi amigo. El que está en el médico.

—Ah, claro. Supongo que es posible, pero ¿por qué no se limitó a matarlo?

—Sí, supongo que es una buena pregunta. —Doy otro sorbo a mi cerveza, disfrutando del calor que transmiten las especias—. Entonces, ¿cuáles son los poderes de las otras brujas? ¿O qué fuentes utilizan?

Ana se toma un momento para reflexionar.

—Bueno… empecemos por la del Sur. Porque su poder es muy similar al de Delphine, el suyo también proviene de los seres vivos. Oeste obtiene su poder del fuego. Norte obtiene el suyo de los metales.

—¿No crees que la Bruja del Sur haría algo así?

—¿Glinda la Buena? ¡Oh, no! ¡Nunca! Ha renunciado a matar. Por eso su poder se ha debilitado. Además, su fuente, aunque viva, se limita al reino animal. Pero, os repito, ella nunca lo haría. Nunca.

La Bruja del Norte mencionó que ella también era buena, pero esa etiqueta sin duda significa más cuando es otra persona la que la utiliza para describirte.

¿Será Glinda realmente tan virtuosa?

De repente, las zapatillas plateadas me queman los pies. Cleo insistió en que me las llevara, pero ahora dudo del acierto de esa decisión. Robarle los zapatos a una mujer muerta ciertamente no me haría ganar el apodo de Dorothy la Buena.

—Ahora que la Bruja del Este está muerta, ¿quién ocupará su lugar?

Ana se encoge de hombros de nuevo y se termina su cerveza.

—No es cosa de los lugareños preocuparse por los asuntos de las brujas.

—¿Crees que… las otras brujas buscarán venganza contra mí? ¿Por matar a una de las suyas?

Ana se ríe.

—¿Por matar a Delphine? Por supuesto que no. Era la menos querida. Ninguna de ellas le era leal. No os pasará nada.

Suspiro aliviada. No había considerado esa posibilidad hasta ahora.

—Gracias a Dios.

—¡Hablando de los dioses! —grita alguien. Es una de las miembros del consejo, una mujer con el pelo negro y corto recogido en una coleta—. ¡Deberíamos brindar por ellos!

—¡Oh, qué buena idea, Lu! —acepta Ana y hace un gesto con los dedos al camarero detrás de la barra.

En la hora más o menos que Ana y yo llevamos charlando y comiendo, algunos de los clientes de la taberna se han ido, y los miembros del consejo han dejado sus mesas al fondo para reunirse a nuestro alrededor, haciéndose sitio donde pueden.

El camarero se acerca con una bandeja donde hay ocho vasos de chupito. Cada vaso contiene unos centímetros de un líquido de color ámbar oscuro.

—*Ozrum* —explica Ana—. Remy, ¿nos traes un vaso vacío para que le enseñe a Dorothy cómo brindar por los dioses?

Remy se acerca desde la barra con un vaso de chupito vacío y se lo entrega a Ana, que lo coge y lo coloca delante de ella sobre la mesa.

—Empezáis aquí —dice—, en la posición norte, como en una brújula. Decís «Norte» y dais un golpe en el aire con el vaso. Luego bajáis y decís «Sur». Después seguís moviendo el vaso por los demás puntos cardinales y lo lleváis en cada dirección.

—Así que va: norte, sur, este, oeste —añade Lu.

—Y luego el centro —continúa Ana—. Y decís «¡Oz, Oz, Oz!» con tres movimientos secos. ¡Luego os lo bebéis!

No necesito más alcohol, pero ¿quién soy yo para rechazar una costumbre de Oz?

—Vale, entendido —acepto mientras el camarero me entrega mi

chupito—. Es bastante fácil.

Los demás reciben un vaso cada uno.

—A la cuenta de tres —indica Ana—. Uno. Dos. Tres.

—Norte. Sur. Este. Oeste. ¡Oz! ¡Oz! ¡Oz! —gritamos todos y nos bebemos el chupito de un trago.

El *ozrum* tiene en parte el mismo sabor dulce y picante que la cerveza, pero carece de su suavidad. Arde al bajar y hago una mueca de dolor después de tragarlo.

—¡Dios mío! —digo, y todos se ríen.

Todos nos reímos.

Al instante me siento agradecida con Ana y el resto del consejo por darme la bienvenida a su ciudad, por dejarme participar en sus costumbres. Ojalá Rook estuviera aquí.

Una vez que nos hemos acomodado y el camarero ha recogido los vasos vacíos, me inclino hacia Ana.

—¿Sabes dónde puedo encontrar al médico que se ha llevado a mi amigo? ¿A Rook?

—Seguro que vendrán enseguida. El doctor Fennel es muy meticuloso. —Ana se levanta y se alisa las solapas del traje morado —. Supongo que se está haciendo tarde. Si queréis, puedo pedirle a Remy que os acompañe a vuestra habitación para que podáis descansar mientras lo esperáis.

Pienso que no me importaría asearme antes de que vuelva Rook.

—Te lo agradecería.

Ana le hace una señal con los dedos a Remy. La posadera se despide del grupo con el que está charlando y se acerca.

—¿Podrías llevar a Dorothy a su habitación? —pide Ana—. Asegúrate de que tiene todo lo que necesita. Tiene que estar en plena forma para la gran celebración de mañana por la noche.

—Bueno, no estoy segura de si me voy a quedar…

—¡Tonterías! —Ana me da una palmada en la espalda—. Sois

nuestra heroína. ¡Por supuesto que os quedaréis para la fiesta que se celebra en vuestro honor! Descansad un poco y nos vemos mañana. —Ana me da un abrazo y luego saca al consejo de la taberna.

Remy me hace señas.

—Os he reservado nuestra mejor habitación en el tercer piso, vuestro amigo estará en la de al lado.

—Genial. Gracias, Remy. —Cojo a Toto en brazos y con la otra mano agarro mi cesta de pícnic. Remy me lleva hasta una gran escalera al otro lado del mostrador. Hay guirnaldas de luces entrelazadas entre los balaustres tallados. La pared de la escalera está cubierta de pinturas al óleo colgadas en marcos de madera rudimentarios. Todas las obras son fantásticas. Bestias que son mitad león, mitad pájaro. Árboles con caras. Una niña hecha de parches. Un gato de cristal con un arcoíris de luces que giran a su alrededor.

El artista tiene talento, igual que la tía Em. Ella pinta con los colores vibrantes del arcoíris. Este artista es más sobrio en sus pigmentos. Más tonos tierra, más dramatismo.

—¿Quién ha pintado estos cuadros? —pregunto mientras sigo a Remy por las escaleras.

—Mi padre.

—Es un artista increíble.

—Era —me corrige Remy.

—Oh, siento mucho tu pérdida. ¿Murió en la guerra?

Remy llega al rellano del segundo piso y sigue subiendo.

—Mi padre fue una de las personas que Delphine utilizó para reponer su poder.

—Oh. Lo siento mucho. Es horrible.

—Os lo agradezco —responde Remy por encima del hombro—. Por fortuna, todavía tengo a mi madre. Es la cocinera en la posada.

—Por favor, transmítele mis felicitaciones. La comida estaba increíble.

—Le encantará oírlo.

En el tercer piso, Remy gira a la derecha en el pasillo y nos lleva hacia la parte delantera de la posada. Mi habitación es la puerta del final. Remy se detiene frente a ella.

—Sé que no queréis atribuiros el mérito por haber matado a la bruja, pero nos habéis hecho un favor que nunca podremos pagaros. Ojalá hubiera podido matarla con mis propias manos.

Hasta ahora, solo había oído anécdotas sobre Delphine. Era horrible, sin duda, pero Remy es la primera persona con la que hablo que ha perdido a alguien directamente por su culpa.

Eso lo hace aún más real. Me hace sentir un poco menos culpable por lo que hice.

Remy abre la puerta y entra, y enciende una lámpara de mesa.

De repente, la habitación se inunda de una luz suave y cálida.

—Yo también perdí a alguien —me oigo decir, con la lengua aún suelta por el alcohol—. No de la misma manera. Solía esperar que volviera a por mí.

En la puerta, Remy se vuelve hacia mí. El movimiento hace que los pendientes de perlas se balanceen justo debajo de los rizos de su cabello oscuro.

—¿Todavía conserváis la esperanza?

Dejo a Toto en el suelo, que da una vuelta por la habitación, olisqueando las tablas del suelo y los muebles.

—A veces —admito—. A veces es lo único que tengo.

Remy asiente.

—Entonces, espero que algún día encontréis lo que buscáis.

—Te lo agradezco.

Remy sale al pasillo y cierra la puerta tras elle, y por fin me quedo sola.

Remy me ha facilitado una habitación con baño y paso la mayor parte de la siguiente media hora frotándome la piel con un paño ante un lavabo lleno de agua caliente. Sigo encontrando manchas de sangre. Siento que nunca voy a estar limpia.

Mientras me froto la sangre que se ha secado debajo de mis uñas, veo en mi mente a la Bruja del Este, recuerdo su salvajismo, su implacabilidad.

«Creo que sé quién te ha enviado», me dijo.

Sacó conclusiones precipitadas e hizo suposiciones sobre mí, y eso me hace hervir la sangre. No me merecía que me tratara así. Porque nadie me envió. Fue un tornado. Un accidente. Fui una víctima igual que ella. Bueno… quizá podría decir que ella fue más víctima que yo, teniendo en cuenta que mi casa le cayó encima.

Miro mi reflejo en el espejo y veo otra mancha de sangre seca justo debajo de la línea del cabello. La froto. Y me esmero un poco más hasta que mi piel se pone roja.

Creo que aquí estoy a salvo, pero ¿cómo puedo estar segura?

Encuentro un cepillo y un frasco de farmacia en el armario. El frasco es de cristal verde esmeralda y tiene una etiqueta en la parte delantera con dos flores entrelazadas. Lo descorcho, inhalo el olor y percibo el aroma de rosas, jazmines y algo almizclado.

Me deshago las trenzas y me cepillo el pelo, luego domo algunos mechones rebeldes con el aceite.

Cuando vuelvo a mirar mi reflejo, ya no parezco una loca. Me siento más humana. Me parece menos un sueño… O una pesadilla.

Llaman a la puerta.

—Soy yo, Kansas. —Me da un vuelco el corazón.

Toto empieza a gruñir.

Salgo a la habitación y le hago un chasquido con los dedos.

—Solo es Rook.

Intento no pensar demasiado en la oleada de emoción que me

embarga, en el aleteo de alas invisibles que noto en el estómago mientras abro la puerta.

Rook también se ha aseado.

Las heridas de su cara ya no están cubiertas por sangre y suciedad. Tiene unos cuantos puntos en el corte de la frente. Las magulladuras siguen ahí, pero juraría que ya están desapareciendo.

Tiene el cabello negro más mojado que cuando lo dejé y le cae sobre la frente, al tiempo que se riza alrededor de las orejas.

Hay algo salvaje en él, algo que no logro definir.

Lleva una ropa diferente: una camisa negra de algodón suave con tres botones debajo del cuello. Me recuerda a las camisetas Henley que Edward se pone en otoño para ir más abrigado.

—Tienes mejor aspecto —comento.

—Tú también. —Me sonríe y se apoya en el vano con el hombro—. ¿Puedo pasar?

Toto resopla detrás de mí.

—Por supuesto —digo, ignorando a mi perro, porque ¿cómo se atreve a arruinarme la diversión?

Todavía estoy un poco achispada por la cerveza y el *ozrum*, y quizá me siento más valiente de lo que debería.

Abro la puerta y Rook entra con absoluta naturalidad, como si visitara la habitación de una mujer cada noche.

Y claro que sí. No hay más que mirarlo. Puede que no tenga recuerdos, pero seguro que ya se ha visto en el espejo. Las mujeres y los hombres deben caerse redondos al verlo. Incluso yo me desmayaría si fuera de las que se desmayan. Pero no lo soy. Aunque podría serlo. Por él.

«No te desmayes, joder, Dorothy».

Rook se da una vuelta por la habitación.

—¿Has recuperado algún recuerdo? —pregunto—. Ese hombre… el médico. ¿Te conocía?

Rook me mira con el ceño fruncido.

—Me temo que no. Me confundió con otra persona.

Me envuelve el desánimo.

—Esperaba que aquí te reconociera alguien.

—Yo también. —Se detiene junto a la ventana que da a la calle. A lo lejos, sobre los tejados cercanos, puedo ver la estatua del mago, con su melena de bronce bañada por la luz dorada del atardecer.

—¿Te ha dicho Remy que tienes la habitación contigua a la mía?

—Sí. —Se apoya con el hombro en el marco de la ventana—. Qué bien. Me alegro de que estés cerca. Es decir… No es eso lo que quería decir.

Inclina la cabeza a un lado.

—¿Estás borracha, Kansas?

—¿Qué? ¡No! Bueno… estoy alegre. Borracha no, te lo aseguro.

—Me lo aseguras. —Sonríe.

—La cerveza que beben aquí está muy buena.

—Intentaré recordarlo.

—Y hemos hecho un saludo a los dioses, con *ozrum*.

Me fijo en cómo frunce las cejas oscuras sobre los ojos.

—¿Un saludo a los dioses?

—¿Nunca has oído hablar de él? Es así: Este, Oeste, Oz… no, espera, eso no es correcto. ¡Oz, Oz, Oz!

Se ríe aún más fuerte, y se le mueven los hombros.

—Lo siento. No lo recuerdo exactamente.

—Siento habérmelo perdido.

—¡Deberías! Fue divertido.

—Ya me imagino.

—Mueves el vaso… Algo así como *boom*, *boom*, *boom*. —Le muestro los movimientos y, al hacerlo, un mechón de pelo cae delante de mis ojos. Él se inclina hacia delante y me lo aparta para ponerlo detrás de mi oreja.

Sin pensarlo, impulsada por la adrenalina, me pongo de puntillas y lo beso.

Su boca parece reacia bajo la mía y eso me devuelve a la realidad.

Me aparto de golpe.

—Lo siento mucho. No sé por qué lo he hecho. Quizá sí esté borracha. Ha sido algo horrible. No tienes recuerdos. Has tenido un día espantoso. Apenas me conoces y…

Me agarra del brazo cerrando los dedos alrededor de mi muñeca. Su tacto, la fresca presión de su mano, me hace callar al instante.

—No te disculpes por ser atrevida, Kansas. —Sus ojos verdes reflejan la luz que entra por la ventana. Hay diversión en ellos. No ira ni disgusto.

Suelto el aire.

—Admiro la audacia —añade—. Pero, independientemente de eso, el *ozrum* puede hacer que cualquiera se vuelva tonto. —Señala la calle, donde un grupo de habitantes del Este caminan cogidos del brazo, cantando a pleno pulmón una canción festiva.

Me río.

—Eso es cierto.

—¿Puedo contarte un secreto, Kansas?

—Por supuesto.

—Me gusta verte reír.

Siento cómo me sube el calor por la garganta hasta enrojecerme las mejillas.

Esta amabilidad no es diferente a la que me brinda Edward.

Entonces, ¿por qué me siento distinta?

¿Por qué es como si el suelo hubiera desaparecido bajo mis pies y estuviera flotando?

—Gracias.

Rook se inclina y me da un casto beso en la mejilla.

De alguna manera, es más íntimo que el beso que le he dado yo a

él.

—Gracias por salvarme, Kansas.

—No ha sido nada… —empiezo a decir.

—No sé cuánto tiempo he estado atado a ese poste —me interrumpe—, pero podría haber muerto allí. El médico ha dicho que he perdido mucha sangre. Su teoría es que quienquiera que haya hecho esto quería que muriera lentamente.

—¿En serio? Eso es horrible.

Él asiente moviendo la cabeza.

—De verdad, me has salvado.

—Bueno, me alegro de haber pasado por allí. —Bostezo y me cubro la boca con la mano—. Me alegro de que estés bien.

—Deberías descansar —me aconseja—. Ha sido un día largo.

—Supongo que tienes razón. Al parecer, el Valle está planeando una celebración para mañana y yo soy la invitada de honor.

—Qué detalle por su parte.

—¿Asistirás?

—Si tú quieres.

—Creo que sí.

—Entonces iré. —Va hacia la puerta y se detiene en el umbral—. Kansas, ¿cuál es tu desayuno favorito?

—Me llamo Dorothy.

—Lo sé. —Aparece una sonrisa burlona en la comisura de sus labios.

¿Por qué me dan ganas de reír? Me siento como si volviera a ser una colegiala.

—Me gustan los huevos fritos. Las tostadas. La mermelada. Especialmente la de fresa. Y el café. ¿Por qué?

Él se encoge de hombros y sale al pasillo. Las velas parpadeantes de los candelabros de cristal lo envuelven en calidez.

—No recuerdo cuál es el mío, eso es todo.

Ahora hay verdadera tristeza en su rostro.

—Lo siento. —No paro de decir eso cuando estoy con él.

—No te preocupes. El tuyo será el mío hasta que recuerde cuál era. Si te parece bien.

—Por supuesto. Con la mermelada de fresa nunca te equivocas.

—Me alegro de saberlo. Nos vemos por la mañana.

—Buenas noches.

Cierra la puerta a su espalda y oigo cómo sus pasos se alejan por el pasillo.

Lanzo un grito silencioso de alegría.

Toto me mira. Si los perros pudieran fruncir el ceño, ahora mismo lo estaría haciendo con mucha intensidad.

—Es inocente —digo.

Él resopla.

—¡Y guapo! —susurro.

Vuelve a resoplar.

—Deja de juzgarme.

Me preparo para irme a la cama. Me quito toda la ropa que me parece que podría hacerme sentir incómoda. Cuelgo el vestido en un gancho junto a la puerta, pero me dejo puesta la camisola.

Tiro de la colcha y veo unas sábanas blancas y limpias. Me meto en la cama con un suspiro. Teniendo en cuenta que tenía pensado dormir en el bosque esta noche, una cama mullida y unas sábanas limpias son el paraíso.

Toto se acerca a la puerta y ladra.

—¿Qué pasa?

Vuelve a ladrar.

Sé lo que está sugiriendo. Debería cerrar la puerta con llave.

—Acabo de ponerme cómoda —protesto.

Otro ladrido.

Confío en Rook. Confío en Remy.

Pero una bruja intentó matarme y a Rook lo arrancaron de su vida y lo ataron a un poste.

Decido que Toto tiene razón.

Me acerco a la puerta y cierro el cerrojo.

21
Cleo



Apesar de lo tarde que es, Cleo camina con paso alegre mientras sigue el camino de baldosas amarillas que la aleja del castillo de Delphine.

Allí fuera está más oscuro que nunca, pero las farolas proyectan un halo de luz sobre el camino.

No mira atrás y se va sintiendo mejor cuanto más se aleja.

Puede ir a cualquier parte. Hacer lo que quiera.

No sabe a dónde va. Y no sabe qué quiere hacer. Pero al menos ahora tiene la posibilidad de elegir.

El camino gira alrededor de un bosquecillo de robles rojos del este y, cuando llega al otro lado, se encuentra al pie del campo de campanillas de invierno.

Se detiene.

No tenía intención de volver a la granja, pero, a menos que quisiera desviarse del camino de ladrillos, era imposible no verla.

Y, sin embargo…

La recorre un escalofrío.

«Eres una asesina», le dice una voz en el fondo de su mente. La

culpa le revuelve el estómago.

¿Debería sentir remordimiento por abrir la mano y mostrarle a Delphine la pluma manchada de aceite del mono alado?

Si debería, no siente remordimiento alguno, y no está del todo segura de lo que eso dice de ella.

Sigue el camino, con la intención de continuar más allá de la casa, pero algo la detiene. Se aleja del camino y cruza el campo hasta que la casa queda frente a ella y el montón de cenizas está a sus pies.

Entonces, levanta el pie y lo golpea con fuerza. Las cenizas se elevan en el aire y, cuando cambia la brisa, el viento se lleva a Delphine.

Es casi triste ver a una mujer con magia en las venas reducida a algo tan irrelevante. Le tenía pánico a Delphine y mírala ahora.

En cuestión de minutos, lo que queda de la bruja desaparece con el viento, arremolinándose detrás del tejado inclinado de la casa de Dorothy.

Da un paso atrás, con la intención de volver al camino de baldosas amarillas, cuando un movimiento de sombras dentro de la casa llama su atención.

¿Es Dorothy? ¿Sigue allí?

Se pone en marcha antes de pensar en quién más podría estar en la casa. Irrumpe por la puerta principal y dos hombres gritan sorprendidos. Están rebuscando en los armarios en busca de cosas que robar.

—Esta casa no es vuestra.

Las palabras salen de su boca y quedan suspendidas como los cristales rotos de las ventanas. Sus consonantes son demasiado duras, sus oes demasiado largas.

Los hombres se miran con el ceño fruncido. Uno es más alto, con el pelo negro rapado y ojos color avellana. El otro es más bajo, con una espesa barba roja y orejas que sobresalen como setas.

El de la barba sujeta una sartén. El rapado tiene en sus manos una bolsa de cebollas y una cuchara.

—Tampoco es tuya —dice el de la barba.

—Devuelve lo que hayas cogido —ordena Cleo.

—¿Y qué harás si no lo hacemos? —replica el rapado.

¿Por qué le importa lo que se lleven? ¿Por qué siente de repente el deseo de proteger las pertenencias de Dorothy?

—Yo…

—¿Qué vas a hacer? —pregunta el de la barba, dando un paso hacia ella con la sartén en alto, como si fuera un arma.

—Yo…

Se oye un silbido a la izquierda, un corte en el aire. Algo vuela a través de una de las ventanas rotas.

El de la barba se tambalea hacia un lado, con los ojos desorbitados. Ahora tiene un hacha clavada en el cuello.

—¡Ozaaak! —grita el rapado justo cuando la cabeza de su compañero se desliza por su cuerpo y golpea el suelo un segundo antes que el hacha.

El rapado deja caer las cebollas. Se derraman de la bolsa y ruedan por el suelo, igual que la cabeza.

Cleo no puede moverse. Debería huir. Debería moverse lo más rápido que le permitiera el terror.

Pero no puede.

El suelo cruje detrás de ella y una sombra se extiende sobre los escombros apilados.

—¡Ahhh! —El rapado se da la vuelta y corre por el pasillo. Los pasos son ahora pesados. Se acercan.

Cleo aprieta los dientes cuando ve aparecer al Hombre de Hojalata. Él se agacha y recoge el hacha con sus dedos metálicos.

Cleo ha oído historias sobre ese brazo hecho de metal y engranajes, pero oírlo no es lo mismo que verlo, y el frío destello del metal solo

lo hace más aterrador.

El rapado sigue gritando, moviéndose por la casa de habitación en habitación, buscando otra salida.

No puede culparlo por olvidarse de que, a veces, una ventana es tan buena como una puerta; ella ni siquiera puede moverse.

Al no encontrar salida, el hombre vuelve corriendo a la cocina. El Hombre de Hojalata estira el brazo, extendiendo el hacha directamente en su camino, y este, impulsado por el pánico, se estrella contra la hoja.

Le golpea de lleno en el pecho.

La sangre brota por su boca y exhala un largo y húmedo suspiro antes de caer de rodillas.

El Hombre de Hojalata planta la bota en su hombro y lo usa de palanca para sacar el hacha.

El rapado se inclina y muere. Cleo sigue sin moverse. Solo puede tragar saliva.

Quizá si no se mueve, si no habla, si no estornuda ni respira, él la ignorará.

El Hombre de Hojalata agarra la pata de una silla volcada. La endereza y se sienta. Luego se saca un trapo del bolsillo y limpia la sangre de la hoja. Lentamente. Con cuidado.

Cleo nota que su corazón golpea con fuerza contra sus costillas.

—Si intentas huir, morirás —sentencia el Hombre de Hojalata. Otra pasada por el arma—. Si gritas, morirás. —Dos pasadas más—. Si me mientes, morirás. —Limpia el hacha una última vez—. ¿Lo has entendido?

Cleo suelta un suspiro entrecortado por la nariz. Asiente con la cabeza. Cuando él la mira a los ojos, nota que los suyos son de un tono gris tormentoso, teñido de azul. No muy diferente de las nubes amenazantes del exterior.

El pánico le sube por la garganta y no sabe si es un grito o una

arcada, pero ninguna de las dos opciones le parece buena. Así que lo traga como puede.

—¿Has visto a la chica? —pregunta él.

Ella asiente con la cabeza.

Pregunta fácil. Respuesta fácil.

—¿Está aquí ahora?

—Yo… yo… no.

Él apoya el hacha sobre sus muslos y se recuesta en la silla.

—¿Qué ha pasado aquí?

—La casa… cayó… del cielo. Sobre la bruja. La chica. Ella la mató. La asesinó, quiero decir. Asesinó a la bruja.

El Hombre de Hojalata frunce el ceño.

—¿A qué bruja?

—A la Bruja del Este.

El Hombre de Hojalata se inclina hacia delante y apoya los codos sobre las rodillas.

—¿La chica mató a una bruja de los puntos cardinales? —Su voz, grave y ronca, rebosa incredulidad.

—Sí.

—¿Cómo?

—No lo sé. Es decir… con un cuchillo de cocina.

—¿Era mágico?

—No lo creo.

—¿Estaba maldito?

—No lo sé.

El Hombre de Hojalata se levanta y empieza a dar vueltas por la habitación. Cuando vuelve, deja caer el hacha, permitiendo que la hoja descanse en el suelo junto a su bota.

—¿Dónde está la chica?

Todos los habitantes del Este han crecido escuchando historias sobre el Hombre de Hojalata. Su hermano lo maldijo y le robó el

corazón, pero desconocen el motivo. ¿Cómo era antes de perder el corazón? También eso es una incógnita. Sin él, es despiadado, aterrador, singularmente eficaz. Y, sobre todo, competente.

Estar en el mismo territorio cardinal que él ya es bastante malo. Pero ¿estar en la misma casa? Cleo quiere fundirse con las tablas del suelo y no volver a solidificarse nunca más.

—La chica… Dorothy…

Cleo respira hondo. Cree saber qué palabras decir. Puede decirlas, puede sacarlas… Entonces él se irá y ella será libre para continuar hacia donde sea que termine.

—El camino —dice—. La chica… está… en el camino… hacia el mago. —Traga saliva de nuevo. Con más fuerza.

—¿Va a ver al mago?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la Bruja del Norte.

El Hombre de Hojalata inclina la cabeza a un lado y empieza a mirarla como si fuera un ratón de campo. Cleo se estremece. Al igual que su hacha, todo en el Hombre de Hojalata parece afilado. Es un asesino capaz, pero más que eso, es una presencia que no se puede ignorar, muy parecida a la energía que se acumula justo antes de una tormenta.

—¿Sabes cómo es la chica? —pregunta.

—Sí.

Otra pregunta fácil.

Él gira el hacha por encima del hombro y desliza el mango en una funda de cuero que lleva a la espalda. Su brazo metálico se mueve con rapidez, haciendo que el movimiento parezca fácil, como si el hacha no pesara nada.

Cruza la habitación y ella da un paso atrás.

Es alto. Más alto que cualquier hombre que ella conozca. Mucho

más alto que ella. Hombros anchos, mandíbula fuerte, nariz estrecha con fosas nasales que se ensanchan como una flecha. Todo en él es afilado y cortante.

—¿Alguien notará tu ausencia? —pregunta.

—No.

Una pregunta fácil. Una respuesta fácil. Pero difícil de dar.

Está sola. Dolorosamente sola.

El Hombre de Hojalata da dos pasos gigantes hacia ella, la agarra de la chaqueta con el puño del brazo metálico y la saca a rastras por la puerta.

—Entonces vendrás conmigo.

22
Dorothy



Me despierta el hocico húmedo de Toto empujándome la cara.

—¿Es necesario? —refunfuño y me giro hacia un lado, tirando de la colcha. Él se sube a mi cadera y luego araña la manta, gruñendo—. Todavía está oscuro fuera.

Toto ladra y luego me lame la cara.

Abro los ojos y lo miro.

—¿Por qué eres tan pesado?

Él ladra.

—Está bien. Estoy despierta.

Deja escapar un gruñido desde lo más profundo de su pecho. Probablemente quiera salir para poder cazar más conejos.

Me incorporo, me froto la cara y echo un vistazo a la habitación.

Durante unos segundos, mi mente es un caos.

Esta habitación me resulta desconocida. ¿Dónde estoy?

Entonces, todo vuelve a mi mente.

Estoy en Oz, en una habitación del Vagabundo Rojo.

Y Rook, al que le di un beso, está durmiendo en la habitación de al

lado.

El estómago me da vueltas y luego lo noto revuelto, porque ¿cómo he podido ser tan tonta? ¡Qué atrevido y presuntuoso por mi parte!

Toto salta a mi regazo y me araña el cuello. Esta vez dejo que me moleste.

—Estoy bien —digo y le rasco entre las orejas—. Espero que Rook no me guarde rencor por lo de anoche. ¿Crees que me lo echará en cara?

A modo de respuesta, Toto se sienta sobre las patas traseras y me mira parpadeando.

—Claro. Como si te importara. Necesito café. El café lo arregla todo.

Tiro de la colcha, voy al baño y me echo agua fría en la cara. El frescor me ayuda a despertarme y a centrarme. Me dejo el pelo suelto y me vuelvo a poner el vestido a cuadros. Empiezo a desear haber metido más ropa en la cesta cuando salí de casa.

El olor a pan recién horneado y a beicon frito sube por la escalera y se cuela por debajo de mi puerta.

Puede que esté en una tierra extraña, pero al menos tienen beicon.

—¿Prefieres bajar a desayunar o quedarte en la habitación? —pregunto a Toto. Él solo me mira sin comprender, lo que interpreto como que quiere dormir la siesta tan pronto como lo saque para hacer sus necesidades.

Cuando recorremos el pasillo, veo que la puerta de la habitación de Rook está entreabierta. Miro dentro y veo que la cama ya está hecha y las cortinas abiertas.

Aún no he encontrado ningún reloj en este lugar, y el maldito cielo hace que sea muy difícil calcular la hora por la luz natural, pero por el cansancio que siento en el cuerpo, me da la impresión de que es muy temprano.

¿A qué hora se ha levantado Rook?

Una vez que Toto ha terminado de hacer sus cosas, lo llevo de vuelta a mi habitación, donde rápidamente se acurruca en la cama y cierra los ojos.

Abajo, en la parte principal de la taberna, me encuentro un Vagabundo Rojo mucho más tranquilo que con la ruidosa multitud nocturna. Un hombre está sentado en una de las mesas redondas del rincón trasero leyendo el periódico y bebiendo café.

Veo también a dos mujeres junto a la ventana delantera, compartiendo un plato de bollos y una tetera.

—Buenos días —me dice Remy mientras pasa apresuradamente con una pila de platos vacíos.

—Buenos días.

—Tu amigo te está esperando en el jardín.

Cuando menciona a mi amigo, siento un vuelco en el estómago.

No estoy segura de qué esperaba encontrar esta mañana. ¿Que Rook era fruto de mi imaginación? ¿Que había decidido que, después de todo, no me necesitaba y se había marchado? ¿Que había recuperado la memoria y se había dado cuenta de que tenía cosas más importantes que hacer?

Sigo a Remy a través de un arco que conduce a un pasillo con el suelo de ladrillo rojo.

—Por ahí. —Señala con la cabeza unas puertas dobles abiertas antes de desaparecer en lo que supongo que es la cocina.

Por la noche estaba tan cansada que no me molesté en explorar el resto de la posada.

El jardín es en realidad un patio en el centro de la posada y el resto del edificio forma un cuadrado a su alrededor.

El suelo está formado por losas de piedra con musgo y clavos olorosos creciendo en las grietas que hay entre ellas. Veo varias mesitas bajas repartidas por todo el espacio y dos filas de mesas más altas en el centro del patio. La vegetación y las flores florecen en los

parterres cultivados que rodean el espacio.

Las guirnaldas de luces forman un zigzag sobre nuestras cabezas y alejan la inquietante oscuridad azul del cielo amenazador.

Veo a Rook en una de las mesas, escondida entre un seto esculpido y un arbusto gigante de flores moradas.

Cuando me ve, sonríe, y su sonrisa me produce una extraña sensación en el vientre.

—¿Te apetece acompañarme, Kansas? —pregunta.

—Te has levantado temprano. —Desde las puertas dobles abiertas sigo el sinuoso camino de losas que cruzan el patio. No estamos solos en el atrio. De hecho, parece que el jardín es más popular que el comedor principal. La mayoría de las mesas están llenas, pero no sé si los clientes están aquí por la comida o por el espectáculo. Porque parece que nadie nos quita ojo a Rook y a mí.

—¿Derrotó a la bruja y salvó a ese apuesto desconocido? Si los dioses aún estuvieran aquí, diría que ha recibido una bendición —oigo que susurra alguien al pasar junto a una mesa ocupada por cuatro mujeres vestidas con elegantes trajes morados.

¿Bendecida por los dioses? Está claro que no han visto los escombros que quedaron de mi casa ni el camisón ensangrentado y hecho jirones que dejé atrás porque la bruja intentó matarme.

Llego a la mesa de Rook y suspiro aliviada. Este hombre se está convirtiendo en un refugio seguro para mí. No quiero parecer tonta, así que intento reprimir ese sentimiento.

—Espero que no te importe, pero he pedido por ti. —Rook señala con la cabeza el desayuno que espera a ser devorado.

Huevos fritos. Tostadas. Un bol de fruta fresca. Mermelada de fresa. Y café.

—Mi desayuno favorito —digo, con la voz quebrada, algo que me pilla desprevenida. Es un detalle inesperado y un regalo muy bienvenido. Rook se levanta para apartarme la silla. Cuando me

siento y él me acomoda ante la mesa, los susurros aumentan a nuestras espaldas.

Miro por encima del hombro y veo a más mujeres mirando a Rook.

—La comida tiene muy buena pinta —comento, tratando de ignorar tanta atención.

—Lo cierto es que no puedo atribuirme el mérito. Me he limitado a encargar el pedido; han sido Remy y su personal quienes han hecho la magia. He probado las tostadas y la mermelada. Me han dicho que también lleva ruibarbo. Espero que no te importe.

La palabra «ruibarbo» con su acento suena como un conjuro y se me pone la piel de gallina en los brazos.

Rook se sienta y me sirve una taza de café, lo que provoca que una cortina de vapor se eleve entre nosotros.

—¿Azúcar o leche? —pregunta.

—Me gusta solo.

No solemos tener dinero extra para estos caprichos.

Doy un sorbo de prueba. El café está muy caliente, pero tiene un sabor rico y robusto, quizá con un ligero toque a avellana.

—Vaya, qué bueno está.

—Estoy de acuerdo. Creo que me gusta el café.

—¿Es eso lo primero que sabemos oficialmente sobre ti?

Se ríe.

—Supongo que como punto de partida es tan bueno como cualquier otro, ¿no?

—Sinceramente, habría cuestionado tus decisiones vitales si hubieras dicho que no te gustaba el café.

—¿Ah, sí? —Arquea una ceja—. Por favor, avísame de las otras cosas que te harían cuestionar mis decisiones vitales.

Dejo la taza sobre la mesa, pero mantengo la mano alrededor para aprovechar el calor. No hace frío en Valle Resplandeciente, pero al no haber sol y ser tan temprano, el aire es algo cortante.

—Vale, veamos… —Pienso en todas las cosas que hacen que mis días sean mejores. Las cosas que me dan alegría—. La lluvia.

—Me encantan las tormentas.

—Una colcha gruesa.

—¿Quién odia las mantas?

—Las flores recién cortadas.

—Las mejores joyas del mundo, la verdad.

—Entonces, ¿estás de acuerdo?

—Creo que sí.

—Estás a salvo de mi juicio.

Se ríe con la taza de café en la mano, lo que hace que el vapor se arremoline a nuestro alrededor.

—Habría sido un golpe devastador, Kansas.

Sonríe y le devuelvo la sonrisa. El patio está en silencio. Los lugareños están pendientes de cada una de nuestras palabras.

Rook da un sorbo a su café y recorre el jardín con la mirada, como si buscara más pistas sobre su vida. Qué extraño es conocer a un hombre a medida que él se va conociendo a sí mismo. Casi me quita parte de la presión.

Hay algo en Rook que me gusta mucho. Edward siempre intentaba impresionarme. Era entrañable, pero a veces resultaba falso. Como si solo pudiera ver su versión real en breves momentos, en los destellos de vulnerabilidad.

Tengo la clara impresión de que, aunque Rook se burla de mis juicios, en realidad le dan igual. Que la opinión que tengan los demás sobre él no le importa en absoluto.

Y hay algo tan *sexy* en un hombre seguro de sí mismo, que debería sentirme alarmada.

Nunca me había dado cuenta hasta ahora, hasta que lo he visto, hasta que lo he sentido.

Rook se vuelve hacia mí y me pilla estudiándolo. Es difícil no

sentirme incómoda bajo su mirada. Es absorbente. Penetrante.

Hay un destello cómplice en sus ojos, como si fuera consciente de cada uno de mis pensamientos, de cada uno de mis movimientos.

Bajo la mirada hacia la tostada y me entretengo untándole un montón de mermelada.

—¿Has dormido bien?

—Sí. Todavía estoy un poco dolorida, pero la cama era cómoda.

—Entonces, ¿te sientes mejor?

—Sí. —Se mete una baya en la boca. Me sorprendo observando el movimiento, escaneando las venas que se retuercen en su mano mientras mueve los dedos. La forma en que aprieta los labios mientras hace rodar la baya en la boca con la lengua.

Un apetito visceral me sube por la garganta.

Un hambre que no puede saciarse con comida.

¿Lo está haciendo a propósito?

Me muevo en el asiento de mi silla cuando de repente me envuelve una oleada de calor.

—Hola. ¿Perdón?

Los dos levantamos la vista.

Hay una mujer de pie junto a la mesa, con las manos cruzadas delante de ella.

—¿Es usted el hombre que no tiene recuerdos?

Rook se mete otra baya en la boca.

—El único e inigualable.

—Bueno… me llamo Pipps Gladwell.

—Encantado de conocerla, señora Gladwell.

Ella se muestra inquieta.

—En realidad, el placer es todo mío. Es solo que… he pensado que tal vez… —Se aclara la garganta y una sonrisa nerviosa aparece en su rostro. Entiendo su estado. Cada momento que paso con Rook, me siento menos segura de mí misma.

—¿Le gustaría sentarse y orientarse? —Señala la tercera silla ante la mesa.

—De acuerdo. —La mujer se acomoda. La silla cruje bajo su peso. Se ajusta la falda mientras inclina el cuerpo hacia Rook—. Hay una mujer en Valle que sufre una gran y terrible maldición…

—Qué trágico… —comenta Rook.

—Sí, mucho. Pero tiene sus ventajas. A veces puede contarte tu historia con solo tocarte. Normalmente es solo tu pasado, pero a veces, si tienes suerte, también tu futuro. Quizá pueda arrojar algo de luz sobre su identidad y pensé que eso podría serle útil.

Rook y yo intercambiamos una mirada.

—¿Qué opinas, Kansas? —Otra baya deja una mancha roja en sus labios que se limpia con la lengua.

Cojo aire por la nariz.

La mujer se vuelve hacia mí, con los ojos muy abiertos, como si se hubiera olvidado de que estaba allí.

—Quieres saber quién eres, ¿verdad?

Ayer mismo no creía en la magia. Desde luego, no creía que una persona pudiera predecir el futuro. ¿Pero ahora? Todo es posible.

Rook levanta una ceja y hace rodar una frambuesa entre el pulgar y el índice, con lo que se mancha los dedos de rojo.

—Supongo que sí.

—Y tenemos tiempo antes de la celebración de esta noche.

—Es cierto.

—Entonces, quizá podríamos visitarla solo por probar.

La mujer asiente.

—Creo que te gustará.

—De acuerdo —dice Rook finalmente, y la mujer sonríe de oreja a oreja—. ¿Dónde podemos encontrar a esta mujer?

—En el Callejón Olligan, justo al sur de la estatua del mago en el parque. Su tienda se llama El Espejo Mágico de Henrietta. Puedo

acompañaros.

—No es necesario. —La mirada de Rook se cruza con la mía al otro lado de la mesa—. Kansas me acompañará.

Esta vez, la mujer nos mira con dureza. Está claro que se ha acercado para ofrecernos esta pequeña ayuda pensando que así ganaría la atención y el favor de Rook.

¿Puedo culparla? En absoluto.

Rook no me pertenece. No puedo reclamarlo de ninguna manera. Y, sin embargo, siento cierta pertenencia, no hacia mí, exactamente, sino hacia la idea de nosotros dos juntos. Somos las únicas personas en todo este lugar que no sabemos dónde estamos.

—Gracias —dice Rook, despidiendo a la mujer sin apenas mirarla.

Ella abre y cierra la boca como si quisiera decir algo más, pero luego se lo piensa mejor.

—Ha sido un placer —dice y se marcha apresuradamente.

23
Dorothy



Antes de visitar a la adivina, voy a ver cómo está Toto y lo encuentro exactamente en el mismo lugar donde lo he dejado. Parece feliz de quedarse durmiendo todo el día, así que lo dejo tranquilo.

Rook me está esperando delante de la posada, apoyado contra el edificio, con una pierna cruzada sobre la otra a la altura del tobillo. Está devorando un melocotón fresco.

—Acabamos de desayunar —comento—. ¿Todavía tienes hambre?

—Estoy hambriento desde que me encontraste. Parece que no me sacio. —Da otro mordisco y una gota de jugo le corre por la barbilla. Se la limpia con la yema del pulgar y se la chupa.

Tengo que dejar de mirarlo; todo lo que hace me parece ridículamente *sexy*. ¿Quién hubiera pensado que comer fruta podía resultar tan excitante?

Caminamos en dirección a la estatua del mago. Se alza sobre el horizonte de la ciudad como un faro. No tardamos mucho en llegar. La gente ya se ha reunido alrededor del altar, donde han encendido velas y rezan en silencio. Recuerdo que Ana me habló de los dioses

de los puntos cardinales y su desaparición, y no puedo evitar preguntarme si este altar estuvo dedicado a ellos en algún momento.

En la esquina opuesta, un hombre está de pie junto a una carretilla llamando a la gente que pasa.

—Compren aquí la varita del Mago de Oz. Una réplica exacta del instrumento mágico que llevaba el gran y poderoso hombre.

Miro al mago mientras pasamos por debajo de su estatua.

—¿Recuerdas algo sobre el Mago de Oz?

Rook da el último mordisco al melocotón.

—Me parece conocerlo como conozco los cuentos de hadas de mi infancia. —Tira los restos de la fruta a un cubo de basura cercano.

—¿Más mito que hombre?

—Exactamente.

Giramos a la izquierda por la siguiente calle, en dirección sur por el Callejón Olligan, tal y como nos han indicado.

Aquí hay varias tiendas y restaurantes, y la calle está muy concurrida. ¿Valle Resplandeciente siempre ha estado tan lleno de energía o la presencia de la bruja los había hecho más sumisos y solo ahora se sienten libres para vagar y divertirse?

—¿Estás nervioso? —pregunto a Rook cuando vemos el cartel de El Espejo Mágico de Henrietta.

—No especialmente. ¿Debería estarlo?

—No lo sé. ¿Quizá? ¿Y si descubres que eres una mala persona?

Su risa rebota en los edificios que nos rodean.

—¿Te parezco un chico malo, Kansas?

—No. Pero tampoco te conozco desde hace mucho.

Lo miro, sintiéndome pequeña a su lado, aunque tiene casi la misma altura y complexión que Edward.

—Tenemos eso en común. Yo tampoco me conozco desde hace mucho.

Ahora me toca a mí reírme. Y mi risa parece divertirle.

Nos detenemos en la puerta de la tienda de Henrietta. Un cartel pintado a mano se balancea en un gancho de hierro sobre nosotros y hace crujir el metal.

—¿Preparado?

—Sí. —Rook agarra el pomo de latón de la puerta y lo gira.

La parte delantera de la tienda es pequeña y está separada de la parte trasera por una vaporosa cortina morada que brilla al moverse. Nuestros pasos son silenciosos sobre la gruesa alfombra tejida a mano. La música suena a través de un viejo gramófono situado en una mesa a nuestra izquierda. Encima, hay un cuadro pintado a mano que dice «El Espejo Mágico de Henrietta» con un tipo de letra que me recuerda a un circo.

Rook ve una campana de latón sobre la mesa y la toca con el dedo índice.

La campana suena.

—¡Ya voy! —dice una voz desde el fondo.

Unos segundos más tarde, se abre la cortina y aparece una mujer. Lleva un mono vaquero sobre una blusa burdeos con volantes. Dos largas trenzas le caen sobre los hombros. Su cabello es del color del maíz en verano, con sutiles mechas grises.

Edward y yo visitamos una vez a una adivina en el festival de la cosecha hace unos años. Yo no creía demasiado en ello y Edward tampoco, pero nos parecía divertido entretenernos con la idea de que alguien pudiera arrojar luz sobre nuestro futuro cuando todo parecía tan abierto.

No recuerdo el nombre de la mujer, pero llevaba un chal bordado con cuentas de cristal. De sus orejas colgaban unos pendientes gigantes de topacio y lucía tres collares de oro superpuestos unos sobre otros.

Era mucho mayor que Henrietta, con muchas arruguitas en las esquinas de los ojos y las manos llenas de manchas por el sol.

Le dijo a Edward que estaba destinado a alcanzar el éxito como hombre de negocios y a mí que iba a tener cinco hijos.

No se me escapó el detalle de que a Edward le tocaba una carrera profesional y a mí un papel doméstico, como si la mayor aspiración de cualquier mujer fuera ser madre.

Tenía muchas amigas que solo querían eso, y no las culpaba por ello. Pero en el fondo, dudaba de que ese camino fuera el adecuado para mí. Y la idea de admitir ante alguien que no quería tener hijos me hacía sentir culpable y tal vez incluso avergonzada. Como si no tener hijos fuera de alguna manera una traición.

Edward era el más escéptico cuando entramos en aquella tienda, pero cuando salimos se había convertido en un fervoroso creyente. Claro que sí, estaba consiguiendo todo lo que quería.

Decidí no creer a aquella adivina. ¿Qué me pasará con esta?

Tiene un aspecto modesto, como si no se esforzara mucho para que la creyeran y dejara que fuera el cliente quien juzgara.

Y, de alguna manera, eso me hace confiar más en ella.

—Hola —dice—. ¿En qué puedo ayudarles?

Señalo a Rook con la cabeza.

—No recuerda quién es.

La mujer lo examina. Él se queda quieto, con las manos en los bolsillos del pantalón, como si estuviera encantado de ser su espécimen.

—¿Y quieres descubrir quién eres?

—Estoy dispuesto a ello —responde él—. Ojalá pueda arrojar algo de luz.

—Por supuesto. Cobro cien *cuts* por lectura.

Hago una mueca.

—Oh. Claro. Lo siento. No tenemos nada…

Rook saca la mano del bolsillo y muestra un montón de monedas. La mujer las coge.

—Síganme. —Desaparece detrás de la cortina.

—¿De dónde has sacado ese dinero? —susurro.

—¿De verdad quieres saberlo? —pregunta él con los ojos brillantes bajo la luz difusa de la tienda.

¿Es eso una especie de desafío? ¿Está sugiriendo que no quiero saberlo?

—¿Quizá?

—Eso suena como una pregunta, Kansas, no como una respuesta. —Me guiña un ojo y se desliza a través de la cortina.

Resoplo frustrada. Este hombre me sorprende a cada paso.

¿Lo odio?

Con Edward era fácil. Siempre sabía lo que pensaba. Siempre sabía lo que quería. Siempre sabía qué esperar.

Con Rook, todo es impredecible. No consigo entenderlo en absoluto.

¿Me molesta? No creo que sea así.

Si esto es un reto, entonces voy a aceptarlo.

Abro la cortina y sigo sus pasos.

ꕥ

No hay ventanas en la parte trasera de la tienda de Henrietta. Tiene lámparas repartidas por un espacio largo y estrecho con guirnaldas de luces colgando del techo. Veo más tela vaporosa de colores púrpura y verde esmeralda colgando de las vigas de madera.

—Vengan y siéntense. —Henrietta señala las dos sillas frente a ella.

Rook y yo aceptamos su invitación.

La mesa que hay entre nosotros está cubierta con una tela de seda morada. Hay varios enganchones en el tejido, lo que hace que se arrugue y se estire según las zonas.

En el centro arde un cono de incienso, colocado sobre una bandeja de cerámica esmaltada con una luna estampada en la arcilla.

¿Cuánto tiempo hace que la gente de Oz no ve la luna? ¿Y su luna se parece a la nuestra? ¿De verdad tengo que creer que he viajado a otro mundo?

No hay otra explicación para las cosas extrañas que he presenciado aquí. La Bruja del Este sometiéndome con su varita. La Bruja del Norte apareciendo de la nada. Las zapatillas jugando al escondite para reaparecer en el armario de Em para las cebollas. No puedo conciliar que Oz exista en el mismo lugar que Kansas.

—Deme la mano —ordena Henrietta, y coloca la suya sobre la mesa, con la palma hacia arriba.

Rook me mira. Veo el primer destello de vacilación en su rostro. Ahora está serio, la actitud arrogante de antes ha desaparecido en un instante al contemplar la posibilidad de saber la verdad.

Se inclina sobre la mesa y coloca su mano, mucho más grande, en la de Henrietta.

En el momento en que se tocan, Henrietta cierra los ojos e inhala aire de una forma larga y profunda.

—¿Cómo funciona esto? —pregunto.

—¡Shhh! —advierte Henrietta.

Aprieto los labios.

Rook me mira como si fuéramos dos niños traviesos a los que han pillado robando manzanas del carro.

—Está muy lejos de casa —pronuncia Henrietta finalmente, con los ojos aún cerrados.

—¿En serio? —pregunta Rook.

Henrietta vuelve a quedarse en silencio. Me muevo inquieta en mi asiento.

—Tiene un enemigo —añade.

Rook y yo intercambiamos una mirada. No hace falta decirlo. Al

fin y al cabo, lo encontré golpeado, ensangrentado y atado a un poste. Pero quería suponer que la responsable era la Bruja del Este. Pero Henrietta ha dicho «tiene», en presente, y la bruja está muerta.

—¿Quién es ese enemigo? —pregunta Rook.

La delgada y pálida línea de la frente de Henrietta se hunde más, y la piel se arruga sobre el puente de la nariz.

—Oh, Dios mío… —suspira.

Me inclino hacia la mesa.

—¿Qué?

—Veo al Hombre de Hojalata.

He oído ese nombre.

—El Hombre de Hojalata quiere matarte, pero no te está buscando. Es casi como si… te amara y te odiara. Así que no quiere encontrarte, pero tampoco está lejos.

Miro a Rook.

—¿Lo conoces? ¿Al mercenario?

—Eso parece.

—¿Estáis… juntos? —pregunto.

—No —responde Henrietta—. No es ese tipo de amor. No hay pasión. —Abre los ojos de par en par—. Es el tipo de amor que irrita. Que molesta. Que te abre en canal y te arranca pedazos. —Mira fijamente a Rook—. ¿No es así?

—Tendré que creer en tu palabra.

Se acomoda en su silla y se hunde en ella con más fuerza.

—Estás en medio de un viaje, uno en que llevas mucho tiempo haciendo, pero ahora es diferente.

—Estoy a punto de emprender un viaje a la Ciudad Esmeralda —intervengo.

Henrietta lo considera.

—Veo un viaje, pero no estoy segura de que sea eso lo que significa. Parece más bien un viaje espiritual. Está buscando algo que

le han ocultado, ¿o se lo ha ocultado usted mismo?

—¿Sus recuerdos?

—No. —Ella niega con la cabeza, con la mirada perdida mientras intenta descifrar lo que sea que está viendo y sintiendo—. El alma.

24
Dorothy



El alma? —repito.

Pero Henrietta cierra los ojos y murmura algo para sí misma, con el ceño fruncido y las cejas cada vez más hundidas.

Después de varios minutos, abre los ojos de golpe.

—No hay nada más que contar —dice.

—Pero… —empiezo a decir.

—Váyanse —ordena, ignorando mi pregunta y acompañándonos a la salida.

Nos lleva de vuelta a través de la cortina vaporosa hasta la parte principal de la tienda. Me siento decepcionada, pero Rook parece imperturbable. Yo quería saber algo más. Quería respuestas. No advertencias nebulosas y proclamaciones confusas.

Rook se acerca a la puerta principal, la abre y suena la campana.

Me dispongo a seguirlo, pero Henrietta me agarra de la muñeca y tira de mí hacia atrás.

—Un momento a solas con la chica.

Rook entrecierra los ojos.

Frunzo el ceño. ¿Es esto algún tipo de truco?

—No tengo dinero. El dinero era suyo y ha dicho que…

—Va por cuenta de la casa.

Una semilla de emoción florece en mi pecho. Quizá ella me diga cómo llegar a Kansas y no tenga que atravesar el resto de esta tierra maldita. No tendré que rogarle al mago que me reciba.

—¿Me esperas fuera? —pregunto a Rook.

—Por supuesto. —Sale por la puerta y me deja sola—. ¿Qué ha…?

—¿Ya se ha enamorado de él? —me interrumpe Henrietta

—¿Qué? —La palabra sale en forma de grito mezclado con una risa nerviosa—. Lo siento. Si él y yo… acabamos de conocernos.

Henrietta arquea una ceja.

—No juzgo los plazos en el amor. —Mi entusiasmo se desvanece. Esto no tiene nada que ver con mi hogar.

De hecho, empiezo a dudar de todo lo que le ha contado a Rook, porque parece tan inverosímil como un cuento de hadas.

—No somos amantes —aseguro. Aunque técnicamente lo he besado y técnicamente he sentido deseo por este hombre hasta cuando comía una maldita frambuesa.

Henrietta me aferra el otro brazo con los dedos como si fueran los dientes de una tenaza. Ahora que nuestra piel está en contacto, siento el calor de su contacto y, sin embargo, me estremezco.

—Una advertencia. —Se inclina hacia mí y baja la voz—. El suyo es el tipo de amor que cambia el viento y rompe las estrellas. —Su intensidad prácticamente vibra en mi brazo—. El suyo es el tipo de amor que enciende todo lo que toca.

Un escalofrío me recorre la garganta y me roba el aliento.

Miro por encima del hombro hacia las ventanas de la parte delantera de la tienda, donde Rook espera fuera. Sonríe a un grupo de lugareños que pasa por delante y varios de ellos se miran entre sí y se susurran algo antes de reírse, con la mirada fija en él mientras desaparecen de mi vista.

Hay una voz en lo más profundo de mi mente que me dice que no puedo enamorarme de este hombre enigmático cuando ni siquiera sabe quién es, cuando podría ser cualquiera con un pasado sórdido.

«Y, aparentemente, sin alma».

Pero hay otra voz, una que no es tan tímida, una que es audaz y atrevida, que dice: «¿Por qué no?».

¿Por qué tengo que hacer siempre lo seguro y predecible?

Como si pudiera sentir mi atención, Rook se vuelve hacia mí y capta mi mirada a través del cristal. Su sonrisa se extiende por toda su cara y me guiña un ojo.

Una emocionante energía prácticamente vibra en la punta de mi lengua.

Podría ser cualquiera, pero también podría ser mío.

Eso es, si creo en la fortuna y en las predicciones del futuro. Si creo en el amor que enciende. No estoy segura de hacerlo. Incluso Henry y Em, que se aman más profundamente que nadie que haya conocido, no poseen ese tipo de amor que lo consume todo. Su cariño es suave, tranquilo y hermoso. No hay nada destructivo en él.

Me vuelvo hacia Henrietta.

—Creo que se equivoca.

—No me equivoco —insiste.

—Ni siquiera soy de aquí. Voy a volver a Kansas. Regresaré con mi tía y mi tío, me iré a casa.

Ella inclina la cabeza a un lado.

—¿De verdad?

—Sí. Y allí tengo a alguien.

—¿De verdad?

—Sí —repito con más fuerza. Pero incluso mientras lo digo, no me parece cierto. Iba a aceptar la propuesta de matrimonio de Edward antes de que el ciclón azotara la granja, pero una parte de mí se siente aliviada de no haber tenido la oportunidad.

—Puede negarlo todo lo que quiera —dice Henrietta, pero puedo leer entre líneas—. Aunque, si lo hace, será bajo su propia responsabilidad.

—Tendré cuidado —digo solo para tranquilizarla. Quizá para tranquilizarme a mí misma. No puedo quedarme en esta tierra extraña y enamorarme de un hombre cualquiera que no tiene recuerdos. Aunque sea ridículamente guapo y encantador.

Henrietta me deja marchar.

Corro hacia la puerta, pero antes de que pueda escapar, Henrietta me lanza una última advertencia.

—Y tened cuidado también con el Hombre de Hojalata.

—Espero no estar destinada a enamorarme también de él —replico con una sonrisa.

La mujer no dice nada.

Nos miramos con intensidad durante varios segundos largos y silenciosos y luego ella desaparece tras la cortina, la tela la envuelve con un susurro de aire.

ꕥ

—¿Y bien? —pregunta Rook, poniéndose a mi lado. Avanzo rápido sin rumbo fijo. Solo necesito escapar.

Rook camina sin prisa, aunque no le cuesta mucho esfuerzo seguirme el ritmo.

—Lo siento, pero creo que podría ser una impostora.

—¿Por qué?

—Porque sí.

¿Cómo le explico todo lo que me ha contado Henrietta sin que parezca que estoy completamente loca? O tal vez piense que estoy mintiendo para justificar mis acciones de anoche, cuando lo besé.

O peor aún, ¿y si la cree a ella?

—Kansas… —Su tono es incisivo y ligeramente decepcionado.

Dejo de caminar. Ahora estamos en el parque, con el Mago de Oz acechándonos. La luz de las velas del altar parpadea a nuestro alrededor. El hombre que vendía varitas mágicas se ha ido, sustituido por un carrito que ofrece palomitas de maíz.

Decido que no le voy a contar la advertencia sobre nosotros.

No hay ningún nosotros. De hecho, es una idea ridícula.

—Solo ha reiterado su advertencia sobre el Hombre de Hojalata. ¿Has oído que ha dicho que está cerca?

—Sí.

—¿No te preocupa?

—La verdad es que no.

—¿Por qué?

Se dirige al carrito del vendedor y le entrega una moneda de plata a cambio de una bolsa de papel con palomitas. Come mientras camina.

—Me ha dicho que él me ama.

Intento no poner los ojos en blanco.

—Te quiere, pero te quiere muerto.

—El amor siempre gana.

—¿De verdad?

Lanza al aire una palomita de maíz y la atrapa con la boca.

—Sí.

Ahora sí que pongo los ojos en blanco.

—Eso es una tontería.

Pasamos junto a dos lugareños, un hombre y una mujer. El hombre le susurra algo a su compañera y ella mira a Rook con los ojos muy abiertos. Se abrazan y vuelven a susurrarse unas palabras cuando giramos por la siguiente calle.

—Empiezo a pensar que todo el mundo está enamorado de ti —murmuro.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

Me sonríe por encima del hombro y sigue caminando.

ଌ

Cuando regresamos a la posada de Remy, encontramos a Ana y a otro miembro del Consejo esperándonos. Rook y yo vamos a probarnos la ropa nueva para la celebración de esta noche.

Nos separan, ya que las tiendas están en dos extremos diferentes de Valle. El otro miembro del consejo guiará a Rook. Ana me coge del brazo y me lleva con ella.

Charla conmigo mientras andamos. Me cuenta la historia de Valle; antes era una ciudad sin importancia hasta que el mago y las brujas de los puntos cardinales construyeron el camino de baldosas amarillas. Ahora es el corazón del Este, y casi nadie lo atraviesa sin pasar por Valle Resplandeciente, ya que lo cruza el camino de baldosas amarillas.

Ya en la tienda de ropa, me esperan tres jóvenes con cintas métricas alrededor del cuello, alfileteros atados a las muñecas y un ejército de percheros llenos de vestidos a sus espaldas.

Me ofrecen una copa de champán y luego me guían hasta un pedestal elevado mientras las mujeres se ponen a trabajar.

Me toman las medidas. Conversan sobre qué color me favorecería más (el rojo), qué corte de vestido se ajustaría mejor a mi cuerpo (un vestido de gala), qué largo se adaptaría mejor a mi altura (hasta el suelo). Una hora más tarde, estoy de pie en el pedestal embutida en un modelo de color rojo intenso con una falda con un vuelo enorme y el corpiño bordado con joyas.

—Esto debe de costar una fortuna. —Me giro hacia la izquierda, luego hacia la derecha, analizando cada centímetro del vestido en el reflejo del espejo de cuerpo entero. Sujeto la falda con delicadeza, la levanto para girar y las zapatillas plateadas brillan intensamente

contra el rojo. Por algún designio milagroso, el vestido me queda perfecto, se me ciñe a la cintura y con la falda abullonada se ensancha desde las caderas. Las joyas que han cosido al corpiño se encuentran también salpicadas por toda la falda, y son plateadas, como las zapatillas, por lo que me recuerdan a una constelación de estrellas.

—Nuestra gran y poderosa libertadora no tiene que preocuparse por el precio —dice una de las costureras.

—Ojalá todo el mundo dejara de llamarme así.

—Pero es la verdad —interviene Ana.

—Solo estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado. —O en el lugar equivocado, según se mire.

La más alta de las tres mujeres comprueba cómo se ajusta el vestido a mi espalda.

—Somos libres gracias a vos. Habéis hecho una gran hazaña por todos nosotros.

—Aun así, no puedo aceptar este regalo. —Aunque realmente me gustaría. Nunca he tenido nada tan elegante. Hasta ahora, toda mi ropa ha sido de segunda mano o hecha a mano.

¿A dónde habría ido con un vestido así? En la zona rural de Kansas no hay bailes. Lo más parecido que tenemos es la fiesta de la cosecha.

Levanto la falda y doy otra vuelta, admirando la artesanía, la belleza de la prenda. No me siento yo misma con él puesto. Me parece que el reflejo en el espejo es el de otra persona.

Y, por alguna razón, eso me da ganas de llorar.

Es un recordatorio de la vida a la que voy a volver, y también de la que quiero pero no tengo.

La vida que anhelo es… diferente. No es cosechar. No es diseñar mis propios vestidos con retales.

Se me acelera la respiración. Quiero volver a casa. Necesito volver

a casa ya. Em y Henry me estarán esperando y les debo estar allí para ayudarles.

Ana se da cuenta de que tengo los ojos llenos de lágrimas y lo malinterpreta.

—¿No os gusta?

—Me encanta —respondo, casi en un susurro.

—¿Entonces?

—Es que… —Mi primer instinto es decir que no me lo merezco, pero ¿por qué no vamos a merecernos todos sentirnos guapos? ¿Estar adornados con arte?—. No puedo… —me oigo decir en su lugar, y contengo las lágrimas.

Pero la costurera más cercana a mí, la que lleva una chaqueta gris carbón y brillantes esmeraldas en las orejas, me aprieta la mano.

—Por favor, Dorothy, insistimos.

Todas asienten al unísono. Y queda decidido.

El precioso vestido rojo de gala, que debe de costar más que la granja de mis tíos en Kansas, es mío.

25
Espantapájaros



Estoy aburrido; hace horas que Kansas se ha ido.

Cuando nos hemos separado, me han llevado a una tienda para caballeros en la zona norte de la ciudad. Me han tomado las medidas para hacerme un traje, pantalones y una chaqueta. Les gustaba más que fuera todo de negro.

¿Quién soy yo para discutir con la perfección? Les detengo cuando mencionan la corbata negra.

—¿No deberíamos probar con un poco de color? —sugiero.

Fink es el concejal de bigote poblado y gafas redondas que me ha llevado a la tienda para caballeros. Allí me han atendido Brem y Urma, una pareja de hermanos famosos por sus diseños de ropa masculina. Brem huele a vodka y desesperación. Urma a aceite y arrepentimiento.

Pero cuando están juntos, trabajando en su oficio, huelen a estrellas y encanto.

Brem saca tres corbatas estampadas, todas ellas en tonos berenjena.

—Esas no. Esa. —Señalo una que cuelga al final del expositor.

Se miran el uno al otro. Es Urma quien la coge y me la coloca

alrededor del cuello. La ata con movimientos rápidos y precisos. Sus dedos son largos y están llenos de cicatrices. Podría tener la edad adecuada para haber luchado en la Gran y Terrible Guerra Terrible. Eso explicaría el olor a aceite y arrepentimiento.

Nos reunimos para admirar mi reflejo.

Las cejas de Fink se arrugan bajo la montura de sus gafas.

—No son colores propios de Valle.

En este lugar están obsesionados con la formalidad. Solo se permite el morado y el verde. No los culpo. Es una combinación de colores fabulosa.

—Me gusta el rojo —digo.

Fink asiente.

—Muy bien. Que sea roja.

ꕥ

Una vez formalizado el atuendo, Fink y yo regresamos al Vagabundo Rojo. Esperamos junto al fuego a que regrese Kansas.

Mientras espero, picoteo frutos secos de un cuenco. Está lleno de anacardos, cacahuetes, nueces y pistachos. Yo prefiero las nueces pecanas. A ser posible confitadas.

Fink mueve la rodilla debajo de la mesa. En este momento, está bebiendo un vaso de *ozrum*.

—¿Estás bien? —pregunto.

Saca un reloj de oro del bolsillo interior de su chaleco. Comprueba la hora.

—Aún faltan algunas horas para que empiece el baile, pero tengo que ocuparme de un asunto antes y le he prometido a Ana que no le dejaría solo.

—Seguro que no tardarán en llegar —respondo mientras me meto un anacardo en la boca. Fink mira hacia la puerta. Da otro sorbo a su

ozrum. Comienza a mover la rodilla con más fuerza.

Por lo que he podido deducir, Fink es el siguiente en la línea de sucesión para el puesto de preboste. Sospecho que considera que estar conmigo es como hacer de niñera e, independientemente de cómo lo llame, ambas cosas están por debajo de su dignidad.

—¿Sabes? —digo mientras muerdo una nuez—. Ya soy mayorcito. Seguro que puedo entretenerme solo si quieres irte.

Por fin me mira.

—Me han ordenado que me quede a su lado.

—Mmmm…

—¿Qué? —Entrecierra los ojos.

—¿Es que no confían en ninguno de los dos?

Frunce aún más.

—¿Qué quiere decir?

—A ti te dan instrucciones explícitas, como si no pudieras valerte por ti mismo, y a mí me ponen un guía, como si no pudiera encontrar mi propio camino. —Se abre la puerta principal. Entra una brisa fresca. No es Kansas.

Me vuelvo hacia Fink.

Hay algo más en este hombre que me hace cuestionarlo. Quizá sea el bigote. Una barba podría soportarla, pero ¿un bigote?

No lo ha dicho abiertamente, pero he notado que cuando Kansas está cerca, parece más voluble. No sé si se cree del todo que Kansas es la gran liberadora que todos consideran.

Y la forma en que está valorando mi desafío, cuestionando los motivos de unos vagos «ellos», cuando en realidad me refiero a Ana y él lo sabe, me lleva a creer que tampoco es del todo leal a la líder de Valle.

—Tiene razón —dice—. Siempre me está rechazando. —Ahí lo tenemos—. Tengo cosas mejores que hacer esta noche que cuidar a un hombre sin recuerdos. Sin ánimo de ofender.

—No me ofendes. —Aunque sí me irrita un poco.

—¿Vasa esperar aquí a que regresen? —pregunta.

—Por supuesto. El fuego me da calor y los aperitivos están buenos. ¿Qué más puede desear un hombre sin recuerdos?

Asiente moviendo la cabeza y se termina el último sorbo de *ozrum*.

—Si está seguro…

—Por supuesto.

—De acuerdo. —Empuja la silla hacia atrás—. Que pase buena noche. —Y se marcha.

Cuento hasta diez. Cojo un puñado de nueces. Y sigo al hombre atravesando la puerta.

ଔ

Fink es al menos treinta centímetros más bajo que yo, pero se mueve con rapidez. Cuando sale del Vagabundo Rojo, gira a la derecha y se adentra en el corazón de la ciudad. Mantengo una distancia de al menos diez pasos entre nosotros, pero él no se preocupa por lo que hay detrás de él y está claro que nunca se le ha pasado por la cabeza que alguien pueda seguirlo.

Imprudente. Ingenuo.

Al final de la estrecha calle, llegamos a otra plaza donde veo una estatua en el centro. Representa a una mujer con un vestido ondulado, blandiendo una varita con la que apunta al cielo. No hay altar junto a esta estatua, ni velas titilantes. De hecho, al pasar por debajo, veo varios grafitis a sus pies. En su zapatilla izquierda alguien ha pintado «Malvada» con espray. En su pantorrilla, «Bruja codiciosa». En su pie derecho hay una B gigante rodeada por un círculo.

Esta debe de ser la Bruja del Este. Está claro que esta gente la odia y ama al mago.

Bien por él.

Fink se dirige hacia el norte desde la estatua, lo que nos lleva de vuelta al camino de baldosas amarillas. Aquí las tiendas están ya a oscuras y han puesto el cartel de «Cerrado» colgado en las puertas. Todo el mundo se va temprano al baile. La celebración está en boca de todos los que nos cruzamos.

Cuando las tiendas se vuelven más escasas y son sustituidas por las casas bajas de los lugareños, aumento la distancia entre nosotros. Con menos gente por aquí, mi presencia es más fácil de percibir.

El camino de baldosas amarillas aparece a la vista y Fink finalmente llega a su destino: la caseta de vigilancia.

Es un edificio de tres pisos construido con piedra negra. La entrada es una puerta doble con un nicho arqueado también de piedra. La madera de la puerta principal es gruesa y está reforzada con hierro, además hay barras metálicas a juego en las ventanas. Todos los huecos están cubiertos con pesadas cortinas, pero se percibe luz en todas las habitaciones que dibujan siluetas que van y vienen.

Es un edificio muy concurrido.

Afortunadamente, Fink da la vuelta hacia la parte trasera, donde un guardia está fumando un cigarrillo.

El humo se mezcla con la luz plateada que proyectan las farolas. Me acerco poco a poco, pegándome a las sombras del edificio más cercano.

Fink enciende su propio cigarrillo con un giro de su mechero, luego exhala el humo con rapidez.

—¿Han visto algo los exploradores?

El guardia sacude la ceniza del cigarrillo.

—Está a unas dos horas.

—*Crice*… —murmura.

—Sí —conviene el guardia.

Crice era un dios cardenal. El dios del sur. A veces su nombre se

utiliza como maldición. De todos los dioses, Crice era el más voluble.

—De todas las noches posibles… —comenta Fink y da otra calada a su cigarrillo.

—La celebración podría facilitar las cosas. Todas las personas importantes estarán allí, incluida la chica.

La chica. «Kansas».

Fink asiente y exhala el humo por la nariz.

—Tenemos que asegurarnos de que no suene la alarma cuando llegue. Perderemos el factor sorpresa.

—Haré todo lo posible. —El guardia tira el cigarrillo y aplasta la ceniza con la suela de la bota—. El capitán me está pisando los talones esta noche. No va a ser fácil.

—No tiene por qué ser fácil. Oeste nos paga por nuestro trabajo, no por la dificultad de la tarea.

El guardia mira al hombrecillo como si fuera tonto. Y sí que lo es.

—Cuando llegue el Hombre de Hojalata —le recuerda el guardia —, me aseguraré de acompañarlo directamente hasta la chica. Con alarma o sin ella. Para eso me pagas.

Fink hace un gesto burlón, pero hay una clara discrepancia de poder entre estos dos hombres, y no está dispuesto a presionar más al guardia. Fink puede tener un rango más alto, pero el guardia podría destripar al miembro del consejo haciendo un rápido giro con la espada. Y sería capaz. Lo sé con solo mirarlo. Es un oportunista. Un bastardo codicioso y un poco sanguinario.

—Bien. ¿Sabes el número definitivo de guardias que vigilarán en el baile?

—Trece en total. Seis están de nuestro lado.

—Bien. Muy bien. —Fink lanza el cigarrillo a los arbustos—. Me aseguraré de que la chica se quede en la celebración.

—Hazlo.

Fink da media vuelta y se apresura en volver al camino.

26
Dorothy



Ana corre por el Vagabundo Rojo preguntando a todo el mundo si han visto a Rook.

—¡Se suponía que debían esperar aquí! —grita y luego desaparece en el jardín.

No quiero preocuparme, sin embargo, Rook es un adulto que no tiene recuerdos y está claro que alguien está intentando matarlo. Henrietta nos advirtió que el Hombre de Hojalata anda cerca; ojalá le hubiera preguntado cuán cerca está.

¿Un día de viaje? ¿Dos? ¿Una semana? Ni siquiera sé qué tamaño tiene realmente Oz y cuánto tiempo se tarda en ir de un extremo al otro.

Mientras Ana se encarga de los preparativos, yo espero junto al mostrador de recepción porque me da miedo sentarme, moverme o, literalmente, hacer cualquier cosa que pueda estropear el precioso vestido que me han regalado.

Ana, que ya ha pensado en toda la logística, ha quedado con un equipo de peluquería y maquillaje en la tienda de vestidos para que me acicalaran mientras las tres costureras terminaban el vestido.

Cuando ahora veo mi reflejo en una vitrina de cristal junto al mostrador, no quiero parecer vanidosa. Nunca he prestado mucha atención a mi aspecto, mi pelo o mi maquillaje. Pero lo que los estilistas de Oz han sido capaces de hacer en tan poco tiempo…

Jamás me había sentido tan guapa.

La maquilladora me ha pintado los ojos con un efecto ahumado, haciendo que mis ojos azules parezcan aún más azules. Me ha depilado las cejas y me ha cubierto los labios con un pintalabios rojo brillante que combina perfectamente con el vestido.

Me han trenzado, retorcido y recogido el pelo. Debido al corte del vestido, el peinado deja mis hombros al descubierto. Me siento desnuda y no puedo dejar de tirar del corpiño hacia arriba, tratando de subirlo más.

Se oye un ruido justo detrás y las puertas del jardín se abren de golpe. El suelo de madera cruje bajo unos pasos decididos.

—¡Voy a matar a Fink! —Ana regresa al comedor con aspecto agotado y muy enfadada.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Remy me ha dicho que Fink ha dejado solo a Rook y que este se ha marchado poco después.

—¿Remy ha dicho hacia dónde se ha ido?

—No, pero no quiero que os preocupéis. —Ana se retuerce las manos y luego se acerca para apretar las mías. Me sorprende que su agitación haya desaparecido de repente. La rapidez de este cambio en su comportamiento me hace pensar que debe tener experiencia en mantener a la gente tranquila. He visto a Em hacer esto a veces cuando ayudaba al médico local en las visitas a domicilio. Em no solo es una gran artista, también es una sanadora. No cura con gasas, antisépticos o suturas, sino con su voz, su calidez, su forma de saber exactamente lo que necesitas para mantener la calma. Un jersey, una manta, un peluche, una taza de té caliente.

De repente, me invade la nostalgia por ella. Ella sabría qué hacer en esta situación. Siempre sabía cómo controlar el caos con firmeza.

—Estoy segura de que lo encontraremos —continúa Ana.

Considero hablarle sobre la visita a Henrietta, contarle lo de la advertencia sobre el Hombre de Hojalata, que está más cerca de lo que pensamos, que quiere matar a Rook. Pero recordar todo eso me hace pensar inmediatamente en su otra advertencia.

No puedo enamorarme de Rook. No lo haré. Es una idea ridícula.

Por un lado, no pertenezco a este lugar. Por otro, apenas lo conozco.

En tercer lugar, tengo a Edw…

—Kansas.

Al oír el apodo en sus labios, siento cómo se me corta la respiración.

Me giro al oír su voz.

—¡Rook! —Cruzo la habitación antes de poder pensarlo mejor. Un segundo después, lo estrecho entre mis brazos—. Estaba preocupada por ti.

—No hace falta, Kansas. No me he metido en demasiados problemas. —Se ríe sobre mi cabeza, y el sonido resuena en su pecho.

—¿Dónde estabas? —pregunto, tratando de no parecer una novia posesiva si no una amiga preocupada.

—Estaba aburrido. —Me sonríe cuando finalmente me separo de él —. He salido a dar un paseo.

—Fink no debería haberle dejado solo. —Ana se acerca a nosotros.

—Puede que Fink también estuviera aburrido. Pero no importa. Ahora estoy aquí.

Ana chasquea la lengua, pero asiente con la cabeza al verlo.

—El traje le queda bien. Y mirad, su corbata combina con el vestido de Dorothy.

Doy un paso atrás y Rook por fin me estudia de arriba abajo.

Recorre mi cuerpo con la vista y se me pone la piel de gallina en los brazos desnudos.

Todos los sonidos del edificio se reducen a un susurro.

La forma en que Rook me estudia ahora… no puede considerarse solo una mirada…

Me está contemplando.

—Kansas —susurra—. Tu belleza podría encandilar a un ejército.

Mi corazón late con fuerza en mis oídos.

—Gracias.

Da un paso hacia mí.

No voy a enamorarme de él.

—Tú también estás muy guapo.

Los latidos de mi corazón hacen que la voz me salga temblorosa.

Me aclaro la garganta, entrelazo las manos y rezo a Dios para poder controlarme. Esto es una tontería. Me estoy comportando de una forma muy tonta. Me siento como una chica de dieciocho años que se ha emborrachado y ha terminado revolcándose en el granero con el chico de al lado.

No me enamoraré de este hombre. No puedo permitírmelo.

Rook me coge de la mano. Su agarre es firme, pero tiene los dedos fríos. Me dobla los nudillos y acerca la boca. No desvía la vista en ningún momento. Hay una intensidad en sus ojos verdes que me recuerda la sensación que se apodera de mí cuando se acerca un ciclón.

Entonces, me besa los nudillos.

Es un beso que se prolonga durante una hora. Un beso que se evapora en un segundo.

Pero no puedo respirar.

—¿Vamos? —Ana se apresura hacia la puerta y la abre de un tirón.

Entra una ráfaga de viento que hace que se agiten y se arruguen

unos cuantos folletos pegados a la pared junto a la puerta principal.

Mientras el fuego de la chimenea resopla, siento calor por todas partes y me estremezco.

—Toma. —Rook se quita la chaqueta del traje y me la pone sobre los hombros. Su calor me envuelve, su aroma me rodea.

Madera de cedro, bálsamo y la dureza cortante de la nieve.

—¡Vamos a llegar tarde!

Parpadeo para salir de mi estupor.

—Espera, se me ha olvidado ir a ver cómo está Toto.

—Yo lo haré —dice Remy desde detrás del mostrador—. Me aseguraré de que tenga agua fresca y comida.

—Gracias, Remy. Y si se pone de mal humor contigo, dile que le ordeno que se porte bien.

Remy se ríe.

—Haré todo lo posible para que no me coma.

Me río a carcajadas, pensando que es una broma. Pero ninguno de ellos se ríe, como si pensaran que Remy habla en serio.

—No te va a comer —aseguro, por si acaso piensan que lo hará.

Todos se miran y entonces Ana da una palmada.

—Muy bien. ¡Pongámonos en marcha! El carruaje nos espera.

Nunca había viajado en un carruaje como este. Cuando era pequeña, Henry y Em tenían un coche de segunda mano que apenas podía considerarse un automóvil. Cada bache nos hacía volar. Los frenos eran temperamentales, por lo que siempre teníamos que ir despacio. Y había una grieta en el techo que hacía que cualquier día que no fuera soleado resultara un gran inconveniente.

No fue hasta mi adolescencia cuando Henry finalmente se dio el lujo de comprar una camioneta nueva. Entonces, todo cambió; nos sentíamos como reyes.

Pero, aunque en Kansas un carruaje sería un paso atrás respecto a la camioneta, de alguna manera aquí me parece un avance. Como si realmente fuéramos de la realeza.

El exterior del carruaje está lacado en negro y las ruedas están pintadas de verde. El cochero se sienta en el banco de arriba, donde sujeta las riendas de dos gigantescos caballos negros.

Rook me tiende la mano para ayudarme a subir.

El interior es muy lujoso; está revestido de terciopelo verde con asientos de cuero enfrentados. El cuero es flexible y lo noto suave al tacto cuando me acomodo en el asiento trasero. A mi lado, un pequeño aplique de cristal parpadea con una luz dorada que ayuda a disipar esa sensación de aprensión siempre presente bajo el cielo oscuro y ominoso de Oz.

Ana se sienta en la parte delantera del carruaje, mientras que Rook se acomoda a mi lado. La preboste da un golpecito en el techo y el cochero chasquea la lengua, espoleando a los dos caballos para que avancen.

—¿Cuántas personas habrá en la celebración? —pregunto mientras el carruaje gira hacia la siguiente calle.

—Oh, muchas. Cientos. —Ana mira por la ventana mientras pasamos por delante de una casa de dos pisos con un pórtico de piedra—. Hace mucho tiempo que Valle no tiene motivos para celebrar nada. Solíamos celebrar bailes cada temporada. Nos encantaban las buenas fiestas.

Es imposible no notar la nostalgia en su voz.

—¿Qué pasó? —pregunto.

—Bueno, la guerra, por supuesto.

Juego nerviosa con mi falda.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? De la guerra. ¿Fue antes de que nacieras?

—Oh, no. —Ana se aleja de la ventana y se recuesta en el banco de

cuero—. Tenía catorce años cuando los dioses desaparecieron y dieciséis cuando estalló la guerra.

—¿Cómo fue cuando desaparecieron los dioses?

El carruaje se detiene cuando un grupo de niños cruza la calle con piruletas de espirales moradas.

—Al principio… —Ana deja la frase en el aire, con la mirada suave y perdida—. Al principio no pasó nada. Había silencio. Quietud. Como si hubieran robado todo el aire del mundo. Luego llegaron las inclemencias atmosféricas: inundaciones catastróficas, tormentas de hielo, ciclones… Un día hacía un calor sofocante y al siguiente todo estaba cubierto de nieve. Mucha gente comenzó a emigrar en ese momento, tratando de escapar del clima. Pero todas esas personas regresaron rápidamente, informando de que solo habían encontrado desierto en todas direcciones. Nadie ha podido atravesarlo.

El conductor levanta las riendas y los caballos avanzan con paso firme.

—Hubo años en los que la cosecha fue tan mala que pasamos hambre.

Ana se ríe, pero no hay humor en su risa.

—Nos alimentábamos de las conservas que habíamos hecho y de nuestro ganado. A veces podíamos cocinar un guiso de pollo o de conejo, pero solo era carne y caldo. De niña odiaba las verduras, pero debo decir que un guiso no es un guiso sin zanahorias, maíz, calabaza o patatas.

»Una catástrofe tras otra hizo que las brujas culparan a la familia real y estalló la guerra. El poder y la magia se enfrentaron. Incluso la Bruja del Oeste y el Gran Mago lucharon entre sí. Hay muchas historias sobre su batalla, algunas a favor de él y otras le dan la ventaja a ella. Pero todo el mundo parece estar de acuerdo en que fue su batalla, el choque de sus poderes mágicos, lo que creó la nube oscura que se cierne sobre nosotros.

—¿Él intentaba derrotarla?

Ana se encoge de hombros.

—No me corresponde a mí especular sobre las motivaciones de los magos.

El carruaje reduce la velocidad para detenerse en un cruce muy transitado. Hay varios carruajes más aquí y la mayoría de ellos se dirigen en la misma dirección.

—Cuando terminó la guerra —continúa Ana—, estábamos todos agotados. Habríamos aceptado rábanos para el desayuno, el almuerzo y la cena si eso significaba tener una fuente de alimento confiable.

El carruaje vuelve a avanzar y me tambaleo contra Rook, que mueve su cuerpo, extendiendo el brazo detrás de mí para sujetarme contra él.

Ignoro el nuevo revoloteo de mariposas en el estómago y trato de concentrarme en Ana.

—Fue entonces cuando las brujas de los puntos cardinales firmaron el tratado con el mago —continúa—. Por mucho que lo intentaran, no podían disipar la nube oscura que se cernía sobre ellos, así que centraron su atención en crear nuevos sistemas que utilizaran la magia para producir cultivos sin necesidad del sol. La industria renació. Volvimos a tener comida. ¡Por fin pude hacer un buen potaje! —Cierra los ojos brevemente, como si recordara el regreso del sabor y lo estuviera degustando—. Volvimos a la normalidad. Aunque… —extiende las manos— todo ha cambiado de forma irremediable. Y, por supuesto, nadie es inmune al atractivo del poder. Algunos de ellos… los que están al mando… han abusado de su posición.

—¿Como la Bruja del Este? —pregunto.

—Sí. Sin duda ella es un buen ejemplo de utilizar su poder contra nosotros. Y la situación iba a peor día a día.

—¿Quién más?

—La del Oeste… bueno, su historia es complicada. —Se inclina y baja la voz—. Los lugareños la llaman malvada por algo.

—¿Qué quieres decir?

—Era hermana de la reina.

Me quedo boquiabierta.

—¿La Bruja del Oeste ayudó a derrocar a su hermana? ¿Por qué hizo eso?

Ana niega con la cabeza.

—¿Venganza? ¿Celos? Oeste era la hija mayor. Se suponía que iba a heredar el trono, pero la dejaron de lado por razones que nunca sabremos.

Tomamos otra curva. Parece que estamos saliendo de la ciudad propiamente dicha. Hay menos edificios y más casas palaciegas con jardines amplios y bien cuidados. Las calles no son tan accidentadas, pero hay el doble de peatones. Supongo que todos van de camino al baile.

—¿Y el mago? —pregunto.

Ana vuelve a centrar su atención en mí.

—¿Qué pasa con él?

—¿Ha abusado de su posición? ¿Ha utilizado su poder contra vosotros?

Rook se mueve a mi lado. Ha estado callado todo este tiempo, asimilando lo que Ana nos está contando. Me pregunto si algo de esto le resulta familiar o si lo está aprendiendo de nuevo conmigo. Debo admitir que me reconforta que esté tan perdido como yo. Me siento fuera de mi elemento, pero con él a mi lado, que no sabe más sobre Oz que yo, no me siento tan sola.

Ana entrecierra los ojos mientras piensa.

—El mago es… más difícil de definir. Es mucho más poderoso que las brujas.

—¿De verdad?

Asiente.

—Es todo un enigma. Supongo que eso forma parte de su encanto. —Me guiña un ojo—. Pero, para responder a vuestra pregunta de si ha abusado de su posición. Creo que el mago es tan poderoso que, si lo hubiera hecho, nunca lo sabríamos.

Sus palabras me hacen estremecer.

El carruaje pasa por encima de una junta de piedra redondeada entre la calle y el largo camino de entrada a la Mansión del Este.

Estiro el cuello para ver mejor mientras seguimos la sinuosa curva del camino.

Los terrenos son enormes. Debe de haber diez acres entre la calle y la casa, que se alza como una reina envuelta en un manto blanco entre el cielo oscuro y los robles negros.

Varias farolas decorativas salpican los terrenos, cada una coronada con tres globos esmerilados. Las polillas y los escarabajos revolotean alrededor de las esferas de vidrio blanco como si estuvieran hambrientos de luz.

Aunque hay una fila de carruajes serpenteando por la colina desde la puerta principal, los rebasamos a todos y vamos directamente a la entrada en forma de medialuna situada frente a la casa. Allí, una mujer vestida con un abrigo largo de color berenjena nos abre la puerta del carruaje. El aire húmedo de la noche se arremolina con un ligero olor a carne ahumada y productos horneados.

Ana es la primera en salir, seguida de Rook, que me ofrece su mano de nuevo. La acepto mientras utilizo la otra para sujetarme la falda. Los escalones del carruaje son diminutos y no quiero que se recuerde mi entrada en esta celebración como la de la chica que se cayó de bruces.

—Gracias. —Lo miro.

—Siempre es un placer, Kansas.

Espera hasta que me mantengo firme en tierra firme y entonces me suelta.

Inmediatamente echo de menos su cercanía.

Hay algo en Rook que me recuerda vagamente a Toto. El amor de Toto es voluble, está ahí un minuto y al siguiente se ha ido. A veces se acurruca a mi lado bajo el sol de la tarde y dormimos hasta el anochecer. Otras, no consigo que se acurruque conmigo a menos que le ofrezca un filete jugoso.

No es que Rook me haya negado ningún tipo de afecto. Ni tampoco que deba mostrarme algún tipo de cariño.

Es solo que… su atención es selectiva, y me encuentro deseando más gotas de ella cuando no debería; no debería desear ni una gota.

Me quito su chaqueta y se la devuelvo, luego me coloco el vestido.

Por fin levanto la vista.

—Vaya —digo con un suspiro.

Al subir por el camino de entrada, pensaba que la casa era grande. Pero al estar frente a ella, al verla en toda su magnitud, me doy cuenta de que no es grande, es gigantesca.

La Mansión del Este podría ser, literalmente, unas veinte veces más grande que nuestra humilde granja. Tiene tres pisos y dos alas con un balcón en el segundo piso, otro en el ala este y probablemente más en la parte trasera. Todas las ventanas están llenas de luz y, a través de ellas, se perciben siluetas en movimiento. Las risas se mezclan con la música, que se derraman por las puertas dobles abiertas.

—¿Te gustan las fiestas, Kansas? —me pregunta Rook, de lo que deduzco que debe haber un destello de emoción en mi rostro.

—No creía que me gustaran. Pero esto es maravilloso, y no estoy acostumbrada a muchas cosas maravillosas.

—¡Me alegro mucho de oír eso! —exclama Ana aplaudiendo—. Si esto os impresiona, el interior os dejará boquiabierta. Por supuesto, no puedo atribuirme el mérito de la Mansión del Este, porque se construyó hace más de cien años, pero me encuentro presumiendo de ella como si fuera la conservadora de un museo. ¡Me encanta su belleza!

—¡No te culpo!

Ella sube los escalones de piedra curvados que conducen al pórtico principal de la casa.

Bajo el techo del pórtico cuelgan gigantescas lámparas de hierro, instaladas a intervalos regulares. A ambos lados de la puerta han colocado macetas con flores de todos los colores en altas urnas negras. Y junto a ellas, hay dos miembros del personal cubiertos con largos abrigos a juego de color berenjena.

—Bienvenida a la celebración, preboste —dice el hombre de la izquierda y hace una profunda reverencia.

—Bienvenida a la celebración, Dorothy de Kansas —continúa la mujer de la derecha e imita la reverencia.

—Gracias por recibirme.

Aquí la música suena más fuerte, y distingo el sonido de un violinista, un violonchelista y quizá un violista. La melodía es alegre y muy oportuna. Voy a volver a casa; lo juro por mi corazón. Pero ¿hay algo malo en disfrutar de todas las cosas magníficas que ofrece esta tierra extraña?

Nerviosa, sujeto mi falda para evitar que se enrede bajo mis pies y entro.

27
Dorothy



En cuanto entro en la mansión, me siento abrumada por la gratitud, las presentaciones, la celebración y los halagos. Todo el mundo quiere estrecharme la mano y saludarme, y creo que no hay ningún rincón de la mansión en el que pueda esconderme de todo eso.

Pierdo de vista a Rook en cuanto entramos en el salón de baile principal y, en cuestión de minutos, me mareo por la atención que recibo y tanto espectáculo.

Hay guirnaldas de luces por todas partes, colgadas del techo y alrededor de las puertas y columnas. Tres enormes lámparas de araña con sus adornos de cristal cuelgan del techo abovedado del salón de baile. Los cristales, al girar, proyectan arcoíris sobre el suelo de madera.

Creo que los lugareños se han vuelto ingeniosos con la luz para ayudar a combatir parte de la melancolía que deben provocar las persistentes nubes oscuras y la falta de sol.

En mi tierra natal, creo que soy más una chica de primavera y otoño, de vida y muerte, de sol y nubes. Pero nunca podría negar la

belleza de un cálido y soleado día de verano. Algunas de estas personas, especialmente los niños, han nacido en un mundo sin luz solar. No conocen nada más que la oscuridad. Me alegro de que hayan encontrado una forma de solucionarlo. Porque la calidez que su luz imparte a una habitación es innegable.

Ana me guía por la sala y me presenta a las familias más importantes de Valle. Están los comerciantes, los demás miembros del consejo y sus parejas. Los acompañan también los panaderos (el oficio más venerado aquí, en el Este) y los eruditos, los historiadores de la magia y los expertos en Oz. Además, se han unido los artistas y los autores. Y, confirmando mi teoría sobre la luz, Ana me presenta a una mesa de artesanos de la luz, los hombres y mujeres responsables de iluminar Valle Resplandeciente.

Esto es lo que más me interesa. Me siento junto a los artesanos de la luz, que me dan la bienvenida a su grupo. Me cuentan sus razones para el diseño específico de la iluminación del baile, lo importante que es que sintiéramos que la sala estaba llena de calidez.

Me dicen que la mayor parte de la luz proviene de la magia acumulada por las brujas y el mago.

—Pero ¿cómo llega aquí? —pregunto—. Nadie conoce al mago, ¿verdad? Entonces, no es como si entrara en la ciudad y agitara su varita…

Eso hace reír a toda la mesa. El hombre a mi izquierda, que se ha presentado como Darius, es el primero en dar una explicación. Parece ser el más entendido del grupo y se emociona fácilmente con esta conversación sobre la luz. Cada vez que nos desviamos hacia la ciencia que hay detrás, sus ojos marrones se agrandan y brillan.

—Esta es realmente la mejor parte —explica, moviendo las manos con sus palabras—. La red eléctrica solía funcionar con magia cuando gobernaba la familia real. Pero todo el sistema se vio destruido en la guerra, junto con todos los que sabían cómo

utilizarlo.

—Así que… —Se inclina hacia delante y abre mucho los ojos—. Yo, junto con toda la mesa, consultamos con las brujas de los puntos cardinales para instalar un nuevo sistema alimentado por magia.

La mesa permanece en silencio, esperando la revelación. No entiendo nada de sistemas eléctricos ni de redes, así que espero que me cuente algo sobre líneas eléctricas y transformadores que bien podría ser otro idioma.

—¡Es el camino de baldosas amarillas! —grita entonces.

—¿Qué? ¿En serio?

La mesa estalla en una charla sobre el sistema, cómo lo idearon, cómo funciona. Todos están entusiasmados con él y su pasión es contagiosa.

Pensaba que el camino de baldosas amarillas era un camino peculiar. Pero cuando lo vi por primera vez al salir de casa, me di cuenta de que brillaba a pesar de la falta de luz. Es algo que solo puede explicar la magia.

No tenía ni idea de que estaba andando literalmente sobre magia.

—¡Qué guay! —digo.

—¡Sí! —Darius vuelve a llenar su taza con la tetera que hay en el centro de la mesa—. Si pudierais llegar al cielo, lo cual es imposible a menos que seas una bruja o un mago, pero si pudierais, veríais el camino de baldosas amarillas corriendo de aquí para allá por toda la Tierra de Oz como una vena dorada, brillando con la sangre de la vida.

—Solía ser un río mágico —me explica una mujer.

—Hasta que los dioses se marcharon —añade otra.

—Y todos los caminos de Oz conducen a la Ciudad Esmeralda —contribuye una voz detrás de mí.

Me giro y veo a Rook.

—¡Sí! —afirma Darius.

—¿Cómo lo sabías? —le pregunto a Rook.

Se encoge de hombros.

—El dato ha surgido de la nada.

Me levanto de la silla.

—¿Estás recuperando tus recuerdos?

—No lo sé. —Junta las manos detrás de la espalda y la chaqueta de su traje se tensa sobre sus anchos hombros—. ¿Son los hechos lo mismo que los recuerdos? Por desgracia, sigo sin poder decirte mi nombre. Pero puedo hablarte de los caminos. Puedo decirte que la magia tiene un sabor dulce cuando estás cerca de ella. Puedo decirte que una maldición puede surgir de la nada, tan caprichosa como el viento.

Dios mío, ¿ahora tengo que preocuparme por estar maldita? Nunca se me había pasado por la cabeza.

Me acerco y le abrazo con fuerza.

—Todas esas cosas son un comienzo.

—Supongo que sí.

Me vuelvo hacia la mesa.

—Gracias a todos por vuestra compañía esta noche. Me ha encantado oíros hablar sobre vuestros trabajos.

Levantan sus copas y tazas de té hacia mí mientras nos marchamos.

—¡Por Dorothy!

Rook y yo seguimos adelante. Siento que todo el mundo me está mirando y cada vez tengo más ganas de esconderme detrás de alguno de los setos decorativos.

Llegamos a la mitad de la sala cuando Ana se acerca corriendo.

—¿Alguien ha visto a Fink? —Recorre con la mirada el salón de baile, buscando al miembro del consejo.

—Yo no —replica Rook.

—Yo tampoco —añado.

Ana resopla.

—Se supone que esta noche le toca estar al mando de la guardia, ¡pero no aparece por ninguna parte! —Vuelve a refunfuñar antes de marcharse.

Rook y yo seguimos avanzando.

Nos detiene una pareja de mediana edad que me da las gracias por matar a la bruja. Justo cuando nos alejamos de ellos, dos hombres se interponen ante nosotros, me estrechan la mano y me preguntan de dónde saqué la fuerza y la entereza para matar a una bruja tan poderosa.

No tengo respuesta para ellos y, mientras balbuceo una explicación, Rook les dice que íbamos a tomar algo y les pide que nos disculpen.

—Gracias —susurro.

—Solo fingían respetarte —dice Rook, dejándome sujetar la curva de su codo mientras seguimos caminando—. No pierdas el tiempo con hombres insignificantes.

Levanto la vista hacia él. Está sonriendo a alguien que nos saluda con la mano, y su atención se aleja de mí.

Teniendo en cuenta que es un hombre sin recuerdos, sigo admirando la confianza que parece sacar de la nada.

Estamos a punto de llegar a la mesa de bebidas cuando tres mujeres, todas con vestidos de diferentes tonos de morado, se interponen en nuestro camino. Desde el principio queda claro que están más interesadas en Rook que en mí y en el asesinato de la bruja.

Le preguntan a dónde irá desde aquí, si piensa quedarse.

Aún no hemos hablado de nada de eso. Después de esta noche, tengo pensado continuar viaje para ver al mago.

—Kansas y yo partiremos mañana hacia la Ciudad Esmeralda —les informa.

Mi mirada se dirige hacia él.

—Pero ¡tú tienes que quedarte! —asegura una mujer mientras le coge del otro brazo—. ¡Encajarás perfectamente aquí, en Valle!

¿Va a venir conmigo?

—Aunque me halagan tus palabras —replica él, sin apartar la mirada de las mujeres—, prefiero quedarme al lado de Kansas.

—¿Creía que te llamabas Dorothy? —inquiere la rubia.

Las tres mujeres se vuelven hacia mí. Hasta ahora apenas me habían prestado atención.

—Me llamo Dorothy. Kansas es un apodo.

—Pero ¿eres de Kansas? —pregunta la tercera mujer.

—Sí.

Se ríen todas juntas.

—¡Qué apodo tan extraño! ¿Te imaginas si todo el mundo me llamara Valle?

Se echan a reír de nuevo.

—¿Te imaginas si tu apodo fuera Insufrible? —Las mujeres se quedan inmediatamente en silencio.

—Rook —lo calmo—, no pasa nada.

—Si nos disculpáis —les dice a las mujeres—. Le prometí a Kansas —pone especial énfasis en mi apodo— un baile.

Siento cómo me sube el calor por la garganta.

—¿Lo dices en serio? —Me aleja de allí.

—Sí.

—No sé bailar.

—Soy muy buen bailarín. Creo.

—Pero… si vamos a montar un espectáculo o algo así, no hace falta. No me molesta que esas mujeres se burlen de mi apodo. De hecho, creo que me ha acabado gustando. Es como una broma privada entre nosotros y…

—Kansas… —Me detiene al borde de la pista de baile.

—¿Qué?

—A mí también me gusta tu apodo, pero si les dedicas un segundo más de tu energía, habrán ganado. Así que no lo hagas.

—Pero… Vale.

—Ahora baila conmigo.

Trago saliva, con el corazón latiéndome con fuerza en los oídos. No era una pregunta, sino una orden. Me gusta su decisión. La forma en que no se doblega ante nadie.

—Tengo que advertirte que no soy muy buena bailarina. De hecho, me he saltado las dos últimas fiestas de la cosecha porque en la anterior tropecé con mis propios pies y acabé de bruces en una pirámide de fardos de heno.

Rook se ríe.

—Seguro que fue un accidente.

—Todos se rieron de mí.

—Traidores, todos ellos. —Sigue sonriendo mientras dice esto, y no puedo evitar reírme.

—Está bien. De acuerdo. —Pongo mi mano en la suya e inmediatamente me lleva a la pista de baile, donde se sincroniza a la perfección con el cambio de música del cuarteto de cuerda.

ꕥ

Mis primeros pasos son torpes y le pido perdón a Rook una y otra vez, pero se lo toma con calma. Su agarre es firme y sus pasos aún más seguros. Es un buen bailarín. Más capaz de lo que habría imaginado.

Cuanto más lo conozco, menos puedo entender a este hombre que en un momento parece ingenuo y al siguiente es casi brutalmente sincero. Capaz y seguro de sí mismo en todo lo que hace.

Y ridículamente *sexy*.

Pierdo de vista el perímetro de la sala cuando Rook me hace girar

y luego me vuelve a atraer hacia él.

Su mano es cálida en la parte baja de mi espalda, la presión de sus dedos roza lo posesivo.

Y eso provoca una pequeña emoción en todo mi cuerpo.

No ha confirmado ni ha negado el hecho de que estuviéramos montando un espectáculo, pero ahora está claro que lo estamos haciendo.

Está presumiendo. De mí, por la sala, ante todos.

Nos movemos con los demás bailarines, todos entran y salen de mi campo de visión como el constante ir y venir de las olas del mar. Me empieza a doler la cara de tanto sonreír, de reírme. Pero no tropiezo y, de alguna manera, consigo seguir el ritmo de Rook.

—¿Puedo contarte un secreto, Kansas? —Rook nos guía en lo que me dice que es una formación en cuadrado.

—Sí, por favor.

Suelta el aire con un suspiro.

—Eres una maravilla.

Mis pies dejan de moverse. El instinto hace que Rook se detenga justo dos pasos detrás de mí.

—Apenas me conoces.

Entrelaza sus dedos con los míos y me saca de la pista de baile para llevarme detrás de una fila de macetas. Casi como si supiera que necesito refugio en ese momento.

Porque, de alguna manera, él siempre sabe lo que necesito.

—Tienes que dejar de ser tan amable conmigo.

La confusión se refleja claramente en su rostro.

—¿Por qué?

—Porque… porque nosotros… tú…

La advertencia de Henrietta resuena en mi cabeza.

—Hay otra persona —suelto.

—¿Qué quieres decir?

—En casa. —Me empieza a doler el estómago—. En Kansas. Se llama Edward.

Rook inclina la cabeza. Esperaba que se enfadara. Al fin y al cabo, lo he besado. Pero juraría que una sonrisa burlona amenaza con aparecer en la comisura de sus labios.

—¿Qué derecho tiene sobre ti?

—No sé a qué te refieres.

—En Kansas, el compromiso, ¿dónde empieza? ¿Dónde termina?

—Ah… Bueno… Primero nos hacemos novios. Ahí es donde empieza el compromiso. Después viene el compromiso. Luego el matrimonio.

—Entonces, ¿estás casada con Edward?

La música de la banda cobra impulso y el público comienza a vitorear.

—No.

—¿Estás comprometida?

—Técnicamente, no. —Aparto la mirada y me retuerzo las manos —. Me ha pedido que me case con él.

—¿Y qué le has respondido?

Lo miro a los ojos.

—No lo he hecho.

—¿Por qué?

Dios mío. Me zumban los oídos.

Sé por qué no le respondí y sé por qué no quiero responderle a Edward, porque quiero decir que no y me aterra romperle el corazón, pero más que eso, me da miedo lo que vendrá después.

Tengo miedo de quedarme sola para siempre, incapaz de dejar entrar a nadie en mi corazón.

—Es que…

Rook me rodea la cintura con el brazo, me atrae hacia él y me besa.

Ahora no hay ninguna reticencia por su parte.

Su boca se encuentra con la mía justo cuando la banda alcanza el crescendo y juro que un rayo recorre mis venas.

Siento calor y electricidad.

Rook toma el control, me hace girar y me empuja contra la pared más cercana.

Un suspiro se me atraganta en la garganta.

Me pone la mano en la nuca y presiona los dedos con fuerza contra mi cuello.

Tiene el control total, de inmediato, y yo me derrito bajo sus exigencias.

Se le escapa un gemido, el sonido vibra contra mis labios. La emoción baja desde mi ombligo, entre mis piernas.

No puedo respirar.

No quiero volver a casa con Edward. Quiero quedarme aquí, con Rook.

Enreda los dedos en mi cabello y hace que se suelten varias horquillas. Estaré hecha un desastre. Soy un caos.

Joder, déjame estar despeinada, caliente y mojada y… De repente, desaparece.

Respirando con dificultad, abro los ojos de golpe, pero mi visión tarda varios segundos en enfocar.

La boca de Rook está roja e hinchada y juraría que hay un gran bulto entre sus piernas.

Se arregla la chaqueta del traje y luego se pasa la mano por el pelo y lo alisa hacia atrás.

—Si fueras mía, Kansas —confiesa—, nadie me impediría reclamarte.

Me tambaleo.

Desaparece un segundo y vuelve con una silla.

—Siéntate. Te traeré algo de beber.

Hago lo que me ordena.

Rook se inclina y me da un beso en la mejilla. Un beso tierno. Un enorme contraste con el calor y el frenesí del beso anterior.

—Ahora vuelvo.

—Vale.

Y entonces se marcha.

Me quedo encorvada en la silla durante dos canciones más.

Una brisa fresca se cuela por las puertas abiertas del balcón y ayuda a calmar el calor que recorre mi cuerpo.

Rook me ha besado.

Me ha besado. Y después de enterarse de lo de Edward. ¡Oh, Edward!

Me inclino hacia delante y me cubro la cara con las manos.

A medida que crecíamos, Edward y yo nos hicimos más íntimos, pero casi siempre se trataba de sexo, nada sustancial, nada profundo. Edward sabe que sufro episodios de pánico. Que me encantan los campos de amapolas y que prefiero el pastel de calabaza al de manzana. Es consciente de que odio hacer pan, pero me encanta comerlo.

Lo que no sabe es que a veces me quedo despierta por la noche llorando por lo que he perdido.

No sabe que a veces el agujero negro de mi pasado amenaza con tragarme.

Sé que me quieren. Que tengo suerte de tener a Em y a Henry. Pero no hay forma de darle la vuelta al hecho de ser huérfana. No hay suficientes luces navideñas que puedan ahuyentar esa oscuridad.

Me arden los ojos al pensar en lo que tengo que hacer cuando vuelva a Kansas.

Me agota solo de pensarlo. Lo único que quiero volver a la posada, quitarme este vestido y acurrucarme con Toto.

Busco a Rook entre la multitud, pero no lo encuentro por ninguna parte.

Estoy a punto de salir a buscarlo cuando un sonido agudo y discordante rompe la melodía del cuarteto de cuerda. Hay un crescendo, luego una caída, un crescendo, luego otra caída.

Una alarma.

En el salón de baile, todo el mundo se queda paralizado y, de repente, a mi alrededor todos empiezan a gritar y a correr hacia la salida.

Una mujer, con la falda del vestido entre las manos, se lanza delante de mí.

—¡Disculpe! ¿Qué está pasando?

—¡Es la alarma! —grita sin detenerse, y se funde con la multitud frenética.

—Ya sé que es la alarma —murmuro y busco una cara conocida—. Pero ¿qué significa?

No veo a Rook por ninguna parte. Ninguno de los miembros del consejo me resulta familiar. Darius y los artesanos de la luz se han ido.

¿Me quedo?

¿Sigo a la multitud?

Veo que hay una loca carrera hacia la puerta y que la gente empieza a ponerse nerviosa, empujando para abrirse paso.

Quizá sea más fácil encontrar a Rook en el exterior. Como mínimo, parece que nadie quiere estar en el salón de baile, así que probablemente lo más inteligente sea irse.

Retrocedo y salgo por las puertas abiertas del jardín hacia el balcón. Hay varios miembros del personal usando una puerta de servicio. Los sigo por unas escaleras que nos llevan a un jardín lateral.

—¿Qué está pasando? —pregunto, siguiendo a dos mujeres

vestidas con largos abrigos de color berenjena.

La chica de la izquierda me mira por encima del hombro y luego vuelve a mirar.

—¡Oh! Sois vos.

—Hola. Sí, soy Dorothy. No sé qué está pasando y no encuentro a mis amigos.

—Está sonando la alarma —explica la otra chica—, y eso significa que alguien está a punto de entrar en la ciudad y podría suponer algún tipo de peligro.

—Normalmente, indica que alguien está cruzando el camino de baldosas amarillas y que debemos tener cuidado, meternos en nuestras casas y cerrar las puertas con llave —añade la primera.

—¿Ocurre a menudo?

Las chicas se miran.

—Más a menudo de lo que podríais creer —dice la de la izquierda.

—Buena suerte —me desea la otra antes de desaparecer por la parte de atrás, y me deja sola en el jardín.

Miro a mi alrededor, tratando de orientarme. Hay mucho alboroto en la parte delantera, ya que la gente sale de la mansión y busca sus carruajes.

Quizá sea mejor que yo también vaya hacia allí para intentar encontrar a Rook o a Ana. Hemos recorrido un buen trecho en carruaje para llegar hasta aquí, así que volver andando al Vagabundo Rojo parece imposible.

Sigo el camino rodeando una fuente de piedra que gorgotea. El agua fría se esparce en el aire y me moja la piel expuesta. Un escalofrío recorre mi cuerpo.

Cada vez tengo más ganas de llegar a mi habitación en la posada. Por supuesto, quiero ponerme a salvo, pero también me espera una acogedora colcha, Toto, una chimenea y Rook…

Mi pecho se llena de alegría al pensarlo. Paso junto a un seto alto.

Un crujido al otro lado me hace reducir la velocidad. ¿Es un paso sobre la grava?

A tres metros por delante, hay un hueco en el seto por donde un arco de hierro forjado conduce al interior del jardín.

Aunque la mansión sigue iluminada como una calabaza de Halloween en la noche, esta parte del jardín está a oscuras. Entrecierro los ojos, tratando de ver a través del seto, pero es imposible.

Podrían ser más miembros del servicio tratando de llegar a casa.

Seguramente, cualquier peligro que haya detrás de la alarma no habría cruzado toda la ciudad hasta llegar a la mansión en tan poco tiempo.

Doy unos pasos tentativos hacia adelante y luego me detengo para escuchar. Ahora solo hay silencio al otro lado del seto. Probablemente estaba oyendo otra cosa.

Con las manos agarradas al vestido, acelero el paso, pero cuando traspaso el arco, dos manos fuertes me agarran y me empujan hacia atrás.

—La tengo —anuncia una voz grave y ronca.

28
Espantapájaros



Es un caos total.

La gente se apresura hacia las puertas del salón de baile, pero el pasillo de salida es un cuello de botella y la multitud se amontona con rapidez.

Al no encontrar una salida, se convierten en animales salvajes que prácticamente se muerden unos a otros para poder escapar.

En el otro lado del salón de baile, Kansas sigue escudriñando a la multitud en mi búsqueda. Al no verme inmediatamente, recoge su vestido rojo y desaparece por las puertas abiertas del balcón.

Dejo uno de los dos vasos de *ozrum* en una mesa cercana y me bebo el segundo de un trago, sintiendo cómo el alcohol me calienta la garganta.

La música se ha detenido, la banda se ha ido. Ahora solo hay una sinfonía de pánico y terror.

Una silla se vuelca. Una mujer llama a su pareja.

Alguien tropieza y una cadena de luces parpadea y se apaga.

Miro mi reloj de bolsillo recién adquirido. ¿Han pasado varias horas desde que el guardia de Fink le advirtió de la llegada del

Hombre de Hojalata? Sospecho que sí.

Dejo atrás la salida principal, sigo los pasos de Kansas y salgo por las puertas del balcón.

La veo bajando las escaleras detrás de varios miembros del personal, con el vestido sujeto en la mano. Cuando los sirvientes la dejan sola, busca un camino en la oscuridad y decide seguir el rastro hacia la parte delantera de la casa.

—Kansas… —la llamo, pero ella no me oye.

Aunque acelero el paso, no soy lo suficientemente rápido.

Alguien la agarra por un arco del jardín y ella suelta un grito.

—La tengo —dice alguien. No es el Hombre de Hojalata, sino uno de los guardias de Fink.

—¡Ayuda! —grita ella.

Atravieso el arco a trompicones.

—Suéltala.

—Rook… —Mi nombre provisional es casi un suspiro en sus labios.

Un hombre que me dobla en tamaño la sujeta con fuerza contra su pecho. Es el mismo guardia con el que Fink se ha reunido en la caseta de vigilancia. No he llegado a saber su nombre, pero tiene pinta de Brutus o quizá de Belcher. Hay otros dos guardias con él, ambos hombres grandes y corpulentos.

—¿O qué? —pregunta uno de ellos.

No digo nada. Todos se ríen, pensando que eso confirma que estoy asustado.

—Encargaos de él —ordena Brutus. Los hombres se abalanzan sobre mí.

—¡No! —grita Kansas forcejeando contra el agarre de Brutus.

—Todo va a salir bien, Kansas —aseguro, porque se supone que hay que decirle a la gente este tipo de cosas tranquilizadoras cuando están en peligro. O eso creo.

El hombre de la izquierda, con barba rubia y un pendiente de diamantes en la oreja izquierda, llega antes hasta mí. No se toma tiempo para evaluar la situación. Me lanza un directamente puñetazo a la cara.

El puño impacta. El golpe resuena en mi cráneo y baja por mi cuello.

—¡Para! —grita Kansas, y le da un codazo en el estómago a Brutus, pero él ni se inmuta. Lleva una gruesa coraza de cuero, que solo puede penetrar una espada o la magia.

El segundo guardia, no sé muy bien cómo es porque las lágrimas me nublan la vista, me da un puñetazo en el estómago. Se me sale todo el aire de los pulmones. Me tambaleo y caigo sobre una rodilla.

Los guardias se ríen entre ellos.

—Menudo caballero has resultado ser para salvar a tu chica, ¿eh? —El rubio me pone la bota en el hombro y me da una patada. La grava cruje bajo mi cuerpo. La tierra se me mete entre los dientes.

El otro hombre me da una patada en el estómago. Tiene una puntería impecable, pues golpea el mismo lugar que antes y esto duplica el dolor sordo que se extiende por mis costillas.

—¡Por favor, parad! Ya está herido. —La voz de Kansas tiembla de terror, pero debajo hay algo más oscuro. Algo nacido de la rabia.

Otra patada, esta vez en la espalda, en los riñones. Me acurruco en posición fetal. Dejo escapar un pequeño gemido patético.

—¡Por favor! ¡No le hagáis daño! —El suelo tiembla a mi alrededor.

El viento cambia, y el polvo se arremolina a mi alrededor.

El guardia barbudo me da otro golpe en el estómago.

—¡He dicho que paréis!

De repente, se produce una ráfaga de aire. La fuerza es tan grande que los setos se doblan hacia atrás. Las hojas se desprenden de las ramas y salen disparadas por el claro.

Los hombres tienen que agacharse y cubrirse los ojos con los brazos para protegerse de los escombros.

Kansas pisa el pie de Brutus. Él grita y la suelta. Otra ráfaga de viento golpea a los tres guardias y los derriba. Uno acaba en los arbustos. Otro sale disparado por otro arco. Brutus acaba estrellándose contra un banco de piedra y cayendo al otro lado.

Kansas no se ve afectada por el viento fantasma.

—Vamos. —Se agacha para levantarme—. ¿Puedes correr?

—Por supuesto. —Pero una vez que me pongo en pie, me doy cuenta de que cojeo—. No pasa nada. Puedes dejarme aquí.

—Ni hablar. —Me arrastra de vuelta a través del arco. La luz de la mansión brilla en la oscuridad como un faro.

—¡Idiotas! ¡Atrapadlos! —grita Brutus.

—Date prisa —me ordena Kansas.

—Te estoy retrasando —digo.

—No te voy a dejar.

Su inclinación por salvarme es divertida. Una y otra vez, ha demostrado una lealtad que no me he ganado.

Corremos atravesando el resto del jardín. Brutus y sus hombres salen por el arco detrás de nosotros, pero ya estamos a la luz, en el jardín delantero de la mansión.

Aunque pronto descubrimos que todos los carruajes han desaparecido.

29

Dorothy



Cuando veo la entrada vacía frente a la mansión, se me encoge el corazón. ¿A dónde se han ido todos tan rápido? Está claro que tienen experiencia en desaparecer cuando suena la alarma. Son una máquina bien engrasada.

Con Rook herido otra vez, y cubierta con un vestido de gala gigante, ninguno de los dos está en condiciones de escapar a pie. Y no puedo imaginar que los guardias que nos atacaron en el jardín vayan a rendirse tan fácilmente.

Ojalá supiera por qué me persiguen. ¿Es porque maté a la bruja? Supongo que no debería sorprenderme que haya gente en Oz que esté del lado de la bruja.

—¿Has oído eso, Kansas?

Me detengo con Rook todavía recostado sobre mis hombros.

—¿Oír qué?

—Suena como caballos. —Rook señala con la barbilla hacia la izquierda de la mansión—. Apuesto algo a que hay un establo ahí atrás.

Oigo el débil sonido de un relincho y el alivio inunda mis venas.

Es una salida. Y lo que es mejor, sé montar a caballo.

—Vamos. —Rook se separa de mí, pone su mano en mi espalda y me guía hacia los establos. Tiene sangre en la mejilla y más en un corte en el labio inferior. Acaban de golpearlo por intentar salvarme y, sin embargo, no parece afectado por ello.

¿Quién es este hombre?

De repente, me sorprende lo extraño que es y, sin embargo, lo cómoda que me siento a su lado, lo reconfortada que me siento por su protección.

No estoy segura de que hubiera podido manejar todo esto sin él.

—Gracias —digo sin pensar.

—¿Qué? —Su atención está centrada en otro objetivo, comprobando que no tenemos a los guardias detrás de nosotros.

—Gracias por ayudarme.

Finalmente me mira, con el ceño fruncido.

—Has sido tú quien me ha ayudado, Kansas. Es lo menos que puedo hacer.

—Pero no me han pegado por ello.

El surco desaparece y su expresión vuelve a ser distante.

A veces es imposible leer sus pensamientos. Su misterio me frustra y me emociona a partes iguales. Es un lenguaje que no consigo descifrar.

—Debemos darnos prisa —me dice, y me empuja hacia adelante.

Cruzamos el camino de entrada y desde allí llegamos a un sendero de grava, escondido detrás de una hilera de árboles llenos de hojas, que serpentea hasta la parte trasera de la propiedad, donde hay una zona de grava. Y allí, justo más allá, bajo el halo de la luz de una lámpara, están los establos.

No vemos a nadie alrededor, ni siquiera a un mozo de cuadra, y las grandes puertas de los establos están abiertas y atrancadas. Entramos sin ninguna dificultad.

—¿Cuál de vosotros es más rápido y amistoso? —pregunto.

Hay seis boxes a cada lado, pero solo la mitad están ocupados.

Encuentro una yegua castaña al final del pasillo con el hocico fuera de la puerta de su cuadra. Resopla cuando me detengo y nos mira con sus grandes ojos oscuros.

Le tiendo la mano para que la huela.

—Necesitamos desesperadamente un escape seguro —le digo. Ella resopla en mi mano y luego me da un empujoncito con el hocico, así que le hago una caricia amistosa.

Era muy pequeña cuando el tío Henry me enseñó a ensillar un caballo. Fue mucho antes de dejarme montar sola.

—Son difíciles de manejar —me aseguró mientras le daba una zanahoria a Betsy, nuestra palomina—. No puedes mostrar miedo. Debes mostrar respeto.

—Ya he montado a caballo antes —respondí. Recuerdo claramente esa convicción. No sabía ensillar un caballo, pero sí sabía montarlo. Era algo que me quedaba de la vida de antes de llegar a la granja de Kansas.

—Aun así —dijo Henry mientras acariciaba el hocico de Betsy—, es mejor que lo tomemos con calma. Por tu bien y por el de Betsy. —Pero al poco tiempo, estaba corriendo con el viento en compañía de Betsy y solo sobre su lomo me sentí yo misma en aquellos primeros años.

Encuentro una placa con el nombre de la yegua a la izquierda de su box.

—¿Sabil? —pronuncio, y el caballo suspira—. Me gustaría ensillarte ahora, si te parece bien. —Vuelve a resoplar, lo que espero que sea su consentimiento.

—Se te dan bien los animales —comenta Rook mientras se recuesta contra la pared del establo de Sabil.

—Solo es cuestión de ser amable, ¿no?

Se limpia una mancha de sangre de la barbilla.

—¿Lo es?

Bajo la tenue luz de las lámparas del establo, se ven claramente los golpes que le han propinado a Rook.

¿Cuánto daño puede soportar un hombre? Apenas estaba empezando a curarse de sus heridas anteriores.

—¿Sabes manejar las riendas? —le pregunto.

Él busca en su memoria.

—Sí, creo que sí.

—¿Crees que tienes fuerzas para reunir los artículos? Si no las tienes, no pasa nada.

—Puedo hacerlo, Kansas. No te preocupes por mí. —Su sonrisa es casi juguetona, como si mi inquietud le resultara divertida.

Pero no puedo evitar estar preocupada. Tiene un moratón en la mejilla y su postura carece de rigidez, como si le doliera mantenerse erguido.

Aun así, se aleja de la pared y desaparece en la sala de monturas.

Abro la media puerta del establo de Sabil y entro con cuidado. Sigo llevando el enorme vestido de baile, que se arrastra por el suelo de piedra y se engancha en los tallos de heno a mi paso. La yegua cambia de postura, como para hacerme sitio.

—Tengo que ser sincera —comento—, no sé con qué nos encontraremos ahí fuera.

La alarma ha dejado de sonar, lo que solo puede significar que quienquiera que esté entrando en Valle ya debe de estar aquí.

—Si prefieres quedarte a salvo y cómoda en tu establo, dímelo.

Sabil mueve la cabeza y relincha, con sus grandes ojos oscuros fijos en mí.

—¿Estás segura?

Ella relincha y no puedo reprimir una sonrisa.

Sabil me recuerda a Betsy: no le teme a nada.

Rook regresa un minuto después con una almohadilla y una silla de montar de cuero negro. Henry me enseñó que siempre hay que cepillar al caballo y revisarlo antes de ensillarlo, pero no hay tiempo para eso. Espero que Sabil me perdone.

Con Rook a un lado y yo al otro, colocamos la mantilla y luego Rook levanta la silla, que ajustamos con rapidez.

—Súbete —me indica Rook.

—Deberías subir tú primero. Estás herido.

—¿Lo estoy? —Vuelve a sonreír.

—Está bien. —Pongo el pie en el estribo y, con la ayuda de Rook para sujetar el vestido, consigo subirme. En cuestión de segundos, Rook se acomoda detrás de mí en la montura.

—¿Ves? —dice burlón, con la boca ahora muy cerca de mi oreja—. Estoy en plena forma.

Resoplo.

—Dímelo a la cara. —Él se ríe.

Sabil niega con la cabeza.

—Deberíamos irnos —acucio a Rook, sintiendo la necesidad de Sabil de moverse ahora que está ensillada.

Rook coge las riendas.

—Agárrate, Kansas.

—¿Sabes montar a…?

Rook chasquea la lengua y Sabil se pone en marcha.

—¡Dios mío! —grito.

—Te he dicho que te agarrases —se ríe Rook.

Aprieto el pomo con la mano y aprieto con los muslos. Hace tiempo que no monto a caballo —tuvimos que sacrificar a Betsy hace varios años y decidimos invertir en más ganado—, pero en cuanto salimos del establo y avanzamos por el camino de grava en la noche, la emoción vuelve a envolverme de inmediato. Me encanta montar a caballo. Me gusta sentir el viento en el pelo y la complicidad que se

desarrolla entre el ser humano y el animal.

Me siento bien.

Rook aprieta las riendas, me rodea con fuerza con los brazos y se pega a mí de una forma que parece imposible.

Intento no fijarme en ello, y menos en un momento como este. Pero no pensar en ello hace que solo pueda pensar en ello, y las mariposas salen de su letargo y emprenden el vuelo en mi estómago.

En solo unos segundos estamos en el camino de acceso semicircular a la mansión.

Las pezuñas de Sabil hacen ruido al golpear los adoquines.

—¡Ahí están! —grita alguien a nuestra izquierda. Los guardias.

Se dirigen hacia el jardín delantero, pero van a pie, sin caballos ni carruajes a la vista.

Uno de ellos se lanza hacia adelante, con el brazo extendido, pero Sabil lo esquiva fácilmente y el hombre cae de bruces.

Aunque los demás salen corriendo detrás de nosotros, Sabil es rápida y, en poco tiempo, solo son unos puntos oscuros en la noche.

—No ha sido tan difícil —presume Rook, guiando a Sabil por el camino que nos ha traído hasta aquí.

Todas las casas y tiendas están cerradas. No hay ni una sola persona en la calle.

Eso es un poco desconcertante.

¿Es demasiado tarde para ponernos a salvo antes de que quienquiera que esté acercándose llegue a Valle Resplandeciente?

No he prestado atención a la ruta que hemos seguido cuando hemos salido de la posada, pero Rook parece saber qué dirección tomar.

Cuanto más nos adentramos en la ciudad, más surrealista se vuelve todo. El silencio es tan absoluto que cada paso de Sabil resuena en los edificios circundantes. Parece una ciudad fantasma.

Se me eriza el vello de la nuca y me estremezco.

Rook se inclina hacia mí, con el pecho contra mi espalda. Su contacto es cálido, sólido y reconfortante.

—¿Cuánto crees que queda? —pregunto.

—Si no recuerdo mal, es la siguiente calle, pero creo que deberíamos dar la vuelta por detrás, será más seguro.

Antes de que la calle en cuestión aparezca ante nuestra vista, Rook dirige a Sabil hacia la izquierda, por un callejón detrás del Vagabundo Rojo. Dentro del establo, un mozo de cuadra se asoma desde detrás de un fardo de heno y nos reconoce inmediatamente.

—Señorita Gale, no deberíais estar fuera… Y usted tampoco, señor Rook.

—Nos abandonaron en la mansión —explico mientras él toma las riendas de Sabil—. Hemos venido tan rápido como hemos podido.

—Entonces será mejor que entréis. Encontraréis todas las puertas cerradas, así que tendréis que acceder por la puerta del servicio. Os la mostraré.

Ata las riendas de Sabil a un anillo y nos guía rápidamente hasta una puerta lateral atravesando un trozo de césped polvoriento. Desde allí, saca un grueso llavero de hierro de los pantalones y se detiene ante una puerta sin letrero en la parte trasera de la posada. Busca a tientas la llave. Se oye el metal chocando contra el metal mientras busca la cerradura en la oscuridad.

Finalmente, los dientes de hierro se deslizan y el cerrojo se abre con un golpe seco. El chico empuja la puerta.

Más allá solo hay oscuridad.

—Entrad —nos dice.

Rook me empuja hacia delante y la puerta se cierra de golpe detrás de nosotros, con un ruido sordo.

30
Dorothy



Extiendo las manos, tratando de orientarme en la oscuridad.

¿Por qué la gente de Valle se toma tantas molestias para esconderse de alguien que cruza el camino de baldosas amarillas?

Mi mente quiere llenar los vacíos.

«Es un monstruo», dice el pánico.

«O una bruja malvada».

«O peor aún… el Hombre de Hojalata».

Henrietta nos dijo que estaba cerca.

Mi ritmo cardíaco se acelera y noto los latidos resonando en mi cabeza.

Intento evocar la voz de la tía Em. «Todo va a salir bien. El miedo es peor que la realidad». Pero ¿es así? Eso es lo que le diría si estuviera aquí ahora.

«No conoces esta tierra extraña, Em. Quizá esta vez sea mucho peor. La ciudad tiene una sirena, por el amor de Dios. Como una alerta de tornado. Y en la granja sabemos lo que sigue a una sirena».

Hemos perdido demasiado a causa de las fauces voraces de la

madre naturaleza como para pensar que todo va a salir bien siempre.

Mis dedos rozan las paredes enlucidas y suelto un suspiro de alivio.

El olor a caldo de pollo impregna el aire. Debemos de estar cerca de la cocina de la posada.

Doy otro paso tentativo hacia adelante cuando una llama se enciende en la sala principal.

Una luz bermellón intensa se derrama por el pasillo.

Rook me agarra por detrás, me da la vuelta y me empuja hacia una despensa.

—¿Qué…? —Me tapa la boca con la mano y suelto el aire entre sus dedos.

Se lleva un dedo a los labios.

«Shhhh».

Luego se marcha y cierra la puerta silenciosamente tras de sí. ¿Qué está haciendo?

La luz de las llamas se extiende por la pared mientras unas pisadas fuertes resuenan en el suelo de piedra.

Trago saliva. Me pica la nariz por el fuerte olor a cebolla que reina en aquel espacio cerrado. Pero también huele a tierra, como si allí almacenaran zanahorias y patatas recién cosechadas.

Muevo la nariz, el aroma empalagoso me hace cosquillas en los senos nasales.

Los pasos se acercan y, a través de una de las rendijas de la puerta de la despensa, veo por primera vez a alguien.

Es un hombre grande y musculoso, con hombros anchos y bíceps gruesos que tensan la tela de punto de la camisa.

Otro paso.

Sus antebrazos están cubiertos de almohadillas de cuero, al igual que su hombro derecho, como para proteger su brazo metálico.

El cuero entrelazado de su hombro se sujeta con varias hebillas del

mismo material que se entrecruzan sobre su pecho y alrededor de su espalda.

Levanta la linterna y la luz dorada de la llama lo baña en la oscuridad y pule cada uno de sus dedos metálicos.

¿Es un guante? ¿O su mano está literalmente hecha de metal? Se me eriza el vello, casi como si estuviera cargado de electricidad.

Me muerdo el labio inferior, sin atreverme a respirar.

El rostro del hombre está descuidado, luce el tipo de vello facial que roza la dejadez.

Hay un brillo de sudor en su frente, como si hubiera corrido para llegar hasta aquí, aunque su respiración es regular.

Percibo algo tosco en él. Como la piedra endurecida por el clima en una fría cordillera. Como los árboles desnudos en un vendaval invernal.

Como un lobo hambriento en un bosque oscuro, mordisqueando pies pálidos.

Da otro paso adelante y entonces queda ahora a solo unos centímetros de mi escondite. Mueve la linterna y la luz ilumina el filo afilado de un hacha atada a su espalda.

Sé inmediatamente quién es. El Hombre de Hojalata.

«Está aquí».

Una brisa se cuela por el pasillo altera la llama de la linterna; el fuego se apaga.

Maldice entre dientes y saca algo de su bolsillo. Un mechero, creo. Oigo el familiar sonido metálico de una tapa de metal al abrirse.

Pero antes de que pueda encender una nueva llama, se oye un golpe en la cocina y él se gira hacia allí, en tensión.

Su repentina quietud me pone la piel de gallina, y la forma en que espera, evaluando, me dice que él también lo siente.

Algo no está bien. Algo es… diferente.

A pesar de su tamaño, se mueve con rapidez, pegando la espalda a

la pared que separa el pasillo de la cocina. Su pecho se eleva con la respiración. Saca una daga de la funda que lleva en la cadera y se lanza hacia la cocina.

Se oye un gruñido. La linterna golpea la piedra y se rompe.

«Rook».

«No».

Puede que aún no conozca muy bien a Rook, pero sé que no se merece morir.

Cae una silla.

«Haz algo, Dorothy».

Cierro los ojos con fuerza para pensar mejor. Intento calmar el pánico que me sube por la garganta.

No tengo ningún arma. Llevo un enorme vestido de gala. No hay nada poderoso ni mágico en mí.

Pero no puedo quedarme escondida en el armario mientras Rook me salva otra vez. Quizá solo necesite crear una distracción. Quizá pueda razonar con el Hombre de Hojalata.

Quizá…

Otro gruñido. Un estruendo de platos.

Empujo la puerta de la despensa y tropiezo al cruzar el arco que da a la cocina.

—¡Eh! —grito.

El Hombre de Hojalata se vuelve hacia mí. Un rayo de luz del patio se cuela por la ventana de la cocina. Entrecierra los ojos.

—Dorothy. —Pronuncia mi nombre como un conjuro. Como una maldición hecha de huesos blanqueados.

Y entonces…

La sombra de Rook aparece detrás de él, con un arma en alto. Clava el cuchillo de cocina en el hombro izquierdo del Hombre de Hojalata y lo retuerce.

El Hombre de Hojalata ruge y se da la vuelta balanceando el arma.

Rook se agacha bajo el brazo del hombre y se abalanza hacia mí.

—¡Corre, Kansas!

No lo dudo. Corro por el pasillo y entro en la sala principal de la posada justo cuando se oyen ladridos en el piso de arriba.

—¡Toto!

—No hay tiempo —dice Rook.

Moriría por Toto. No lo voy a abandonar.

Sujeto la falda con la mano, la levanto y subo corriendo las escaleras. Empujo la puerta y Toto sale disparado, con mi vestido a cuadros entre los dientes, arrastrando la mayor parte de él por el suelo.

—Perro listo —lo halago mientras le quito la prenda; luego lo levanto en brazos—. Tenemos que irnos.

Bajo las escaleras y veo a Rook en la puerta principal de la posada. La tiene abierta y me hace señas para que salga a la noche. Llego a la planta principal, me alejo rápidamente de la escalera y cruzo el comedor.

Estoy a punto de llegar a la puerta cuando Rook abre mucho los ojos.

—¡Abajo, Kansas! —grita.

Me agacho.

Un hacha pasa volando por encima de mi cabeza. La hoja se clava en el marco de la puerta, a pocos centímetros de Rook.

—Levántate, Kansas. Date prisa. —Rook me indica que avance—. No mires atrás.

Me levanto, tropiezo con la falda, me enderezo de nuevo y salgo corriendo por la puerta.

31
Dorothy



Salimos a la calle y Rook nos guía a Toto y a mí por la acera a paso ligero.

Las calles siguen vacías, todo Valle Resplandeciente es una tumba silenciosa, salvo por el crepitar de la magia en las farolas.

Y entonces…

Una sombra oscura vuela sobre nuestras cabezas y un chillido agudo resuena sobre los tejados.

—¿Qué es eso?

—Agacha la cabeza —me ordena Rook, y me coge de la mano y me empuja bajo los toldos de las tiendas cercanas. Pasamos por delante de un escaparate tras otro. Magdalenas glaseadas, dulces rayados, libros encuadernados en cuero, cajas decoradas. ¿Cómo pueden coexistir estas dos cosas? ¿Esta vida normal, colorida y llena de dulces con la guerra, las brujas malvadas y los mercenarios armados con hachas?

Es desconcertante pensar en lo cerca que estamos de la belleza y el peligro.

Cuando llegamos al siguiente cruce, Rook se detiene bruscamente.

Me estrello contra su espalda con un golpe seco y entonces él me empuja contra la pared de piedra de una panadería mientras otro chillido surca el cielo.

El sonido me pone los pelos de punta. Me estremezco detrás de Rook. Se vuelve hacia mí y se lleva el dedo a la boca de nuevo.

No hay miedo en su rostro. Tanto si sabe como si no qué peligro sobrevuela nuestras cabezas, se muestra inquietantemente tranquilo al respecto.

Pero yo no consigo recuperar el aliento. No consigo calmar los latidos acelerados de mi corazón.

Me siento atrapada en una pesadilla interminable. ¿Cuándo llegaré a casa? ¿Lo conseguiré siquiera?

Rook levanta la mano y cuenta hacia atrás con los dedos.

«Tres».

«Dos».

«Uno».

«Vamos».

Tira de mí de nuevo. Doblamos la esquina. Nos agachamos. Otra ráfaga en la distancia.

Enredo los pies con la falda. Rook me endereza. Seguimos adelante.

Llegamos a la siguiente plaza, donde hay otra estatua de bronce cuyo movimiento se ha quedado congelado para siempre. Nos escabullimos entre las piernas de la estatua cuando un silbido nos detiene.

Al otro lado del camino, envueltos en sombras, hay dos caballos. Remy está sentada sobre uno de ellos, haciéndonos señas para que nos acerquemos.

Rook estira el cuello, mirando al cielo desde debajo de la tela ondulada del vestido de bronce de la estatua.

—Venid —nos ordena finalmente, y nos escabullimos, cruzando la

plaza en diagonal.

Cuando nos reunimos con Remy bajo el profundo toldo de una caballeriza, reconozco inmediatamente al caballo.

—¡Sabil! —exclamo sin pensar.

Rook me tapa la boca con la mano. Mi corazón vuelve a dar un salto.

Una expresión de irritación se dibuja en el espacio entre sus cejas oscuras y luego se inclina hacia mí, acercando la boca a la curva de mi oreja y haciéndome sentir su aliento cálido. A pesar de su calor, me estremezco bajo su contacto.

—Debemos guardar silencio, Kansas. Prométeme que lo harás.

Cuando se aparta, sus brillantes ojos verdes buscan la confirmación en los míos.

Se me pone la piel de gallina. Asiento moviendo la cabeza.

—Bien —articula con los labios.

Sabil relincha. Agarro a Toto y, con la ayuda de Rook, me subo a la silla. Una vez acomodada, él se coloca hábilmente detrás de mí.

—Puedo llevaros a un lugar seguro —susurra Remy—. Seguidme. —Y su ágil yegua negra se adentra en la noche.

ꕥ

Nos alejamos de la plaza del pueblo. Cuanto más nos alejamos, más densas se vuelven las sombras, pero ya no hay monstruos voladores en el cielo.

—¿A dónde nos llevas? —pregunta Rook mientras trotamos uno al lado del otro por una amplia calle empedrada. La gran muralla que rodea Valle Resplandeciente se alza en el horizonte.

—Hay un pasadizo secreto para entrar y salir de Valle —responde Remy—. Solo el consejo la conoce.

—¿Y tú también? —pregunto.

Remy asiente.

—Mi familia lleva décadas en el consejo. Ayudaron a diseñarla. —Remy señala hacia el oeste, donde hay una casa achaparrada pegada a la muralla—. La casa la oculta.

Cuando hace chasquear la lengua, su caballo trota, avanzando hacia adelante.

Al llegar a la casa, las ventanas están a oscuras y veo que las plantas de las macetas de piedra del porche delantero están marchitas y marrones. Olvidadas y abandonadas. O tal vez eso es exactamente lo que quieren que parezca.

Remy se desliza de su caballo y ata las riendas a la barandilla blanca.

Rook desmonta primero a Sabil y luego me sujeta a Toto.

Paso la pierna por encima, tratando de domar el vestido para que no se enrede alrededor de mis tobillos cuando salte al suelo.

—¿Tengo tiempo para cambiarme? —pregunto y levanto los brazos para mostrar el vestido a cuadros que llevo arrugado contra mi pecho. No creo que pueda aguantar ni un minuto más con este vestido de baile mientras huyo del Hombre de Hojalata y sus monstruos voladores.

—Si te das prisa, sí —responde Rook.

—Toma. —Remy rebusca en el bolsillo de sus pantalones y saca un pequeño frasco de cristal con unas gotas de líquido verde en su interior—. Ponte esto en los puntos del pulso mientras te cambias. Te ayudará a enmascarar tu olor ante los monos alados el tiempo suficiente para que puedas escapar.

—Lo siento… ¿has dicho monos alados?

—¿Cuánto tiempo durará el efecto? —pregunta Rook.

—Unas horas, como mucho. Puede que os dé suficiente ventaja.

—¿Es destello de esmeralda? —pregunta Rook.

Remy asiente.

—Muy bien. Debería ser suficiente para los dos.

—Espera… ¿monos alados?

Remy me mira finalmente.

—Los monos solo se encuentran en lo profundo de las montañas del Oeste y, la mayoría de los días, no suponen ninguna amenaza si los dejas en paz. Pero la Bruja del Oeste posee un control mágico sobre ellos. Lo tiene desde hace muchos años. Si ella los ha enviado, es porque les ha encargado una misión y harán lo que sea necesario para cumplirla. Y son criaturas feroces y violentas cuando se ven obligadas a actuar.

—¿Están con el Hombre de Hojalata? —pregunta Rook, y Remy asiente con la cabeza.

—Debería volver antes de que alguien note mi ausencia. Encontraréis la salida secreta en el cobertizo de atrás.

—Agradecemos la ayuda —dice Rook.

Remy va hacia los caballos y se sube a la silla de montar del suyo mientras sostiene las riendas de Sabil.

—Si estuviera en vuestro lugar —dice Remy antes de partir—, me daría prisa.

Y entonces chasquea la lengua y se adentra en la noche.

—Kansas.

Me sobresalto al oír mi apodo y miro a Rook. Por la forma en que lo ha dicho, no era una pregunta sino una orden.

Algo en él ha cambiado. Ya no parece dócil, modesto ni ingenuo. Hay un nuevo tono de autoridad en cada sílaba, en cada mirada, en cada movimiento de su cuerpo.

—Entra y cámbiate. —Descorcha el frasco y huele el contenido—. Usa la mitad del contenido. —Se inclina y me roza con suavidad con los dedos la delicada piel de debajo de la oreja—. Ponlo aquí. —A continuación, me agarra del brazo y me frota el pulso con el pulgar —. Y aquí.

Vuelvo a sentir ese escalofrío y Rook nota el temblor de mis

hombros. Algo parecido a una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios.

—Vamos. —Me entrega el frasco—. Date prisa, Kansas.

Cojo el destello de esmeralda y entro en la casa, con Toto siguiéndome de cerca.

ଌ

Dentro de la casa el aire está viciado, como si nadie hubiera cruzado la puerta desde hace mucho tiempo. Como si el horno siempre hubiera estado vacío y la chimenea siempre fría. A juzgar por la falta de hollín en la piedra, tal vez nunca se haya usado.

La sala de estar es pequeña; hay una mecedora junto a la ventana delantera y una mesa con patas torneadas a su lado. Veo un libro delgado encuadernado en tela sobre la mesa, con el título grabado en oro.

Cuando los dioses vagaban por Oz, reza el título. No aparece el nombre del autor.

Entro en la habitación más cercana, que parece un dormitorio, que tiene una ventana y un armario vacío. Una vez dentro, con Toto siguiéndome de cerca, cierro la puerta y cuelgo el vestido a cuadros en el gancho que hay junto a ella.

—Siento haberte dejado en la posada —le digo mientras lucho con la cremallera del vestido de baile.

Él se sienta sobre sus patas traseras y me observa con los ojos clavados en mí.

—No creía que hubiera ningún riesgo en dejarte allí descansando, pero al parecer en Oz tengo que estar siempre alerta.

Me lanza un gruñido.

—Gracias por traerme el vestido. No me imagino huyendo del Hombre de Hojalata y de los monos alados… ¿con un vestido de gala? Acabaría muerta y entonces…

Las lágrimas vuelven a brotar, algo que me pilla desprevenida.

Cierro los ojos, con el vestido colgando alrededor de mi cintura y la falda gigante medio caída en el suelo de madera.

¿Y si nunca consigo volver a casa? ¿Y si nunca vuelvo a ver a Em y a Henry?

¿Y por qué demonios estoy atrapada en medio de todo este conflicto en Oz? Esta no es mi lucha. No es mi problema.

¿Y por qué el Hombre de Hojalata sabía mi nombre? ¿La Bruja del Oeste también lo ha enviado en mi busca por lo que le hice a la Bruja del Este? Tenía la impresión de que no se llevaban nada bien, así que no sé por qué está persiguiéndome.

Me quito el vestido y las zapatillas plateadas brillan bajo la poca luz que se cuela a través de la oscura y siniestra nube del exterior.

Y entonces se me ocurre lo que la bruja podría querer.

«Coged las zapatillas. Daos prisa». Eso es lo que Cleo me dijo justo antes de que apareciera la Bruja del Norte e intentara arrebatármelas.

Los campesinos me dijeron que eran unas zapatillas poderosas, llenas de magia.

No se puede negar que en Oz hay magia. Ya no puedo, y menos después de todo lo que he presenciado.

En aquel momento, en el jardín de la Mansión del Este, cuando se ha levantado el viento y ha lanzado por los aires a tres hombres enormes, sin duda se trataba magia.

¿Fueron las zapatillas? ¿Quizá protegen a quien las lleva puestas?

Y si la Bruja del Norte y la Bruja del Oeste quieren las zapatillas…

Solo tengo que llegar hasta el mago. Le daré las zapatillas como pago por ayudarme a regresar a Kansas y luego él mismo se encargará de las brujas. Es el ser más poderoso de todo Oz. Sea cual sea el conflicto que se esté gestando entre las brujas de los puntos cardinales, él podrá resolverlo.

Antes de volver a vestirme, descorcho la botella de destello de

esmeralda. El olor a regaliz impregna el aire, y debajo de él, canela y rosa. Pongo el dedo sobre la boca de la botella, la vuelco y me cubro la yema. Aplico el aceite en los puntos de pulso donde me ha indicado Rook.

Debajo de la oreja. En las muñecas. El aceite se calienta y envía una oleada de calor por todo mi cuerpo. Luego, en un instante, desaparece. Cojo el vestido del gancho y me lo pongo. En cuanto el suave algodón cubre mi cuerpo, vuelvo a sentir algo parecido al hogar.

Las lágrimas vuelven a llenarme los ojos.

«Allá voy, Em y Henry. Voy a volver a casa, cueste lo que cueste».

Dejo el vestido de baile abandonado en la habitación vacía. Ya no lo necesito.

Pero antes de irme, decido llevar conmigo el libro sobre los dioses de Oz y lo guardo en el bolsillo del vestido.

32
Hombre de Hojalata



Con un cuchillo de cocina aún clavado en la carne de mi hombro, tengo que apoyar la bota en el marco de la puerta de la posada para conseguir el impulso suficiente y sacar el hacha de la madera.

Pero el primer tirón del mango me provoca una oleada de dolor tan agudo que casi me doblo por la mitad y vomito.

Un rastro de sangre me corre por el pecho, me baja por el estómago y empapa el grueso tejido de mi camisa.

La herida va a necesitar puntos y yo voy a tener que tomar un trago.

El hacha puede esperar.

A mis espaldas, las escaleras de la posada crujen ruidosamente bajo el peso de varios monos alados.

Faos aparece bajo la luz parpadeante de las linternas colgadas.

Hay un trozo de tela en su mano.

—¿Tiene su olor? —le pregunto, señalando el trozo de tela con la cabeza.

Sus afilados dientes chocan entre sí mientras asiente.

—Es débil, pero puedo seguirlo.

—Bien. No puede haber ido muy lejos.

Faos lanza un grito agudo y sus soldados se ponen en fila detrás de él. Desgarra la tela en varias tiras y las reparte.

Los monos se llevan los restos a sus grandes narices planas y los inhalan.

—Recuerda, Faos, la necesitamos viva.

Él lanza un gruñido, y el sonido animal retumba en su pecho.

—Conozco la misión, Hombre de Hojalata. No hace falta que me lo recuerdes.

En la barra, veo una botella abandonada de *whisky* del Oeste. Con un gruñido, me inclino, cojo el licor y le arranco el corcho con los dientes.

—Una pregunta, Faos. ¿Quién crees que está al mando aquí? —digo con el corcho entre los dientes—. ¿Tú o yo?

—Ninguno de los dos —responde—. Los dos estamos a merced de Oeste, ¿no es así?

Escupo el corcho y este rebota por el suelo, hasta desaparecer debajo de una mesa.

Odio que tenga razón.

Si él y yo no fuéramos dos caras de la misma moneda, creo que nos llevaríamos como hermanos. Joder, me cae mejor que mi hermano mediano, al que sustituiría encantado por un mono alado.

—Limítate a encontrarla. Pero espérame cuando lo hagas.

Vuelve a gruñir y los soldados se colocan a su alrededor, sintiendo la onda de energía en el aire.

Faos no es mágico exactamente, pero ejerce un gran control sobre sus soldados únicamente con su instinto primario. Si ordena luchar, luchan. No importa quién sea el objetivo. No importa si es el despiadado Hombre de Hojalata, el Gran y Poderoso Mago o todo el reino animal.

La única contra la que no luchan es la Bruja del Oeste. Por culpa de la máscara encantada. Pero tengo mis teorías al respecto.

—Detrás de mí —ordena Faos.

Lo siguen, y salen de la posada en fila.

En la densa oscuridad de la noche y los cielos malditos, los monos son solo siluetas sombreadas contra el resplandor dorado de las farolas. Observo a Faos señalar y dar órdenes. Se dispersan para cubrir todo el terreno posible.

Cuando termina, los soldados se elevan en el aire, sus enormes alas levantan una nube de polvo antes de desaparecer en el cielo.

—Chica —la llamo.

La chica del Este da un respingo de sorpresa. Está escondida en las sombras entre el comedor y la cocina.

—Necesito una aguja, hilo, un paño limpio y más alcohol. —No se mueve—. Ya —ordeno, y ella se pone en acción.

Me tomo otro trago de *whisky*, tratando de ignorar la ardiente llamada del aceite.

Empieza a dolerme todo; las articulaciones me tiran, todos mis músculos están tensos y doloridos.

No es la primera vez que me pregunto cuánto aceite es demasiado. Si esta dosis será la última si cedo.

Siempre hay más aceite que comprar, para inyectarme directamente en las venas.

Pero no soy inmortal.

Algún día llegaré a un punto en el que la tentación me llevará por mal camino, cuando la adicción finalmente se apodere de mí.

Sin embargo, hoy no es ese día. No si quiero recuperar a la chica y salvar a Gabriel.

Una vez que él sea libre, me importa una mierda lo que pase. Nada de esto importa.

Odio a toda esta gente.

Enderezo una de las sillas, que se volcó durante la pelea, y me siento junto al fuego. Miro el leño en la chimenea de piedra, que crepita entre las llamas.

En la cocina, las ollas y sartenes traquetean mientras la chica busca los suministros.

Me recuesto en la silla, estiro las piernas, cierro los ojos y respiro.

Y la veo detrás de mis ojos.

«Dorothy».

Cuando he dicho su nombre, la expresión de su rostro… Era de conmoción. De terror.

¿Qué clase de nombre es Dorothy? ¿Quién coño es esa chica?

Aparece en los confines del Oeste, en una casa que cae del cielo. De alguna manera se las arregla para matar a una bruja de los puntos cardinales con un cuchillo de cocina y sus propias manos, algo que nadie, ni siquiera el mago, ha sido capaz de lograr.

Se abre paso hasta Valle y luego desafía la lógica y escapa de mi espada.

Nadie se me escapa. Nunca fallo, ¡joder!

Ha tenido ayuda.

Las alarmas suenan en mi cabeza.

Me ha apuñalado un hombre. Y sospecho que ha sido la posadera quien los ha ayudado a escapar en plena noche.

Así que ahora espero.

Y me emborracho mientras tanto.

Levanto la botella y dejo que el último trago de *whisky* del Oeste se deslice por mi garganta.

La chica regresa con los suministros necesarios. Coloca una sartén abollada sobre la mesa y saca varios trapos. El primero, esmeralda como la ciudad, se abre para revelar un juego de agujas de diferentes longitudes y grosores. El segundo trapo está húmedo por un extremo y seco por el otro. Hay un carrete de hilo negro y un frasco

color ámbar.

—¿Qué es eso? —pregunto, señalando el frasco con la cabeza.

—Antiséptico —responde como si fuera obvio—. Alcohol.

—Quería el alcohol para beberlo.

Me mira con intensidad, y la luz danzante de la llama ilumina su rostro redondo con trazos rojos y naranjas.

Cada vez que miro a esta habitante del Este, pienso que me recuerda a alguien. Pero nunca consigo recordar a quién.

Levanto la botella vacía de *whisky* y la agito. Ella frunce el ceño, pero da la vuelta al mostrador, me trae una segunda botella, esta vez de hidromiel del sur, y me la entrega.

—Odio el vino de miel.

—Es lo único que queda.

Con un gruñido, rasgo el envoltorio y luego sujeto la botella entre mis piernas para poder sacar el corcho del cuello cónico con el brazo sano. Sale con un fuerte golpe.

El aire se impregna inmediatamente de aroma a miel y se me revuelve el estómago.

No odio el sabor del hidromiel, sino lo que me recuerda. Levanto la botella y doy un sorbo de prueba.

El sabor especiado de la miel florece en mi lengua y vuelvo a ser un niño, en el sur profundo, llorando la muerte de mi padre y huyendo de una madre con garras afiladas.

Dejo la botella sobre la mesa.

Me siento vacío por dentro y, sin embargo, la ira sigue manchando el vacío como una película.

—¿Puedo ver? —La chica señala mi hombro con la cabeza. Le hago un gesto para que se acerque. El dolor me despejará la mente.

La chica corta la tela desgarrada de mi camisa con unas tijeras y deja al descubierto el cuchillo y la herida.

—Está profundamente clavado. —Pone cara de asco.

—Sí.

—No puedo… No sé… No soy médico.

—¿Y?

—No puedo.

Mi impaciencia se agrava.

—Cada segundo que pierdes es otro segundo que no vuelve. ¿Quieres decirle a la Bruja del Oeste que hemos perdido a Dorothy Gale porque no has podido soportar un poco de sangre?

La chica palidece.

—No. —Pasa un rato—. No es un poco. Es mucha.

—No tenemos tiempo para esto.

El instinto me lleva a volver a coger la botella. Doy otro trago y se me revuelve el estómago.

—Solo he limpiado heridas superficiales a Delphine. Nada parecido a esto.

La cabeza me da vueltas por el alcohol. Mis nervios están zumbando con calor. El dolor ahora es solo un dolor fantasma.

—Saca el cuchillo. Hacia arriba. No lo muevas. No lo balancees. Solo tira de él hacia arriba.

Asiente con solemnidad.

—Una vez que lo hayas sacado, presiona con el paño para detener la hemorragia. Luego volveremos a evaluar la herida.

—De acuerdo.

Me hundo más en la silla, acercándome a su altura. En comparación conmigo, es diminuta, apenas me llega a mitad del pecho. Tiembla, con los ojos muy abiertos y vidriosos.

—No la cagues —le digo.

Mis palabras rompen parte de su aprensión y lanza un suspiro.

—¿Siempre eres así de…? —Se interrumpe, con los ojos muy abiertos—. Lo siento.

—No. Por favor. Termina tu pregunta. —El fuego crepita detrás de

mí.

—Estás siendo muy desagradable. ¿Es porque te han apuñalado o porque siempre eres así?

Por primera vez en mucho tiempo, siento ganas de reír. El sonido tiembla en la punta de mi lengua. Lo reprimo.

—Siempre soy así de desagradable. Me hayan apuñalado o no —respondo.

Me mira con el ceño fruncido.

Apoyo la mano libre sobre la mesa, con los dedos curvados sobre el borde, preparándome.

Envuelve la empuñadura de madera de la hoja con ambas manos y le tiembla la barbilla.

—Recuerda —digo—, hacia arriba… —Ella saca el cuchillo de un tirón—. Joder.

Gimo y me inclino hacia delante mientras la sangre brota de la herida y el dolor recorre mi cuerpo. Debería haber tomado una dosis de aceite. ¿Por qué coño no lo he hecho? Porque diluye la sangre, y habría sido una estupidez. Este es el mejor plan. Pero, joder, duele muchísimo.

—¿Estás bien? —La voz de la chica es aguda y lejana. Me zumba la cabeza. El cuchillo cae con estrépito sobre la mesa de madera.

Veo doble, así que cierro los ojos con fuerza y respiro hondo.

Voy a matar al hombre que me ha apuñalado. Voy a destriparlo y atarle un lazo al cuello con sus intestinos.

¿Quién coño era? Nunca me pillan por sorpresa.

No de esta manera.

Una sensación de inquietud recorre mi espina dorsal. Pero no. No. No estoy sacando conclusiones precipitadas. Todavía.

—¿Qué hago ahora? —Cleo salta de un pie a otro.

—La tela —le recuerdo con la voz entrecortada, y la presiona contra la herida, empapándola y absorbiendo la sangre. Lo que me

provoca una nueva oleada de dolor en la espalda.

Permanecemos así durante varios minutos largos y silenciosos, yo encorvado, respirando con dificultad, ella de pie a mi lado esperando en silencio.

—Está bien —digo.

—¿Está bien?

—Empieza a coser.

Retira el paño. La sangre ya no brota con tanta fuerza, ahora solo es un hilo. Buena señal.

Cleo lanza el paño sobre la mesa y enhebra la aguja con las manos temblorosas y manchadas de sangre. Una vez que ha hecho un nudo en el extremo del hilo, señalo con la cabeza el centro de la mesa, donde hay una corona de ramas de pino con una vela parpadeante en el centro.

—Pásala por la llama para esterilizarla. —Y hace lo que le pido.

Me muevo en la silla con una mueca de dolor y arrastro el antiséptico mientras abro la tapa para poder rociar el líquido sobre mi hombro.

Mi visión se vuelve blanca por el ardor, pero se desvanece con rapidez.

—¿Preparado? —pregunta Cleo.

Asiento moviendo la cabeza.

Cuando me clava la aguja en la carne, ya no vacila, y sus movimientos son rápidos y hábiles, sus puntos limpios y firmes. Mientras trabaja, tararea para sí misma. Reconozco la melodía de inmediato, pero me lleva varios segundos darme cuenta de que es una que no he escuchado desde hace mucho tiempo.

—Es una canción de invocación.

Cleo se detiene antes de dar una puntada.

—¿La conoces?

—Sí.

—Es que… era una de las únicas canciones que sabía. A veces la tarareaba para conciliar el sueño. Delphine me oyó una vez y me castigó por ello.

—¿Por qué?

—Dijo que no queríamos invocar accidentalmente a un dios cardenal.

Resoplo.

—Los dioses se han ido. No van a volver.

Hace una pausa antes de dar la última puntada para mirarme.

—¿No lo crees?

—¿Por qué iban a volver? Todos somos insufribles.

Vuelve a la herida y la cierra con una última puntada.

—Yo no lo creo. Algún día volverán.

—No si el mago tiene algo que decir al respecto.

—¿Qué quieres decir? —Ata el hilo.

—Nada. Solo que… su ego es más grande que la Ciudad Esmeralda. No soportaría ser el menos poderoso de los seres poderosos.

—Pero el cielo… el desierto infranqueable… ¿de verdad crees que eso nunca se arreglará?

—De nuevo, no si el mago puede evitarlo.

—Pero ¿por qué?

Suspiro.

—Porque sí. Ese es el mundo en el que vivimos, un mundo gobernado por brujas narcisistas y un mago egocéntrico que nunca renunciarán a su poder. Ahora búscame una camisa limpia.

Me mira con el ceño fruncido, como si quisiera discutir, como si quisiera creer.

Casi envidio esa fe y la esperanza a la que se aferra. La esperanza es una droga poderosa.

—Ve —digo, ahora en voz más baja, y ella sale disparada escaleras

arriba.

Enciendo un cigarrillo y lleno mis pulmones de humo. Puedo oírla en el piso de arriba abriendo cajones y rebuscando en los armarios.

Echo la cabeza hacia atrás y doy otra calada.

Veo una imagen fugaz de Dorothy detrás de mis ojos cerrados. Cabello oscuro. Ojos brillantes. Labios rojos.

Parecía tan sorprendida de verme como yo de verla a ella.

Hay algo en todo esto que me deja un sabor a ceniza en la lengua. Como si estuviera persiguiendo un espejismo. Como si faltara algo o no cuadrara.

Pero cuanto más lo pienso, menos me importa. No tener corazón tiene sus ventajas, pero esta no es una de ellas. Quiero que me importe. Si algo va mal, quiero que me importe lo suficiente como para averiguar qué es. Pero la apatía se apodera rápidamente de mí y me roba la motivación.

No me importa una mierda.

La chica vuelve unos momentos después con una camisa negra. Es de punto *waffle* con tres botones en el cuello.

Mis movimientos son lentos y cuidadosos. Tardo varios minutos en ponerme la prenda. Al final estoy jodidamente agotado.

Me dejo caer en la silla y saco el *kit* de dosificación del bolsillo de mis pantalones. Me subo una manga para dejar al descubierto el pliegue del codo, luego cojo la goma elástica y la ato para bloquear una vena.

La chica me observa.

Doy un golpecito a la vena para que se hinche a la luz.

Siempre viajo con dos frascos de aceite puro y una mezcla diluida en un cantimplora que se puede beber. La mezcla diluida es solo para calmar los nervios. No basta para mantener mi cuerpo en funcionamiento.

Ahora mismo necesito aceite puro y lo necesito directamente en las

venas.

Ya puedo sentir cómo mi brazo metálico se va entumeciendo. Si espero demasiado, quedaré inmovilizado, incapaz de moverme mientras el mundo sigue girando.

Es un destino que evito a toda costa.

Con el frasco en una mano, clavo la aguja en la tapa de cera y tiro del émbolo. Un líquido oscuro llena el cilindro de cristal. Me siento tentado de tomar una sobredosis para lidiar con el dolor de la puñalada, pero lo pienso mejor. Voy a ir en busca de Dorothy y la encontraré. Y cuando lo haga, necesito poseer control total.

Encontrar la vena es fácil y, cuando presiono el émbolo, el aceite me golpea como un ciclón y hace que me tambalee.

Siento un alivio inmediato, joder.

Una cálida sensación difusa inunda mis venas.

Los dolores y molestias de mi cuerpo desaparecen. Las náuseas remiten.

Inclino la cabeza, rindiéndome a la sensación… a la oleada de euforia.

33
Cleo



El Hombre de Hojalata está desplomado en la silla.

Cleo lo observa durante varios minutos.

Está familiarizada con esta clase de escenas: una persona a la que le han inyectado una droga y se queda dormida. Pero más de una vez se ha movido demasiado pronto, demasiado rápido, lo que despertaba a Delphine, que se enfurecía por la interrupción.

Así que espera. Aguarda un poco más.

Toda su vida, siente que ha estado esperando. Esperando algo.

A alguien. Quizá a ella misma.

Cuando está segura de que el Hombre de Hojalata está inconsciente, se levanta, cruza el comedor de la posada y se detiene ante el hacha clavada en el marco de madera de la puerta.

Le zumban los oídos.

El arma no tiene nada de especial.

El mango está hecho de madera esmeralda. Cleo lo sabe por el tono verdoso de la madera. La hoja es de acero del Oeste pulido, con una luna creciente en la parte delantera y una parte trasera afilada y puntiaguda. Un hacha táctica.

Es un arma hecha para derribar. Árboles, hombres o bestias.

Alcanza el mango con los dedos hormigueándole por la expectación. Y entonces tira.

El hacha permanece firmemente clavada en la madera.

Tira de nuevo, esta vez con los pies bien plantados y las zapatillas apretadas contra la piedra.

Sigue sin moverse. Es como si el hacha estuviera clavada en piedra, no en madera astillada. No debería ser tan difícil sacarla.

—Nadie toca mi hacha. —Cleo grita y da un salto hacia atrás.

El Hombre de Hojalata está detrás de ella, completamente alerta.

—Lo… lo siento.

Él la mira con el ceño fruncido y pasa a su lado para coger el hacha con su mano plateada. La saca sin ningún esfuerzo.

La madera se abre, liberando su agarre y dejando una herida abierta.

—Estabas desmayado —dice Cleo, aunque no está segura de por qué. Rara vez utiliza palabras que no haya meditado una y otra vez.

—¿Y? —Él se vuelve para mirarla, con el mango del hacha apoyado en el hombro.

—Lo siento —repite ella.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Unos veinte minutos.

—¿Ha vuelto Faos?

—Todavía no.

—Tráeme otro trozo de tela que pertenezca a la chica. Su olor puede estar desapareciendo. Necesitamos algo fresco.

Cleo traga saliva, asiente con la cabeza y vuelve a subir las escaleras a toda prisa. Esta vez se dirige directamente a la habitación de Dorothy. Es la única que tiene la puerta abierta. Las demás están cerradas con llave o conducen a habitaciones vacías.

«Probablemente todavía haya lugareños escondidos en las

habitaciones cerradas», piensa Cleo, tratando de no pensar demasiado en lo cerca que están del Hombre de Hojalata, en lo volátil e impredecible que puede ser.

La habitación de Dorothy no revela mucho sobre la chica. Está claro que no pasaba mucho tiempo allí.

Cleo revisa la cómoda, pero encuentra los cajones vacíos. Revisa el armario y encuentra lo mismo.

No queda nada en la habitación. Excepto la ropa de la cama.

Desesperada por presentar algo, Cleo le quita la funda a una de las almohadas de plumas y la lleva abajo. Cuando se la entrega al Hombre de Hojalata, él la mira con recelo al principio, pero luego cede y le arrebata la tela de las manos.

Sale al exterior, se lleva los dedos a la boca y silba.

El sonido es rápido y agudo y resuena por las calles de la ciudad.

Cleo observa desde la puerta, desde la seguridad de la posada.

En cuestión de minutos, Faos y dos de sus soldados aterrizan fuera, en la calle empedrada y desierta.

—¿Ha habido suerte? —pregunta el Hombre de Hojalata.

—Teníamos su rastro y la hemos seguido hasta las afueras de la ciudad, pero luego lo hemos perdido.

Faos pliega sus alas. Lleva una coraza de cuero marrón y brazaletes del mismo material. Es un soldado en todos los sentidos, pero ¿es eso lo que quiere ser? Todo el mundo en Oz sabe que la Bruja del Oeste lo controla a él y a sus soldados mediante magia.

Si no estuviera bajo las órdenes de la bruja, ¿en qué ocuparía sus días?

¿Qué estarían haciendo ahora mismo si no estuvieran persiguiendo a Dorothy Gale?

No es la primera vez que Cleo se pregunta por qué la Bruja del Oeste la trajo aquí y si sabía que Dorothy tenía el poder de matar a una bruja de los puntos cardinales cuando nadie más en Oz lo había

conseguido antes.

Y no por falta de intentos.

Hubo resistencia por parte de los habitantes del Oeste cuando la Bruja del Oeste tomó el poder e intentó someterlos. Hubo una guerra con los habitantes de las tierras bajas del Sur, gente verdaderamente temerosa de los dioses a la que no le gustaba la idea de que una bruja los gobernara, y que acabó maldita con una aflicción que todos llamaban «los rotos», porque si los golpeaban, empujaban o daban un puñetazo, se rompían como cerámica fina.

Pero Dorothy Gale, una chica que cayó del cielo, mató a Delphine con nada más que un cuchillo de cocina.

El recuerdo de ello hace que una descarga de adrenalina recorra su cuerpo.

Hay algo que no cuadra en todo eso. Pero ¿quién es ella para cuestionarlo?

El Hombre de Hojalata rasga la funda de almohada en tiras de tela. Le da una a cada uno de los monos alados.

—Aroma fresco —explica el Hombre de Hojalata.

Faos se lleva la tela a la nariz, inhala hondo y luego se vuelve hacia el aire. Cierra los ojos y dilata las fosas nasales.

—¿Y bien? —pregunta el Hombre de Hojalata.

—Seguiremos buscando —asegura y hace un gesto con la cabeza a sus soldados, que inmediatamente emprenden el vuelo.

—Se nos acaba el tiempo —advierte el Hombre de Hojalata. Faos entrecierra los ojos—. ¿En qué sentido?

Cleo observa al Hombre de Hojalata como solía observar a Delphine. Busca cualquier pequeño cambio, casi imperceptible, en su expresión. Cualquier pista que le permita deducir cómo se siente Delphine o qué sentimiento está empezando a experimentar.

Pero el Hombre de Hojalata no es tan fácil de leer como lo era la bruja.

Pero ahí… ahí, en el rabillo de sus ojos… Una ruptura, una fina línea, un poco de… miedo.

¿Miedo?

Sí, miedo.

Está preocupado por algo.

—Haré todo lo posible, Hombre de Hojalata —replica Faos, y entonces despliega sus alas y mueve el aire, elevándose sobre los adoquines con una elegancia que un mono alado no debería poseer.

Cuando ya es solo una mota en el cielo, el Hombre de Hojalata se vuelve hacia la posada y frunce el ceño al verla en la puerta.

Siempre está frunciendo el ceño. Siempre parece molesto cuando recuerda que ella está presente.

Delphine era igual. Quizá también ella carecía de corazón. Pasa junto a ella camino del comedor y recupera la botella de hidromiel. Se sirve medio vaso y se lo bebe de un trago.

Ella se plantea hacerle una pregunta.

Considera las consecuencias de decir algo. Pero se prometió a sí misma que ya no tendría miedo.

—¿Qué te preocupa?

Él le da la espalda. Sostiene la copa vacía en la mano y se queda quieto.

El fuego crepita y varias brasas salen disparadas de la chimenea.

—Si la Bruja del Oeste quiere tanto a la chica, probablemente no sea la única. —Se sirve otra copa y se la bebe también.

—¿Quién más? —Cleo da un paso hacia él.

El Hombre de Hojalata deja la copa con un golpe seco.

—¿Quién ha estado en guerra con la Bruja del Oeste desde hace años? —Ahora se vuelve hacia ella—. ¿A quién le encantaría vencerla?

Cleo lo piensa durante dos segundos. Y cuando le viene la respuesta, el nombre es un destello de luz detrás de sus ojos. Porque

incluso cuando la gente piensa en él, el pensamiento es brillante y poderoso.

—Al mago.

El Hombre de Hojalata asiente.

—La chica ha matado a una bruja. El mago nunca quiso compartir el poder con ellas, al menos no con todas, y especialmente no con la del Oeste. Pero no puede matarla. Ni siquiera él, el Gran y Terrible Mago, puede matar a una bruja. Pero ¿puede esta chica?

—Oh, dioses.

—Sí.

—¿Es por eso por lo que la bruja también la quiere?

El Hombre de Hojalata se deja caer en una de las sillas, con la mirada perdida.

—Esa parte no tiene sentido. Si temía correr riesgos, me habría ordenado matar a la joven en el acto. Me encargó específicamente que recuperara a Dorothy con vida. Incluso me ofrecí a matarla.

La forma en que dice esto último, con tanta facilidad, sin emoción, le provoca a Cleo un dolor de estómago.

—Entonces, la quiere por alguna otra razón.

—Sí. —Se frota la nuca, presionando los músculos.

—¿Cuál es tu teoría?

—No tengo ninguna y no me importa.

—¿No?

—¿Por qué debería importarme?

—Acabas de decir que te preocupaba que el mago sea el primero en llegar a Dorothy.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué?

Él la mira y, por primera vez, Cleo puede leerlo con facilidad.

—La bruja tiene algo contra ti. —Él desvía la mirada—. ¿Qué es?

Se pasa la lengua por el interior del labio inferior. Empieza a

responder cuando se oye el clic de una puerta que se cierra en algún lugar de la parte de atrás.

El Hombre de Hojalata se pone en pie al instante, con el hacha en la mano. Cleo aprieta los labios.

Si es el mago, podría morir en el acto.

Pero no, es elle posadere, y por la expresión de su rostro, no esperaban que Cleo y el Hombre de Hojalata siguieran allí.

—Oh —dice Remy y empieza a retroceder.

El Hombre de Hojalata se abalanza hacia delante y agarra la túnica de Remy, cerrando el puño, y tira de ella para acercarla.

—¿Dónde está?

—No te lo diré.

—Lo harás, me lo dirás.

Remy aprieta los dientes.

—No lo haré.

El Hombre de Hojalata empuja a Remy hacia atrás y se estrella contra la pared opuesta. El Hombre de Hojalata blande el hacha y elle aprieta los ojos con fuerza, rindiéndose a su destino.

—¡No lo hagas!

El Hombre de Hojalata se detiene. Se gira lentamente hacia Cleo.

—¿Por qué?

—¿No sabes lo que es la piedad?

—Soy despiadado. ¿Tú qué crees?

Con el corazón latiéndole con fuerza en los oídos, Cleo da un paso adelante y se coloca delante de Remy.

—Mostraste misericordia conmigo.

—Me eras útil.

—No, no lo era.

Él entrecierra los ojos.

Cleo puede oír el sonido entrecortado y superficial de la respiración de Remy a su espalda. El fuego vuelve a crepitar.

—Si no fue misericordia, ¿qué tal la razón? ¿Qué propósito tendría la muerte de Remy? ¿Y cuánta energía te costaría hacerlo? Aún te estás recuperando de una puñalada. Es posible que necesites esa energía más adelante.

Cleo sabe que ha logrado convencerlo. Su postura se relaja. El hacha cuelga ligeramente.

—Está bien —dice y da un paso atrás. Remy suelta el aire.

Cleo sigue al Hombre de Hojalata mientras este regresa al comedor.

—Tenemos que irnos —anuncia él, con la voz áspera ahora, un poco descontento.

—Espera. —Remy le pone la mano sobre el hombro y la detiene.

—No tienes que darme las gracias —dice Cleo.

—¿Cómo sabías mi nombre?

—¿Perdón?

—Nunca nos hemos visto. ¿Cómo sabías mi nombre? Ni siquiera es mi nombre de nacimiento. Yo elegí Remy.

—Pues… —Cleo frunce el ceño—. Debí oír a alguien llamarte por tu nombre. Eso es todo.

Remy la mira con escepticismo.

Cleo se devana los sesos. ¿Cómo sabía el nombre de elle posadere? ¿Y acaso importa en un momento como este?

—De verdad, debe de haber sido algo que escuché por casualidad y…

—Cleo —la llama el Hombre de Hojalata.

—Tengo que irme.

Remy coge rápidamente la mano de Cleo y se la aprieta.

—No dudes nunca de ti misma. ¿De acuerdo? No dudes nunca de lo que sabes.

Cleo asiente con rapidez, presa del pánico porque el Hombre de Hojalata la está esperando y porque Remy la está asustando.

¿Que nunca dude de lo que sabe? Ella ha dudado de todo lo que sabe. Ha dudado de cada parte de sí misma y de cada parte de su vida.

Lo único que sabe es dudar.

—De acuerdo —acepta Cleo, solo para alejarse, solo para olvidar la advertencia. Se da la vuelta y corre detrás del Hombre de Hojalata.

34
Dorothy



Encontramos el cobertizo que Remy nos indicó detrás de la casa.

Las viejas bisagras crujen cuando Rook abre el pestillo y empuja las puertas. Se levanta polvo en el aire. Huele a tierra, madera vieja y algo que me recuerda vagamente al aceite de citronela. Hay unos cuantos frascos sin tapar en los estantes sobre el banco de trabajo, con las etiquetas de papel despegándose del vidrio. Lo que había dentro es ahora un misterio, ya que la letra de las etiquetas está casi borrada.

Rook se dirige a la parte trasera del cobertizo, donde entra una tenue luz a través de una ventana mugrienta. Se agacha y empieza a apartar cosas con una pala. Unos cuantos botes, una pila de cajas de madera llenas de botellas de cristal ámbar, un montón de libros, una caja arrugada con varias velas a medio usar en el interior.

Una vez apartadas, aparece una trampilla.

—A juzgar por la ubicación de la entrada —comenta Rook—, debería haber un trayecto corto desde aquí hasta el otro lado. Coge una de esas velas.

Me doy la vuelta y meto la mano en la caja que ahora está apilada encima de otras tantas, mientras Rook busca en el banco de trabajo algo con lo que encenderla. Encuentra una caja de cerillas.

Después de clavar la vela en el extremo de una de las botellas color ámbar, Rook enciende una cerilla y la acerca a la mecha. La llama se enciende, la mecha crepita y la luz baila en la oscuridad turbia del cobertizo.

—Deberíamos irnos —me apremia Rook.

Sigue habiendo una tensión indescifrable en él, en el tono de su voz, en la forma en que me mantiene a distancia. Espero que solo sea producto del estrés de ser perseguido y no otra cosa que no puedo identificar. Me gusta saber cuál es mi posición con respecto a las personas y, como él es mi único amigo en Oz, quiero saber que estamos bien. No hemos tenido oportunidad de hablar desde que me besó en el baile, después de que le contara lo de Edward.

—Vamos, Toto —digo, y lo cojo en brazos.

—Yo iré delante —señala Rook y rápidamente baja por la escalera de madera hasta el agujero.

No es muy profundo, tal vez unos dos metros, y tiene que agacharse para caber en el túnel. Le paso la botella con la vela.

Doy el primer paso por la escalera. Rook aparece detrás de mí, sujetando la barandilla, su presencia es una promesa de que me atrapará si me caigo. Igual que Edward. Pero muy diferente de Edward en todos los aspectos.

Siento una opresión en el pecho al pensar en Edward y en la pregunta que ahora flota entre nosotros, entre dos mundos.

«Cásate conmigo, Dutchie».

Él quiere que sea esa chica, la chica de la granja, la madre, la esposa, la campesina.

Pero no puedo.

De repente, irme de casa me parece…

No. No. Tengo que volver. Tengo que regresar con Em y Henry.

Doy el último paso en la escalera y mis zapatillas tocan la tierra blanda.

ଌ

La mano libre de Rook me encuentra en la penumbra y sus dedos se entrelazan con los míos.

El túnel está en silencio mientras avanzamos de un extremo al otro. Sigo a Rook a trompicones, con solo la mitad de la luz de las velas, ya que la mayor parte queda bloqueada por sus anchos hombros. Viejas raíces sobresalen de la tierra, enganchándose en mis pasos y haciéndome tropezar. Rook no reduce el ritmo, no se detiene para dejarme alcanzarlo. Su sensación de urgencia se ha triplicado desde que nos encontramos con el Hombre de Hojalata. Y su urgencia me provoca ansiedad en la garganta.

¿Y si el Hombre de Hojalata ha encontrado a Remy? ¿Y si ya está bajando por el túnel, pisándonos los talones?

Miro por encima del hombro y rápidamente me enderezo de nuevo.

La oscuridad detrás de nosotros lo consume todo. Está aterradoramente cerca.

Se me pone la piel de gallina.

Por fin, llegamos al final del túnel y encontramos otra escalera que conduce al techo. Rook sostiene la vela en alto y revela una enredada red de raíces sobre la trampilla.

—Sujeta esto —me dice y me entrega la botella. La mantengo en alto, iluminando la salida mientras él tira de la maraña de raíces.

La tierra cae a nuestro alrededor. Toto ladra cuando un grueso terrón rebota en su frente.

—Quédate detrás de mí —digo, y él se escabulle entre mis piernas, protegiéndose de lo peor.

—Rook —le llamo, mientras lucha con una gruesa raíz enredada con otra—. He estado pensando… Henrietta dijo que el Hombre de Hojalata te ama y te odia.

La raíz cede y Rook tropieza hacia atrás.

—¿Crees que…? Quiero decir… cómo te encontré, el estado en que estabas…

Se detiene y se vuelve hacia mí. Hay una mancha de suciedad en la afilada línea de su mandíbula. La llama de la vela parpadea en el reflejo de sus ojos verdes.

—Él quiere matarte, así que debéis ser enemigos —razono—. Pero eso significa que él sabe quién eres.

La comisura de su boca se eleva.

—¿Me estás sugiriendo que le pregunte mi nombre la próxima vez que intente cortarme con su hacha?

—¡No! Pero… —suspiro—. Te estás burlando de mí.

—No, Kansas. Simplemente encuentro entrañable tu inocencia. —Arranca otra raíz—. Y adorable.

Siento cómo se me suben los colores a las mejillas. En los días que llevamos juntos, se ha vuelto cada vez más hábil a la hora de seducirme hasta someterme.

¿Lo hace a propósito?

—Quizá haya margen para razonar con él —valoro.

—Su hacha parecía un mensaje bastante claro.

—Sí, pero quizá haya más detrás de la historia.

—Siempre lo hay.

—¿No quieres saberlo? ¿No quieres conocer tu historia?

La última raíz cae y la puerta queda a la vista. Rook me quita la vela y la coloca en uno de los peldaños planos de la escalera más cercanos a la parte superior para poder inspeccionar la salida.

—Un hombre despiadado nunca revelará información libremente. —Pasa los dedos por el borde de la puerta y la vieja madera cruje—.

El Hombre de Hojalata es un soldado de fortuna; lo que da, no lo da libremente, y no me interesa comprar mi historia. Desde luego, no con él.

Me muerdo el labio inferior.

—Supongo que tienes razón.

Se sacude el polvo de las manos y se aleja de la escalera para mirarme.

—¿Puedo contarte un secreto, Kansas?

La sonrisa que se dibuja en mis labios es automática.

—Sí, claro.

—Prefiero escribir una nueva historia contigo. Palabra por palabra. Página a página.

Dejo escapar un pequeño grito de sorpresa mientras siento mariposas en el estómago.

Vuelvo a mirar su rostro, buscando frivolidad. Pero ahora está serio, con las cejas oscuras arrugadas. Parece desesperado por algo, pero no sé qué.

La advertencia de Henrietta me viene a la mente.

«El suyo es el tipo de amor que cambia el viento y rompe las estrellas».

«El tipo de amor que enciende todo lo que toca».

Desde que llegué a la granja de Kansas, he estado precipitándome hacia una vida que carece de cualquier tipo de chispa o llama. Edward siempre ha sido la opción segura, la versión cómoda y familiar. Eso me parecía suficiente. O tal vez solo creía que lo era. Que esperar más era egoísta y delirante.

Pero si tengo una mecha, ¿no merezco arder?

Sin pensar, sin dudar, me echo hacia adelante y me lanzo hacia Rook para presionar mis labios contra los suyos.

Él inhala y se queda paralizado un segundo antes de inclinarse hacia adelante, apretándome contra él, con las manos en mi cara y

los dedos hundidos con mi cabello.

Me gira con él al tiempo que me empuja hacia atrás. Choco con la pared del túnel. La tierra llueve a nuestro alrededor, pero esta vez no nos detenemos.

Aunque hace dos segundos estaba inseguro en sus movimientos, ahora se muestra exigente. Lanza su lengua a encontrarse con la mía. Sabe a menta y café, a deseo, y su contacto hace que el corazón me palpite en la garganta, robándome el aire de los pulmones.

Empujo las caderas hacia adelante; mi cuerpo se ha movido sin pensar, sin planearlo ni quererlo, pero Rook me sigue, y me aprieta con su ingle.

Siento su dureza a través de los pantalones y se me escapa un gemido de excitación.

La llama parpadea, la mecha se rompe.

—Kansas —me dice, deslizando la mano por mi cuerpo hasta posarla en el contorno de mi cadera.

—¿Sí?

—¿Puedo contarte un secreto?

Lo beso de nuevo. Nuestras lenguas se deslizan una contra la otra.

—Sí.

—No esperaba que fueras tan peligrosa.

Busca mi trasero con una mano y me atrae hacia él, donde palpita contra la tela de sus pantalones.

—Te prometo que no hay nada peligroso en mí.

Él gime y envuelve un mechón de mi pelo alrededor de los nudillos de su otra mano.

—Lo más peligroso del mundo es una mujer que cree que no tiene poder.

Tira de mi pelo hacia atrás y me obliga a inclinarme, dejando al descubierto mi cuello. Luego baja la boca hasta mi pulso, besándome y saboreándome a la vez.

Una oleada de placer me recorre todo el cuerpo.

La vela se agita y la llama se desvía hacia un lado.

Empiezo a arder de pies a cabeza, casi envuelta en fuego. Nunca me he excitado tanto, y estoy cubierta de tierra.

«Ríndete —me dice una voz en el fondo de mi mente—. Ríndete y vive, joder».

Desde que aterricé en Oz, me he sentido fuera de mi elemento, inestable, insegura de todo.

Pero de esto estoy muy segura.

Alargo la mano entre nosotros y encuentro el frío metal de la hebilla del cinturón de Rook. La manipulo con torpeza, hasta que finalmente consigo abrir el cinturón y bajar la cremallera.

Rook me muerde el cuello y me estremezco por dentro mientras una nueva humedad se extiende por mis bragas.

Desabrocho sus pantalones y deslizo la mano por la cremallera abierta. Rook echa la cabeza hacia atrás y suelta un suspiro hacia el techo de tierra.

Está palpitando bajo mi mano, duro como una piedra, y su repentino deseo por mí es como una droga.

Lo acaricio y él mueve sus caderas hacia adelante, buscando mi contacto y aumentando la fricción.

Estoy impaciente por más. Desesperada por más. Todo lo relacionado con Rook es un misterio y tal vez sentirlo dentro de mí haga que me resulte menos enigmático.

Quizá por fin entienda algo real sobre él.

Le bajo los calzoncillos, liberándolo, y él sisea bajo la luz parpadeante de las velas.

Lo tomo en mi mano y lo acaricio desde la base hasta la punta, sintiendo el grueso glande en la curva de mis dedos. Rook deja caer mi cabello para quitarse la chaqueta, mueve los hombros con facilidad, y la deja caer a nuestros pies en la tierra, luego engancha

las manos alrededor de la parte posterior de mis muslos y me levanta en sus brazos.

Le rodeo las caderas con las piernas de forma automática y, de repente, estoy allí, con mis bragas húmedas alineadas con la punta de su pene.

Me da un poco de miedo lo que todo esto significa, me dan miedo las dudas que puedan surgir después, tanto para él como para mí. Temo que esto me cambie para siempre y que no pueda volver a la vida que tenía.

Rook se impulsa hacia adelante y la punta de su pene se clava en mí. Gimo en la penumbra.

—Kansas…

El apodo suena como una súplica en sus labios. Lo miro.

—¿Sí?

—Dime que pare y lo haré. —Traga saliva, esperando, y veo como sube y baja su nuez.

Por un breve instante, con sus ojos verdes brillando a la luz, creo verlo, verlo tal como es, bajo las capas veladas de su historia desconocida.

«Dime que pare…».

Casi como una súplica. Como si me estuviera rogando que corriera a un lugar seguro.

Pero toda mi vida la he vivido restringida por medidas de seguridad, con reglas y expectativas claramente definidas.

Lo beso. Lenta, suavemente, rozando su lengua contra la punta de la mía.

Su aliento es cálido.

Mi respiración es rápida y superficial.

Estamos en tensión, conteniéndonos, como una presa que se desmorona tratando de resistir la fuerza de mil kilos de agua cayendo con fuerza.

Otro beso.

Quiero sentir algo con tanta desesperación que me dan ganas de llorar.

Así que cierro los ojos, ignoro el escozor en mis senos nasales y me sumerjo en la sensación de él, en la emoción del encuentro, en el fuego, el miedo y lo ilícito de todo ello.

—No pares —digo contra su boca, y él suelta el aire, aliviado.

Se deshace de mi ropa interior para poder penetrarme. Es brusco, posesivo, sus dedos se clavan en la suave carne de mis muslos mientras nos controla a ambos, mientras nos guía hacia el placer.

—Me haces sentir tan bien, Kansas.

Lo estrecho con más fuerza mientras me castañetean los dientes, mientras él se empuja dentro de mí.

Estoy tan lejos de casa que nada de esto parece real, y sin embargo, de alguna manera, lo siento más real que cualquier cosa que haya vivido antes.

Muevo las caderas y busco el ángulo adecuado para que cada embestida de Rook provoque fricción en mi clítoris.

Estoy ardiendo, vibrando de placer. Nunca había deseado tanto alcanzar un orgasmo.

Quiero que lleguemos juntos.

Pero necesito más. Necesito más estimulo.

Al estirarme, me topo con una gruesa y enredada raíz que cuelga del techo del túnel. Me agarro a ella y arqueo la espalda, balanceando las caderas hacia delante.

Rook me penetra con fuerza, con las manos ahora en mi trasero, atrayéndome hacia él mientras se hunde en mi interior.

—Córrete para mí, Kansas —dice, y juraría que sus ojos arden como llamas—. No te contengas.

Sus palabras, el tono autoritario de su voz, me erizan el vello de la nuca a pesar del sudor que perla mi piel.

Me gusta cómo toma el control.

Me encanta que no se deje llevar por su propio placer hasta el punto de olvidarse del mío.

Me inclino hacia delante, buscando el punto justo de fricción entre nosotros, y la presión aumenta.

—Así —susurro—. No pares.

Él sigue adelante, continúa follándome, encontrando el momento adecuado para hacerme llegar al clímax.

Me corro de forma ruidosa, casi violenta, y es como si la tierra temblara.

Rook me empuja entonces contra la pared del túnel, cubriendo mi cuerpo con el suyo mientras me penetra con un último gruñido.

Me desplomo contra él, enterrando la cara en el hueco de su cuello, bebiendo su aroma.

No sé lo que nos depara el futuro, pero no quiero olvidar este momento.

Los dos permanecemos allí quietos, atrapados en la réplica del placer, respirando pesadamente el uno contra el otro.

¿Y ahora qué?

Rook se retira de mi interior, pero me baja con suavidad, con la boca aún cerca de la mía.

—¿Estás bien, Kansas? —Su voz es más suave ahora.

—Sí. Estoy bien.

Qué tontería decir eso.

Estoy increíble. Estoy mejor que nunca. Y también jodidamente confundida. ¿Y ahora qué?

Me da un beso suave en la comisura de los labios y luego da un paso atrás para arreglarse y subirse la cremallera de los pantalones.

Con las rodillas un poco débiles y los muslos temblando, me desplomo contra la pared del túnel y me siento en la tierra fría. De repente me siento cansada, pero también… emocionada. O tal vez

sea el agotamiento de la adrenalina. En cualquier caso, quiero disfrutar de ello.

Rook se sienta a mi lado y me atrae hacia él. Sin pensarlo, me inclino y apoyo la cabeza en su regazo. Se estira, coge su chaqueta y me la pone encima. La prenda huele a él, a tierra salvaje, a relámpagos y al aire fresco del bosque. Remite parte del temblor.

Cierro los ojos.

Rook me pasa los dedos por el pelo, de la raíz a las puntas, y viceversa.

—No deberíamos quedarnos aquí mucho tiempo —me dice.

—Solo un par de minutos.

Él murmura su conformidad y yo me sumerjo en la oscuridad que me llama desde detrás de mis párpados y me dejo llevar por el bienestar de su tierno cuidado.

35
Espantapájaros



Toto me mira fijamente bajo la luz parpadeante de las velas. Casi puedo saborear su condena, como si fueran cenizas y brasas en la parte posterior de mi lengua.

—Di lo que quieras decir —le susurro, con cuidado de no despertar a Kansas, que duerme en mi regazo.

Toto parpadea y resopla.

«Te comeré vivo».

—¿Con esa boquita?

Vuelve a resoplar y aparta la mirada.

Sigo acariciando el pelo de Kansas mientras la vela se consume. Los minutos pasan en mi cabeza. ¿Cuánto tiempo debo esperar? ¿Cuánto tiempo debo permanecer quieto?

Kansas murmura algo y se mueve debajo de mi chaqueta.

Quizá merezca parte de la condena del perro. Quizá haya llegado demasiado lejos.

Recuesto la cabeza contra la pared de tierra y cierro los ojos.

Pero la quietud me lleva a pensar, y pensar me lleva a revivir la última hora en mi cabeza.

La sensación de Kansas en mis brazos, llenándola, viéndome tomarla como ella me ha tomado a mí.

Ella es una fuerza de la naturaleza.

Quizá debería tener miedo.

Tal vez ella debería tener más miedo de mí.

Al otro lado del túnel, se oye un traqueteo, un rasguño. Una ráfaga de viento pasa a toda velocidad y la llama de la vela se inclina hacia un lado, con la mecha crepitando.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan. Se me revuelve el estómago.

Él está aquí.

—Kansas —la sacudo para despertarla—. Tenemos que irnos.

—¿Hmm? —Se despierta y me mira parpadeando mientras mi chaqueta se acumula alrededor de su cintura—. ¿Qué pasa?

—Es el Hombre de Hojalata. Está en el túnel.

36
Hombre de Hojalata



El túnel está a oscuras, pero en el fondo, justo debajo de la escalera… hay huellas frescas.

Dos pares, humanas.

Apago la linterna y me enderezo. Cleo está a mi lado, Faos delante de mí. Sus soldados se han desplegado más allá del cobertizo.

—Salta el muro. Desplázate. Si han salido del túnel, no estarán lejos —digo a Faos.

Él asiente y desaparece en el exterior.

—Quédate aquí —le digo a Cleo.

—¿Por qué?

—Porque ahí abajo hay poco espacio y la última vez que me escabullí en la oscuridad detrás de esa estúpida chica, me apuñalaron.

Me mira con el ceño fruncido y cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Me has traído para dejarme atrás al final? ¿Qué se supone que debo hacer?

—No lo sé y no me importa.

—No me voy a quedar.

Para ser una chica que tenía miedo hasta de su propia voz, parece que tiene mucho que decir.

—Como quieras.

Bajo por la escalera y vuelvo a encender la linterna. Una luz naranja de un solo foco ilumina la oscuridad.

El túnel es lo suficientemente alto como para que pueda estar de pie, y apenas lo suficientemente ancho como para extender los brazos. No padezco claustrofobia, pero es difícil no sentirse enterrado en vida aquí abajo.

Cleo baja a toda prisa por la escalera detrás de mí y golpea el suelo con un «Mmm». En el túnel, parece tan pequeña como es. No llegaría al techo ni estirándose.

Empezamos a avanzar. El túnel se curva ligeramente unos tres metros más adelante, por lo que no puedo ver el otro extremo. Si pasa por debajo de la muralla y sale por el otro lado, no puede ser un túnel muy largo. No tendría mucho sentido que continuara más allá de la línea defensiva.

—No le harás daño, ¿verdad? —La voz de Cleo se eleva desde la oscuridad.

—Se supone que debo entregarla viva. Órdenes de la bruja.

Su suspiro de alivio a mi espalda es inconfundible. Preferiría matar a Dorothy, pero hago lo que me pagan por hacer. Al hombre que está con ella, sea quien sea, no le irá tan bien. Me desharé de él nada más verlo.

Llegamos a la curva del túnel y reduzco la velocidad, haciendo un gesto detrás de mí para que Cleo también se detenga.

Echo un vistazo a la curva y solo veo oscuridad más allá. Sospecho que se han ido, si es que alguna vez han estado aquí.

—¿Qué harás una vez que hayas entregado a Dorothy a la bruja?

—No he pensado en eso todavía.

La verdad es que no. Llevo tanto tiempo intentando liberar a

Gabriel que prácticamente ha consumido cada momento de mi vida. Eso y evitar a nuestro otro hermano y a nuestra madre a toda costa. Porque si me encontrara cara a cara con cualquiera de ellos, tendría que enfrentarme a la cuestión de si tengo el valor de matarlos.

Soy quien soy hoy gracias a ellos dos. Merecen morir bajo mi espada. Y, sin embargo…

Una presión discordante toma forma en mi pecho, en el lugar donde solía estar mi corazón. Sin él, matar es fácil, amar es difícil, pero el amor puede existir tanto en la mente como en el corazón y, a veces, mi mente se interpone.

Recuerdo una época en la que éramos hermanos, en la que nadie podía separarnos.

Pero él ha demostrado una y otra vez que siempre se elegirá a sí mismo. Y desde que Gabriel abandonó a nuestra madre, ha dejado de ser su favorito, por lo que nuestro otro hermano ha tomado las riendas.

No tengo que adivinar de qué lado está ella.

—¿Crees que la bruja matará a Dorothy? —pregunta Cleo. Me detengo en seco. Ella choca conmigo.

—Te preocupas demasiado de que la gente no muera. Es irritante.

—Tú eres irritante —refunfuña.

Sigo caminando con dificultad.

—No sé por qué querría matarla ella, cuando sería más fácil que lo hiciera yo.

—¿Te has parado a preguntarte por qué quiere a Dorothy?

Ralentizo el paso.

—¿Por qué crees que la quiere?

—Yo te lo he preguntado primero.

Suspiro.

—No es habitual que una chica caiga del cielo.

—No, no lo es.

—Y menos una chica capaz de matar a una bruja.

—En efecto.

—Pero si la Bruja del Oeste estaba preocupada por la capacidad de la chica para matar brujas, ¿por qué arriesgar su propia vida?

—Una teoría plausible es que quiere que la chica mate a las demás brujas de los puntos cardinales para quedar solo ella.

Me detengo de nuevo, pero esta vez Cleo se da cuenta y se detiene a mi lado.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Si Oeste realmente quisiera matar a las otras brujas, eso incluiría a la del Sur. ¡Maldita Glinda!

—¿Y qué si lo hace? —le pregunto a Cleo—. ¿Nos importa?

—¿De verdad me estás pidiendo mi opinión?

—Sí.

Ella se lo piensa por un segundo. He escuchado a elle posadere decirle a Cleo que no dudara de lo que sabe. No he investigado mucho sobre quién es, ni qué podría ser. Pero una parte de mí se pregunta si habrá más en esta chica del Este de lo que se ve a simple vista.

Me doy cuenta de que quizá confío en su intuición más de lo que estoy dispuesto a admitir.

—Mi opinión… —comienza Cleo, con la mirada perdida y distante —. Creo que las brujas de los puntos cardinales han tenido mucho tiempo para corregir los errores de la familia real y la guerra que destruyó gran parte de Oz. Y no lo han hecho. Solo han empeorado las cosas. Han explotado a los ciudadanos de Oz todos estos años. Así que, si no van a arreglar Oz y proteger a su gente, entonces deben hacerse a un lado y dejar que otra persona lo haga.

La convicción de su voz me pone los pelos de punta.

—Quizá nos parecemos más de lo que pensábamos —comento.

Ella me mira con la sorpresa reflejada en su mirada.

—No nos parecemos en nada.

—Si tú lo dices…

Vuelvo al túnel, a la misión que tengo entre manos. Como era de esperar, Cleo me sigue.

37
Dorothy



Mi corazón galopa dentro de mi pecho y me dificulta la respiración.

Rook insiste en que suba antes que él por la escalera. El túnel debe de tener una ligera pendiente, porque en la subida de salida hay más peldaños que los que nos ha traído hasta aquí.

La trampilla de cierre del túnel cede fácilmente después de que Rook la haya limpiado de raíces y salgo a la fresca noche, a la oscuridad.

Rook me entrega a Toto, que está callado, obediente, casi como si supiera que el peligro nos acecha a poca distancia.

A continuación, Rook sube rápidamente por la escalera y sale con la chaqueta colgada al hombro. Una vez fuera, en tierra firme, cierra con suavidad la trampilla y otea el bosque circundante hasta divisar un tronco caído. Me entrega su chaqueta para que se la sostenga mientras él agarra el tronco y lo levanta por el extremo más nudoso. Lo arrastra por encima de la tierra, antes de dejarlo caer sobre la trampilla.

—No lo detendrá —me explica—, pero puede que lo ralentice.

—Es mejor que nada —respondo—. Y ¿ahora qué?

Recupera su chaqueta y la gira en el aire para ponérsela con destreza sobre los hombros. Luego levanta las solapas, ocultando su rostro.

No sé qué está pensando, qué está sintiendo. Acabamos de tener sexo en un túnel y ahora nos persigue el Hombre de Hojalata.

No hay tiempo para asimilar lo que hemos hecho, por qué lo hemos hecho o qué significa, aunque esté desesperada por saberlo.

—Seguimos adelante. —Rook señala con la cabeza en una dirección general que nos alejará de la muralla de Valle Resplandeciente—. Pero lo más rápido que podamos.

Acomodo a Toto en el hueco de mi brazo y sigo a Rook. Con la nube oscura y amenazante que se cierne sobre nosotros y sin las luces de la ciudad para guiarnos, avanzamos a trompicones por el bosque. Me da la impresión de que tropiezo con cada raíz expuesta, con cada rama caída, con cada tocón. Finalmente, Rook me agarra del codo para guiarme.

—¿Cómo es que ves tan bien?

—Supongo que mis ojos se han adaptado. No estamos lejos de una bifurcación en el camino de baldosas amarillas y creo que deberíamos…

Un chillido resuena en el cielo.

Toto se pega contra mí, con un rugido sordo resonando en su pecho.

Otro chillido y una sombra pasa por encima de nuestras cabezas.

—Mierda —susurro—. ¿Es eso…?

Rook mira hacia arriba.

—Corre, Kansas.

Se me revuelve el estómago y echamos a correr. Tropiezo una vez, dos veces, rezando a todos los dioses que conozco para encontrar un camino sin trampas.

Se oye un silbido agudo por encima de nosotros, seguido del batir de unas alas enormes.

Las lágrimas me queman los ojos, pero no me detengo.

«No te detengas, sigue adelante, Dorothy».

—Sigue mis pasos —grita Rook, que va varios metros por delante de mí. Intento seguir su rastro por la zona del bosque que él ya ha pisado y despejado, pero su silueta es difícil de distinguir en la oscuridad con la chaqueta negra ocultando su figura.

Me golpeo contra un árbol y la corteza me araña el brazo. Siseo de dolor y me tambaleo.

Algo grande se abalanza sobre mí, perturbando el aire y las ramas de los árboles que tengo encima.

Toto ladra.

—¡Agáchate, Kansas! —grita Rook.

Caigo de rodillas en el suelo del bosque, pero es demasiado tarde. Unas garras afiladas como cuchillas se clavan en mis hombros y me perforan la carne. La sangre brota inmediatamente para correr caliente y pegajosa por mi pecho.

El dolor me nubla la visión.

Grito, me retuerzo y suelto a Toto. Él cae, se pone en pie y ladra sin parar.

La presión aumenta y luego desciende por mi cuerpo mientras la criatura aprieta su agarre para levantarme en el aire.

El suelo desaparece bajo mis pies y doy patadas en el vacío.

Ciega, con un dolor ardiente en los hombros, alargo la mano y agarro algo peludo.

Golpeo y abofeteo a la criatura alada que chilla en señal de protesta, pero no afloja su agarre.

En cambio, vuela más arriba, batiendo las alas en el aire.

Whomp. Whomp. Whomp.

El pelo me vuela por la cara. La tierra y las hojas giran a nuestro

alrededor. ¿Cómo voy a salir de esto? ¿Cómo bajo?

¿Cómo lucho?

No me voy a rendir. Todavía no.

El aire sopla con fuerza y los árboles se balancean, las hojas crujen. La criatura se tambalea y afloja su agarre.

Aprovecho la oportunidad, agarro uno de los dedos del mono alado y tiro hacia arriba.

Se oye un crujido de huesos. La criatura grita y me suelta.

Caigo al suelo con un golpe sordo y siento un dolor agudo en la espalda. La sangre sigue brotando de las heridas abiertas, empapando mi vestido y goteando sobre el suelo del bosque.

Toto sigue ladrando, pero creo que me ladra a mí, diciéndome que me levante, que me mueva.

Me pongo en pie al instante, apretando los dientes, con los ojos ardientes por las lágrimas. Corro. Una rama de árbol se engancha en mi pelo y me arranca un mechón. Hago todo lo posible para no romper a llorar desconsoladamente. Me duele todo. El terror recorre mis venas.

¿Por dónde voy?

Varias sombras más pasan por encima de mi cabeza. Empiezan a hablar entre ellas en un lenguaje chirriante y chillón, y entonces…

Una aterriza delante de mí.

Me detengo. Veo a otra más. Luego otra.

Me giro y hay una tercera, y una cuarta, que nos rodean a Toto y a mí.

Solo puedo distinguir sus siluetas: son dos metros de puro músculo, cuerpos cubiertos de pelo y cuero, ojos oscuros como la noche. Sus alas se parecen a las de los murciélagos, y las tienen plegadas contra la espalda.

¿Dónde está Rook?

Miro frenéticamente al bosque, pero no lo encuentro por ninguna

parte. No sé si esa es buena o mala señal. Si ha escapado… Me alegraré por él. No le culparé por cuidar de sí mismo. Ya se ha puesto en peligro dos veces por mi culpa.

No quiero que lo haga una tercera vez.

El más pequeño de los monos alados da un paso adelante. Me mira mientras inclina la cabeza a un lado, con los ojos brillantes.

—Coopera y no te pasará nada.

«¿¡Sabe hablar!?».

Su voz es grave, ronca, en parte animal, en parte humana.

Asiento moviendo la cabeza con los brazos colgando a los lados y los hombros ardiendo por el dolor mientras la sangre empapa mi pecho.

—No te creo.

—No te haremos más daño —añade otro mono, el de la izquierda, con un resoplido.

Toto vuelve a ladrar.

Los monos lo miran con recelo.

—¡Corre, Toto! —grito, y él da media vuelta y desaparece en la oscuridad. Me encontrará más tarde. Sé que lo hará.

Los monos lo dejan ir, demasiado inmersos en la conversación privada que mantienen ente ellos.

El mono de la izquierda se vuelve hacia el más bajo y emite tres chasquidos rápidos.

—Debemos arriesgarnos —dice el de la voz grave y ronca.

Otro chichirri. El grupo asiente al unísono, aceptando lo que se ha dicho.

Sobre el bosque cae un silencio inquietante. Pronto, los únicos sonidos son mi respiración pesada y los rápidos latidos de mi corazón.

Me giro trazando un círculo mientras deseo tener un arma. Ojalá hubiera tenido la previsión de llevarme uno de los cuchillos de

cocina de Em.

Solo cuento con mis propias manos, y eso no es suficiente.

No soy rival para estos monstruos.

Se abalanzan sobre mí. Golpeo a ciegas y le doy a uno en la mandíbula.

Retroceden tambaleándose.

Lucho con todas mis fuerzas, lanzando puñetazos, pero me someten en cuestión de segundos, me retuercen un brazo a la espalda y me sujetan el otro con una fuerza monstruosa.

Las heridas de mis hombros se abren más y un nuevo dolor me quema los nervios.

Me derrumbo sobre las rodillas, sollozando. No puedo seguir luchando.

No me queda nada que dar. Solo quiero que esto termine. Cierro los ojos, rindiéndome a mi destino con el cuerpo dolorido.

Espero. Y espero… Y espero…

Se oye un crujido a mi izquierda. Un golpe sordo, luego un silbido de aire. Me sueltan el brazo, luego el hombro, y caigo de bruces sobre el musgo y las hojas.

Levanto la cabeza y mi campo de visión periférica se llena con el movimiento de una tela negra.

«Rook».

Me pongo a cuatro patas, apretando los dientes para soportar el dolor. Utilizo un árbol cercano como apoyo y me levanto.

Una de las criaturas despliega sus alas, tratando de escapar, pero una gran rama de árbol sale volando de la oscuridad y la desvía de su curso.

Otra gira hacia el norte y se impulsa desde el suelo del bosque, abriendo sus alas con una ráfaga de aire. Pero Rook está allí, la atrapa por la pata y la tira hacia atrás.

El monstruo grita, sus alas se mueven hacia los lados mientras se

estrella contra un árbol y luego se desploma contra el suelo.

El inconfundible sonido de huesos rompiéndose resuena en el bosque.

Solo quedan dos criaturas: la más baja, la de la voz grave y ronca, y otra con los hombros más anchos y las garras más grandes.

El mono alado más bajo retrocede, con las alas medio abiertas al tiempo que varias consonantes agudas salen de su garganta, dirigidas a Rook. Él da un paso, con la cara salpicada de sangre y los nudillos oscurecidos por más sangre. Es una visión de oscura venganza, parece centrado únicamente en la destrucción. Sus poderosos hombros se agitan con pesadas respiraciones.

Se agacha y recoge una de las ramas caídas del árbol. Rompe una ramita más pequeña y la lanza a la maleza. Rompe otra y se acerca sigilosamente a las dos criaturas restantes.

El más grande de los dos monos chasquea la lengua y el más pequeño le responde con otro chasquido.

—Dejadnos ir —suplico—. No suponemos ninguna amenaza para vosotros.

El más pequeño de los dos me mira por encima del hombro, con el ceño fruncido.

—No sois vosotros los que nos preocupan, *trokinna*.

Rook hace girar la rama en su mano como si fuera un bate, comprobando su peso.

—Entonces, ¿quién? —pregunto.

Rook la lanza. El mono más alto atrapa la rama con la mano desnuda, con las piernas flexionadas y los pies plantados en el suelo.

Si se trata de una lucha de fuerza, me preocupa que Rook no sea rival para estas criaturas, aunque su expresión no delata vacilación, debilidad ni miedo.

El mono aprieta las mandíbulas y retrae los labios para enseñar los dientes.

Rook avanza y el mono pierde el equilibrio en el musgo resbaladizo.

El más bajo me mira y vuelve a chasquear la lengua. Casi como una advertencia.

Primero oigo el corte del aire.

El suave silbido del acero y la madera, girando sin cesar. Se me contrae el estómago.

Se me detiene la respiración.

—¡Rook! —grito, pero mi cerebro llega dos segundos tarde. Un hacha lo golpea de lleno en la espalda.

—¡No!

Cae de rodillas.

La sangre brota por su boca.

—No. No. ¡Rook!

Corro y lo atrapo cuando empieza a caer hacia delante, como un peso muerto.

Acabamos juntos en el suelo, él encima de mí, con sangre brotándole de la boca y la nariz, chorreándole por los costados.

—Rook. —Lo sacudo—. ¡Rook!

Unos pasos pesados cruzan el suelo del bosque. Una bota aparece sobre el hombro de Rook y luego se siente la presión cuando la bota empuja hacia abajo para hacer palanca. Una mano arranca el hacha, llevándose consigo carne y vísceras.

—Levántala —dice la voz.

Los monos tiran de Rook hacia atrás y arrojan su cuerpo a un lado como si no significara nada.

Con sus relucientes dedos metálicos, el Hombre de Hojalata me agarra por el vestido y me levanta sin miramientos.

—¡Lo has matado! —grito, moviéndome sin sentido. Pero una bofetada le golpea la cara.

El bosque está en silencio y el golpe parece resonar en la quietud.

Su mejilla se pone roja, pero la fuerza del golpe apenas lo mueve.

Veo cómo se le dilatan las fosas nasales.

Me preparo para la violencia. Para un golpe resonante. Para que me grite o me sacuda hasta que me castañeen los dientes.

No hace nada de eso.

Aunque su mirada tormentosa permanece fija en la mía, con una intensidad que se agita en sus iris.

—Cleo —dice—, quédate con el cuerpo hasta que podamos enviar a alguien a recuperarlo. Faos y Tark, llevadme a mí y a la chica al Oeste.

—¿Me vas a dejar sola con un cadáver? —pregunta la chica. El Hombre de Hojalata la ignora.

Uno de los monos, Faos, creo, se acerca al Hombre de Hojalata. Su voz, cuando habla, es áspera y profunda.

—¿Deberíamos atarla?

El Hombre de Hojalata sigue mirándome.

—No —responde—. No creo que sea necesario.

¿Me está mostrando un pequeño acto de misericordia en este encuentro por lo demás violento? Lo dudo. Quizá piensa que no soy una amenaza. O tal vez sabe que ya ha demostrado su brutalidad y su disposición a usarla.

—Dime, chica —me interroga—, ¿es necesaria la cuerda?

Cada palabra que sale de su boca parece una expresión de disgusto. Como si el simple hecho de estar cerca de mí fuera suficiente para revolverle el estómago.

Pero ni loca voy a dejar que me ate. Si no puedo mover mis extremidades, no tendré ninguna posibilidad de escapar. El hecho de que me dé esa opción es un milagro.

—No —respondo con dureza.

—Bien —contesta él.

Faos se eleva en el aire. El Hombre de Hojalata me empuja hacia

atrás. El mono envuelve mis hombros con sus gruesas garras e inmediatamente me sacude bajo la fuerza de su agarre y el batir de sus alas. La tierra y las hojas me golpean la cara. No hay forma de mover los brazos, no con las garras clavadas en mi carne, así que aprieto los ojos mientras nos elevamos del suelo.

Probablemente sea mejor así.

Si tengo que ver al Hombre de Hojalata una vez más, creo que empezaré a gritar.

38

Cleo



Cleo agudiza el oído, atenta al lejano batir de alas. No quiere estar sola en el silencio del bosque, y mucho menos entre un montón de cadáveres.

Cruza los brazos sobre el pecho, contiene la respiración y se concentra.

Ahora solo hay silencio. Suelta el aire, llenando el vacío, pero solo puede llenarlo hasta cierto punto.

El silencio puede que le resulte familiar, pero nunca le ha gustado la oscuridad, nunca se ha sentido cómoda en ella.

Incluso cuando se escondía de Delphine, lo hacía en una habitación bien iluminada. Quizá se encogía detrás de una cortina de terciopelo o se acurrucaba detrás de una estatua de mármol, pero nunca en una habitación a oscuras.

La oscuridad siempre le ha recordado a las arenas movedizas.

En lo profundo del bosque, bajo el cielo maldito, ahora tiene esa sensación. Como si el bosque la estuviera arrastrando hacia abajo.

¿Cuánto tiempo tendrá que quedarse aquí?

Y entonces se da cuenta de que no tiene por qué hacerlo. No

pertenece a nadie. Quizá nunca lo hizo. Quizá se quedó con Delphine porque pensaba que no tenía otra opción. Pero ahora lo tiene claro.

Si posee libre albedrío, entonces no es necesario que se quede allí. No hay nada que le impida salir de ese bosque y desaparecer en Oz, en algún lugar donde nadie la conozca, donde nadie espere nada de ella.

Quizá vaya a un sitio donde pueda hablar sin sentir el terror apremiante de ser escuchada.

Se separa del gran roble y da un paso.

Crac.

Una rama se rompe detrás de ella.

Sin pensar en las consecuencias, se da la vuelta. Pero no hay nada allí.

No hay movimiento en las sombras. No hay ningún animal del bosque pasando por allí.

Solo los cuerpos esparcidos de los monos muertos y el hombre que...

Espera.

Ella se apresura hacia adelante, tropezando en la oscuridad hasta el lugar donde yacía el hombre llamado Rook.

El cuerpo ha desaparecido.

Lo único que queda es un mosaico de hojas ensangrentadas.

Da una vuelta completa para escudriñar la oscuridad, sin encontrar nada.

No sabe qué significa esto, pero es consciente de que no puede ser nada bueno.

Se gira hacia el oeste y echa a correr.

39
Dorothy



La huida hacia el castillo de la Bruja del Oeste es brutal. No ayuda que, minuto a minuto, kilómetro a kilómetro, me enfurezca cada vez más con el Hombre de Hojalata por haber matado a Rook. ¿Cómo se ha atrevido? Rook se ha ido y no hay forma de recuperarlo, ¿y no es acaso por eso por lo que nunca me permito amar ni ser amada?

Apenas lo conocía y, sin embargo, su pérdida es tan visceral que siento que voy a vomitar.

Pero rápidamente reprimo las arcadas.

No permitiré que el Hombre de Hojalata ni los monos vean ninguna emoción por mi parte.

Excepto la rabia.

A lo lejos, un castillo comienza a perfilarse contra el cielo oscuro, destacando varias agujas puntiagudas y una alta torre en cada ala que insinúan su inmensidad.

Descendemos lentamente, las garras del mono se clavan en mi carne mientras lucha contra la corriente de aire.

Hay un breve momento en el que espero que me suelte, pero eso

no será bueno para nadie, y menos aún para mí.

El castillo se hace cada vez más grande. Entonces llegamos a él y lo veo tan grande y fortificado, que no parece real. Nada de esto lo parece.

Los monos vuelan por encima de la muralla de piedra y nos dejan caer sin ceremonias en el patio, apenas deteniéndose para aterrizar antes de volver a levantar el vuelo y desaparecer alrededor de la torre oeste.

Me quedo boquiabierta ante el castillo. Estamos frente a unas enormes puertas dobles. La madera está tallada para que parezcan las alas desplegadas de un mono. Unas fijaciones de hierro y unos gruesos cerrojos de hierro sujetan aquella enormidad a las murallas. A ambos lados, cuelgan las linternas que iluminan la fachada de piedra, y la luz del interior baila como llamas.

Es hermoso y aterrador al mismo tiempo.

Una fuerte mano metálica me agarra del brazo y me empuja hacia delante.

Me libero del agarre del Hombre de Hojalata.

—No me toques.

—¿Acaso crees que tú mandas?

—Tú desde luego que no. Si no, no estaríamos aquí.

Un gruñido grave resuena en su garganta. El hacha está atada a su espalda, sus manos están lejos de ella. Pero algo me dice que el Hombre de Hojalata no necesita más que un segundo para tener su amada arma en las manos.

Doy un paso atrás. Él hace lo mismo, como si estuviera preparado para que yo saliera corriendo, a pesar de que la puerta de hierro permanece cerrada y bloqueada detrás de nosotros.

—Entrarás en ese castillo o te arrastraré hasta él. La elección es tuya —dice.

—¿Qué ganas tú con esto?

—Voy a contar hasta tres.

—¿Qué, acaso soy una cría?

Sus fosas nasales se dilatan.

—Uno.

—Nos has aterrorizado a mí y a mi amigo. ¡No tenías derecho a matarlo!

—Dos.

—¿Acaso lo conocías? ¿No tienes corazón?

—Tres. No y no.

Su hombro se clava en mi estómago y su brazo se enrosca alrededor de mis muslos. De repente, me levanta del suelo y me carga sobre su espalda.

—¡Eh! —Le golpeo con los puños, pero es inútil. Está claramente musculoso, mis golpes le resultan tan molestos como los de un mosquito. Pero desde esta posición privilegiada, puedo ver la funda de su hacha y la correa de cuero que la sujeta por el mango, manteniéndola en su sitio. Abro la correa y saco el hacha. El peso obsceno del arma me pilla desprevenida y el hacha se me resbala de las manos y hace ruido al golpear la piedra.

El Hombre de Hojalata me empuja hacia delante. Mis pies tocan el suelo, pero la fuerza me pilla por sorpresa y tropiezo hacia atrás y caigo de culo.

—¿Cómo lo has hecho?

—¿Qué? —me levanto rápidamente.

—¿Cómo has cogido el hacha?

Lo miro con el ceño fruncido.

—Yo… ¿he abierto el broche?

Se agacha y recoge el arma. En sus manos, el hacha parece diminuta.

—Nadie puede quitarme el hacha.

Cruzo los brazos sobre el pecho y doy un paso adelante.

—Yo lo acabo de hacer.

—No. No lo entiendes. Nadie puede coger… —Se oye un fuerte ruido metálico procedente de la caseta del guardia.

Me giro hacia las altas puertas dobles que forman la entrada principal del castillo y veo cómo se abren, dejando pasar un haz de luz a través de la rendija.

En algún lugar de la recámara de la puerta de entrada, una cadena traquetea mientras los engranajes giran, abriendo las puertas.

Aquí no hay guardias. Tampoco hay monos. Solo estamos el Hombre de Hojalata y yo.

Las puertas tardan varios largos segundos en abrirse por completo antes de revelar un oscuro vestíbulo al otro lado. La luz de las linternas parpadea contra las sombras.

Y desde la oscuridad, se oye una voz.

—Tráela aquí.

El Hombre de Hojalata vuelve a guardar el hacha en su funda y me agarra de nuevo por el brazo.

—No toques mi hacha —murmura.

—Quizá deberías pedírmelo amablemente —respondo en voz baja.

Con un gruñido, me arrastra al interior. Y esta vez, no me resisto.

ꕥ

A pesar de estar construido íntegramente en piedra, en el interior del castillo del Oeste hay un calor casi insoportable.

El Hombre de Hojalata me arrastra por una amplia escalera, a continuación por un pasillo y luego por otro, antes de llegar a una galería cavernosa donde una abertura en forma de arco da a la morada de los monos alados. Varios de ellos han extendido sus alas en el aire y sobrevuelan las numerosas agujas del castillo.

La bruja está de pie en esa abertura, de espaldas a nosotros.

El Hombre de Hojalata me lleva hacia adelante y se detiene en

medio de la sala, justo debajo de una lámpara circular de hierro forjado en la que arden cientos de velas blancas, cuyas mechas crepitan con la brisa que entra por el balcón.

Esperamos.

Miro al Hombre de Hojalata, buscando alguna pista sobre lo que se espera que hagamos. Tiene las manos entrelazadas a la espalda. A simple vista, parece una manera formal de esperar la respuesta de la bruja, pero creo que solo quiere tener las manos cerca del hacha. Por si acaso.

Cuando la bruja se vuelve hacia nosotros, el Hombre de Hojalata endereza la espalda y, por alguna razón, me encuentro imitando sus movimientos, siguiendo sus indicaciones.

Con las manos entrelazadas delante de mí, me pongo recta.

La bruja sale de las sombras del balcón y deja que la bañe la luz danzante de las velas.

Pero su rostro...

Lleva una máscara dorada, con la boca estirada en una sonrisa que revela unos incisivos afilados. Es una réplica de la cara de un mono alado.

Me resulta tan inesperado que me quedo sin aliento por la sorpresa.

Cientos de preguntas se agolpan en mi mente, pero la más importante es: ¿qué esconde detrás de esa máscara?

—Lon —llama—. Lleva a Dorothy a su celda.

Un mono sale de un nicho y me agarra.

—Espera —empiezo a decir—. Esto es un error. Yo no pertenezco aquí.

—Tenemos un trato —expone el Hombre de Hojalata.

—Por supuesto —responde la bruja—. Pero antes tenemos que hablar.

—¡Espera! —grito mientras Lon me arrastra hacia una escalera de

piedra que desciende bajo tierra.

—Mejor ven —susurra el mono desde la comisura de su boca—. No querrás enfadar a la bruja.

Llegamos a la escalera y Lon me deja orientarme antes de guiarme hacia abajo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—¿Cómo crees que llegamos a estar bajo su mando? No fue por elección propia.

Nos adentramos cada vez más en los cimientos del castillo.

—Entonces, ¿cómo?

—Por la magia —responde Lon—. Y, a menos que tú también quieras servirla, más te vale no llamar demasiado la atención.

Aprieto los labios.

Este podría ser el mejor consejo que nadie me ha dado jamás.

Pero no me voy a rendir. Ni mucho menos.

Me acompañan a una celda rodeada por tres lados de piedra tosca y con barrotes de hierro en la parte delantera. Lon cierra la puerta detrás de mí y echa el cerrojo, con lo que me deja presa en el interior.

—Lo siento —dice, y luego se aleja apresuradamente.

Lon no es tan grande como Faos y Tark, pero en el estrecho pasillo de la mazmorra ocupaba la mayor parte del espacio libre. Y ahora que se ha ido, me doy cuenta de que al otro lado del pasillo hay una segunda celda.

Y hay alguien en el interior.

Es un hombre. Está pálido, sucio y descuidado, como si llevara mucho tiempo aquí abajo.

—Hola —dice.

—Hola.

—¿Quién eres?

—Yo… mi amigo me llamaba Kansas. —Al decir el apodo, se me quiebra la voz. Rook no merecía morir. Debería haberlo dejado en Valle Resplandeciente, donde habría estado a salvo. Es culpa mía que haya muerto.

—¿Qué clase de nombre es Kansas?

—Un apodo.

—Ahhh. —Aprieta la frente contra los barrotes—. ¿Sabes por qué estás aquí?

—La verdad es que no. El Hombre de Hojalata me ha traído aquí a la fuerza.

—¿El que vive en el bosque?

—¿Hay otro?

—¿Está aquí?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Sí.

—Es un capullo.

El hombre se ríe y el sonido resuena en el pasillo de piedra.

—Sí. Sí, lo es. Pero no siempre fue así.

Frunzo el ceño y entro en un haz de luz.

—¿Cuándo no lo fue?

—Oh… hace mucho tiempo. Veamos... ¿cuánto tiempo llevo aquí? Creo que dos años, quizá tres y…

—Espera. —Trago saliva, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho—. ¿Has dicho que llevas años aquí?

—Sí. Algo así, creo.

«¿Dos o tres años?».

Mi respiración se acelera.

Doy un paso atrás y me golpeo contra la pared. Dios mío.

«Años».

Tía Em… Tío Henry… No puedo… Tengo que salir de aquí.

El pánico se apodera de mí. Me sonrojo en un instante y mi visión

se vuelve borrosa.

Sin hogar durante tres años.

Me dan calambres en las piernas. No puedo respirar. Me desplomo contra la pared y me deslizo por ella con los ojos llenos de lágrimas.

Tengo que huir. No puedo moverme. No puedo pensar. No puedo respirar.

—Kansas… —me llama el hombre—. ¿Estás bien?

Oigo el viento. Silba a través de las grietas de la piedra.

Me tapo los ojos con las manos, tratando de concentrarme, de respirar, de hacer cualquier cosa menos rendirme a la ansiedad.

Ahora no. Aquí no. Creía que ya había superado los ataques de pánico.

Al viento se une el sonido del agua goteando y golpeando la piedra.

No puedo controlarlo. No puedo parar.

Aprieto los ojos con fuerza y caigo en el pánico.

40
Hombre de Hojalata



Lo has hecho bien —dice la bruja.

Casi no la oigo con los gritos de la chica.

Es muy molesta. Si pudiera cortarle la cabeza, lo haría.

Me vuelvo hacia la bruja.

—No necesito tus elogios, solo que cumplas tus promesas. Tienes a la chica. Y ahora quiero a mi hermano. Libéralo —le exijo.

—¿Dónde está el cuerpo?

—¿Qué?

—El hombre que estaba con ella.

En orden de prioridades, habría pensado que ese tipo era extremadamente secundario.

—Mató a varios soldados de Faos. Solo quedaron Faos y Tark. Tendrás que enviar a alguien a buscarlo.

—Háblame de él.

—Apenas le presté atención.

—Te arrepentirás de ello.

Lo dice en voz baja, entre dientes, de tal manera que me eriza el vello.

Se dirige a un armario cercano, se sirve un trago de *ozrum* y se lo bebe de un trago.

En todas mis relaciones con Oeste, nunca la había visto así. Hay una ardiente energía de consternación flotando en el aire. Como si cualquier plan que tuviera se le estuviera escapando de las manos.

—Tráeme las zapatillas —ordena finalmente, sin dejar de darme la espalda.

—¿Las… qué?

—Las zapatillas. Las de la chica. Tráeme las zapatillas plateadas y tendrás a tu hermano.

—¿Tengo que hacer yo todo el trabajo sucio? —Me lanza una mirada fulminante.

No necesito la luz parpadeante de las velas para entender la amenaza. Al fin y al cabo, me gusta respirar.

—Está bien —refunfuño.

La bruja dijo que solo que tenía que traer a la chica aquí con vida. No ha mencionado nada sobre dejar que la chica conservara sus pies.

Le cortaré las piernas si es necesario.

Sé cómo llegar a la mazmorra. He bajado esta escalera curva una docena de veces.

Encuentro a uno de los monos, Balor, el tercero en la jerarquía, al que siempre han asignado las mazmorras pero que quiere pasar al primer puesto para poder luchar, parado al pie de la escalera.

Parte de la rigidez de sus hombros disminuye cuando me iluminan la luz de los candelabros.

—Oh —dice—. Eres tú.

—Sí, soy yo. La bruja quiere que me lleve algo de la chica. ¿Puedes abrir su celda?

Balor asiente y me acompaña por el túnel. Por suerte para mí, a la

chica la han asignado a la celda justo enfrente de la de Gabriel.

—Gabriel… —empiezo a decir, pero él me interrumpe con una mirada.

—Le pasa algo —vocaliza con la boca.

Me giro hacia la celda y doy un paso, pero un chapoteo en el agua me distrae.

Miro hacia abajo.

Se ha formado un pequeño charco de agua en una depresión del suelo de piedra.

En ese momento me doy cuenta de que, las demás veces que he visitado el castillo, nunca he visto agua. Ni para beber, ni para bañarse. Gabriel se ha quejado sobre ello sin cesar. Odia estar sucio. Antes de ser prisionero, no aguantaba ni una semana en las montañas. A diferencia de mí. Yo podría vivir en el bosque durante meses, sin ver un alma.

Balor abre la puerta de la celda de la chica y vuelve a su puesto al pie de las escaleras, lejos de la vista.

Me cuelo dentro. La chica está acurrucada en un rincón, con los brazos alrededor de las rodillas, encogida. Llora y se ahoga con el aire.

—Oye —le digo.

Está temblando tanto que apenas puede articular palabra. Si le pasara algo, la bruja podría echarse atrás en el trato. Necesito que la chica esté vivita y coleando.

—Dorothy.

Ella aspira aire. Cuando le pongo la mano en el brazo, piel con piel, siento una oleada de calor, así como una sensación desconocida en mi estómago. Rara vez tengo motivos para tocar a la gente, a menos que sea de forma violenta.

—Dorothy… —vuelvo a intentarlo.

Su respiración se ralentiza, le tiemblan los hombros.

—Sigue respirando —digo, y ella se endereza, con los ojos aún cerrados, mientras toma aire. Lo suelta. Inhala de nuevo.

—Bien.

Abre los ojos de par en par; están rojos y llorosos.

—¿Estás bien? —le pregunto, aunque no sé muy bien por qué me importa.

—Lleva aquí tres años. —Señala un punto con la cabeza, más allá de mí, hacia donde está Gabriel.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

Asiento moviendo la cabeza.

—Es mi hermano pequeño.

Se queda boquiabierta. Noto que me está analizando y se me pone la piel de gallina.

—Por eso me has traído aquí. —Se seca las lágrimas con la mano. Su respiración se ha calmado, pero sigue temblando a pesar del calor que hace en el calabozo—. Estás intentando liberarlo.

—¡Maldita sea! —murmura Gabriel—. Es buena.

—¡Cállate! —le ordeno.

—Quizá no seas tan despiadado después de todo —dice la chica. Me vuelvo hacia ella—. Esto no tiene que ver conmigo.

—¿No?

Me levanto y pongo distancia entre nosotros. No quiero estar cerca de ella. No puedo estar cerca de esa chica.

—Necesito tus zapatillas.

Apoyándose en la pared, la chica se levanta lentamente y cruza los brazos. Puedo oír el susurro de la suave tela, el jadeo de su respiración.

—Tú y todos los demás.

«¿Quién más?», estoy a punto de preguntar, pero luego decido que me da igual.

—La bruja quiere tus zapatillas. Si se las das, quizá podamos irnos todos a casa.

Al mencionar la palabra «casa», ella respira hondo por la nariz y se lame los labios. Da un paso adelante.

—¿Tú crees?

¿Eso es todo? ¿Eso es lo que quiere? ¿Ir a casa?

No he tenido un hogar desde hace una década. Desde que Gabriel y yo nos fuimos. Ya no sentíamos que aquel lugar fuera el hogar al que pertenecíamos. Poco después, nuestro hermano nos maldijo a los dos. Y sin corazón, el concepto de hogar ya no significaba nada en absoluto.

—Sí —digo, y cuando la palabra sale de mi boca, casi me la creo.

—Muy bien. —Se agacha y se quita la zapatilla izquierda, luego la derecha—. Toma.

Extiende el brazo, con las zapatillas colgando de los dedos.

Vacilo.

Nada es tan fácil.

Esto tampoco debería serlo.

Extiendo la mano, las agarro y…

Desaparecen.

—¿Qué coño ha pasado? —protesto.

La luz del fuego refleja el brillo de las zapatillas, que de nuevo están en sus pies.

—¿Qué es esto?

—No lo sé. —Ella suspira—. Lo hacen solas.

—¿Qué quieres decir con que lo hacen solas? Son unas malditas zapatillas.

—¡Sé lo que son!

—Entonces, deja de jugar.

—¡No lo estoy haciendo! —Se agacha, se quita una zapatilla y me la lanza.

Rebota en mi hombro, golpea el suelo de piedra y, literalmente, se evapora.

Un segundo después, vuelve a estar en su pie.

—¿Quieres que nos mate a todos? —susurro—. ¡Nos matará!

—Entonces, ¿por qué nos has traído aquí?

—¡No tenía otra opción!

—Siempre tenemos elección y…

—¡Eh, gilipollas!

Los dos nos giramos. Gabriel ha vuelto a las rejas de hierro.

—Quizá haya que darlas, no tomarlas. Como tu hacha.

—Es verdad, ¿y tu hacha? —La chica vuelve a ponerse bajo la luz —. Antes has dicho algo… Me has preguntado cómo la he cogido.

—No tengo tiempo para esto.

—Cuéntamelo —exige ella, como si yo tuviera que responderle.

Pero Gabriel habla por mí.

—El hacha está hecha con magia. Le pertenece a él. Nadie puede cogerla sin su permiso.

—Yo lo he hecho. —Ella endereza los hombros, con la voz llena de orgullo.

Los ojos de Gabriel se dirigen hacia mí.

—¿De verdad?

—Sí —gruño.

—Eso es… interesante.

—No, no lo es. —Aunque sí, lo es—. Olvídate del hacha. Además, ella me ha entregado las zapatillas.

—Sí, pero tú se las has pedido de malas maneras —dice él.

—Tiene razón —repite la chica.

—Este es el juego más tonto al que he jugado nunca.

—¿Por qué no intentas pedírselas amablemente? —sugiere Gabe.

—Vale. Dorothy, ¿me las darías, por favor?

—No.

—No. ¿No? Te voy a matar. —Me abalanzo sobre ella.

—¡Silas!

Gabriel nunca me llama por mi nombre de pila. En todos los años que llevamos fuera de casa, casi lo he olvidado.

Silas está muerto.

Es el Hombre de Hojalata quien vive. Me detengo.

—No creo que sea una chica normal. —Miro a Gabriel.

—¿Qué?

—Si las zapatillas no fueran ya una pista obvia… el agua… Ella la ha hecho.

Miro hacia atrás, al pasillo de piedra, y veo que el charco de agua se ha convertido en un río.

41
Dorothy



Yo no he hecho agua.

Los dos hombres me miran con intensidad. Me cruzo de brazos, sintiéndome de repente expuesta y vulnerable. El pánico ha remitido, pero ahora me siento agotada y sigo temblando. Después de un ataque de pánico, Em me preparaba una taza de té y calentaba un poco de potaje, si lo había. No hay nada más reconfortante que un plato de líquido caliente.

Pensar en Em me hace querer volver a llorar. Estoy muy cansada y solo quiero irme a casa. Pero para llegar allí primero tendré que salir de esta mazmorra y pasar por encima de la Bruja del Oeste. No sé qué postura tiene el Hombre de Hojalata, pero si tengo que luchar también contra él, lo haré.

Sigo atrapada en mi celda, con el Hombre de Hojalata interponiéndose entre el pasillo y yo. La puerta está abierta y hay al menos un mono alado en la escalera. ¿Qué posibilidades tengo de escapar? No muchas. Pero mis posibilidades son aún menores si me quedo aquí abajo.

—En serio —lo intento de nuevo, porque ninguno de los dos ha

dicho nada—. No he hecho agua. Eso es ridículo. ¿Cómo se hace agua?

—El agua mata a la bruja. —El Hombre de Hojalata, Silas, al parecer, susurra las palabras. Pero su susurro es fuerte y áspero, como si nunca hubiera conocido un momento de tranquilidad en su vida.

—¿En serio? Pensaba que era inmortal.

Gabriel frunce el ceño mientras mira a su hermano, como si esto también fuera una novedad para él.

—Todo el mundo sabe que la Bruja del Oeste tiene dos debilidades, pero nadie conoce la segunda. Si fuera el agua, eso explicaría por qué nunca me ha dado, ni siquiera un cuenco para lavarme las manos.

—¿La magia es algo habitual en tu familia? —me pregunta el Hombre de Hojalata.

—¿Qué? No. No soy de aquí. Donde yo vivo no hay magia.

—¿Y dónde vives?

—En Kansas. Por eso estoy tratando de llegar hasta el mago, para que me ayude a volver a casa.

Los dos hombres se quedan quietos y, aunque la luz es tenue pues las antorchas están detrás del Hombre de Hojalata, veo cómo esbozan ambos un profundo ceño.

—¿El mago, dices? —pregunta con voz grave, como si las palabras salieran a regañadientes de debajo de una piedra.

—¿Lo conoces?

Gabriel resopla y se da la vuelta.

—Entonces, ¿lo conoces? ¿Puedes llevarme hasta él?

—Prefiero alimentar a un dragón.

—Espera… ¿hay dragones a los que echar de comer?

«No importa. Volvamos al agua».

—Silas —llama Gabriel. Ambos seguimos su mirada hasta una

gran cavidad en el suelo de piedra donde se ha acumulado agua—. Quizá aquí haya suficiente.

—Pero ¿cómo la recojo? ¿Con mis malditas manos desnudas?

—¿No es eso una cantimplora? —Señalo el recipiente metálico que lleva atado al cuerpo—. ¿No hay agua ahí dentro?

Lo levanta como si recordara que está ahí.

—No. No hay agua.

—Pues vacíala.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Lleva una droga —responde Gabriel—. Una que él necesita.

La forma en que el Hombre de Hojalata desvía la mirada, apretando los dientes y flexionando la mandíbula, me indica que es un detalle del que no quiere hablar. Pero es él quien me exige que haga agua para matar a la bruja.

—¿Qué pasa si no la tienes?

—Me bloquearé. —Inhala por la nariz y sigue caminando con dificultad—. Sin corazón, la sangre no corre por mi cuerpo como debería. Casi muero después de que me maldijeran. El aceite diluye mi sangre y la mantiene bombeando por mis venas. Sin él, soy inútil y, poco después de ser inútil, estoy muerto.

—Oh. —Trago saliva, con las mejillas sonrojadas por la vergüenza. No era mi intención entrometerme—. Lo siento. Debe de ser horrible.

—Lo pensaría, si me importara. —Porque no tiene corazón.

Es adicto por necesidad. No podría dejarlo aunque quisiera, y ¿cómo puedes querer algo cuando no te importa nada?

Salvo su hermano. No estaría aquí si no le importara Gabriel. Pero no se lo señalo.

—¿Se puede curar? —pregunto.

—Solo nuestro otro hermano puede quitarle la maldición —dice

Gabriel, y su voz resuena en el pasillo.

—Entonces, ¿por qué no se lo pides?

El Hombre de Hojalata se lame los labios.

—Prefiero alimentar a un dragón —insiste.

Pongo los ojos en blanco.

—¡No puede ser tan malo!

—Centrémonos en el agua —dice, girando hacia el pasillo.

—Está bien. Pero la droga…

—¡Hombre de Hojalata! —La voz de la bruja resuena en la piedra como un grito de guerra primigenio.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Llevas demasiado tiempo ahí abajo y estoy perdiendo la paciencia.

—¡Lo estoy intentando, joder! —grita él a su vez. El fuego de las antorchas de hierro se apaga—. Mierda —murmura el Hombre de Hojalata.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—La ha cagado —dice Gabriel.

El Hombre de Hojalata emite un sonido ahogado. Cuando mis ojos se acostumbran a la oscuridad, puedo verlo agarrándose la garganta.

—¿Es ella la que le está haciendo esto? —pregunto.

—Sí. Coge su cantimplora —indica Gabriel.

Me apresuro a acercarme y le quito la correa de la cantimplora por encima de la cabeza.

Se le salen los ojos de las órbitas. Solo puedo imaginar que está empezando a ponerse azul.

—¿Y ahora qué?

—Vierte el aceite en el tapón y ayúdale a beberlo. Así podrá combatir la magia.

—¡Sube aquí ahora mismo! —grita la bruja, y su voz resuena por la escalera y el pasillo—. ¡Balor!

Se oye un ruido metálico cuando el mono alado que está de guardia se aleja de su puesto en la entrada.

Con dedos temblorosos, lleno la tapa del cantimplora. La mano del Hombre de Hojalata se cierne sobre la mía y juntos llevamos la tapa a su boca.

Bebe el líquido oscuro.

—Ahora el agua —susurra Gabriel. El Hombre de Hojalata aspira aire—. Vacía primero el aceite.

Doy la vuelta a la cantimplora y el líquido se derrama.

—Joder —dice el Hombre de Hojalata, que sigue respirando con dificultad—. ¡Me habría bebido el resto!

—Déjate de tonterías —responde Gabriel—. ¡Llénala con agua! —Nos ponemos manos a la obra.

No hay tiempo para discutir el plan, las consecuencias o la probabilidad de que derrotemos a la bruja y salgamos del castillo.

El Hombre de Hojalata sostiene la cantimplora mientras yo la lleno de agua. Los pasos del mono se acercan cada vez más.

—Sigue —nos dice Gabriel, vigilando el pasillo por nosotros.

Vacío el segundo charco y encuentro un tercero, con el que lleno la cantimplora hasta la mitad. ¿Cuánta agua se necesita para matar a una bruja?

Gabriel silba para avisarme.

El Hombre de Hojalata se endereza y me levanta de un tirón. Conseguimos poner la tapa en la cantimplora y pasar la correa por la cabeza del Hombre de Hojalata antes de que Balor reaparezca.

—Está lista para entregar las zapatillas —informa el Hombre de Hojalata.

—Entonces, venid —ordena Balor y nos hace señas para que avancemos.

El Hombre de Hojalata me agarra del bíceps y me lleva hacia las escaleras.

42
Cleo



Cleo está corriendo.

No está segura de hacia dónde corre, pero sabe de qué huye.

«Algo no va bien».

Tiene el deber de advertirles, ¿no?

Los árboles se aclaran. El viento se levanta y la hierba alta empieza a susurrar. A lo lejos, las montañas del Oeste se extienden hacia el cielo oscuro, con el pico más alto desapareciendo entre las nubes grises.

Cleo se detiene cuando el camino de baldosas amarillas se bifurca en todas direcciones.

Está en la encrucijada.

Se encorva para respirar profundamente. Tiene el pecho oprimido y las piernas acalambradas. No ha corrido tanto en… bueno, nunca.

Pero se siente bien.

Está mejor que nunca.

Jamás en su vida había tenido una razón para correr. Nunca había disfrutado de la libertad de correr.

Cuando su respiración se estabiliza, se endereza. Hay un poste de

hierro forjado en el centro mismo de la encrucijada con cuatro señales doradas fijadas a él. Una, una flecha que apunta a la izquierda. La Ciudad Esmeralda. Otra, apuntando a la derecha. País del Norte. Una tercera que apunta hacia adelante. Oeste. La cuarta, apuntando en la dirección de la que acaba de venir. Este.

Respira hondo y mira a la izquierda, hacia la Ciudad Esmeralda, directamente hacia el mago.

Nunca ha visto al Mago de Oz, pero ha oído muchas historias. Delphine sentía una extraña fascinación por ese hombre. Todo el mundo lo llamaba todopoderoso y, en lo que a Delphine respectaba, cualquier cosa todopoderosa merecía obsesionarse con ella. Tenía varios libros en su biblioteca sobre el Gran y Poderoso Mago de Oz. Cuando Cleo le preguntó si alguna vez había conocido a ese hombre, Delphine puso los ojos en blanco y dijo: «Es prácticamente un dios. Casi nadie lo conoce».

Tenía muchas preguntas que hacerle, pero no se atrevía a planteárselas.

Si es tan poderoso como un dios, ¿por qué no arregla Oz? ¿Por qué no puede destruir la nube oscura que se cierne sobre la tierra? ¿Y por qué nunca sale de la Ciudad Esmeralda?

Da un paso hacia el Sur y luego niega con la cabeza, volviéndose hacia el Oeste. Nunca ha estado en la Ciudad Esmeralda, pero hoy no es el día para visitarla.

Pasa por el poste indicador en el centro del cruce y se dirige hacia el Oeste.

Pero solo ha dado unos pocos pasos cuando el aire crepita y brilla.

Cleo se tambalea hacia atrás y choca con el poste.

El aire se abre y Glinda, la Bruja del Sur, sale de él.

Se le atraganta la boca de letras, pero ninguna de ellas forma palabras. Se hunde de rodillas en el camino de baldosas amarillas e inclina la cabeza. No dice nada más. ¿Qué más puede decir?

—Cleo, ¿verdad? —dice Glinda.

Cleo frunce el ceño mirando al suelo. ¿Acaba de decir Glinda, la Bruja del Sur, su nombre? ¿Cómo lo sabe?

—¿Pequeña?

Cleo levanta la cabeza.

Glinda parece radiante contra las nubes amenazantes.

Lleva un vestido largo y vaporoso de color rosa con metros y metros de tul brillante. Las mangas son abullonadas y redondeadas como campanas, y el corpiño está tachonado de cristales. Y en la cabeza lleva una corona con tres puntas y más diamantes de los que Cleo ha visto nunca en un solo lugar, y mucho menos en un solo accesorio para la cabeza.

—Eh… ¿sí?

Glinda sonríe y su sonrisa es tan cálida que Cleo se estremece.

—¿Adónde ibas corriendo?

Cleo permanece de rodillas.

—Al Oeste, Su Excelencia.

—¿Ah, sí? ¿Y para qué?

El dolor se extiende por sus muslos. Le vuelven a dar calambres en las piernas. Cambia el peso de un lado a otro, tratando de encontrar una posición más cómoda. Glinda no parece darse cuenta.

—Yo… bueno…

—Tengo otra idea. —Cleo frunce el ceño y espera—. Dime, ¿Delphine te contó alguna vez los detalles de cómo llegó a ser tu guardiana?

Cleo conoce algunos detalles, pero nunca la historia completa.

—En realidad, no.

Glinda se inclina sobre el camino de baldosas amarillas y le tiende la mano.

—¿Por qué no vienes conmigo y te lo cuento?

Durante todos los años que estuvo con Delphine, Cleo se había

preguntado por qué su madre la había abandonado. Maldita, eso es lo que decía Delphine, y Cleo se acostaba en la cama preguntándose cuándo se manifestaría tal maldición. En su opinión, no todas las maldiciones eran malas. Había oído hablar de habitantes del Este que podían convertir el trigo en maíz. Algunos podían leer la mente. Otros podían transformarse en gatos.

Si Cleo fuera un gato, podría explorar la naturaleza sin que nadie supiera quién era.

Pero no llegó a ella ninguna maldición. Solo el silencio.

¿Quiere conocer su pasado? ¿Quiere saber por qué la mujer que la parió la abandonó?

¿Y es eso más importante que decirle al Hombre de Hojalata que el hombre al que ha matado ha desaparecido?

No le debe nada. En realidad, no. Él la sacó a la fuerza de la granja de Dorothy y le pidió ayuda.

Quizá es hora de que Cleo decida su propio destino.

Se pone de pie, se arregla la chaqueta y desliza su mano en la de Glinda.

43
Dorothy



Cuando salimos de la escalera, la Bruja del Oeste nos da la espalda mientras aviva el fuego que arde en una gran chimenea rodeada de piedra negra tallada con la forma de una cabeza de dragón, cuya boca abierta parece gruñir eternamente.

Las llamas lamen las paredes, dejando hollín a su paso.

—Joder… —dice el Hombre de Hojalata entre dientes.

—¿Qué?

—Obtiene su poder del fuego.

—Y es uno muy grande.

—Exacto.

Ahora se muestra brusco conmigo, y me arrastra por la habitación para mantener las apariencias. Mi corazón late con fuerza, tengo las manos sudorosas. De repente, esto me parece muy mala idea.

Pero estoy desesperada por llegar a casa.

—Dorothy.

Respiro hondo y levanto la vista.

La bruja está justo delante de mí.

A través de los recortes de la máscara, puedo ver sus ojos. Son de

color púrpura oscuro, como una nube de tormenta enfurecida.

—Apártate, Hombre de Hojalata —ordena.

Él vacila, con la mano aún rodeando mi brazo. No hemos hablado de los detalles logísticos de este plan. Lo hemos improvisado de forma aleatoria y sin pensarlo apenas.

¿Usará la cantimplora de agua? ¿La usaré yo? ¿Cuánto tiempo debemos esperar para actuar?

Me suelta a regañadientes y se aleja.

La bruja permanece inmóvil en el centro de la habitación, con las manos entrelazadas por delante. Es más alta que yo, pero apenas unos centímetros.

Está vestida toda de negro y oculta el rostro con una máscara dorada. La bruja no solo me parece imponente, sino aterradora.

Trago saliva para contener las náuseas que me suben por la garganta mientras ella nos observa con la mirada entrecerrada y calculadora.

Finalmente, la bruja levanta las manos y se las lleva a la cabeza para desatarse la máscara.

Cuando la retira de su rostro, suelto un jadeo.

Veo un tercer ojo en su frente, y es blanco como la nieve.

Con la máscara en la mano, da un paso adelante.

—Nací con esta deformidad —me explica—. Sufrí una maldición antes de que nadie padeciera una Gran y Terrible Maldición. O al menos eso es lo que todos decían. Mis padres me obligaban a llevar un pañuelo para ocultarla. Y durante la mayor parte de mi infancia, así lo creí. Hasta que me di cuenta de que podía ver.

Da una vuelta detrás de mí y se me eriza el vello de la nuca.

—Veía las tormentas antes de que llegaran. Sabía cuándo un aliado mentía. Veía dónde estaba un niño perdido. Incluso sabía cuándo alguien iba a morir.

Vuelve a ponerse frente a mí y yo intento con todas mis fuerzas no

mirar su tercer ojo, pero es imposible ignorarlo.

—También vi cuándo una casa caería del cielo, y cuándo una chica mataría a una bruja.

«¡Dios mío!».

—¿Creías que te saldrías con la tuya tras asesinar a una de las brujas de los puntos cardinales?

—Lo siento, Su… ¿Excelencia? No era mi intención. Fue ella quien vino a por mí.

«Mierda. Mierda. Claro que sabe lo de la Bruja del Este, y por supuesto que está enfadada».

Miro al Hombre de Hojalata mientras ella vuelve a darse la vuelta delante de mí. Abro mucho los ojos, esperando que capte mi mensaje. Ahora sería un buen momento.

Solo que… tiene los dientes apretados y el ceño fruncido. Como si intentara moverse, pero no pudiera.

Como si estuviera encerrado.

—No va a hacer nada —dice la bruja.

El fuego de la chimenea se reduce a la mitad con un fuerte soplo de aire.

El Hombre de Hojalata emite un sonido ahogado mientras comienza a sangrar por la nariz.

—¿Qué le estás haciendo?

Lo veo caer de rodillas.

La sangre le nubla la vista.

—¡Para! —Corro hacia él, pero no hay nada que pueda hacer. Se pone a cuatro patas y vomita sangre.

—Lo estás matando.

La bruja junta las manos detrás de la espalda y me mira con intensidad con sus tres ojos.

—¿Qué quieres? —grito.

El Hombre de Hojalata se derrumba en un charco de su propia

sangre.

—¿Puedes… chica? —jadea.

Cojo la correa de cuero y se la arranco del cuerpo. Sin dejar de dar la espalda a la bruja, desenrosco el tapón.

—Sabes, todos tenían razón. Realmente eres una bruja malvada. —Me doy la vuelta y me abalanzo sobre ella, lanzándole el contenido de la cantimplora.

Pero solo sale ceniza.

—¿Qué…? —Agito la botella, golpeo el fondo. Nada. No hay agua —. No. No.

El Hombre de Hojalata se retuerce en el suelo.

—¡Para! ¡Para!

Ella ni siquiera pestañea.

Lanzo la cantimplora a un lado.

—No sé qué quieres ni qué crees que estás haciendo, pero esto no está bien. No pertenezco aquí. No quiero las zapatillas. No quería matar a la Bruja del Este.

El suelo tiembla bajo mis pies.

El viento sopla a través de las puertas abiertas del balcón y el fuego crepita.

—Has matado a una bruja a sangre fría, Dorothy. —Inclina la cabeza a un lado, mirándome como si fuera un insecto—. ¿Crees que mereces ser libre después de eso?

El pánico se apodera de mí.

—No… Fue ella quien vino a por mí.

—¿Tienes pruebas?

—Los campesinos y… ¡Cleo! Cleo estaba allí.

—¿Quién?

—La hemos dejado con Rook en el bosque. Podemos ir a buscarla. Ella te lo confirmará.

—He enviado a Lon de vuelta al bosque. Allí no había nadie.

—¿Qué? —Ahora respiro con dificultad y tengo la boca seca.

—Eso no es cierto. El Hombre de Hojalata mató a Rook. Dejamos a Cleo con el cadáver y…

—No había nadie allí. Ni Cleo. Ni el cadáver. Estás mintiendo.

—¡Digo la verdad!

—Aterrizaste con tu casa sobre la Bruja del Este y, como eso no la mató, te ocupaste tú misma.

—¡No! ¡Ni siquiera quiero estar aquí! ¡Solo quiero irme a casa!

—Nunca irás a casa.

Un suspiro se me atraganta en la garganta. Me zumban los oídos.

El viento se intensifica y el fuego se apaga.

Todas las ventanas se abren de golpe y las contraventanas golpean contra las paredes de piedra.

Me abalanzo hacia delante y agarro a la bruja por las muñecas.

—¡Solo quiero irme a casa!

El agua brota de mis manos y empapa la ropa de la bruja. El humo se eleva de sus hombros y su piel se vuelve cenicienta.

El pelo oscuro se suelta de la pinza y varios mechones le caen sobre la cara.

Vuelvo a ser una niña en el porche de la granja de Kansas, rodeada de un cielo oscuro y tormentoso, de vientos tan fuertes que me duele el pecho.

—No —me lamento cuando me doy cuenta de lo que está pasando.

El color ceniciento se extiende por sus brazos y luego por su cuello. Aparecen grietas a lo largo de su mandíbula y luego en sus mejillas. El puente de su nariz se parte y sale humo.

«Por favor. Cogedla».

En ese momento, cuando me empujó hacia los brazos de Em y Henry, llevaba una bufanda. Una bufanda para ocultar el tercer ojo.

—Eras tú. —Le agarro la chaqueta mientras brota más agua de mis

manos. Ahora no puedo detenerla—. Tú me dejaste en la granja.

—Lo siento —dice—. Siento lo que hice.

—¡Espera!

Empieza a desprender cenizas que se lleva el viento.

—Solo podía ver hasta aquí. —Sonríe y su boca se abre—. Dorothy, estás en casa.

Se deshace en mis manos.

—¡No! ¡Espera!

Caigo de rodillas mientras su ropa forma un montón en el suelo, rodeada de nada más que cenizas.

Vuelvo a ser una niña, con relámpagos destellando en la distancia. Ella me grita, pero no se oye ningún sonido.

44

Dorothy



Me siento en el suelo, noto la visión nublada y zumbidos en los oídos.

¿Qué he hecho?

La bruja ha desaparecido. Solo quedan su ropa y la máscara dorada.

¿Cómo no me he dado cuenta antes?

Aprieto los ojos con fuerza y ella aparece en mi memoria. La veo en el porche de la granja, diciéndole a la tía Em que me cogiera.

Quiero irme a casa. ¿Quién era ella?

¿Qué está pasando?

Durante la mayor parte de mi vida adulta, he sentido un impulso desesperado por encontrar respuestas a quién soy y de dónde vengo. Las respuestas estaban a mi alcance y yo… ella…

Fue el agua la que lo hizo.

Le doy la vuelta a mis manos y examino las palmas carnosas. No parecen diferentes a antes, pero he visto cómo el agua brotaba de mí literalmente.

«El agua mata a la bruja».

—Dios mío —murmuro—. He matado a dos brujas de los puntos cardinales.

Revuelvo entre la ropa de la bruja, buscando algo, cualquier cosa, que me dé una pista sobre lo que me quería decir. Ha mencionado: «Solo podía ver hasta aquí. Dorothy, estás en casa».

Un trozo de papel me llama la atención.

He encontrado una nota doblada en su bolsillo.

La emoción, o algo parecido, me inunda el pecho. La desdoblo y empiezo a leer una elegante letra inclinada.

Querida Dorothy:

Preveía que este momento llegaría. Intenté luchar contra ello, por supuesto, pero es lo que me merezco, ¿no?, después de todo lo que he hecho. Por favor, perdóname por provocarte. Tenía que ser así.

Tengo dos cosas para ti: Un regalo y una advertencia.

Primero, el regalo. Toma mi máscara dorada. Úsala para proteger al rebaño y para encontrar la verdad.

Y segundo, una advertencia. No confíes en el Mago de Oz.

No lo busques. Nunca es lo que parece. Mi querida Dorothy, debes destruirlo si tú…

—¿Kansas?

Me doy la vuelta.

Rook está de pie en el castillo de la bruja.

¿Rook está aquí? ¿Está vivo?

—¿Cómo…? ¿Eres tú de verdad?

Él sonríe.

—Creo que sí.

Tiene el pelo revuelto y la mandíbula cubierta de tierra. Sus manos están manchadas de sangre y hay más en la camisa.

Las lágrimas me nublan la visión.

—¡Creía que estabas muerto!

Me levanto de un salto y corro en su dirección. Choco con él con más fuerza de la que pretendía y él suelta un bufido, seguido de una risita.

—Me alegro mucho de que estés aquí.

Me rodea con sus brazos y me abraza con fuerza. Huele a él, a tierra, a invierno y magia.

—No te vas a creer lo que ha pasado.

Sus dedos recorren mi cabello. Todo va a salir bien. Vamos a ver al mago y voy a averiguar cómo volver a casa.

Rook acerca su boca a la suave concha de mi oreja.

—¿Puedo contarte un secreto, Kansas?

Me río, agradecida por él y por este juego que nos traemos. Me aparto.

—Sí, claro.

Me sonríe, pero es una sonrisa afilada. Más afilada de lo que recuerdo. Una sensación incómoda se apodera de mis hombros.

—Soy el Mago de Oz —dice, alejando el brazo de mí.

Y entonces, me clava un cuchillo en las costillas.

Epílogo
Hombre de Hojalata



Apenas estoy consciente.

Me duele todo, joder, y, sin embargo, parece que no puedo conectar mi cerebro con mis extremidades, como si mis piernas y mis brazos pertenecieran a otra persona.

Sé que él está aquí.

Quizá siempre supe que nos dirigíamos directamente a este punto.

Un ser despiadado tiene más difícil elaborar estrategias, pues hay que preocuparse para hacer un plan.

Pero debería haberlo adivinado. Y Oeste debería haberlo sabido. Y deberíamos haber sido capaces de prever al maldito Mago de Oz.

Probablemente se esté riendo de nosotros. ¡Qué jodidos idiotas!

Sus pasos cruzan la galería.

Creo que estoy temblando, pero no estoy seguro.

El frío se me mete en los huesos y me pesan los párpados. Primero veo sus zapatos. De cuero negro con suelas negras. Luego, unos pantalones negros a medida. Ropa de fiesta. Joder, claro. Ha estado con Dorothy todo el tiempo, el misterioso desconocido al que he matado con el hacha en el bosque. Si me hubiera parado a pensar,

me habría dado cuenta de que era él. ¿Por qué coño no me detuve unos segundos para identificar el cadáver antes de dejarlo con Cleo?

Se agacha frente a mí. Tiene la máscara dorada con cara de mono en la mano.

—Hermano —me saluda—. Cuánto tiempo sin verte.

—Que te jodan.

Me cuesta mucho esfuerzo pronunciar esas palabras. Pero parecen importantes. Debe saber que sigo odiándolo, joder.

Se ríe, en voz baja, entre dientes.

—Tan encantador como siempre.

«Tú me has hecho así», quiero decirle, pero no tengo aire ni energía para pronunciar las palabras.

—Me decepciona un poco que no hayas atado cabos —comenta, y hace girar la máscara entre sus dedos—. No puedo predecir el futuro como hacía Oeste, pero sabía que Dorothy era la única forma de conseguir la máscara y a Gabriel.

—No.

—Sí. Ha llegado el momento de que sepa de lo que es capaz.

—No. —La palabra sale ronca. Es la única que consigo pronunciar.

—Necesito encontrar a los dioses —explica él.

Apretando los dientes, concentro cada gramo de fuerza y energía que me queda y alargo la mano hacia la máscara.

Pero él es demasiado rápido. No está bloqueado como yo y no pierde sangre por segundos.

Se pone de pie.

—Sé que vendréis a por mí cuando despertéis. —Hace una pausa —. Los dos.

¿Dorothy sigue viva?

No ha dicho nada desde que él la ha apuñalado.

—Y cuando vengáis, estaré esperándoos.

Sus pasos se desvanecen cuando desciende hacia el calabozo. Se

me cierran los ojos.

Necesito aceite.

Lo necesito con rapidez.

Creo que me estoy muriendo.

«Levántate, Dorothy —pienso—. Levántate, joder».

Pero ella permanece en silencio, inmóvil, rodeada de un charco de su propia sangre.

Me hundo en la oscuridad.

Y en la distancia, casi como en un sueño, oigo el rugido de un león.

¡Pasa la página para ver una escena extra!

EL HOMBRE DETRÁS DE LA CORTINA

Lacosta



He estado en el Palacio Esmeralda una docena de veces.

Y, sin embargo, mi corazón late con fuerza. Me tiemblan las manos.

Entro en las sombras de la bulliciosa galería y respiro hondo.

Puedo culpar de esto al poder que corre por mis venas, a mi corazón acelerado y a mis manos sudorosas, ¿no? He tenido que fundir dos docenas de lingotes de oro solo para llegar hasta aquí; he preferido la rapidez a la ruta más práctica y económica del caballo y el carruaje.

Hoy tengo una misión.

Hoy voy a pedirle al Mago de Oz que se case conmigo. ¡Oh, dioses! Solo de pensarlo me dan ganas de vomitar. Pero si no soy yo, ¿quién lo hará entonces?

Las cosas están cambiando. Lo noto. Hay que formalizar alianzas. No voy a esperar a que otra persona decida de qué lado estoy. Cometí ese error con la Gran y Terrible Guerra. No soy una gran admiradora de Delphine, pero a ella y a mí nos tocó la pajita más corta. Todos los demás tenían un plan y nosotras solo nos dejamos

llevar.

Pero no ocurrirá más.

Ahora veo el panorama general y quiero estar al frente.

Y le caigo bien al mago. Lo sé. La última vez que estuve aquí para una Gala Esmeralda, pasó catorce minutos conmigo, hablando de las peculiaridades de los metales y de los minerales mientras se metía uvas en la boca y las aplastaba con los dientes con un estallido.

—El oro es mi favorito —le dije—. Lo que más me gusta es quemar oro.

—Oh, claro —dijo él, asintiendo con un movimiento de cabeza y una sonrisa—. Y el oro te queda muy bien.

¿Me sonrojé? Por supuesto.

Recibir un cumplido del Mago de Oz es como recibir un cumplido de los propios dioses.

Tiene una forma de mirarte… como si fueras las estrellas y la tierra y todo lo que hay entre ellas. Como si no hubiera nada más interesante. Siempre me han acusado de ser superficial e insustancial. Pero es porque me gustan las cosas brillantes. ¡Es lo que quemo para obtener poder! Nací así. Lo he explicado tantas veces… y, sin embargo, ¡la superficial Lacosta, siempre persiguiendo el oro y la plata!, me dicen.

Cuando era niña, me obligaban a asistir a la Academia Gillikin, donde me quitaban todos los objetos metálicos en la puerta.

Yo era bruja y el resto de los alumnos no. Por eso no se me permitía acceder a mi poder; se consideraba una ventaja injusta. Durante los siguientes cuatro años, toda mi ropa tenía botones. No me permitían cremalleras ni broches. No podía llevar joyas, aunque todos los demás podían y lo hacían.

Ni siquiera podía usar el polvo brillante en los párpados como las demás chicas.

Se suponía que debía ser una chica normal y, sin embargo, me

redujeron a un arbusto del desierto, sin ningún adorno a la vista.

Estoy harta de que la gente me diga lo que puedo y no puedo hacer. Por eso estoy aquí, sin la bendición de las demás brujas de los puntos cardinales.

De todos modos, el mago no necesita su permiso. Es el más poderoso de todos.

La galería del Palacio Esmeralda siempre es un hervidero de actividad. El mago no se divierte con sus súbditos muy a menudo y, sin embargo, atrae a la gente como las polillas a la luz.

Me encanta estar en la Ciudad Esmeralda. Me siento bien. Cuando la visito, no quiero irme.

Por supuesto, disfruto de mi territorio. El Norte y su ciudad, Eisvale, tienen su lugar en el mundo de Oz. Hay oro en las montañas, plata en las estribaciones y una franja de aguas termales que atraen a la élite de Oz en busca de ocio y relajación.

Pero hace frío. A veces, es insoportable. No soy una mujer hecha para la nieve. No me quedan bien las pieles y la lana. Prefiero los tejidos más ligeros hechos para el verano, o mejor aún, para la Ciudad Esmeralda, donde el aire siempre es cálido y la brisa fragante.

Y me queda bien el verde, si se me permite decir. Mires donde mires en la Ciudad Esmeralda, todo es verde.

Los empleados del mago visten libreas de su color con ribetes y costuras doradas. No sé quién decidió que el dorado sería su color de contraste, pero no puedo evitar pensar que firma nuestro destino.

Verde para él, dorado para mí. Si nos casáramos, seríamos la pareja más poderosa de todo Oz, un ejemplo de riqueza y elegancia.

Y me lo merezco.

Cuando mi respiración se estabiliza, salgo de las sombras que proyecta una de las muchas estatuas de mármol que se alzan alrededor de la galería. Todas las estatuas carecen de rostro, pero

todo el mundo sabe que simbolizan al mago. Él siempre está observando.

Dos guardias de la Ciudad Esmeralda me ven enseguida y se inclinan profundamente.

—Bruja del Norte. Bienvenida a la ciudad.

—Gracias. Sé que mi visita es inesperada, pero esperaba poder hablar con el mago, si está disponible.

Los guardias, enderezándose tras su reverencia, intercambian una mirada.

He calculado mal algo. ¿Qué se me escapa? ¿Tengo pimienta entre los dientes? ¿Una mancha en las zapatillas?

Me miro los pies por si acaso. No, no hay nada fuera de lugar.

Siento un nudo en el estómago.

—¿Qué pasa? —pregunto finalmente.

—Es solo que… —comienza el hombre de la izquierda.

—El mago tiene ahora mismo una audiencia con la Bruja del Sur —lo interrumpe una mujer a su derecha, explicándome la situación.

«Glinda».

—¿Ah, sí? ¡Qué casualidad! —No, no lo es. ¡No, joder, no lo es! Ahora no puedo echarme atrás. Me han visto, lo que significa que mi presencia será comunicada tanto al mago como a Glinda y se preguntarán por qué estaba aquí. Tengo que hacer algo.

Observo los uniformes de los guardias.

Llevan las chaquetas de lana propias de su cuerpo y las charreteras doradas de los oficiales de mayor rango. Pero son los tres triángulos dorados en la solapa los que me indican que la mujer es una teniente.

Me dirijo a ella como la de mayor rango de los dos.

—¿Podría acompañarme hasta ellos?

Aunque no me hayan invitado, los oficiales no van a negar la petición de una bruja de los puntos cardinales.

—Por supuesto —acepta la mujer.

—Por aquí —dice el hombre.

Me conducen a través de la galería y por el salón principal. Por visitas anteriores, sé que vamos a pasar por la biblioteca, la sala de música, uno de los diez salones para llegar, al final, a la sala de recepción del mago.

La sala se encuentra en la parte trasera del palacio y da al estanque reflectante del mago y a sus Jardines Esmeralda.

Mientras caminamos, mi mente sigue agitada.

¿Sigo adelante con mi plan? Glinda se enterará tarde o temprano, incluso si el mago me rechaza. Sé que él es el más poderoso de todos, pero sería un tonto si no viera el potencial de nuestra unión.

Pero Glinda intentará disuadirlo, porque no soporta la idea de que alguien esté por encima de ella, y mucho menos alguien como yo.

Pasamos por la biblioteca, cuyas puertas dobles de cristal están abiertas de par en par. La biblioteca tiene dos pisos, y el segundo se abre al resto de la sala, rodeado por una barandilla de hierro forjado retorcido con formas geométricas. He oído que hay más de cien mil libros en las estanterías, algunos de los cuales se remontan a los primeros tiempos, cuando los dioses gobernaban los puntos cardinales.

Sin embargo, no me interesa el pasado. Solo el futuro.

Seguimos caminando, las duras suelas de las botas de los guardias resuenan en el suelo de piedra oscura.

Finalmente, llegamos a las altísimas puertas dobles que conducen a la sala de recepción del mago.

Mi corazón vuelve a acelerarse.

«Cálmate, Lacosta. Respira».

Llevo meses preparándome para esto, analizando los pros y los contras, calculando las variables. He practicado mi magia, refrescado mis conocimientos de etiqueta y estudiado a fondo los rituales de la

realeza.

Estoy preparada para esto. Tengo el control de mis emociones. Pienso con lógica. Y vale, sí, técnicamente estoy locamente enamorada del mago. ¿Quién no lo estaría? Es tan guapo que casi duele mirarlo. Podría tener literalmente a cualquier hombre o mujer de los cuatro puntos cardinales. Pero lo más lógico es que se alíe con una bruja de los puntos cardinales.

Es decir, conmigo.

Viajar mediante la magia y la dimensión invisible a menudo me pone hiperactiva y errática, por lo que puedo sentir la magia aún ardiendo en mis venas.

Otra respiración profunda. Puedo hacerlo.

Me lo merezco.

La teniente llama dos veces a la puerta y espera a que le den permiso para entrar.

La voz del mago resuena desde el interior.

—¿Qué pasa?

Juntos, los guardias empujan las puertas, revelándome con mi mejor vestido, el de suave tela azul con una falda ondulada, el corpiño acentuando mis pechos y mi estrecha cintura. Diamantes con forma de estrellas están cosidos a la tela.

Estoy radiante.

Si yo no estoy destinada a ser reina, ¿quién lo está?

—Lacosta… —Glinda pronuncia mi nombre de la misma manera que dijo «guiso de cebolla» la última vez que asistimos a la Gala Esmeralda, es decir, con desdén y un poco de sorpresa.

—Hola. —Entrelazo las manos delante de mí y avanzo por la alfombra verde esmeralda que va desde la puerta hasta el estrado donde se encuentra el trono dorado del mago. No está sentado en él, sino apoyado contra él, con un pie cruzado sobre el otro a la altura del tobillo, y una ciruela a medio comer entre el pulgar y el índice.

He oído a simples mortales describir la experiencia de mirar al mago como impactante y ligeramente incómoda.

Por esa razón, a veces recibe al público con una pesada cortina verde esmeralda cerrada entre él y ellos para no abrumarlos.

Cuando sale, utiliza su poder para que resulte difícil mirarlo directamente. No le gusta causar dolor a sus súbditos.

Pero yo puedo soportar mirarlo.

De hecho, no quiero apartar la vista. Pero tengo que hacerlo. Tengo que mostrar mis respetos al hombre que quiero que sea mi marido.

Inclino la cabeza y hago una profunda reverencia. Cuento hasta tres mentalmente. Tienen que ser al menos tres segundos. Eso es lo que nos enseñaron en la Academia Gillikin. Había tres clases de etiqueta. En aquel entonces era en señal de deferencia a la familia real, aquellos con magia que no necesitaban ninguna fuente. En aquel entonces, se les conocía como hechiceros, y su rango estaba justo por debajo de los dioses y por encima de las brujas.

Pero nosotras hemos cambiado eso.

Cuando hay demasiado silencio en mi castillo, a veces puedo oír el eco de sus gritos.

Matamos primero a la reina. Quemé tanto oro esa noche que casi me volví loca.

En aquel entonces, la reina era la que más poder tenía, aunque habían comenzado a circular rumores de que el mago pronto la eclipsaría.

El mago era una incongruencia. Históricamente, la magia solo se transmite por vía materna. Ningún hombre de Oz ha nacido con poderes mágicos.

El mago era una anomalía. Y las anomalías siempre se consideran amenazas.

Había habido seis intentos de asesinarlo antes de eso; todos los aspirantes a asesinos encontraron muertes espantosas, todas a

manos del mago.

Ninguno de ellos confesó quién los había contratado, pero todos sabíamos que había sido la familia real.

—Siento llegar sin avisar —me disculpo.

—¿Por qué has venido? —pregunta Glinda.

Podría preguntarle qué hace ella aquí, pero no me atrevo. Glinda va y viene a su antojo.

—Había un asunto que quería discutir con el mago.

—¿Qué asunto?

Hay una clara sospecha en su voz, ¿y puedo culparla? Supongo que no. Desde la Gran y Terrible Guerra, nuestra confianza y alianza han sido, en el mejor de los casos, inestables. Después de que la familia real fuera asesinada y el poder desapareciera, el mago y Oeste se enfrentaron por quién gobernaría. Él pensaba que debía ser él. Oeste, que en su día estuvo destinada al trono, pensaba que una única figura en el poder era precisamente lo que nos había llevado al desastre en el que nos encontrábamos.

Glinda nos obligó a Delphine y a mí a unirnos a ella para apoyarlo y así quedó decidido. Él gobernaría en el corazón de Oz.

Oeste se retiró. Delphine se volvió cada vez más ávida de poder y decidió que los habitantes del Este eran suyos. Pero incluso entonces, no era rival para el resto de nosotros. Así que se sumió en una neblina de alcohol y drogas.

Pero yo soy la imagen de la lealtad. Apoyaba todo lo que Glinda quería. Me convirtió en su perro faldero, un papel que asumí sin quejarme.

¿Sería tan difícil para ella apoyarme ahora? ¿Mostrar un poco de compasión cuando se trata de mis ambiciones?

Antes de que pueda responder, el mago da un paso adelante. Baja los tres escalones del estrado y se detiene a unos metros de mí.

Da otro mordisco a su ciruela. El suave aroma floral se desliza

hacia mí.

Me mira con sus brillantes ojos verdes.

—Déjanos solos.

Su voz resuena en la sala de recepción.

—Por supuesto. —Le hago una reverencia temblorosa y contengo el ardor de mis ojos. No mostraré debilidad ni decepción.

Me doy la vuelta para marcharme.

—Tú no —me dice.

Me detengo.

Oigo a Glinda soltar un suspiro desde el estrado.

—Vete —repite, y cuando me vuelvo hacia él, sigue mirándome con intensidad.

Puedo sentir su poder bailando sobre mi piel.

La luz de la sala de recepción parece atenuarse un poco, como si las sombras se estuvieran deslizando hacia dentro.

—Sea cual sea el asunto que debamos discutir… —comienza Glinda—, tengo derecho a escucharlo.

—No, no lo tienes. —Termina la ciruela y lanza el hueso húmedo al aire. Antes de que caiga de nuevo en su mano, desaparece en una nube de humo.

El poder bruto que emite me revuelve el estómago.

Glinda baja del estrado.

—Te aconsejo que no lo hagas.

—No te he pedido consejo —replica él—. Así que no me lo des.

¡Maldita sea! La forma en que el mago trata a Glinda es casi orgásmica.

Esto va mejor de lo que esperaba y aún no he llegado a la mejor parte.

Glinda respira hondo y extiende el pecho.

—Muy bien. Esperaré en el salón.

Nos hace un gesto de despedida con la cabeza a los dos y sale por

las puertas dobles. Y me quedo a solas con el Mago de Oz.

ଌ

—Acompáñame —me indica y va hacia la pared de puertas dobles que dan a su jardín y al estanque reflectante.

Me apresuro para seguirle el ritmo.

El mago es alto, su paso rápido y decidido.

Salimos del palacio y nos encontramos bajo un cielo oscuro y amenazador. El mago se ha encargado de alejar parte de la oscuridad con farolas que salpican el jardín. Las polillas revolotean alrededor de los globos escarchados. Ya no se puede saber la hora por el cielo y la mayoría de nosotros hemos dejado de intentarlo, pero tengo que conocer la rutina del mago si voy a ser su esposa, y sé que le gusta cenar justo después de las siete, así que he venido poco antes de las cuatro para asegurarme de encontrarlo en un buen momento.

—Glinda te admira —me dice mientras seguimos el sinuoso camino que desciende por la suave pendiente de la colina desde el palacio hasta el estanque.

—No, no es cierto.

Se detiene bruscamente. Casi choco contra él.

Me sonríe. Tiene la mejor sonrisa del mundo. Es una sonrisa llena de secretos, y yo los quiero conocer todos. Quiero comérmelos como si fueran cerezas, con hueso y todo.

—¿Me estás acusando de mentir?

—¡Por los dioses, no! ¡Lo siento! Es solo que… no puede ser. No soy tan poderosa como Glinda y ella…

—¿Quién te ha dicho eso?

—Bueno… —La pregunta me pilla desprevenida y tengo que pensarlo un poco antes de responder—. Supongo que nadie lo ha hecho. Es solo un hecho que creo que debe ser obvio para todos. ¿No es así?

—Quemas metal, Lacosta. Puedes viajar a través de la dimensión invisible… —Inclina la cabeza a un lado y entrecierra los ojos—. Sin duda, eso es prueba de tu poder.

Siento mariposas en el estómago. Se me dibuja una sonrisa en la boca sin querer. Estoy a punto de reírme ante tanta admiración.

Esto va bien. ¡Esto va muy bien!

—Gracias. Significa mucho para mí.

Vuelve al camino y sigue avanzando.

—Ahora dime, ¿de qué querías hablarme?

Lo sigo por el camino, agarrando el dobladillo de mi vestido con el puño para que no se arrastre por el suelo.

—He estado pensando mucho en mi futuro.

Giramos a la izquierda por otro camino, alejándonos del estanque reflectante y adentrándonos más en los Jardines Esmeralda. Personalmente, lo que más me gusta es el jardín. No sé quién lo diseñó ni quién lo cuida, pero siempre hay una explosión de color en el jardín, con flores que desafían la falta de luz solar, floreciendo en hileras interminables, arbusto tras arbusto.

—Creo que estoy lista para algo más —continúo—. Creo que el país de Oz está listo para su siguiente fase, algo que demuestre al pueblo de Oz que nos hemos fortalecido y que miramos hacia el futuro.

—Mmm… —Se detiene de nuevo. Esta vez estoy preparada.

Estamos junto a una hilera de arbustos esculpidos. Uno ha sido recortado en forma de bolas consecutivas, otro en forma de cono y un tercero en forma de triángulo.

—Tengo que darte la razón —replica.

—¿De verdad?

—Sí. Las cosas están cambiando en Oz.

—¿Tú también lo ves?

—Por supuesto.

La farola más cercana está a varios metros de distancia y la oscuridad nos envuelve. Me da vueltas la cabeza. Tengo que decir esto antes de perder el valor.

—Me gustaría proponer una unión entre tú y yo. —Trago saliva una vez que las palabras salen de mi boca.

Él vuelve a entrecerrar los ojos y me mira con frío interés.

—¿Qué tipo de unión?

—La más sagrada.

—El matrimonio —adivina él.

—Sí.

Se inclina y presiona su boca contra la suave concha de mi oreja.

—Admiro tu temple, Lacosta —susurra.

Tiemblo por el calor de su aliento.

Ya estoy imaginando el día de mi boda. El vestido enorme. Los kilómetros de cadenas de oro. Los enormes pendientes de esmeraldas engastados en oro.

Todo Oz se reunirá a las puertas de la ciudad solo para ver al Gran y Poderoso Mago de Oz y a mí, su radiante y poderosa esposa.

Ha habido rumores sobre las aventuras amorosas del mago aquí y allá. ¿Y quién podría culparlo? Un hombre poderoso y rico podría tener a cualquiera en su cama, en cualquier momento.

Pero nunca se ha comprometido con nadie. Nunca ha elegido a una mujer o a un hombre de la calle y lo ha reclamado como suyo.

Yo sería la primera y única.

Nadie volvería a decir una palabra desagradable sobre mí jamás.

—¿Quieres casarte conmigo? —pregunto, oficialmente, para que sepa que voy en serio.

No quiero perder este momento.

—Lo haría… —empieza a decir, se aleja y noto su vacilación, y el puente hacia otra cosa.

De repente me siento desorientada, aferrándome a la línea silbante

que se me escapa de las manos.

—¿Qué pasa? ¿Es Glinda? Creía que no le respondías. Estoy segura de que ella podría reunir algo de apoyo para nosotros y…

—No es eso.

—Entonces, ¿qué?

—La razón por la que Glinda estaba aquí… ha habido un incidente.

—¿Qué tipo de incidente?

—Parece que Oeste está conspirando contra nosotros. Ha traído una casa. Ha caído del cielo sobre Delphine.

—¿Qué? —Esto es nuevo para mí. Debe de haber ocurrido hace poco—. ¿Delphine está bien? —Como si me importara. Pero una bruja herida sería una gran noticia.

—No estoy seguro —admite—. Pero eso no es todo. Hay una chica.

—¿Una chica?

¿Por qué parece interesado en esta chica?

—Necesito que vayas allí. Averigua todo lo que puedas sobre la chica. ¿Puedes hacerlo por mí? Y luego podremos hablar de nuestra unión.

—Estaré encantada de ayudarte. —Mentira. ¡Mentira! Pero si hago esto…

Él vuelve a sonreír y se inclina para apartarme un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Prométeme que tendrás cuidado.

Todo el aire sale de mis pulmones y siento cómo el calor me sube a las mejillas.

—Oh. Por supuesto. Lo prometo. Iré ahora mismo. —Me alejo de él y recurro a la magia que aún corre por mis venas. Doy gracias a los dioses por haber quemado tanto oro.

—¿Y Lacosta?

—¿Sí?

—La chica, sea lo que sea lo que esté haciendo aquí, envíala al camino de baldosas amarillas. Envíala directamente a mí.

Las mariposas se agitan en mi estómago. No sé nada sobre esta chica, ¿por qué Oeste la habrá traído? ¿Qué tiene planeado o qué podría querer la chica? Pero no importa. Si el mago la quiere, me aseguraré de que la tenga.

—¡Por supuesto! —digo, elevando demasiado la voz. Respiro hondo para recomponerme—. Haré lo que necesites. Puedes contar conmigo —añado.

Agradecimientos

Leer los agradecimientos al final de los libros que consumo es una de mis partes favoritas. Desde fuera, escribir puede parecer y sentirse como una tarea solitaria, y durante horas, días, semanas, lo es. A veces hay soledad en esos días y semanas. En ocasiones puede parecer una carga, con todas esas posibilidades espinosas descansando sobre tus hombros. ¿Y si la cagas?

Pero para que se transforme, para que pase de ser un documento en un disco duro a un libro real, no solo es tinta impresa en papel, sino un libro con un mundo completo y personajes a los que animas (u odias, jeje), el trabajo debe ir más allá del autor.

Y por eso me encanta leer los agradecimientos. Porque ilustran cómo la creación de un libro es un esfuerzo de equipo. Muestran al lector, y al autor, que el autor no está solo en el arte que crea.

Mi lista es larga, mi gratitud es enorme.

En primer lugar, quiero reservarte un espacio, querido lector. Cuando mi libro está en tus manos, estamos creando un mundo juntos. Abro la puerta del jardín y te invito a entrar, y estoy muy agradecida de que estés aquí. ¿Puedes oír a las ranas primaverales? ¿El susurro de los animales nocturnos? ¿Puedes sentir el calor del aire en tu piel? Espero que la experiencia de leer mis libros sea tan real como un jardín secreto. Gracias por apoyar mi trabajo y compartirlo con tus amigos.

Eterno agradecimiento, amor y gratitud a mi marido, JV. Tú ves los aspectos más difíciles de escribir y publicar. El dolor, el miedo, la ansiedad y la desesperación. Pero sabes cómo animarme y cómo apoyarme (comida). Lo mismo podría decirse de mi hija, B. Eres

sabia más allá de tus años, y tus metáforas filosóficas son de otro mundo.

Muchas gracias a mis agentes, Jo Volpe y Suzie Townsend. No estaría donde estoy hoy sin vosotras y todo el equipo de New Leaf. Saber que tengo a los Caballeros de la Literatura respaldándome me hace sentir la chica más afortunada del mundo editorial. ¡Gracias también a Keifer Ludwig, Lindsay Howard y Olivia Coleman! Y a todos los demás en New Leaf que trabajan continuamente para facilitar y mejorar las cosas a sus autores.

Gracias también a mi querida editora, Erika Tsang, que desde el principio me preguntó: «¿Cómo puedo ayudarte a mejorar tu trabajo?». Es realmente un sueño trabajar con una editora cuyo objetivo no es solo mejorar el trabajo, sino hacer que el autor se sienta apoyado. Trabajar contigo, Erika, ha sido un sueño, ¡y estoy deseando crear más magia juntas!

Gracias también a Monique Patterson por crear algo especial en Bramble. Y gracias al resto del equipo de Bramble por el incansable trabajo que realizan entre bastidores. Un agradecimiento especial a las lectoras cero de *Al oeste de la maldad*, Kylie y Annabella. ¡Agradezco vuestro tiempo, vuestras opiniones y vuestros consejos! Mi objetivo es siempre retratar a todos los personajes con respeto y precisión, y nada de eso sería posible sin vuestra perspicacia. Cualquier error que quede es mío.

Y hablando de detrás de las cámaras… mi grupo de chat de autores, que ya lleva casi tres años en marcha. Estoy muy agradecida por vuestras opiniones, vuestros consejos y todas las demás charlas que no tienen nada que ver con la publicación, jejeje. Y gracias a mi asistente, Rae, ¡que me mantiene a flote!

Gracias a mi mejor amiga Aries, Eden O'Neill, por el amor, el apoyo, las sabias palabras y las charlas por Zoom. Nos unimos por arte de magia, ¡y siempre creeré que el universo quiso que nos

conociéramos! Eres una luz y una alegría.

A mi querida amiga y astróloga, Andee Hannah. Eres el sol y la luna. Me has ayudado a construir esta versión de mí misma, y no hay suficientes estrellas en el cielo para contar todas las formas en las que me has hecho mejor.

¡A mis amigos de la vida real! Lucy Goosey, una verdadera amiga de toda la vida, si es que alguna vez ha habido una. ¡Y Lisa, la chica de la cafetería de mis sueños!

Y, por último, gracias a todos los demás que han desempeñado papeles pequeños o grandes en el viaje para llegar hasta este momento. Estoy agradecida más allá de lo que las palabras pueden expresar.

Sobre la autora

Nikki St. Crowe es una autora que ha alcanzado el primer puesto en la lista de *best sellers* del *USA Today* con varias novelas de estilo *romantasy*, incluyendo la serie número 1 en Amazon, *Los crueles niños perdidos*.

Cuando no está escribiendo sobre villanos que consiguen a la chica mientras ella alcanza el poder, Nikki podría estar con su marido y su hija en las costas del Lago Míchigan buscando el atardecer perfecto.